

MARÍA BORDER

*Dame
un año
de tu
vida*



María Border

Dame un año de tu vida

P&J

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Macarena, Rocío, José y Pablo,
mis amores*

Creemos que el futuro será la consecuencia de nuestras decisiones, hasta que comprendemos que, en realidad, somos parte de una cadena de causas y efectos que el universo planeó con antelación.

PREFACIO

En el subsuelo de su casona de San Isidro Donato Neri hizo girar la butaca de la sala de cine, encendió el reproductor y tomó asiento. Cuarenta años de sacrificios no fueron suficientes y había llegado la hora de sepultar definitivamente el pasado para lograr la meta. No pretendía conmovearse sino reafirmar su decisión porque el estigma perduraba y el reloj de su paciencia se había detenido.

Se sirvió un trago para despedir al hombre que, nuevamente, había recurrido a él pidiendo ayuda. Se restregó los ojos, irritado porque las responsabilidades otra vez lo obligaban a enlodarse.

Desde la pantalla, la mirada tímida de Delia le recordó el fastidio que le produjo casarse con la mujer que, antes del primer aniversario, dio a luz a Vera cuando él necesitaba un primogénito, un varón, un macho al que educar con la garra con que lo adiestró su padre, el tano Neri.

Descabezó el habano antes de hacerlo rodar sobre sus labios para encenderlo. No se había sentado a revisar el pasado para enternecerse, sino para resaltar los motivos por los que pondría en funcionamiento el plan; pero la mente jugó sus cartas y los recuerdos emergieron trayendo a su primera esposa enfundada en el delicado vestido blanco, con la mirada oculta tras el velo del tocado, insegura, inexperta, temerosa. Dio una calada, saboreó el tabaco y exhaló. Delia, hija única del capo Berardi, no había demostrado la calidad de su sangre napolitana ni siquiera en la cama, pero el dinero aportado por el padre, tras el acuerdo sellado con el matrimonio, fue lo que a Donato le permitió iniciar el camino para sacar al apellido Neri de la clandestinidad, fundando La Pequeña Italia, madre

del actual Grupo Neri. Su primera esposa murió debilitada por la depresión, y aumentó su capital y la herencia de Vera. A su frágil hija tuvo que protegerla cuando el destino se encargó de dañarla con insistencia, primero quitándole a la madre y luego...

«¡Basta!», se dijo y cambió la cinta en el reproductor, para avanzar en el tiempo y llegar a Meribeth Cameron, la escocesa pelirroja que demostró ser su hembra y le entregó al ansiado hijo varón, aunque luego, tras el divorcio, se lo llevó a Escocia para educarlo bajo sus costumbres.

Donato dejó el habano sobre el cenicero y bebió el último trago de whisky; un *single malt* de veinte años de la destilería de los Cameron, especialmente seleccionado para él por su hijo Bhric. Sonrió, sabía que Meribeth no había tenido nada que ver con ese obsequio; esa mujer testaruda preferiría estrellar la botella y la barrica entera antes que enviarle un presente. A ella la quiso con toda la potencia del hombre que, en la treintena, viudo, con una hijita y la carga de una fortuna que debía limpiar se encontraba demasiado sobrepasado y precisaba liberar tensiones. Meribeth había sido la mujer indicada en el momento indicado; aunque luego regresó a sus añoradas Highlands portando el galardón vencedor en la contienda constante que había sido el matrimonio con él.

Miró el reloj de pulsera; su actual esposa, Joana, lo esperaba para cenar y él ya había tomado una decisión. El objetivo que signó su vida y el deber que asumió esa tarde se ligaban. Bufó molesto, se peinó las canas con los dedos y se cubrió con el manto que lo convertía en el frío hombre de negocios a quien la sociedad estigmatizó denominándolo igual que a su difunto padre: Tano Neri.

Cuarenta años de lucha no fueron suficientes y uno de sus tres hijos debería terminar el trabajo para que se cumplieran los objetivos. Descartó a Vera por ser mujer y tan temerosa e indecisa como su madre napolitana; la solución no llegaría de la mano de ella. Tampoco recurriría a su hijo menor, Paulo; aunque la mezcla de su sangre italiana con la parsimoniosa brasileña de Joana podría ser útil, su juventud e inmadurez lo harían flaquear. Paulo continuaba gobernado por la ternura que Joana había derramado en demasía sobre él, y eso le impediría tolerar lo mismo que el tano le había hecho soportar a Donato en su juventud.

Bhric era el elegido. Poseía la inteligencia, la garra y la madurez precisa, pero llevaba en la sangre la tozudez de la escocesa Meribeth Cameron y para convencerlo tendría que jugarle sucio. Le resultó irónico que fuera Bhric, “el manchado”, quien se encargara de limpiar a los Neri.

Tomó su celular, marcó el número; fue atendido al segundo ring y certificó:

—Los pactos siguen en pie, no me meto en tus asuntos.

—No podrías —respondió su interlocutor.

El Tano cerró los ojos, conteniendo el desprecio, y advirtió:

—Pero ellas son tema mío. A mi zona ni te acerques, *hai capito?*

Cortó la comunicación, sorbió el último trago, posó las manos sobre los apoyabrazos para impulsarse en tanto aspiró hondo:

«Bhric, llegó tu hora —pensó Donato, seguro de cuál era el camino acertado, y se quejó—: Ya puedo escuchar a tu madre poniendo el grito en el cielo».

Todavía algo dormido, Paulo salió de su departamento y subió al ascensor que lo transportó del sexto al octavo piso. Estaba molesto porque Bhric no quiso esperar un par de horas para darle la bienvenida en la empresa. El compromiso de su hermano con el trabajo le resultaba excesivo. Él hubiera necesitado una mañana de relax en Buenos Aires después de haber disfrutado todo un mes de olas y garotas en Río. Al llegar al palier resopló, al ver que lo esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas algo separadas.

—Fin de las vacaciones —indicó el dueño de casa.

—Tranquilo, *highlander* —se burló Paulo—, que yo no me quejé del tiempo que disfrutaste montando olas en el Mar del Norte.

Los hermanos Neri eran compinches y a la vez muy diferentes. Paulo tenía la piel dorada heredada de su madre Joana, ojos marrones que irradiaban el fuego de tierras brasileñas y el cuerpo esculpido al que movía con gracia, lo que lo volvía atractivo para las mujeres atrapadas dentro de su juego de seducción y simpatía. Bhric, en cambio, ostentaba la genética escocesa de Meribeth: gran contextura física, ojos azules, cabello rojizo; carácter parco y palabras medidas. Paulo no se molestaba en ocultar su staff de mujeres; Bhric se excusaba en su falta de tiempo libre para no presentar a sus acompañantes. Congeniaban perfectamente, al punto de que convivían en el mismo edificio; el departamento de Bhric, un tranquilo espacio minimalista, contrastaba con el estallido de color y objetos seleccionados sin ningún rigor decorativo que dominaba el de Paulo.

—Liberate, disfrutá un poco más de la vida —le aconsejó Paulo—, dejá de echarte al hombro los negocios del viejo además del alambique de tu vieja.

Solo el caradura de Paulo podía denominar así a una de las destilerías más prestigiosas de Escocia, y Bhric sonrió antes de servirle una succulenta taza de café negro. Paulo frunció el ceño rechazando la bebida y él se vio obligado a recomendarle:

—Necesito que estés despierto.

—Te pesqué en tu peor día, ¿verdad?

Bhric caminó hacia el otro lado del living, describió las cortinas y miró en dirección a la reserva forestal, luego giró para asegurarse de que ya podría mantener con él una conversación seria. Aunque lo dudó, tomó asiento frente a su hermano y lo anotició:

—El Tano —dijo, refiriéndose a Donato— quiere saldar los pendientes que cree tener con nosotros.

—No hay pendientes —aseguró Paulo, más atento—, posicionó La Pequeña Italia como uno de los bancos con la cartera de clientes más amplia del país, es dueño del Grupo Neri y sabe que con eso nos sobra.

—No le alcanza porque se persigue con el pasado.

—Debería dejar atrás esa mierda y enfocarse en lo concreto. Se negó a entrar en el mercado yanqui, no quiere sentarse a hablar con el europeo... ¿Qué mierda quiere?

—Quiere verlos lamiéndole los pies —aseguró Bhric.

—Papá se enrosca en su orgullo; no le des bola y tomate un año sabático conmigo en Ipanema.

—Enfocate —le indicó—. Tiene bronca acumulada por lo de Vera. Mientras nos sigan asociando con nuestro abuelo, Donato sentirá que todo su esfuerzo fue en vano.

Tras beber el resto de café, Paulo estiró las piernas y se puso serio. Vera, la hermana mayor de ambos, siempre les brindó amor; si la alerta era por ella, él se encontraba listo para servir de ayuda:

—¿Cuál es tu plan?

—Viajo a Londres para entrevistarme con financistas —dijo, señalando la mesita donde estaba el billete de avión.

—Es al pedo —le informó, elevando la voz—, el viejo jamás va a aceptar formar parte de un holding que no esté integrado exclusivamente por latinos.

Bhric Neri Cameron frunció el ceño:

—Voy a intentarlo.

Camila Ocampo entró esa noche a la casona del barrio de Palermo guardando en su bolso el celular y llamando a los gritos a su tía:

—¡Martina, el Tata!

Al oírla, la mujer dejó sobre el tocador el cepillo con mango de alpaca que conservaba de su madre, respiró hondo y cerró los ojos. «Finalmente», dijo para sí, antes de recibir a su sobrina.

—¡Vamos! —la apuró—, no hay tiempo.

Se subieron al auto rumbo al sanatorio de la calle Marcelo T. de Alvear, donde José Manuel Ocampo agonizaba a consecuencia del accidente en la ruta que ya se había cobrado las vidas de los padres de Camila. Al llegar junto a él, la nieta le tomó la mano y le acarició la frente, en tanto la hija del hombre se acercó a los pies de la cama y apoyó las palmas sobre la cobija.

—Mis nenas —dijo apenado—, se las voy a dejar complicada. No tuve tiempo, no me dieron tiempo.

—No te alteres, Tata, todo va a estar bien.

Él negó la afirmación de Camila y volvió la mirada a su hija:

—No confíen en nadie, nos jugaron sucio. —Tosió, y las dos se apresuraron a ayudarlo. Algo recompuesto, continuó—: Tina, llámá al Tano, pedile ayuda, dejalo hacer. Él sabe... él puede.

—No hables, papá —le rogó, entendiendo a quién la remitía.

Pero él necesitaba ponerlas al tanto de la situación a la que las arrojaba:

—Tomen las riendas, no los dejen entrar, acaben con las lacras...

Las últimas palabras fueron tan solo un suspiro y pocas horas después José Manuel Ocampo, miembro de una de las familias más tradicionales del país, murió dejando a las herederas en la mayor de las soledades.

Los negocios de los Ocampo eran manejados por José Manuel y su hijo Leonardo, padre de Camila. Martina, con cincuenta y cinco años de soltera, había pisado la empresa en contadas ocasiones. La tragedia familiar la encontró en Europa, desde allí no pudo ocuparse de los rumores que hablaron de sabotaje en la mecánica del auto y delegó el caso en el estudio de abogados que terminó por aceptar la conclusión policial de que había sido un infortunado accidente. Suspendió su carrera de concertista y regresó a la Argentina para dedicarse, junto con su sobrina, al cuidado de su padre.

Camila nada sabía de cómo administrar una empresa de transportes cuando se encontró con la responsabilidad auestas. Las obligaciones la apremiaron sin respetar el tiempo del duelo. Su profesión la reclamaba, su tía rogaba que no la dejara sola, los negocios familiares estaban a la deriva y el personal de servicio de la casa donde vivieron sus padres solicitaba instrucciones.

—Tenemos que ocuparnos de todo esto —le planteó a Martina—. No tengo ni idea de por dónde empezar.

Juntas reunieron coraje para recorrer el departamento de Leonardo y su mujer. Belleza, clase, elegancia, objetos de gran valor decorativo, recuerdos de momentos compartidos con quienes fueron parte de sus vidas y ya no estaban. Aunque fue el hogar donde Camila se crió, pocas cosas quiso conservar: algún cuadro, la cucharita de plata esterlina de Tiffany con la que recibió su primer alimento...

—Tu madre siempre se vanaglorió de poseer esta vajilla —comentó Martina, repasando con los dedos la tetera Adams.

—¿Querés quedarte con el juego? —le ofreció la sobrina.

—No —aseguró, alejándose del mueble pero sosteniendo la mirada en la pieza—, el Aynsley de mi madre es soberbio y me gusta más.

Camila sonrió, desconocía cuál de los dos sería más valioso, pero ella prefería la delicadeza de las piezas ornamentadas en azul antes que las de rígidas formas doradas. Dejó a su tía en la sala principal y se dirigió a la suite. Aspiró profundo

creyendo reconocer el suave aroma que invadió la piel de la elegante señora Ocampo. Acarició el cubrecama y el portarretratos que guardaba la foto de la familia de tres; conmovida, se sentó sobre la alfombra y se tapó los ojos con las manos. Lloró desconsolada, no recordó cuándo fue la última vez que sintió una tristeza tan grande. La muerte de sus padres la tomó por sorpresa y se obligó a mantenerse entera porque su Tata la necesitaba, pero en ese momento él tampoco estaba. Volvió a mirar la foto de sus padres con ella, y le dio permiso a la angustia para que se expresara libremente.

Sintió los pasos de Martina en el pasillo y con rapidez entró al baño, se lavó la cara, se miró al espejo.

—Camila, ¿dónde estás?

—Ya voy, tía.

Entró al vestidor y sonrió: «Ay, mamá, siempre tan prolija, no me parezco a vos en nada».

—¿Qué haremos con toda esta ropa? —le consultó la tía.

—Donarla —afirmó con practicidad—. Lo que todavía no tengo en claro es si voy a vender el piso amueblado o vacío. —Se detuvo frente al tocador donde su mamá solía maquillarse, un mueble con incrustaciones de nácar en la taracea y cajones custodiando las joyas de uso diario. Lo recorrió con la palma de la mano y tomó la decisión que transmitió a la empleada—: Este me lo quedo, que lo hagan llegar a mi departamento así como está.

—Por hoy fue suficiente, volvamos a la casa, es hora de cenar —propuso Martina y Camila aceptó.

Todavía emocionadas, se sentaron a la mesa de la residencia de José Manuel Ocampo. La muchacha miró a su tía a los ojos y le comentó:

—Hablé con amigos de la familia, Montero dice que papá, aunque no tenía pruebas, sospechaba de algunos de los choferes del sindicato. De cualquier manera, considerar que el accidente fue un sabotaje me parece demasiado.

—No sé, no entiendo nada de eso —se angustió Martina, levantándose de la mesa y encaminándose hacia el Steinway para acariciar sus teclas—. Ellos manejaban todo, tu madre y yo jamás participamos de sus reuniones de trabajo,

siempre nos mantuvieron al margen.

—¡Y mirá lo que consiguieron! —exclamó molesta—, que ahora seamos dos inútiles. Porque eso es lo que somos para esta empresa; vos una concertista de piano y yo una modelo; dos inexpertas que entramos a El Chasqui sin recordar ni dónde está el despacho de la presidencia. ¡Qué desastre!

Pero Martina Ocampo solo quería olvidar, alejarse antes de que fuera tarde y la tormenta las arrastrara a las dos hasta sepultarlas:

—Camila, ¿qué nos importa a nosotros la empresa? Yo tengo mi carrera y me mantengo perfectamente, vos te hiciste un lugar en lo tuyo, la herencia nos permitirá vivir bien. Vendamos todo y olvidemos, por favor.

La menor de los Ocampo no respondió. El Chasqui había sido fundado hacía mucho más de un siglo por uno de sus ancestros; desde entonces recorría el país entregando mercancías y transportando pasajeros, ¿a quién le delegarían tanta historia? «Hay que conservarla. No podemos darle la espalda a la tradición de la familia, forma parte del linaje que impone respeto y sostiene la fortuna», pensó Camila y recordó que su abuelo les advirtió que había problemas.

—Tía, ¿quién es el Tano? —Martina tembló al volver a escuchar ese apodo. La sobrina insistió—: ¿Tía?

—Es un banquero.

—¿Por qué te habrá dicho el Tata que lo busques? ¿Necesitamos alguien que administre la empresa o un préstamo?

Martina se levantó del taburete del piano cuyas teclas recorría sin hacer sonar y se sirvió una copa de coñac. Comprendió que había desorientado a Camila, tomó asiento en el sillón frente a ella, bebió un largo trago y comentó:

—El Tano y papá fueron amigos.

—De acuerdo, es su amigo y por eso va a ayudarnos. ¿No?

—Camila, ese hombre forma parte de un pasado que hasta tu abuelo debió haber olvidado. —La incertidumbre en la cara de la sobrina la obligó a explicar—: Ellos estaban distanciados.

—Si ya no eran amigos, ¿por qué el Tata dijo que le pidieras ayuda?

—Tu abuelo deliraba, no podemos fiarnos de sus últimas palabras.

Durante el vuelo hacia el aeropuerto de Heathrow, Bhric revisó a conciencia el movimiento bursátil de la Bolsa de Valores de Londres en el *Financial Times*. Descansó un par de horas en el hotel, se duchó y tomó un taxi hasta el Bow Bells House de Bread Street, dispuesto a desplegar su estrategia para convencer al grupo de gestión.

Tras dos días de reuniones agotadoras se dejó caer sobre un cómodo sillón de la suite y llamó a su hermano Paulo a Buenos Aires.

—¿Estás disfrutando de los encantos del Taj?

Bhric apenas hizo una mueca antes de responder:

—No. Me alojé en la City.

—El Soho es más divertido, deberías haber reservado allí.

Normalmente, Bhric no tenía ánimo para bromas y pasó directamente al grano:

—No aceptaron mi propuesta.

—¡Uh!, juro que no quiero ser ninguna de las personas con las que te reuniste; deben estar buscando trasplante de cerebro, porque seguro que se los fritaste.

Reconoció que algo parecido había hecho cuando les dejó en claro a los ingleses, que se perdían un excelente negocio cuyas puertas les cerraba para siempre; pero no le transmitió esa decisión a Paulo, sino sus próximos pasos:

—Mañana vuelo a Aberdeen, para desintoxicarme, antes de regresar a Buenos Aires.

Paulo sonrió entendiendo que, más allá de ir a ver a su madre, Bhric se alojaría un par de noches en el Douglas para, como dijo, desintoxicarse. No

deseó bromear con eso y simplemente pidió:

—Dale mis cariños a Meribeth.

Los hijos de Donato respetaban y querían a las mujeres que los acogieron como propios. De pequeño, cuando Bhric viajaba desde Escocia para visitar a su padre, la brasileña lo recibía en el aeropuerto de Ezeiza con los brazos abiertos; lo mismo sucedía con Vera y Paulo cuando llegaban a las Highlands. El fuerte vínculo entre los hermanos fue el lazo que tanto Meribeth como Joana se ocuparon de alimentar. Aunque la temerosa Vera no se unía a los varones en las divertidas escapadas fraternas, ellos la adoraban. Donato Neri delegó la unión entre sus hijos a las dos mujeres, otorgándoles todo el crédito.

Bhric amaba la Argentina, el país donde nació; pero cada vez que pisaba Aberdeen su sangre bullía reclamándole orígenes que eran propios. Ofrecía su cara al viento y aspiraba el aire con gusto. Desde la tierra, una fuerza conocida ascendía por su cuerpo y lo energizaba. Era escocés en el colorado de su ondulado cabello, la parquedad de sus dichos, la fría mirada azul grisácea, su tenacidad, y en la misteriosa personalidad que calentaba más que un tonel de whisky. Donato le había aportado genes itálicos para que, por momentos, resultara un poco más diplomático y, aunque Joana lo intentó por años, jamás logró moverse con gracia dentro de una pista de baile. Él era un granito esculpido, como cada trozo de piedra de los castillos del lugar que nuevamente lo cobijaba.

Sonrió al bajar del taxi e ingresó en el Douglas, donde disponían de un departamento para él. En el bar se encontró con conocidos y dialogó con ellos. Una de las mujeres atrajo su atención y se despidió del grupo para dedicarse a la conquista con la que se “desintoxicaría”.

—Beberé lo mismo que ella —le solicitó al barman.

—¿Y lo harás a mi lado? —consultó la mentada.

—A tu lado haría mucho más que beber un trago.

—Vas muy rápido.

Bhric, sonriendo, acercó el vaso a la boca, tomó un trago y la miró a los ojos.

—Controlo el tiempo, bonita, no te preocupes.

Tras dos horas de placer compartidas en el cuarto de ella, se dirigió a su departamento para ducharse y luego solicitó un auto de alquiler antes de llamar a Meribeth.

—*A mhamaidh!* —dijo con cariño.

A Meribeth Cameron la embargó de alegría al saber que su hijo estaba cerca. Se había divorciado de Donato cuando aún lo amaba, pero tomó la decisión convencida de que Bhric no debía crecer en medio de batallas campales entre sus padres. Tampoco era justo para Vera, que ya había perdido a su madre, vivir en un clima enrarecido por la discordia. Regresó a Escocia para alejarse del Tano y la fuerte influencia de sus sentimientos por él. A su exmarido le agradecía la inmensa generosidad de permitir que Bhric se criara a miles de kilómetros de distancia; solo un hombre era capaz de tamaña renuncia, viajando cada tres meses o haciendo que el niño fuera a él por unos días. Pero el hijo había crecido y en la actualidad residía junto a su padre. Los tratos se habían cumplido, las deudas estaban saldadas. Bhric se radicó en el fin del mundo, pero los vientos del norte lo regresaban asiduamente a ella. Salió del gran galpón de la destilería y caminó por el ripio hasta su casa para cocinar el *porridge* con el que le daría la bienvenida al hogar.

—Esa tarea le corresponde a Keite —la censuró Jane, su asistente, al encontrarla concentrada en la cocina.

—Esa muchacha no le agitaría la sangre ni con un *spurtle*.

Jane se rió a carcajadas, observó por la ventana y le agradó descubrir que Bhric llegaba luciendo un kilt con el tartán emblemático de los Cameron.

Camila se sentó frente al espejo para desmaquillarse. La sesión de fotos había sido agotadora, cinco horas corridas entre la espera, los cambios de ropa y las tomas. Su profesionalismo impidió que demostrara la incertidumbre en la que se encontraba. Su vida había cambiado tan rápidamente que no tuvo tiempo de

llorar en soledad por la muerte de sus padres y de su abuelo. No era justo que a los veinticinco años perdiera tantos afectos. Martina había aceptado que el desastre era producto de un accidente; tal vez así había sido, pero aquello tampoco lo convertía en justo. Una lágrima se rebeló y la borró de un manotazo, se miró en el espejo, tomó el cepillo y arremetió contra su larga y sedosa melena rubia.

Lucila la sujetó por la muñeca para evitar que terminara calva y le propuso:

—Te invito a cenar.

Ella la observó a través del espejo, bajó la cabeza y aceptó.

En el restaurante, la amiga y colega intentó consolarla:

—Sé que es duro, Cami, sé lo mucho que te cuesta sonreír para ser profesional en un momento como este, pero tenés que poner el pecho porque es lo que ellos esperaban de vos.

—Por eso lo hago —confesó Camila—. Papá era un hombre íntegro que siempre hizo lo correcto, ¿quién querría atacarlo adrede? Él no tenía enemigos.

—¿De qué hablás? —preguntó Lucila, sorprendida.

—De nada —dijo arrepentida—, no me hagas caso. Me estoy persiguiendo con fantasmas que no existen.

—Si dudás, hablemos y veamos qué sustento hay. No quiero que tus impulsos te lleven a cometer una tontería. ¿Qué es lo que no te cierra?

Camila la observó, era su amiga y hablar con ella sería un alivio.

—Cuando murieron mis padres se corrió el rumor de que el accidente pudo haber sido premeditado. Martina y yo estábamos tan choqueadas por la pérdida, y por la endeble salud de mi abuelo, que no indagamos y dejamos que los abogados se manejaran sin presiones; pero el Tata, antes de morir, nos dio a entender que en la empresa había problemas y que buscáramos ayuda.

—¿Qué tipo de problemas? —consultó Lucila, alarmada.

—Ni idea. Fuimos a El Chasqui con el abogado que es el representante legal, nos mostraron papeles que no sabemos leer; ni Martina ni yo entendemos nada de rutas, planeamientos, ingresos, egresos, cargas, seguros... No comprendemos ni una sola maldita cosa que nos muestran. ¿Cómo podríamos hacernos cargo o

frenar lo que sea de lo que el Tata intentó advertirnos? —Hizo un momento de silencio y concretó—: Y ahí está todo, manejándose sin nosotras, pero también sin mi abuelo o mi padre. Según el abogado, debemos nombrar a un administrador.

—Camila, salí con un tipo que es un genio en administración de empresas. Toda su familia forma parte de un grupo de eminencias en materia de finanzas. Son dueños de un banco.

—¿Creés que necesito recurrir a gente de tanto nivel?

—Según veo, es mejor consultar con alguien de quien te puedo dar referencias —aconsejó Lucila— que caer en manos de un extraño.

—Tenés razón. Preguntale a tu amigo si está dispuesto a recibirme, así le explico la situación. ¿Cuál es su nombre?

—Paulo Neri —y tomó el celular para llamarlo.

Bhric intentó aclimatarse a los treinta grados de Buenos Aires; Aberdeen, con su viento y sus bajas temperaturas, había quedado nuevamente atrás. Se subió al taxi para llegar desde el aeropuerto a las oficinas del Grupo Neri en pleno centro financiero de la ciudad. Abrió el diario especializado en finanzas cuando, por el rabillo del ojo, detectó maniobras extrañas de un auto que circulaba junto a ellos por la autopista Dellepiane. Las letras y los números impresos dejaron de introducirse en su mente, y todos los sentidos se abocaron a analizar la situación. Uno de los tres ocupantes del Renault Laguna gris lo miró furtivamente.

—Mantenga esta velocidad hasta el puesto de peaje —indicó al conductor—, no importa lo que ocurra a su alrededor, no salga de la autopista ni se acerque al carril de la derecha.

—¿Por qué? —consultó el chofer.

—Haga lo que digo —ordenó, dejando caer algunos billetes sobre el asiento del acompañante.

El Laguna se les adelantó y de inmediato aminoró la velocidad, el conductor del taxi pisó el freno y Bhric, desde atrás, le apoyó las manos sobre los hombros

y le indicó:

—Acelere.

—¡Me lo voy a llevar puesto! —advirtió el chofer, quitando el pie del freno y posándolo con suavidad sobre el acelerador.

—¡Sobrepáselo! —Pero el conductor estaba bloqueado y Bhric volcó el cuerpo hacia adelante para guiar el auto con la mano izquierda, y con la derecha le presionó la pierna para aumentar la velocidad. Logró su objetivo, miró por el retrovisor y volvió a darle indicaciones—: A fondo hasta que llegemos al peaje. Yo pago las multas.

El Laguna se perdió en la primera salida. Bhric frunció el ceño y apretó los labios.

Tenso, ingresó al edificio de la calle San Martín. Frente al despacho de Paulo apoyó la mano en el pomo de la puerta y consultó a la secretaria:

—¿Está mi hermano?

—Sí, doctor. Se encuentra reunido con una señorita.

Bufó y se detuvo ante la duda de si dicha señorita sería una amiguita más de las tantas de Paulo o una cliente. Giró el monitor de la asistente para tenerlo frente a sí y presionó la aplicación que abría la agenda, para leer: “Empresa de transp. El Chasqui Arg. Camila Ocampo”.

Comprendió que Paulo estaba trabajando y volvió a posicionar correctamente la pantalla. La puerta del despacho se abrió, su hermano, a quien lo inundaba una babosa sonrisa, era precedido por una escultural y elegante rubia.

—Regresaste de Escocia, bienvenido —lo saludó Paulo, subiendo las cejas para que admirara a la mujer, aprovechando que ella no podía notar el gesto.

Camila creyó que jamás terminaría de alzar la cabeza para descubrir la cara de quien tenía frente a sí; al lograrlo comprendió que la figura del hombre no cabía dentro de su campo visual. Era alto, muchísimo, de espalda ancha, la circunferencia de cada brazo de él seguramente medía tanto como su cintura de modelo. Aquello no era un hombre, era un *highlander* como los de las películas. El color rojo del pelo se mezcló con las luces de led del techo de la sala, los ojos de Camila bajaron, para descubrir que el jean parecía a punto de explotar

tratando de contener la dimensión de los músculos de esas piernas. «Inmenso», pensó y, al regresar para estudiar sus facciones, observó el ceño fruncido con el que la miraba.

—Te presento a la señorita Camila Ocampo —indicó Paulo—, de la empresa de transporte El Chasqui Argentino.

Camila se acercó a Bhric tendiendo la mano que él estrechó sin modificar el gesto adusto ni brindar señales de empatía.

—Te acompaño hasta el ascensor —indicó Paulo, tomándola de la cintura para guiarla, en tanto palmeó el trasero de su hermano al pasar junto a él.

En el pasillo, ella dejó ver su desagrado por el destrato al que había sido sometida:

—Tu guardaespaldas es muy desagradable.

Paulo pudo haberla sacado del error, pero le resultó mucho más gracioso dejar que continuara creyendo que la gran mente del Grupo no era más que un patovica:

—Despreocúpate, solo recurriremos a él si es absolutamente imprescindible. —Y antes de que ella pudiera responder, le recordó—: El viernes pasaré por tu empresa a la hora acordada. Quedate tranquila, sé dónde buscar la información que preciso para comprender en qué lugar estamos parados.

Cuando el ascensor ocultó el rostro de la mujer, Paulo regresó al despacho, estrechó en un abrazo a su hermano e indagó los motivos que lo tenían tan alterado:

—¿Qué pasó?

—Intentaron amedrentarme en la autopista.

Paulo endureció la mirada y consultó:

—¿Querían a un Cameron o a un Neri?

—Puede ser para cualquiera. Le avisé a Ferraro y llamé a Escocia.

Observó el estado de Bhric, sentado frente a él en el sillón del escritorio, y reconoció:

—Estás agotado.

—Tenemos los datos del Laguna —dijo, ignorando el comentario de Paulo—.

Mantengamos los ojos abiertos y la mente fría.

—El Tano nos quiere, a los tres, mañana en su casa.

Bhric se irguió, apoyó los puños sobre el tablero del escritorio e indagó:

—¿Lo apuraron también a él?

—No lo sé. El tono en el que me invitó me sonó a orden familiar. Después de lo que te pasó, no estoy seguro.

Donato pidió que lo interrumpieran un rato antes de la llegada de sus hijos y, a la hora indicada, Joana llamó con suavidad a la puerta del escritorio de su marido.

—Es tiempo, *meu amor*.

—Vení —indicó Donato, deslizando hacia atrás la silla del escritorio para que su mujer se sentara sobre sus piernas—, compartí conmigo tu fuerza.

La dulce, sensual y cariñosa Joana lo comprendía. Ella había traído la calma por la que clamaba su alma y el ardor que lo mantenía virilmente activo; además, la madre de Paulo tenía los brazos lo suficientemente generosos como para abarcar también a Vera y a Bhric.

Joana caminó hacia él con paso felino, se acomodó en la falda de Donato y le tomó la cara entre las manos para besarlo con dulzura.

El hombre disfrutó de los mimos. Suspiró, le acarició el muslo y le dijo:

—Traté de despegar el apellido del pasado nefasto que acuñó mi padre —recordó, y ella asintió sin interrumpirlo—. Me independicé para salir de la clandestinidad y puse el lomo para forjar la posición económica en la que nos encontramos; pero todo mi esfuerzo no alcanza para reivindicar el apellido, Joana; la gente sigue refiriéndose a mí como el hijo del cafisho, del matón.

Con la palma de la mano se restregó la frente y los ojos. Joana intentó tranquilizarlo, como tantas otras veces:

—Sos un hombre de bien, legal, no sos tu padre. ¿Por qué te preocupa lo que piensen los demás?

—Porque la vida de Vera se truncó por eso; creí que conocería a un hombre

con coraje para enfrentar las habladurías, pero el tiempo pasó...

—Vera eligió no buscar marido.

Él suspiró y continuó con su argumento:

—Necesita un marido, Joana; es mujer, débil, no tiene carácter. Pasarán por arriba de ella, le arrebatarán su fortuna y quedará desvalida. Bhric y Paulo son hombres, saben cómo manejarse en esta selva; pero todos llevan la mancha, el maldito sello que dice que son nietos del tano Neri y sus hijos también lo llevarán. Está visto que esta mierda no se murió con ese hijo de puta. La sociedad sigue diciendo que no somos dignos.

—Sos el hombre más digno que conocí, por eso te hice mi esposo.

Donato sabía que la opinión de su mujer cambiaría, y eso pudo haberle torcido la mano, pero, tras evaluar los pros y los contras, lo consideró una consecuencia de la que se ocuparía a futuro. Por el momento, lo primordial era poner en marcha el plan:

—Me esforcé, dediqué mi vida a esta causa; todo lo hice por ellos, por mis hijos, y no fue suficiente —aseguró—. Ahora les llegó el turno, uno deberá tomar las riendas y, para que lo haga, tengo que engañarlos a todos.

—No comprendo —dijo ella, esperando que fuera más claro.

—Voy por la alcurnia —explicó, y Joana se despegó de su marido y caminó por el despacho hasta pararse frente a él intentando comprender el plan enunciado. Donato continuó—: Voy a comprar el apellido que garantice la tranquilidad de mis nietos para darles una vida distinta, eliminando la impronta del origen que los defenestra. La sangre de los Neri se mezclará con la del patriciado y ya nadie se atreverá a calumniarnos, porque eso sería igual que rebajar a uno de los suyos al mismo lodo por el que nos arrastraron gracias a mi padre.

—Pensá bien lo que pretendés hacer, Donato. ¿Quién va a aceptar tamaño sacrificio?

—No será un pedido, será una obligación que asumirá quien sé que puede cargar con ella.

—¿Bhric? —consultó Joana.

Donato asintió, y agregó:

—Pero eso solo lo sabemos nosotros.

—Meribeth no lo permitirá —le advirtió, sintiéndose una traidora ante la exesposa de Donato.

Dejaron el despacho, Joana continuó con las directivas en la cocina y, preocupada, intentó relajarse con un baño de inmersión antes de disponerse a recibir a sus hijos.

Bhric acarició la espalda de la mujer, cuyo cuerpo yacía laxo y satisfecho sobre el de él. El malogrado viaje a Gran Bretaña y los sucesos ocurridos al llegar lo habían tenido preocupado, tenso. Esa cita le había permitido relajarse y se lo agradeció a su manera, acunándole la cara con las manos y besándole la frente.

—Tengo que irme, bonita.

—Mmmm —ronroneó ella, con intención de hacerlo cambiar de opinión.

Él sonrió sobre sus labios. Le hubiera gustado quedarse, pero Donato los había citado y Bhric no antepone el placer a las obligaciones. Con la palma le recorrió desde la nuca hasta los glúteos, con suavidad la dejó sobre la cama antes de ir al baño para ducharse y llegar a tiempo a la casa de su padre.

Ingresó al living de la casona de San Isidro, saludó a Vera y a Joana, que estaban hablando de la moda en Europa. Su madrastra lo retuvo rodeándole el cuello con los brazos para consultar en su oído:

—¿No venís de la empresa, verdad?

Él la tomó con suavidad de las muñecas y le guiñó un ojo antes de palmear el hombro de Donato. Se sirvió un whisky y preguntó:

—¿El benjamín?

—Paulo juega un partido de tenis con sus amigos —informó Joana—, debe de estar por llegar.

—Dije que los quería aquí a las nueve —comentó irritado Donato, para luego enfrentar a su esposa—, ¿por qué tu hijo no toma en cuenta lo que pido?

—No puede abandonar el juego hasta que el partido termine. Seamos pacientes y disfrutemos de la compañía de tus hijos.

Vera sonrió, Donato respiró hondo y Bhric le comentó a su padre:

—La garota te conoce.

—Buenas noches —saludó el menor de los Neri, con claras muestras de llegar directamente del club, con todo el sudor en el cuerpo y esparciendo, por sobre el roble de Eslavonia del piso, el polvo de ladrillo de sus zapatillas.

—¡No puede ser! —exclamó Donato, ofuscado—, mirá el estado en el que te presentás.

Joana se levantó del sillón y abrazó a Paulo; luego se sentó sobre el apoyabrazos junto a su marido para acariciarlo y aconsejarle:

—Estabas preocupado por su demora pero ya está aquí, pasemos al comedor.

Donato salió del salón con Joana de su brazo. Vera le arrojó un beso al recién llegado, sonriendo para que comprendiera que no tendría contacto con él hasta que se aseara, y Bhric le propinó un golpe en la espalda con el que lo hizo avanzar dos pasos.

—¡Epa, *highlander*! Me vas a romper —se quejó Paulo.

—Joana tuvo que tranquilizar al Tano por tu culpa.

—A mi madre le encanta tranquilizarlo —comentó burlón, de camino al baño.

El comedor de la propiedad de los Neri, un sitio suntuoso de techos blancos y altos desde donde pendía la gran araña de bronce y opalinas, con paredes en ámbar claro que contrastaba con el pulcro nogal de la mesa, aguardaba a los cinco comensales. Donato presidía la reunión desde una de las cabeceras; Joana jamás quiso ocupar la silla que lo enfrentaba y, como era su costumbre, tomó el sitio a la derecha de su marido. Vera se acomodó a la izquierda de su padre, junto a Bhric. Paulo, con la melena caoba brillando por el agua, ingresó con su amplia y distendida sonrisa, diciendo:

—Toda la familia reunida, viejo. ¿Comemos o largás el sermón antes del primer plato?

Joana apoyó una mano sobre la rodilla de su hijo a manera de advertencia y este calló, en tanto todos sintieron el malestar de Donato. Vera se removió

incómoda sobre su silla. Bhric frunció el ceño y estudió a su padre.

—Cenaremos primero, de lo contrario tu madre se molestará conmigo — anunció el dueño de casa—, luego tomaremos el café en la sala y allí hablaremos.

Paulo susurró en el oído a su madre:

—¿Quién metió la pata?

La mujer ignoró la pregunta y ordenó que se sirviera la cena.

Mencionaron el reciente viaje del menor de los Neri por Brasil, el concierto al que asistiera Vera el sábado anterior y, finalmente, la breve incursión de Bhric por Escocia.

—¿Cómo estaba Meribeth? —quiso saber Joana.

—Muy bien, gracias *mamãe*.

Ella sonrió, demostrando cuánto apreciaba que utilizara ese mote.

—¿Irás tu madre a Venecia este año? —preguntó Vera.

—No me lo confirmó —respondió Bhric y miró de soslayo a su padre.

—Una pena —se lamentó la hermana—, adoro todo lo que Meribeth consigue en los anticuarios.

Donato continuó con la cena, sin hacer referencia a los comentarios sobre la mujer que había sido suya. Joana dejó los cubiertos sobre el plato y encerró con sus dedos los de él, que suspiró levemente. Ambos sabían que el próximo destino de Meribeth sería Buenos Aires.

Después del postre, Joana miró a su marido, que cerró los ojos unos segundos comprendiendo que había llegado la hora.

En la puerta del comedor los aguardó la cocinera de la casa, para recibir los comentarios sobre la cena especial que preparó para la familia. Paulo la tomó por la cintura y la alzó unos centímetros:

—¡Ah, *cozinhas como deuses*!

—*Muito obrigado* —respondió contenta la mujer.

—Soltala ya, Paulo —ordenó Donato—, no la incomodes.

Vera sonrió y caminó hacia el mullido sillón frente al hogar de reluciente Portoro, donde de pequeña disfrutaba viendo las vetas doradas fundirse con las

llamas de los leños.

Bhric incrustó la mano sobre un hombro de Paulo a manera de advertencia; esa noche, la poca predisposición de su padre para las bromas era clara señal de la gravedad de lo que transmitiría. Se preguntó si tendría relación con el incidente vivido en la autopista a su regreso de Escocia.

—Sé que están ansiosos de conocer los motivos por los que los reuní esta noche —comenzó Donato, luego de convidar a los hombres con coñac—, pero primero lo urgente, Ferraro está buscando a los que interceptaron a Bhric en la autopista —comentó— entre tanto, todos ustedes seguirán las normas de seguridad impuestas por él. Paulo, tené en cuenta la orden y no te mandes una de tus acostumbradas escapadas. Vos, Bhric, más te vale que dejes a tu guardaespaldas ocuparse de cualquier agresor y, por supuesto, aguantá que se te pegue como una mosca aunque eso interfiera en tu burbuja de aislamiento. Hasta que Ferraro lo resuelva no son libres, son fichas a expensas del dueño de un tablero que por ahora no muestra la jugada.

Con un gesto Joana les rogó que entendieran que la orden se impartía desde el mayor de los miedos de un padre que comprendía que estaba frente a hijos adultos. Bhric continuó sentado con las rodillas separadas, los brazos apoyados en ellas y las manos enlazadas al frente, con la mirada ceñuda plantada en los dibujos de la alfombra persa.

—Será por poco tiempo —trató de conciliar la mujer—, Ferraro hará su trabajo. Seguramente no ha sido más que un error pero, hasta confirmarlo, sigan las instrucciones que su papá les dio.

Paulo se acercó a ella, la besó en la mejilla y le susurró al oído:

—Todo está bien, *mamãe*.

—Mañana regresaré a mi departamento —anotició Camila, deseando que Martina se encontrara en condiciones de vivir sola en la casona.

—No es necesario, podés quedarte hasta que terminemos con la sucesión y decidamos cómo siguen nuestras vidas.

Martina no deseaba enfrentar la soledad en un espacio cargado de recuerdos de un pasado que se negó a oficiar de guía, de manera que Camila consideró oportuno cambiar el tema:

—Me reuní con el especialista en administración que me recomendó una amiga, pienso proponer su nombre al abogado para que lo acredite ante el juez.

—Ah, yo tomé cita con Bengoechea para el lunes —dijo Martina—, si querés vamos juntas y se lo comentás.

La empleada doméstica dejó sobre la mesa las bandejas con la cena, las mujeres agradecieron y tomaron asiento para comenzar a comer.

—Jamás pensé que estaríamos tan solas, Camila —se lamentó la mayor de las Ocampo.

—Nos tenemos la una a la otra y juntas vamos a solucionar lo que sea que estuvo preocupando al Tata y a mi padre.

—¿Sospechás que no fue un accidente? —preguntó. Había sido ella quien decidió que no se investigara creyendo que, de esa manera, protegía los restos de su hermano para que no los ultrajaran más.

—Podemos pedir que revisen el caso, si querés.

—¿Vos qué querés, Cami?

—Hacerme cargo de un problema a la vez —respondió, demostrando el agobio que sentía.

Sus palabras repicaron en la mente de Martina y espetó:

—Tu padre ha muerto, el Tata ya no está; somos dos ignorantes en cuanto a negocios. Vendamos todo y dejemos el pasado atrás.

—Desde El Chasqui se manejan todos nuestros intereses, por eso hay que pedirle al abogado que apure los trámites para dejar el tema en manos competentes. El Tata y papá eran apreciados, lideraron el rubro durante años y jamás se los mezcló con nada turbio, de manera que la sospecha de un atentado no me parece lógica. Lo peor ya nos ocurrió al perderlos —dijo Camila muy seria—, de este pozo solo podemos ir hacia arriba. Entendé que todavía tenemos una empresa, tu carrera, la mía y juntas podemos afrontar lo que sea.

—No estoy acostumbrada —aseguró Martina, dejando los cubiertos sobre el

plato—. Me educaron para sobresalir en las reuniones sociales y consagrarme como concertista, desconozco todo lo referido a negocios, papá siempre se ocupó de mis contratos y vos no sos muy diferente a mí, Camila.

—Todo se aprende, y contamos con dinero para contratar a los que sepan hacer aquello que supere nuestras capacidades. Mi agente no me comprometerá con ninguna campaña más hasta que resolvamos estos temas.

Martina insistió:

—Somos mujeres en un terreno que dominaban los hombres. El de transportes es un rubro rudo, con tipos curtidos que no nos aceptarían allí como las dueñas; no nos admitirán entre ellos, mucho menos seguirán nuestras directivas.

La menor de los Ocampo se quedó en silencio, pensando. Su posición socioeconómica le brindaba la posibilidad de vivir sin preocuparse por los ingresos; como hija de Leonardo Ocampo recibía una mensualidad que sumada a su profesión le permitía desenvolverse con holgura. En sus planes jamás consideró ser parte de los negocios familiares. Observó a Martina, encontró similitudes que no había tomado en cuenta y eso no le agradó.

De soslayo leyó el ingreso de un mensaje de WhatsApp de un amigo que la invitaba a un boliche de Palermo. Decidió que no estaba interesada y declinó el ofrecimiento. Volvió a concentrarse en la tía y le preguntó:

—¿Por qué jamás te casaste?

Martina cerró los ojos con fuerza. Debido a la distancia, la relación entre ellas había sido acotada. El accidente que se llevó a los padres de Camila y dejó agonizando a José Manuel convirtió la casona familiar en el refugio donde se escondieron de la soledad. Pero el acompañamiento traía consecuencias y Martina nuevamente se encontraba enfrentándolas por las preguntas de su sobrina.

La muchacha insistió:

—¿No te enamoraste nunca?

—Sí —confesó, finalmente, arrastrada hacia los recuerdos—, estaba obnubilada por él; lo admiraba, lo observaba y no existía un hombre más varonil en todo el mundo. —Camila, quieta, la escuchó encantada de conocerla

íntimamente—. Es más grande que yo —dijo Martina, utilizando el presente—, entre nosotros existían diferencias que papá consideró insoslayables.

—¿Dejaste que el Tata te alejara de él?

La mujer se levantó de la silla y caminó hacia la mesa auxiliar para servirse una taza de café negro.

—Tía —insistió—, ¿te separó de él?

—Y tenía razón —aseguró—, yo no era más que una veinteañera ridículamente soñadora, y ese hombre ni siquiera se dio cuenta de que lo amaba. Me enternecí con su hijita y adoré la seguridad que emanaba de él.

—Pero entonces... —recapacitó Camila— ¿era un hombre casado?

—No quiero hablar del pasado, no tiene sentido. Quisiste saber si alguna vez estuve enamorada, ya conocés la respuesta.

—¿Es pasado? —inquirió, sin darse cuenta de hasta dónde la vulneraba.

—No fue; y con eso basta. No escarbes más, hoy tenemos otros escollos que sortear.

—Tenés razón —se disculpó—, pero ahora entiendo de dónde brota lo que exteriorizás cuando tocás el piano; te escucho y puedo llorar, reír, erizarme; siempre creí que era por tu don pero es más que eso, es tu corazón guiando tus dedos.

—Mis interpretaciones no tienen nada que ver con eso, Camila.

La sobrina se sintió intimidada, Martina no quería compartir sus sentimientos. Recordó a su abuela, muerta cuando ella era chiquita, y la magnífica conexión que mantenían; tal vez, la falta de contacto con Martina se debiera a que sentía celos.

—Tina, ¿te acordás del cofre del tesoro de la abuela?

Sorprendida, la mujer giró y consultó:

—¿Te referís a la caja de *bijouterie* con la que mi madre te disfrazaba?

—Sí —dijo sonriendo—, para mí eran piedras preciosas. Ojalá el abuelo no la haya regalado. ¿Sabés dónde la guardaba?

—Creo que en su cuarto. ¿La querés?

—Acompañame a buscarla.

La suite de la casona Ocampo daba cuenta de la suntuosidad de sus residentes. José Manuel no había hecho un solo cambio en el espacio que compartiera con su esposa.

—¡Aquí está! —exclamó feliz Camila, y abrió de inmediato el cofre de plata.

Se sentaron sobre la cama y comenzaron a reír recordando las fantásticas historias que la abuela creaba para describir el origen de cada pieza. Un collar rescatado de un barco pirata hundido en el mar del Caribe, el brazalete que perteneciera a Cleopatra; un zafiro azul que el Rey Sol hizo confeccionar especialmente para su reina... Cada anécdota era más disparatada que la anterior y recién ahora, de adulta, Camila podía comprender que aquellas historias no eran más que el amor de la abuela generando fantasías en la mente de una niña que adoraba sentirse única.

Con todo el contenido desparramado sobre la cama, llegaron al doble fondo donde se escondían los anillos que supuestamente eran de “oro y diamantes”, pero allí solo encontraron la foto de un piano. Extrañada, Camila la tomó con delicadeza y se la pasó a la especialista, para consultarle:

—¿Es un Fazioli?

Martina observó en detalle, y reconoció no solo el piano sino también la sala de ensayos que lo albergaba. Comenzó a guardar en el cofre las piezas y se lo tendió:

—Para vos tiene un gran valor sentimental. Quedátelo —ofreció, en tanto guardó la foto dentro del bolsillo de su pantalón y la distrajo con la pregunta—: ¿Querés dormir en tu departamento desde esta noche?

—Sí, si no te molesta, pretendo volver a la normalidad.

—Te entiendo. ¿Necesitás de mi ayuda para recoger tus cosas?

Algo confundida, Camila rechazó la propuesta:

—Puedo sola.

—Entonces, iré a acostarme. Tal y como dijiste, ataquemos un tema a la vez.

En soledad, Camila lamentó que el recuerdo de alguien que quisieron tanto no las ayudara a entablar lazos.

Miró el candelabro de porcelana que de pequeña no le dejaban tocar. Órdenes,

límites, el acatamiento de reglas sociales de una clase que pretendió perdurar ignorando igualdades avaladas por la lógica, y el indómito laberinto de sentimientos repletos de enigmas. Insurgentes, sus dedos encerraron la base del adorno; su brazo lo elevó más allá de la altura de su cabeza y bajó con fuerza, liberándolo, para que se estrellara contra el piso. Vio los trozos desperdigados sobre el suelo sin poder comprender qué rebeldía extraña la poseyó para destruir algo que siempre había admirado.

La reunión familiar no había terminado. Donato encendió un habano, lo hizo girar sobre sus labios y pitó lento, buscando en las brasas las palabras adecuadas.

Bhric se acercó al mueble bar, consultó con la mirada si alguien deseaba un trago y, ante la negativa del resto, sirvió una medida de whisky, apoyó el cuerpo contra la pared, introdujo una mano en el bolsillo y bebió un largo sorbo. Su anatomía intimidó menos que su fría mirada. Estaba convencido de que el anuncio no sería de su agrado.

—Somos todos adultos y tenemos responsabilidades —dijo Donato y miró a sus hijos. Paulo, sentado, apoyó una pierna sobre la otra; Vera cruzó los brazos contra el pecho y Bhric sorbió algo más del scotch. Donato buscó los ojos de Joana antes de continuar—: Siempre asumí las mías. Ahora, serán ustedes quienes garanticen el futuro.

Hicieron silencio, la respiración de todos se detuvo esperando conocer cómo seguía aquello. Joana acarició la mano que su esposo incrustaba sobre el apoyabrazos, pretendiendo asegurarle que ella siempre estaría a su lado.

—Soy el hijo del tano Neri —continuó Donato—, trabajé para incrementar nuestro patrimonio y ustedes me ayudaron, pero no fue suficiente para eliminar todo lo malo que él ha hecho. Nuestro apellido lleva la marca del arrabal y la mala vida que nos impide movernos con libertad.

—Bhric se reunió con un grupo en Londres —le recordó Paulo—, estoy seguro de que se quedaron pensando su propuesta...

—Lo sé —lo interrumpió Donato—, pero esa no es la solución y tu

intromisión no deja que me explique. —Paulo sonrió ante el reto, y él prosiguió —: Aunque los negocios a los que accedemos tienen un techo, nuestra posición económica no me preocupa. Él fue en busca de incorporarnos en el mercado bursátil del exterior sin comprender que ahí no está nuestro freno. —Se levantó del sillón y caminó hacia Bhric, que lo miraba a los ojos—: Sos economista, uno de los mejores; ves los números con más claridad que muchos, pero no te das cuenta de cuál es nuestro límite real.

Vera se abrazó el cuerpo con más fuerza y cerró los puños. Desde uno de los sillones, Paulo afirmó los pies sobre el piso y estiró el torso del cuerpo hacia adelante. Joana cerró levemente los ojos, rogándoles paciencia.

—Soy el hijo del casho y todo el mundo me lo hizo sentir. Ustedes se movieron en ámbitos que los aceptaron por mi fortuna mientras que, por detrás, se comentaba que eran los nietos del matón. Hace años Vera fue rechazada por Martínez Roa, que no tuvo coraje para defender ante los suyos el amor que sentía por ella. —Vera supo que sus ojos se llenaban de lágrimas y bajó la cabeza para ocultar su debilidad. Bhric apretó una mandíbula contra la otra, rogando porque su padre tuviera motivos valederos para recordar tal humillación a su hermana, o se arrepentiría por la cobardía—. Eso que te ocurrió, *cara mía* —dijo, acercándose a Vera—, es lo que les pasará a mis nietos. Todos llevamos el signo Neri, no alcanzan dos generaciones para borrarlo.

—Al grano —reclamó Bhric, conteniendo la irritación.

—Hay una manera de cortar con este estigma —aclaró y, sin pausa alguna, continuó—: ser uno de ellos.

—No entiendo —dijo Paulo, elevando la mirada a su padre.

—Tenemos que ligarnos con una de las familias tradicionales de Argentina, de esa manera serán ellos quienes estén interesados en sepultar definitivamente nuestro pasado.

Bhric dejó el vaso sobre la mesa de arrime y caminó hasta su padre para posicionarse frente a él:

—¿Y creés que obteniendo la patente de corsario te liberás del origen pirata?

Paulo intentó suavizar las aguas:

—Estamos orgullosos de ser tus hijos y ninguno desea limpiar nada. No necesitamos comprar a ninguna mujer de nariz respingada que se le frunza el culo cuando la encaren por estar a nuestro lado.

—Asumís que mi pedido es para vos o Bhric, y te equivocás.

Los hermanos flanquearon a Donato para que tuviera en claro que no permitirían que Vera formara parte de su trama y ella rompió el enlace de sus brazos para llevarse las manos a la boca.

—Siéntense todos —reclamó con voz firme Joana—. Bhric, guardá silencio y escuchá todo lo que tu padre tiene para decir; Paulo, hacé lo mismo; Donato no ha terminado.

Luego del apoyo brindado por su mujer, el hombre continuó:

—Vera, te enamoraste de ese tipo y, cuando te dejó, te refugiaste en el trabajo de la embajada. No fuiste feliz —dijo, acuclillándose ante ella—, no supiste aprovechar el lugar de privilegio que ocupás, pero yo voy a comprar tu felicidad y la tranquilidad de mis nietos.

—No comprendo —comentó desorientada.

—Martínez Roa puso en riesgo su fortuna —anunció el dueño de casa—, vino desesperado a rogarme un rescate.

—¿Pretende entregarla? —consultó Paulo a Bhric, con los ojos desorbitados.

Donato siguió tratando de tentar a su hija:

—Con esta solución ganamos todos...

—Este juego macabro —tildó Bhric— se termina ahora. Vera no es objeto de cambio —aseguró, sin elevar la voz, pero todos sabían que ese tono era el propio de un Cameron exaltado.

—¿Seguís queriendo a ese hombre? —le preguntó Joana a su hijastra. Los carriles por los que su marido conducía la conversación se alejaban de lo hablado con ella antes de la reunión.

La hija de Neri tomó coraje y se expresó:

—No puedo casarme con él, papá. Estoy enamorada... de otro.

Donato tomó la cara de su hija entre las manos:

—Le doy gracias a Dios por eso.

Balbuceando, pero convencida de que debía ser contundente, Vera continuó:

—Estoy esperando un hijo de Mario.

Joana se llevó las manos al pecho y corrió al lado de su hijastra, para arrullarla y besarla en las mejillas:

—¡Qué felicidad! ¡Por fin otra vez un bebé en esta casa!

—¿Quién es él? —preguntó Donato, demostrando molestia.

Vera soltó las lágrimas que llevaba tiempo conteniendo, Joana intentó calmarla, hasta que por fin la escucharon decir:

—Es mi entrenador personal.

—*Figlio di puttana!* —fue el exabrupto que salió de la boca de Donato, que no solía emitirlos frente a su familia, y se llevó las manos a la cabeza—. Ese don nadie viene tras tu fortuna.

—Vos pretendías venderla a cambio de un apellido —lo increpó Bhric.

—No entendieron nada —se defendió Neri.

—Nos amamos —comunicó Vera, rogando comprensión por su realidad tan distinta a la de aquel amor de antaño.

—Eso no liberará a mi nieto de sufrir los mismos desprecios que vivieron ustedes —agoró Donato—; estarás en boca de todos en cuanto se conozca tu estado.

—¡Ya basta! —suplicó Joana.

—Toda la vida soportando un sacrificio tras otro para darles todo, ¡todo! —repitió Donato—. Los hice gente de bien, los eduqué en las mejores universidades, los insté a trabajar y les abrí las puertas para que tuvieran una vida digna y aquí estoy, otra vez en el principio. Van a agarrarse también de esto, ¿no lo ven? Van a decir que la nieta cuarentona del matón...

—Elegí una —encaró Bhric a su padre—, la que sirva a tus fines.

—¿Qué decís? —intentó frenarlo Paulo, tomándolo del brazo.

El Neri con genes escoceses no se retractó:

—La que te parezca, pero bajo mis condiciones: un casamiento sin pompa, con un acuerdo prematrimonial donde las cláusulas las pongo yo.

—¿Te vas a hacer cargo de liberar a tu hermana y a tu sobrino de nuestro

pasado? —preguntó Donato a Bhric.

—El tiempo corre; elegila, no la objetaré.

—¿Por qué tengo que ser yo quien te busque esposa? —increpó Donato para terminar de provocarlo.

—Porque me da lo mismo quién sea. Cualquiera. Yo pagaré la tintorería de nuestro apellido. Después recuperaré mi libertad y regresaré a Aberdeen.

—¡Bhric! —se angustió Joana, entendiendo que Donato había ido demasiado lejos.

—*Mamãe*, lo conocemos, no va a desistir. El hijo de Vera no merece el maltrato de ajenos y su abuelo ya se encargó de hacer girar la rueda nuevamente. Paulo se enamorará de cualquier estirada y no podremos librarnos de ella. Yo soy inmune a las narices respingadas.

—Si te casás y llegás a tener un hijo, los uniré un lazo de por vida —le recalcó Joana para que reflexionara.

—Ese sería el broche de oro que te aseguraría la meta, ¿verdad, papá? Pero, si llego a tener un hijo, tené en claro que será mi responsabilidad y vos te aguantarás a la madre que designes —anunció, pagando con la misma moneda.

El clima tenso se incrementó cuando Bhric Neri Cameron se acercó a las mujeres para besarlas y palmeó el hombro de Paulo antes de abandonar la casona.

Solos, y en su cuarto, Joana increpó a Donato:

—Estabas al tanto del embarazo, por eso urdiste esta trama.

—Los tiempos se acortaron. Mi nieto tiene que ser recibido como un rey.

—¿Por eso decidiste sacrificar a uno de tus hijos?

—Era más joven que Bhric cuando mi padre exigió que me casara con Delia —le recordó—, comprendí que era necesario unir fuerzas, acabar con los roces entre familias y beneficiarnos unificando las fortunas. Ni Bhric ni Paulo dieron muestras de estar en busca de una pareja y el mayor ya tiene treinta y tres años. No es el amor lo que los lleva a la cama de las mujeres que luego olvidan en la

mañana. Si encaminé a Bhric hacia esta solución, es porque estoy convencido de que puede hacerse cargo; a su edad yo ya tenía auestas dos matrimonios y un par de hijos; pude hacerlo, él también podrá.

—Bhric siente un gran cariño por Keite pero no creo que esté enamorado —le recordó Joana, caminando hacia el lecho para recostarse a su lado—; igual, ella tampoco serviría a tus fines, es escocesa y no pertenece a una familia de alcurnia.

—Jamás pensé en ella.

—Donato, no es bueno interferir en la vida de los otros. Son nuestros hijos y deben elegir su camino. Crecieron a pesar de los desprecios, sus hijos también podrán hacerlo.

—Vera tiene cuarenta años, dejó que un cazafortunas la embarazara y otra vez nuestro apellido es el blanco de las habladurías. Paulo está muy cómodo en su sitio de mujeriego, tardará mucho en sentar cabeza. Con el tiempo, Bhric regresará a Escocia a tomar las riendas de la empresa Cameron y toda la responsabilidad de sostener mi fortuna caerá sobre los hombros de tu hijo que, además, deberá lidiar con un cuñado vividor. La única manera de ayudarlos es que Bhric afirme sus raíces aquí.

El calor era inusual para esa mañana de marzo. Camila buscó en su vestidor algo liviano, y no demasiado llamativo, para presentarse en la empresa de transporte de su familia. Se decidió por una pollera tubo color caqui y una blusa sin mangas en tonos de beige y marrón. Se calzó sandalias de taco medio y recogió su cabellera rubia en una cola de caballo. Apenas si delineó los ojos y se aplicó brillo en los labios. Se miró en el espejo y consideró que su aspecto era formal.

No conocía bien el barrio de Saavedra y todas las calles parecían ensañarse en su contra, impidiendo que llegara con el auto hasta la puerta de El Chasqui Argentino. Cortes por arreglos de pavimento y desvíos por el cambio de cañerías maestras la arrojaron una y otra vez contra la avenida General Paz, que separa la Capital del Gran Buenos Aires. Maldijo por no tener consigo un GPS o una mísera guía con planos de las calles de la ciudad. Un Lexus gris le tocó bocina y Camila bajó el vidrio de la ventanilla para enseñar erguido el dedo medio de su mano izquierda al “sin paciencia” que lo condujera. Tarde se dio cuenta de que se trataba de Paulo Neri. Él hizo señas de que lo siguiera y, comiéndose el orgullo, posicionó el Mini Cooper detrás del Lexus. Afortunadamente el hombre supo guardar la compostura y no mencionó que ella desconocía cómo llegar por sí sola a su propia empresa.

Luego de presentarse en la entrada, fue guiada por los pasillos hasta el despacho de la dirección. Aspiró profundo al sentir que el espíritu de su padre y su abuelo continuaba rondando el lugar. Una oficina junto a la otra, presidencia y gerencia; dos hombres que unidos trabajaron por años y que casi al mismo

tiempo desaparecieron.

Neri sabía qué buscar, habló de relevamientos, de gestión, de riesgos contingentes, auditorías y de un montón de puntos a los que vaya a saber qué devolución le darían. Camila no entendía nada de eso.

Él reunió la información que consideró necesaria y convocó al personal para notificarle:

—Martina y Camila Ocampo son las legítimas herederas de José Manuel y Leonardo Ocampo; el doctor Bengoechea, representante legal de El Chasqui según figura en el contrato social, acordó con las señoritas nombrarme administrador. En cuanto el magistrado lo acredite, ubicaré en el despacho de la gerencia a un representante de mi estudio con quien tendrán contacto directo.

Camila lo escuchaba atenta. El hombre era firme, seguro, inteligente y muy atractivo. Se preguntó si sería gentil en la intimidad y sacudió la cabeza para borrar esos pensamientos y concentrarse en el objetivo que los tenía allí reunidos.

Paulo solicitó dos pases libres para utilizar las cocheras principales del estacionamiento. Observó que la heredera de piernas largas y culo respingón distraía a los hombres. Un machista le hubiera aconsejado cambiar de vestuario para presentarse en la empresa, pero él tenía en claro que la cosa no pasaba por ahí, sino porque Camila era muy hermosa. Frente a los autos, y antes de despedirse, le comentó los mecanismos por seguir:

—Es necesario que nos reunamos a diario para que puedas ir comprendiendo cómo moverte dentro de la empresa, preciso unos días para revisar la documentación, pero ya podemos comenzar a trabajar.

—Mi abuelo nos advirtió de un peligro, habló de traición. Martina prefiere vender la empresa, pero yo quiero conservarla porque la fundaron mis ancestros. Eso no quiere decir que dejaré mi carrera de modelo para dirigir El Chasqui. Quiero que ustedes se ocupen de administrarla bajo nuestra dirección.

—Un paso a la vez —dijo Paulo y la hizo sonreír—. Me mantendré en contacto con vos por mail por cualquier imprevisto que surja de aquí en más; el lunes próximo te espero en el Grupo a las seis de la tarde. ¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Camila, y lo vio teclear en el iPhone.

De: Lic. Paulo Neri

Para: Camila Ocampo

CC: Augusto Lemos

Asunto: Presentación

Estimada señorita Camila Ocampo, la contacto con la persona que designé para que nos represente dentro de su empresa El Chasqui Argentino. El licenciado Augusto Lemos es de mi entera confianza y miembro del staff del Grupo Neri al que pertenezco.

La saluda atentamente

Paulo Neri

Gerente General

Grupo Neri S.A.

—Acabo de enviar a tu casilla los datos de Augusto, que es a quien pondremos a trabajar aquí.

—Gracias —dijo, sorprendida por la eficiencia y rapidez con la que Paulo se manejó; y anotó mentalmente preguntarle a Lucila por qué razón había cortado su relación con él.

Regresó a su departamento en el barrio de Palermo escuchando a Ed Sheeran. Aún seguía canturreando cuando dejó la cartera sobre la mesa de living: “Estoy pensando en voz alta, quizás encontremos el amor justo donde estamos”.

Encendió el aire acondicionado y tomó un baño refrescante. Por la noche cenó en un restaurante con Martina, para comentarle las novedades y los pasos a seguir, sin imaginar las malas nuevas que su tía traía:

—Tenemos otro grave problema, Camila.

—Decime.

—Hay inconvenientes con la herencia, el abogado se comunicó conmigo en la

mañana.

—¿Inconvenientes?

—Existe un juicio de filiación y el juez que lo lleva paró la sucesión —Camila la miró sin comprender, Martina se explayó—: Dos personas dicen ser hijos no reconocidos de mi padre.

—¡Una calumnia! —exclamó Camila, sin medir el volumen adecuado para el restaurante de prestigio en el que se encontraban.

A pocas mesas de distancia, Bhric compartía la cena con una atractiva morena y su atención fue interrumpida por el exabrupto de una mujer desbocada. Con curiosidad buscó a la causante de tal desubicación y elevó la ceja derecha al comprender que no era otra que la de la empresa de transportes. Hizo memoria tratando de recordar su nombre: «Camila Ocampo, otra nariz respingada que se cree dueña de interferir en la tranquilidad del resto del mundo».

Ella no lo vio, estaba demasiado enojada por la chicana de esos dos oportunistas.

—No es un problema —le aseguró Camila—. Exigiremos que se les haga un ADN y los desenmascaremos de entrada. Cuanto antes, mejor; para que nadie ose manchar el buen nombre del Tata.

—Camila... —infructuosamente, Martina trató de que la escuchara.

—¡Camila, nada! El Tata era impoluto, si tuviera más hijos estarían reconocidos, se habría hecho cargo —afirmó—. Ni por un solo segundo permitiré que alguien ensucie su memoria.

Martina miró hacia los lados, el tono utilizado por su sobrina no pasaba desapercibido; con una seña de su mano intentó que lo moderara y aclaró:

—Camila, hay cosas de él que desconocés.

—¿Me estás cargando? ¿Vas a poner en duda su integridad? Si fuera verdad, el Tata les hubiera dado el apellido y conoceríamos a esas personas; pero son dos impostores...

—Mi padre —la interrumpió— mantuvo una vida un tanto licenciosa.

Camila arrojó los cubiertos sin cuidado sobre el plato.

Bhric volvió a elevar la ceja. La morena le acarició una pierna por debajo de

la mesa y él se justificó:

—Te pido disculpas. Me molesta que la falta de educación de algunas personas te haga sentir incómoda.

—Olvidate de la tilinga, yo ni la registro —le aseguró.

En la otra mesa, Camila le reclamó a Martina:

—Exijo que te expliques.

—Tu abuelo —comenzó a destejer la trama Martina— era un cajetilla que frecuentaba los suburbios, aunque jamás permitió que las mujeres a su cargo mantuviéramos roce con quien no fuera de nuestra clase social. —Camila la escuchó ceñuda y en silencio; con la mirada la apremió para que continuara—. Tenía por amigo a un mafioso dueño de los burdeles a los que asistía. Se ocupó de mantener oculta de la familia esa segunda vida a la que estaba acostumbrado desde joven. Poco antes del accidente, mi hermano me contactó en París, comentó que papá había recibido el llamado de dos... —hizo una pausa buscando el mote adecuado— individuos que reclamaban un lugar en la familia.

—No entiendo —indicó Camila, molesta— ¿vos ya sabías?

Martina no le respondió y continuó:

—Hace años, la prostituta de un burdel dio a luz a un par de bastardos y aseguró que había sido preñada por José Manuel Ocampo. Los que llamaron dijeron ser hijos de ella.

Martina daba muestras del bochorno y repudio que sentía por sus presuntos medio hermanos.

—Pero no son hijos del Tata, ¿verdad? ¿Vos creés que sea posible?

—Yo no quiero sumar en nuestra familia a dos desconocidos hijos de una prostituta, por muy cara que fuera cuando papá hizo uso de su servicio. —Se llevó la servilleta a los labios y le reprochó—: Deberíamos haber vendido todo y habernos ido bien lejos.

—Esto me supera —indicó Camila, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia el baño, sin observar por dónde lo hacía.

Bhric salió del baño para caballeros y la vio caminar hacia él con prepotencia. Se plantó en medio del pasillo obstaculizándole el paso y, como era de prever,

Camila Ocampo chocó contra la mole de granito escocés.

Elevó la vista desorientada y descubrió el ceño fruncido y la mirada del hombre irradiando furia:

—¡Córrase! —le ordenó molesta.

—Por favor —indicó Bhric.

—¿Por favor, qué? No pretenderá que sea yo quien le dé el paso, ¿verdad? Sea caballero, ubíquese y quítese de mi camino.

Como si de una pluma se tratase, Bhric la tomó por la cintura, la elevó en el aire y la depositó en el piso para que siguiera su camino sin entorpecer el de él. Con la boca abierta por la sorpresa y el bochorno, Camila le propinó un puntapié en la pantorrilla.

—Una burra —la calificó—, ya me parecía.

—Mastodonte maleducado —masculló ella.

—Hace rato —siseó Bhric, hincándole la mirada— que viene haciéndonos partícipes de un espectáculo al que no pedimos asistir.

Ella apretó los labios y giró con violencia. Bastante problema tenía como para preocuparse por enseñarle modales a un guardaespaldas que seguramente había perdido la hombría en alguna contienda y por eso tenía tan mal carácter. Entró al baño y en el espejo se descubrió con una sonrisa irónica dibujada en los labios.

«Sí, un eunuco, un mastodonte que no sirve para otra cosa que no sea poner el cuerpo; pero de inteligencia... cero».

—¿Puedo interrumpirte? —consultó Joana entrando al despacho de su marido dentro del Grupo Neri.

—Por supuesto —respondió Donato.

Ella lo besó y le acarició la mejilla con cariño. Descubrió que él sostenía en la mano un informe con membrete médico y se preocupó:

—¿Qué lees?

—Los progresos en el embarazo de Vera —respondió Donato.

—¿Cómo tuviste acceso a ellos? —lo consultó.

—Querida mía —dijo, sonriendo con picardía—, conozco al ginecólogo de Vera, yo le indiqué qué obstetra debía recomendarle.

—Donato —se enfureció Joana—, ¿cuándo comprenderás que tus hijos son adultos? Permití que sean dueños de sus vidas.

—A la edad de Vera el embarazo es de riesgo, no puedo dejar que caiga en manos de un pelagatos. De ninguna manera. Son mi hija y mi nieto.

—La eminencia, que hiciste que consultara sin saber que se la imponías, ¿qué opina? —intentó conciliar.

—Que todo está perfectamente bien.

—Organicemos una cena en casa para conocer al padre.

—Lo haremos cuando Paulo regrese de Madrid —consintió él.

—¿Mi hijo se va de viaje?

Donato sonrió sin que Joana comprendiera cuál había sido la broma.

En el piso inferior, Paulo estaba reunido con la señorita Camila Ocampo.

—Con respecto a El Chasqui, analizamos los riesgos contingentes y la merma en los ingresos —explicó él—; por el momento descartamos reclamos del fisco o deudas pendientes. El resultado de las verificaciones mecánicas a las unidades es un poco más lento, pero esperamos acceder a él a la brevedad.

—Lemos propone optimizar las hojas de ruta de las combis.

—Sí —afirmó Paulo—, las actuales no son lucrativas, no tuve tiempo de estudiar su idea, ¿lo hiciste vos?

—No pude —comentó apenada—, han surgido más inconvenientes que me mantuvieron demasiado ocupada.

—¿Puedo ayudarte?

—La sucesión está parada, dos personas aseguran ser hijos de mi abuelo y ahora hay que esperar a que se compruebe que mienten. Entre tanto no podemos tocar ninguno de sus bienes.

—Eso será un obstáculo para el trabajo que estamos desarrollando. La actuación del doctor Bengoechea está acreditada porque figura en las actas de El Chasqui, y él me designó como administrador; pero no podemos implementar ninguna política nueva hasta tanto no se resuelvan los pendientes legales. ¿Creés que existe la posibilidad de que la filiación sea real?

Camila se removió inquieta en la silla del despacho de Paulo y, tratando de encontrar la calma, decidió levantarse para caminar por el lugar. El hombre siguió con la mirada el contoneo de las deliciosas caderas aprisionadas dentro de un magnífico pantalón blanco que le permitió reconocer la diminuta tanga que llevaba debajo. Se dispersó mucho más al verla parada del otro lado del escritorio, inclinada y apoyando las manos allí para mirarlo de frente. Casi no logró oírla cuando ella le preguntó:

—¿Estamos haciendo las cosas legalmente?

En ese instante, Bhric abrió la puerta y ante él encontró el perfecto panorama de un trasero turbador, se esforzó por dejar de mirarlo y repasó visualmente la espalda sobre la que caía, como en cascada, una magnífica cabellera rubia.

—Pasá, Bhric —lo invitó Paulo—, con la señorita Ocampo estamos revisando algunos temas.

—Rick, ¡lo que me faltaba! —exclamó Camila, fastidiada porque la interrupción la produjera el patovica maleducado; giró para mirar al recién llegado a los ojos y le solicitó a Paulo—: Pedile que se retire, por favor.

—Te presento a...

Pero Paulo no pudo continuar, Bhric lo interrumpió, molesto por la altanería de la mujer:

—Creo que la señorita no sabe escuchar, tal vez sea sorda.

—Su nombre es Bhric —la corrigió Paulo, asombrado por la descortesía de su hermano.

—¿Tu patovica me dijo sorda? —increduló Camila a Paulo, que no comprendía qué estaba pasando en su despacho.

La paciencia escocesa se acabó en ese instante y le pidió a su hermano:

—Avisame cuando termines tu reunión.

Camila taconeó a repetición con su zapato contra el piso, en tanto Paulo lo detuvo e intentó defender la situación poco profesional en la que, insólitamente, había caído su hermano:

—Te ruego que lo disculpes, Bhric no pretende ser irrespetuoso; no quiero excusarlo pero algo lo está perturbando estos días.

Camila Ocampo no estaba dispuesta a recibir un trato tan descortés, mucho menos de parte de un empleado del administrador que había contratado.

—Tu guardaespaldas no es gentil —le apuntó.

Afortunadamente sonó el intercomunicador de Paulo; la secretaria le advirtió que sus padres deseaban conversar con él en el despacho de presidencia.

—Camila, como te comenté hace un momento, estaré alejado de la ciudad durante un mes y deberás tratar con mi hermano. —Paulo esperó a ver si ella comprendía a quién se refería; al notar que no era así estiró la mano para posarla sobre el hombro del mentado y agregó—: Te presento, ahora formalmente, al doctor Bhric Neri Cameron, mi hermano. Fuera de protocolo me atrevo a recomendarles que se manejen dentro de límites formales y de cordialidad.

—¿Este energúmeno es tu hermano?

—Y eso que recién te conoce —agregó Paulo, muerto de risa, viendo el gesto

cabreado de Bhric—. No te preocupes, está al tanto absolutamente de todo porque fue él en persona quien se encargó de revisar el funcionamiento contable de El Chasqui. Les pido me disculpen, pero tengo una reunión en presidencia.

Lo vieron esconder una sonrisa mientras desaparecía. Camila quiso morirse pensando que debería aguantar al gigante durante todo un mes.

—Vayamos a mi despacho —dijo Bhric serio, señalándole la puerta.

Camila tomó sus pertenencias y caminó como una autómatas, maldiciendo mentalmente.

La oficina era mucho más amplia que la de Paulo, o al menos eso parecía. A la vista había pocos muebles, un gran escritorio repleto de carpetas y con un portarretratos que solo le dejaba ver el reverso, la mesa auxiliar para una computadora de doble pantalla, un par de sillones de dos cuerpos frente a una pequeña mesita, paredes blancas con muescas que posiblemente ocultarían archivos. Frío, impersonal y enorme... como él.

—Siéntese —le ordenó sin mirarla, acomodándose en su sillón.

Lo hizo para estar más cómoda, no por hacerle caso.

—Durante los próximos treinta días —le recordó él, con su mirada hierática— deberá tratar conmigo y con Lemos. Le sugiero que intente limitarse a Lemos; salvo que sea absolutamente necesario, no recurra a mí.

—Sos más viejo que Paulo, ¿no? —ofreció ella como respuesta, quebrando el tono formal que él pretendía utilizar.

—Ese dato no es relevante. Intente no dispersarse.

Camila sonrió y volvió a permitirle a su lengua que se expresara con libertad:

—Olvidate, gigantón. Estás demasiado viejito como para distraerme. Vos me vas a dispersar mucho menos que el bombón de tu hermano.

Bhric maldijo mentalmente porque el repentino viaje de Paulo lo obligaba a tratar con ella. Había intentado mantener la compostura, pero los aires de superioridad de la mujer, que no paraba de mover sus labios rosados y pulposos, lo sacaban de quicio. Ofuscado con él y con ella, no dominó su costado bélico y haciendo uso de la sangre escocesa atacó:

—Sé que te cuesta concentrarte pero te la voy a poner fácil. Llevá los

informes a tu casita de muñecas —dijo, elevando hacia ella una de las carpetas del escritorio—, si se te complica comprender más de un párrafo completo mandale un mail a Lemos, él es una persona instruida y acostumbrada a leer. — Se levantó y abrió la puerta del despacho para que entendiera que la estaba echando.

—Comprendo —arremetió—: ¿Es la semanita en que la sangre no te llega al cerebro? —Bhric frunció aún más el ceño y ella se animó a agregar—: Debe ser muy frustrante para alguien de tu tamaño. Y pensar que los gigantes de los cuentos me producían ternura; tan enormes y tontos.

Bhric caminó hacia ella achinando los ojos y se inclinó para decirle cerca del oído:

—Sí, soy enorme, estirada.

En el pasillo se cruzaron con Paulo, seguido por el matrimonio Neri.

—Me arrojaste a la guarida del león —se quejó la muchacha ante Paulo.

—Camila, te presento a Joana y Donato Neri, mis padres. La señorita es Camila Ocampo, heredera de El Chasqui Argentino.

Donato buscó en las facciones de la muchacha algún parecido con una inocente jovencita de su pasado. Joana la repasó visualmente y de inmediato se detuvo a observar a Bhric que, ceñudo y visiblemente irritado, intentaba dar por finalizada su reunión con ella.

—Encantada —dijo Camila, tendiéndoles la mano—. Siento el comentario que hice recién.

—La señorita ya se iba —interrumpió Bhric, tomándola del codo para guiarla hacia el ascensor.

—Como no me sueltes —le advirtió entre dientes, mientras era conducida—, te vuelvo a patear.

Hasta ella se sorprendió del comportamiento completamente inapropiado para una mujer de su educación. Evidentemente aquel hombre la descolocaba.

—Intentalo, linda —se burló.

—¡Tranquilo, gigantón! —exclamó muy suelta de cuerpo—, los eunucos lengua larga me caen mal. No tenés chance conmigo —agregó, para resaltar que

la había llamado linda, cuando afortunadamente para ella las puertas del ascensor se cerraron y la alejaron de la respuesta del hombre.

—¿A quién heredó? ¿Quién murió? —quiso saber Joana.

—Un accidente acabó con sus padres y dejó agonizando al abuelo. El viejo finalmente también estiró la pata.

Donato se mostró conmovido.

—¿Los conocías? —preguntó Paulo.

—José Manuel y yo fuimos amigos hace tiempo.

—No estaba al corriente de eso —comentó el hijo, tratando de disculparse por haber sido desconsiderado—. Camila llegó a nosotros por medio de la recomendación de una de mis amigas.

—Espero que tu amiguita —indicó Bhric, uniéndose— tenga un par de neuronas conectadas; no como ella.

Joana notó que su hijastro estaba muy alterado esa tarde.

Donato se frotó mentalmente una mano contra la otra.

—Vos la conocés a Lucila —le recordó Paulo a su hermano y luego aclaró al resto—: es modelo, como Camila, preciosa. Con ella tengo una relación meramente física.

—¡Hijo! —lo retó Donato—, estás frente a tu madre, te exijo respeto.

Paulo besó a Joana en la mejilla, ella le sonrió y le preguntó a su marido:

—Donato, ¿te ocuparás vos de llevar los negocios de esta chica?

—No —respondió con contundencia el Tano—, lo hará Bhric en ausencia de Paulo.

Martina jamás sintió apego por El Chasqui Argentino, mensualmente recibía los dividendos y se los entregaba al agente de bolsa para que operara en su nombre. Era una concertista reconocida y su arte valía lo suficiente como para permitirse ciertos gustos. Si fuera por ella, la empresa de transportes debía

venderse. La abrupta aparición de esos dos bastardos la exacerbaba a extremos que no solía experimentar. No quería saber de ellos, mucho menos conocerles las caras; compartir con dos extraños su apellido era algo que le resultaba completamente intolerable. Y, para colmo, Bengoechea acreditó al Grupo Neri como administradores. Por eso debía irse, regresar al ámbito al que estaba acostumbrada, lejos de las habladurías, lejos de Buenos Aires...; lejos de Donato Neri y su Grupo al que Camila incluyó en medio de los problemas. El nuevo viaje había sido calamitoso, perdió a gran parte de sus afectos, y la dignidad de su ilustre apellido estaba en riesgo. Sí, debía irse, sepultar bajo mil paladas de olvido tanto bochorno. Su sobrina no comprendía, seguramente la tildaría de cobarde, pero podía asumir eso con más naturalidad que lo que le esperaba quedándose. Estaba decidida, a fines de abril regresaría a París y desde allí trataría de contener a Camila. En Buenos Aires ya no era ella.

Volvió a mirar la foto que llevaba en el bolso, iba camino a desentrañar el mensaje que dejara su madre. Consultó con el taxista el monto del viaje y pagó. Pisó la vereda de la calle Mendoza y levantó la vista. Frente a la puerta de acceso dudó antes de tocar el timbre. Una voz incorpórea le advirtió por el parlante:

—La sala se encuentra cerrada.

—Soy Martina Ocampo, traigo un mensaje para el dueño.

Pocos minutos después le dieron acceso y la invitaron a aguardar en la antesala.

Se quedó observando las reliquias del coleccionista de piezas únicas escondidas en una casona de Belgrano R, oyó un gruñido y estuvo segura de que no lo produjo uno de los magníficos perros tallados que resguardaban el sitio; sus ojos buscaron de dónde provenía y, con temor, descubrió a los dóberman que, desde el patio al otro lado de la reja, la miraban con desconfianza.

—Buenas noches —dijo el hombre que peinaba canas—. Me comunican que trae un mensaje para mí.

Se sintió algo tonta, pero la foto encontrada en el cofre de su madre no admitía dudas. En el país, el único Fazioli gran cola con pies de oro era propiedad de ese

hombre. Celebridades de todo el mundo elegían ensayar allí gracias al sonido claro y brillante del instrumento y la acústica de la sala especialmente acondicionada. Abrió su bolso, tomó la foto y se la entregó.

El coleccionista la observó largo rato, buscó detalles, tomó una lupa, la acercó a un sector determinado de la imagen, volvió a mirarla a ella y consultó:

—¿Por qué me trae esto?

—La encontré entre las pertenencias de mi madre. Hay poco más de media docena de pianos de ese tipo en el mundo, pero solo uno en Argentina, el suyo.

—Su madre murió hace muchos años —respondió, eludiéndola.

—Sí, desde entonces vivo en París. Pero debí regresar para enterrar al resto de mis seres queridos, la nostalgia me llevó de la mano hasta un cofre de plata donde mamá guardaba chucherías y allí encontré esta foto. Lo considero un mensaje claro y por eso estoy aquí.

—Acompañeme —indicó, señalándole la puerta a su oficina.

Lo que Martina había considerado una gran colección de arte fue una nimiedad comparada con lo que pudo apreciar dentro del privado.

—Usted tiene razón, esa foto es de mi piano. Tengo aproximadamente cincuenta, pero ese es una joya, mi orgullo.

—Tal vez ella deseaba que yo ensayara en él —conjeturó la concertista.

—No, su madre la envió a mí por otra razón.

Confundida, Martina guardó silencio. Él comenzó a aclarar:

—Discutí mucho con ella, pero insistió en que solo podía confiar en mí.

—No comprendo.

—Dijo que quien trajera esta foto demostraría haber mantenido con ella un lazo afectivo superior al del dinero.

—Por supuesto, mi madre y yo nos queríamos más allá de todo.

—Era imperioso convencerse —dijo, y se explicó—: Cuando se vive entre afectos ficticios, se duda hasta de la sombra.

Sin poder evitar el tono de reproche, Martina asestó:

—Pero de usted no dudó.

Él desoyó el reclamo y prefirió ir directo al punto:

—Martina, usted abrió ese cofre sabiendo que solo contenía *bijouterie*. No lo hizo movida por la codicia, sino por los recuerdos amorosos que conservó en su corazón.

—¿Por qué tanto misterio? Admito que me fascinaría sentarme frente al Fazioli y sentir cómo late —elogió, sintiendo galopar su corazón, imaginando que estaba heredando el piano—, pero...

—Ella adoraba la música, instruyó a los suyos para que también la apreciaran. Estaba convencida de que el piano traería a mí a la persona a quien debía entregarle su legado, un objeto de mucho valor.

Dicho lo cual se levantó, caminó hacia la puerta y desapareció por unos minutos en los que Martina no logró hilar una idea con otra, pero sí calcular el inmenso precio de tal pieza en el mercado, luego de disfrutar del piano durante, tal vez, todo un año. Finalmente él regresó con un estuche de terciopelo azul que abrió frente a ella. Dentro, un espléndido collar con un gran zafiro azul central engarzado en oro blanco, desde donde zafiros y diamantes más pequeños se enlazaban para conformar la cadena. De la joya de mayor tamaño pendían, como en cascada, rayos de piedras también engarzadas en el metal blanco. «Esto es mucho más valioso que el Fazioli».

—Pertenece a las mujeres de su familia por generaciones, ella jamás se animó a lucirlo en público, lo custodiaba su joyero. Cuando el médico le advirtió de la enfermedad que la acosaba, decidió resguardarlo de José Manuel.

—¿Qué dice?

—Digo que su madre conocía el tipo de vida que llevaba el marido y no deseó que él tuviera acceso al collar, por eso recurrió a mí.

—¿Qué tipo de relación mantuvo con mi madre?

—Amistad, una profunda y blanca amistad que nos regaló la pasión por el arte y la música.

Martina estiró la mano hacia el collar; con las yemas acarició todo el recorrido.

—A simple vista me doy cuenta de que no es una joya común. Su valor debe ser altísimo —supuso. Trató de contener la algarabía que le producía sentirse la

dueña y, con el mismo celo que su madre puso en resguardarla de quien pudiera usurpársela, solicitó—: Mamá confió en usted y ha demostrado merecerlo; eso lo acredita lo suficiente como para que yo haga lo mismo. En pocos días regresaré a París, ¿puede ocuparse del traslado hacia allí?

—Por supuesto —y agregó—: le recomiendo que lo deposite en la caja de seguridad de su banco en Francia. Esperaré los datos y se lo haré llegar.

De regreso a la casona, se dirigió a su cuarto, tomó el cepillo de pelo con mango de alpaca y giró feliz con él en alto, embriagada de placer, convencida de que esa joya le ofrecía una vida de lujos hasta el último de sus días.

«Gracias, Dios, por recompensarme. Me iré cuanto antes».

Durante el resto de la semana, Camila pudo mantener distancia con los Neri. Lemos resultó muy eficiente y la tuvo al tanto de cada situación dentro de la empresa. Creyó que, de seguir así, podría llamar a su agente y formar parte de alguna de las campañas de presentación de la moda de primavera-verano.

Había almorzado con Martina; su tía quería ampliar el poder firmado a su favor, porque deseaba regresar a Europa para reincorporarse al circuito de conciertos de París. Reconocía y agradecía la confianza que depositaba en ella, pero la apenaba que la dejara sola, lidiando con todo, justo en ese momento; y entendió que a su tía le resultaba imposible encontrarse cara a cara con los resultados del ADN.

Revisó en su celular la hora; seis de la tarde de un viernes, el abogado estaría tratando de sacarse las urgencias de encima para dar comienzo a un fin de semana de descanso; consideró que lo mejor sería mandarle un mail para notificarlo del pedido de la tía. Luego de enviarlo, chequeó el correo que había llegado a su bandeja de entrada.

De: Dr. Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

CC: Augusto Lemos

Asunto: Informe departamento de mecánica

Adjunto el resultado del informe mecánico realizado a las unidades de transporte de la empresa.

Según se desprende, las mismas se encuentran en perfecto estado de funcionamiento, sin que sea necesario realizar ajustes más allá de los corrientes y estipulados en la hoja de trabajo del sector.

Atte.

Bhric Neri Cameron
Director General
Grupo Neri S.A.

Camila exhaló aliviada. Era una buena noticia y un problema menos del que ocuparse. Su bandeja de entrada recibió la correcta y formal respuesta de Lemos, indicando que se daba por notificado. Pensó si ella debía hacer lo mismo. El aburrimiento de un anochecer de viernes, donde no tenía ningún plan en vista, la incitó a escribir su respuesta.

De: Camila Ocampo

Para: Dr. Bhric Neri Cameron

CC: Augusto Lemos

Asunto: Re: Informe departamento de mecánica

Recibido.

Atte.

Camila Ocampo
Your posh boss (Su estirada jefa)

Sonrió feliz, imaginando la cara de él cuando lo leyera. Más contenta se puso

al comprender que Lemos también lo leería. Estaba por apagar la notebook cuando recibió un nuevo correo, pero desde la cuenta personal de él:

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: Estirada y sorda

Trato formal. ¿Sabés lo que significa? ¿Podrás recordarlo?

Lemos no tiene la culpa de que seas una atolondrada.

Intentá no dispersarte más.

Bhric Neri Cameron

«Maldito prepotente patovica, te vas a enterar de con quién te metiste».

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Te gusto, patovica

Te recomiendo que no descargues la poca testosterona que te queda en quien no tiene intención de seguirte el jueguito.

Para la próxima recordá que soy tu jefa y saludá, maleducado.

Kisses.

Camila Ocampo

Your posh and beautiful boss (Su estirada y hermosa jefa)

El celular de Camila sonó dos minutos después de que enviara la respuesta. No reconoció el número pero atendió, podría tener relación con la empresa o su profesión.

—Hola —dijo con tranquilidad.

—Hay una diferencia entre un mail institucional y uno enviado a tus compañeritos de secundario. —Estuvo a punto de ser más grosero pero, por muy arrogante que fuera la Ocampo, no dejaba de ser una mujer y Bhric se contuvo.

—Lo sé, gigantón, lo sé. Te sentiste relegado desde el principio; seguramente papi y mami lo quieren más a Paulo, ¿verdad? No los culpo, te aviso que él es mucho más lindo y galante.

—Trato formal. Última vez que te lo advierto —dijo Bhric antes de cortar la comunicación.

Furiosa, grabó el contacto para que no volviera a tomarla desprevenida. Sonrió conforme cuando terminó de asentarlo bajo el rótulo de “Patovica Gigantón”, pero volvió a molestarse cuando registró que él cortó la comunicación sin saludarla.

«Confirmado, su sangre no le está irrigando el cerebro».

Bhric y Paulo cumplían sus roles jerárquicos en el Grupo Neri sin competir entre ellos. También era habitual que compartieran la diversión surfеando en aguas del Pacífico o en un club nocturno y, ante el inminente viaje, donde el menor de los hermanos representaría a La Pequeña Italia frente a sus pares de la Unicredit de Roma con sede en España, se reunieron con amigos en la disco Tequila para despedirlo.

—Tengo muchas ganas de volver a Waimea —comentó Paulo—, pero Itacaré me quedará de paso cuando regrese a Buenos Aires.

—Dependiendo de la fecha, tal vez podamos reunirnos con vos —propuso un amigo—. ¿Qué te parece la idea, Bhric? ¿Venís a surfear con nosotros?

—No está mal —respondió este, mirando a una morena que, sentada frente a la barra, jugaba con el sorbete de un trago—, promete.

Paulo estalló en carcajadas y buscaron ubicación en el sector VIP.

“Una noche loca”, había propuesto Lucila y Camila, cansada de tener que hacerse cargo de tantas responsabilidades imprevistas, aceptó. El baile era sanador y, en su vida, durante los últimos meses todo había sido enfermedad, pérdidas, incertidumbre.

«Una noche para mí —reflexionó—, para eliminar fantasmas».

Por esa razón, luego de enfrentar la llamada del maleducado de Bhric Neri, cenó liviano y esperó a que Lucila la pasara a buscar con un taxi para ir a bailar a un club de la Costanera.

Allí saltó de un pie al otro, agitando las manos sobre su cabeza al son de la música electrónica. Lucila se interpuso entre ella y el resto de la gente; sin que fueran necesarias las palabras se unieron en una danza libre que atrajo las miradas de los varones del lugar. La conocida condición de modelos de ambas hizo imposible que pasaran desapercibidas; acostumbradas a ello, no se preocuparon por ocultarse de la mirada de la gente sino que, por el contrario, se movieron con total libertad. Hermosas, divertidas, gráciles, solían acudir a los clubes nocturnos acompañadas, pero esa noche los planes surgieron a última hora y fueron solas, sabiendo que allí conseguirían compañía.

Paulo detectó a Lucila. Al verla moverse, su entrepierna recordó con rapidez el ritmo que la muchacha sabía manejar cuando estaba en sus brazos.

—Compañeros —dijo a sus amigos—, me doy por afectuosamente despedido. Para mí, la noche con ustedes termina en este preciso momento.

Entre la gente, y acortando la distancia que lo separaba del lugar donde Lucila bailaba, Paulo buscó a Bhric para avisarle que “la estirada” estaba en el boliche, pero lo vio muy entretenido en la barra acariciando la espalda descubierta de una morena y lo dejó disfrutar. Se acercó a una de las barandas, apoyó su espalda, introdujo las manos en los bolsillos y esperó a que su excompañera lo detectara, para brindarle la más amplia y seductora sonrisa que hiciera que ella no pudiera resistirse a revivir experiencias.

Lucila hizo girar con fuerza la cabeza para que su cabellera acompañara la rotación de las caderas. Camila sonrió y le dio la espalda para continuar con su propio paso, sin darse cuenta cuando la amiga detectó a Paulo y caminó hacia él.

—Garota —la saludó el menor de los Neri, sin moverse ni un centímetro, pero reforzando la sonrisa que utilizó para atraerla.

—Hola, Paulo —respondió Lucila, manteniendo la distancia.

El hombre se despegó de la baranda, la tomó de la cintura para acercarla a él y la besó en la mejilla.

—Gracias por recomendarme con tu amiga —utilizó Paulo como excusa para

dar inicio a la conversación.

—Por nada, sé que sos bueno en tu trabajo.

Lucila inclinó la cabeza y le sonrió cómplice, pero sin brindar ningún signo de estar interesada en continuar a su lado. Eso exasperó a Paulo, que decidió atacar acariciándole la espalda y susurrándole con vanidad al oído:

—Soy bueno en todo.

—Tranquilo, garoto, vine acompañada por tu clienta.

—Lo sé, ya la vi —respondió, pasándole la punta de la nariz por la oreja.

—Y como soy una buena amiga, voy a volver con ella.

—Te acompaño —resolvió, más con su orgullo herido que con caballerosidad, y comenzaron a buscarla.

Camila caminaba hacia la barra con la intención de pedir un trago, descansar un poco y encontrar a Lucila. Era imposible que la amiga la hubiera dejado sola sin advertírselo. Se desplazó con elegancia sobre sus zapatos con tacos de once centímetros, vestida con un top y minifalda negra; alta, distinguida, exquisita. Le pidió un Old Fashioned al barman, que se olvidó de los clientes que estaban antes que ella y con rapidez se lo preparó. Ocupada en agradecerle, agitando las pestañas, fue sorprendida por la falta de modales de una mujer que expresó su descontento propinándole un empujón que Camila no previó y terminó decorándose el top con el trago.

—¿Quién te creés que sos para que te atiendan primero? —le espetó la desconocida.

—Preguntáselo al barman, tarada.

Bhric siguió la pelea de reojo, besando en el cuello a la morocha con la que se encontraba, considerando que la estirada estaba acostumbrada a rebautizar gente, en tanto la silueta de los pezones, que respondían al frío de la bebida derramada, le ofreció una interesante imagen de su “clienta”. La morocha creyó que la reacción se debía a ella y ronroneó.

Quien increpaba a Camila se puso más agresiva al tomar servilletas de la barra

y comenzar a frotar con fuerza la tela del top de la damnificada, provocando la exasperación que buscaba.

—No me toques —siseó Camila entre dientes y con los ojos enrojecidos.

—Tranquilas —aconsejó Paulo, llegando para mediar.

Pero Lucila observó el estado de su colega y enfrentó a la maleducada que insistía con la agresión. Pronto todo se convirtió en una serie de epítetos y empujones. El barman solicitó ayuda al personal de seguridad del boliche cuando los clientes comenzaron a tomar partido por una y otra y los manotazos se cruzaron corriendo el riesgo de que alguien saliera lastimado. Un puño anónimo pasó muy cerca de la cara de Camila y se estrelló contra el hombro de Paulo.

Bhric dio el último beso al cuello de la morocha, se levantó de la butaca, caminó hacia la estirada, la levantó en andas y le hizo señas a Paulo para que no devolviera el golpe y sacara a Lucila del boliche.

Camila Ocampo repartió puñetazos sobre la espalda del gigantón y trató de liberar las piernas que, por detrás de las rodillas, le sujetaba Bhric. En la salida, los guardias reconocieron a los Neri y no los detuvieron. Llegaron al estacionamiento; contiguo al Lexus gris había un Bentley Gt negro; Lucila subió al de Paulo, Bhric sentó en el suyo a Camila y, tras subirse él, sacó el auto hacia el exterior.

—Que sea la última vez que hacés algo así, o...

—O volvés a patearme —dijo interrumpiéndola.

—¿A dónde vamos?

—A tu casa.

—No te invité a mi casa.

—De acuerdo —accedió, e hizo girar el Bentley rumbo a Puerto Madero, obligando a su seguridad a imitar la brusca maniobra para no perderlo de vista.

—¿Y ahora?

—No querés ir a la tuya, te llevo a la mía. En el asiento de atrás hay un buzo, ponétele o te vas a enfermar.

Camila se dio cuenta del estado de su ropa y consideró que, si quería discutir

con él, lo mejor era no contradecirlo en ese punto. De manera que se calzo por el cuello la prenda de Bhric, retiró con dificultad el top y terminó de cubrirse.

—Listo. Ahora, vayamos por partes. —No estaba segura de que la escuchara, ya que el auto entró en el estacionamiento del edificio sin que Bhric le dirigiera ni una mirada. Él apagó el motor y ella bajó sin aguardar a enterarse si le abriría la puerta. Caminó detrás de Bhric con dificultad para poder seguirle el paso. Subieron al ascensor, dentro del receptáculo él apoyó la espalda en un lateral, cruzó una pierna frente a la otra y silbó bajito. Irritada, le comentó—: No tengo ganas de conocer tu cuevita, pero voy a darte el gusto por una única razón, tenemos un mes de trabajo por delante, estoy conforme con lo que tu hermano hace y no es justo que yo tenga que salir, de madrugada, a buscar por todo Buenos Aires a un nuevo administrador por culpa de tu mal carácter. — Confirmó que él la ignoraba al ver que mantenía la mirada gris azulina clavada en las puertas, y continuó—: De manera que lo mejor es que te portes como un chico bueno, bajas el copete y nos pongamos de acuerdo en la mejor manera de sobrellevar el calvario al que nos expuso tu hermanito.

Finalmente llegaron al piso, Bhric apoyó el pulgar en el dispositivo de apertura y entró al departamento, dejando la puerta abierta para que ella comprendiera que debía seguirlo; vació los bolsillos sobre la mesada del bar del living y abrió una botella de whisky.

Molesta, Camila giró con intención de dar un portazo; al verse reflejada en el espejo del palier en minifalda, tacos altos y con el buzo masculino sonrió y sorpresivamente cerró la puerta con suavidad. Para cuando volvió a mirarlo, él estaba sentado en un sillón bebiendo el trago mientras se quitaba los zapatos, azorada presencié que hacía lo mismo con las medias; aspiró suficiente aire y le reclamó:

—¿Qué hacés?!

Bhric inspeccionó la mano con la que sostenía el vaso y, a manera de lógica respuesta, se lo enseñó sin decir palabra.

—Pregunto qué hacés quitándote los zapatos. La que está frente a vos, además de cliente de tu empresa, es una dama y le debés respeto.

Bhric tomó el control del equipo de TV, accionó el encendido y buscó un canal de deportes.

Más furiosa, Camila se interpuso entre él y el programa, con los brazos en jarra y taconeando fuerte.

—No hay buena aislación —comentó el hombre—. Mi vecino vendrá a quejarse por tu berrinche.

—De acuerdo, hagamos borrón y cuenta nueva —ofreció Camila, en un tono tan alto de voz que podrían escucharla desde el otro lado del río. Luego se sentó junto a él.

Bhric comprendió que debía apagar el televisor o ella continuaría gritando para llamar su atención; de manera que accionó la tecla, dejó el control remoto sobre la mesita, bebió otro trago mirándola a los ojos y descubrió que la mujer torcía apenas los labios agradeciendo.

—Me llamo Camila Ocampo, acabo de heredar... algo que no sé cómo administrar, por eso contraté a tu hermano y él me endosó de paquete a un gigantón que venís a ser vos.

—Bhric Neri Cameron, director general del Grupo Neri y haciéndome cargo de una estirada caprichosa que en su vida pisó la empresa que no sabe si heredó.

—Sí que la heredé. Mi tía y yo somos las legítimas herederas de los Ocampo.

—Ustedes, y los hijos que tu abuelo dejó perdidos entre las piernas de una prostituta.

Camila achicó los ojos y frunció los labios. Aquello había sido un golpe muy bajo, desagradable e impropio de un caballero:

—Sos insoportable, pero a un nivel altísimo. No pienso seguir tratando con vos, no estás a mi altura, voy a esperar a que Paulo regrese de su viaje —aseguró poniéndose de pie.

«A su altura —masculló Bhric, deseando haber sido mucho más rudo con alguien tan soberbio, y se reprochó—: Tendría que haber dejado que se arreglara sola en el boliche.»

—Desde el comienzo indiqué utilizar a Lemos como intermediario —le recordó, demostrando ser el dueño de toda la calma—, pero preferiste sembrar tu

semilla de maldad. No sabés comportarte ni en un club nocturno ni en los negocios.

—¡Esa estúpida estaba ebria! —se defendió ella, estirando los brazos hacia el frente—, me llevó por delante y me empapó con el trago.

—Tus antecedentes te condenan, estirada, no olvido nuestro encuentro en el restaurante.

Atónita, vio cómo se levantaba para caminar descalzo hasta el mueble bar y preparar dos tragos. No pudo quitar sus ojos de esos pies huesudos, largos, firmes, varoniles, y carraspeó molesta por fijarse en ellos. Aunque fue un acto inconsciente, le resultó una muestra de debilidad que afortunadamente él no había detectado.

Bhric volvió al sillón, y antes de sentarse le tendió la bebida que con rapidez Camila terminó de un solo sorbo.

—Estirada, sorda, atolondrada y alcohólica. Las tenés todas.

Giró para mirarlo con furia, intentando recobrar el aliento perdido tras la potencia de la bebida ingerida. Volvió a buscar en su interior restos de educación para llegar a un acuerdo:

—OK, somos dos polvoritas. A vos te caen mal las mujeres de mi nivel, y a mí me revientan los ogros maleducados como vos. No vamos a poder remitir nuestra relación exclusivamente a Lemos, porque hay temas demasiado puntuales que necesito que tratemos con el abogado y no quiero que alguien que pasa todo el día dentro de El Chasqui maneje ese tipo de información. Necesito del trabajo del Grupo Neri y ustedes aceptaron hacerlo. Solo será un mes, busquemos la manera de sobrellevarlo —culminó su discurso sirviéndose por sus propios medios una nueva medida de la bebida, que terminó con la misma rapidez que la primera.

Estaba tomando, como él, un *single malt* de veintiún años y por el momento no se había desmayado. Bhric le concedió el crédito y observó el estado en que regresaba al sillón sosteniendo la botella para llenar los vasos de ambos. «La noche será larga —se dijo—, pero instructiva». Recordó que el chofer de Donato transportaría a Paulo al aeropuerto y se relajó sorbiendo un nuevo trago antes de

increparla:

—¿Qué proponés?

—Ante todo respeto —aseguró ella—, arrancamos con el pie izquierdo. De verdad que me molesta mucho tu falta de educación.

—Estamos iguales —comentó Bhric, cansado de escucharla—, moderá tu lengua, tus tonos y dejá de hacerte la linda.

Camila achicó los ojos y sonrió de lado. Él la atacaba constantemente y, a su juicio, sin motivos. Desde el primer encuentro se mostró hostil y distante; seguramente lo irritaba gustar de ella sabiendo que no tenía chances. Se retiró un mechón de pelo hacia atrás de la oreja y, envalentonada por la bebida, dijo:

—Lamentablemente para vos, tu forma de ser me provoca rechazo; de verdad que el apodo de gigantón te viene como anillo al dedo: grande, rústico, gruñón e inadaptado.

—¿Debo lamentarlo?

—Absolutamente —afirmó—. Estás demasiado tenso. ¿Cuánto hace que no tenés sexo?

—De acuerdo —aceptó Bhric, dejando los vasos en la mesita, parándose para alzarla y llevarla al cuarto.

—¡Pará, bestia! Dije que no era buena idea.

—Necesitás eliminar la tensión sexual que te genero para estar mansita y eso, estirada, es justamente lo que busco. Mansita y con la boca cerrada.

—Dije todo lo contrario, eunuco —replicó, mientras caía como bolsa sobre la enorme cama.

Bhric se quitó la remera tomándola por el cuello desde la espalda y se soltó el botón del jean, antes de advertirle:

—No sos ninguna princesita.

Camila estaba furiosa, indignada. El hermano de Paulo distaba mucho de ser el tipo de hombre con el que podría compartir la cama. Le resultaba desagradable, sobrador, vulgar, grosero; una mujer de su clase jamás le prestaría atención a alguien así. Seguramente él lo sabía y estaba esperando que gritara solicitando ayuda a los vecinos; pero el pobre ingenuo no tenía ni idea del

tamaño de contrincante que se había buscado; a ella no la iba a doblegar.

Se bajó de la cama, apoyó las manos a los lados de los muslos haciendo que la minifalda cayera, tomó el buzo por el ruedo y lo fue levantando, dejando que sus caderas se desplazaran hacia un lado. Sin corpiño, con una tanga diminuta y tacones, se recogió el cabello para luego dejarlo caer en cascada sobre su espalda.

—Te toca, ogro.

Bhric creyó que había sido suficiente para asustarla y que saliera corriendo. Contempló el cuerpo perfectamente moldeado, la piel delicada, los labios sensuales; se dijo que no sería demasiado sacrificio y terminó de quitarse el jean y el bóxer. «Última oportunidad, estirada», indicó con su fría mirada y por respuesta la vio acostarse con una pierna recogida y apoyando el tacón sobre la sábana. Recordó que del club la sacó a la fuerza, pero que la seguridad del edificio constataría que había ingresado por voluntad propia. «Exonerado», se dijo.

—Después no te quejes —le advirtió, dejándose caer sobre ella y separándole las piernas.

—¿Por qué? ¿Tan de madera sos en la cama?

—La madera se quema, yo soy granito —respondió, mientras le rompía las tiras de la tanga.

Camila lo miró a los ojos y entreabrió los labios, dispuesta a recibirlo. Ese tipo necesitaba una lección y ella se la daría.

La pulposa y rosada boca era una provocación que Bhric degustó con su lengua; reconoció todos los sabores de su tierra materna en los restos del *scotch* que perduraban allí, profundizó la cata perdiéndose en un baile lento que le agradó. La mujer elevó las caderas provocándolo, él viajó con la mano desde el cuello hasta el pubis femenino. Camila gimió, el miembro de Bhric reclamó, y estiró el brazo para abrir el cajón de la mesita, tomar un condón y calzárselo con prisa.

—Veo que sos de durar poco —opinó la irreverente.

—¿Necesitás adornos? —atacó él. Camila le pellizcó un glúteo, Bhric le tomó

las muñecas para sujetárselas por arriba de la cabeza, contra la almohada. No la besó, se ocupó de recorrerle la cara y el cuello con la lengua; sopló levemente sobre uno de los pezones antes de atraparlo con los labios y tirar de él, Camila no pudo contener el gemido—. Será con adornos. —Con una sola mano retuvo las dos de ella y con la libre la acarició desde la muñeca hasta la cadera, se detuvo allí un momento antes de evaluar el estado de excitación en que la mujer se encontraba—: Puedo demostrarte lo poco que durás, Ocampo, pero me divertiré más haciendo que ruegues.

—Vas a fosilizarte esperándolo. Estoy sacándote provecho, es por eso que no te hago acabar ahora como a un adolescente.

La cama se convirtió en la arena ardiente de dos contendientes que portaban demasiada pólvora.

Bhric acercó su miembro al anhelo de Camila, provocando que gimiera al exhalar el aire contenido y le rodeara el cuerpo con ambas piernas, elevando nuevamente las caderas y lamiéndose premeditadamente el labio inferior.

—Tu primer ruego, estirada.

—Paciencia, gigantón —respondió ella—. Todavía ni me enteré de que estás acá.

Estuvo a punto de festejarle la bravuconada con una sonrisa. En cambio se alejó para tomarla por la cintura, hacerla girar y, manteniéndola de cara a la sábana, con una mano repasó desde la nuca hasta el trasero de Camila:

—¿Qué no estarías dispuesta a entregarme?

Él pretendía de ella lo que jamás había ofrecido y fue el límite que Camila no quiso cruzar:

—Mi placer —dijo, esforzándose por encontrar su mirada—; si yo fuera un hombre, esta contienda sería en un ring, como soy mujer pienso destrozarte en tu propia cama.

«Buena respuesta; usó una neurona —reconoció él. La hizo rodar para estar frente a frente y hacerse de su boca hurgando en ella sin darle respiro, apremiado porque finalmente lo reclamara rendida. La altanería de esa mujer lo irritaba, la provocación que ejercía sobre él lo instó a doblegarle no solo la lengua ladina

que gozaba en intentar vapulearlo, sino también la voluntad hasta someterla ante un hombre como él, y aquello era un impulso que jamás había sentido. Para Bhric, la mujer era un igual y el hombre tenía la obligación de considerarla como tal sin anteponer la superioridad física. Cada una de las que estuvieron a su lado, por muy corto que fuera el período, podrían dar fe de que Bhric Neri Cameron era un hombre gentil, de pocas palabras, pero considerado. Todas, excepto la estirada que estaba en su cama aguantando la falta de aire mientras él continuaba torturándola con la lengua dentro de su boca—. Rendite, Ocampo —reclamó, apremiado por la necesidad de ingresar en ella y liberarse—, rendite ante mí».

Camila no rogó, necesitaba respirar, recuperar la capacidad de volver a torearlo con la palabra y se le ocurrió que la única manera de que él dejara de besarla era atacar por otro frente; por lo que, con rapidez, se hizo del miembro masculino y lo introdujo en ella logrando sorprenderlo para que su instinto de macho reaccionara antes que las neuronas.

Bhric empujó dentro de Camila al mismo tiempo que un gruñido se escapó de su boca, y estiró la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza para ocultar el placer que le produjo descubrirla.

—¿Quién lo diría, no? —arremetió la estirada.

Él no le respondió, se dedicó a entrar y salir concentrado en atrapar cada resquicio de placer que ante él se presentaba. Fuerte y duro; quien lo recibía era una Ocampo, miembro de una sociedad que había rechazado a su hermana por considerarla indigna. Una como la que su padre reclamaba para limpiar el apellido Neri. Fuerte y duro para llevarla al límite del placer donde tuviera que reconocer que en la cama no importaban ni la estirpe ni el dinero. Más fuerte y más duro hasta convencerla de que en ese cuarto se estaba dirimiendo la gran batalla bajo una bandera que jamás flamearía por liberar tensiones. Sintió el temblor y el amarre de ella, sintió la tensión en el cuerpo femenino y cesó el roce. «Que ruegue», pensó. Pero ella le dejó en claro que no estaba dispuesta a hacerlo cuando nuevamente tomó la iniciativa prendiéndose con fuerza a él con las piernas y elevando con vigor las caderas, estallando en un orgasmo que la traspasó. El hombre no se contuvo, ya había tomado todo de ella y, abarcándole

la boca para que ningún sonido lo delatara, dio la estocada final con la que alcanzó su propio placer.

El alcohol y el agotamiento hicieron su trabajo y quedaron rendidos, entregados al sueño.

A la mañana, Camila se despertó sintiendo el peso de una mano sobre su vientre. Abrió los ojos con cuidado, recordó dónde se encontraba y giró la cabeza muy despacio para mirarlo. Bhric respiraba sereno, relajado; con el cabello alborotado, las largas pestañas ocultando la constante frialdad de su mirada, los labios humectados, su incipiente barba que recibía la luz que se colaba por el ventanal dándole un brillo delicado que le suavizaba las facciones. Aquel hombre, dormido, resultaba tierno.

«¡Ah, bueno! —pensó enojada consigo, tratando de mantener el mismo ritmo de respiración para que no se despertara antes de poder encontrar la manera de salir airosa de la situación, y apretó con fuerza los ojos—: No hay nada que me exaspere más que este tipo ¿y ahora resulta que me enternece? ¿Qué tenía ese whisky? Seguramente era una rara mezcla, algún brebaje maléfico, porque me dejó *knock out*».

El nivel de alcohol de la noche anterior fue el recurso al que apeló para justificar el dolor de cabeza y el placer del orgasmo compartido, pero la resaca no le alcanzó para argumentar la contradicción que vivía en ese momento.

Abrió nuevamente los ojos, recurrió a todas las razones por las que era absolutamente ridículo sentirse atraída por un hombre que contrastaba de pleno con su vida, sus costumbres, sus ambiciones; un salvaje carente de modales, un impresentable. Tan abstraída estaba estudiándolo que Bhric la sorprendió cuando, sin decir una palabra, se levantó y caminó completamente desnudo hacia el baño, provocando la ira de Camila que se negó a dejar las cosas allí.

Pateó con fuerza la sábana y saltó de la cama para seguirlo.

Él abrió la ducha, sin voltearse ni saludarla.

—Las damas primero, maleducado —le advirtió, entrando a la bañera y cerrando la mampara transparente para imponer distancia.

Bhric la ignoró, se lavó los dientes, tomó espuma de afeitar y comenzó a esparcirla por sobre su cara. Camila utilizó los elementos que encontró a su alcance para bañarse, reconociendo que ese antipático se preocupaba por el cuidado del cuerpo: buen gel, champú con aroma neutro, ese punto era el que discordaba pero lo agradeció, no quería oler como el rústico troglodita. Tomó un toallón de la pila, se envolvió en él y utilizó otro para el cabello.

Bhric se enjuagó la cara, se miró en el espejo revisando con una mano el resultado, y se mostró complacido.

Camila se sintió ignorada y, conteniendo la rabia, abrió varios cajones hasta que encontró el blíster cerrado con un cepillo de dientes, lo perforó con una uña (la que hubiera deseado utilizar para agujerear la piel de sus marcados pectorales y constatar si era humano o un robot), puso crema dental sobre las cerdas y, con vigor, se higienizó la boca.

—Lo sumaré en tu cuenta —advirtió él, demostrando que podía emitir palabras.

Camila se enjuagó, giró y, dándole golpecitos con el cepillo en los abdominales, le dijo:

—Pensaba dejártelo de recuerdo pero, ya que lo voy a pagar, me lo llevo.

Bhric se metió bajo la ducha y ella salió del baño para buscar su ropa entre las prendas desperdigadas en la noche anterior.

«¡Genial! —pensó, desechando la tanga destruida—, olvidé el top en el asiento de atrás del auto de este tipo».

Entró al vestidor y husmeó entre la ropa masculina impecablemente acomodada; la mayoría era de marcas reconocidas y caras. No podía utilizar un traje, por lo que abrió un cajón tras otro; revolviendo sin cuidado encontró una remera negra, se la puso con la minifalda que llevaba la noche anterior, entendiendo que esta última no era más que una ridiculez que quedaba completamente oculta debajo de la indumentaria de Bhric. Terminó de secarse el

cabello en el toallón y, al levantar la vista, se encontró con la tela de lana suave, la estiró frente a sus ojos y descubrió que era un tartán. Buscó la cocina, necesitaba un café bien cargado que le brindara lucidez antes de volver a tenerlo frente a ella.

Bhric terminó de asearse y salió del baño camino al vestidor. Sobre la butaca encontró una montaña de prendas que le hablaron del desorden al que no estaba acostumbrado; la culpable no era otra que la *bienuda* metida, y pensó en regresar cada cosa a su lugar, como a él le gustaba que estuvieran, con el orden prolijo que le permitía vestirse aun a oscuras y seguro de que aquello que tomaba era exactamente lo que quería. Bufó molesto, necesitaba salir a correr, de regreso pasaría no menos de una hora en el gimnasio y tal vez, solo tal vez, luego de eso podría tejer en su mente un par de pensamientos que se alejaran del deseo de aleccionar a la estirada. Se puso ropa de deporte, al salir del cuarto olfateó el aroma a café recién hecho. «¿Se adueñó de mi cocina?»

Entró al lugar como tromba, con la ira desprendiéndose de sus ojos, y la encontró sentada, con las largas piernas perfectamente cruzadas, enfundada en una remera de su propiedad, tomando de su café con total normalidad. Todavía no se había ejercitado, era recomendable mantener la boca cerrada. Se sirvió una taza y tomó asiento en la silla frente a la Ocampo. No había logrado hacerse a la idea de verla, y además debió escucharla:

—*Buen día, qué bueno que encontraste el café, gracias por preparar para los dos* —enunció con sarcasmo Camila, mirando al techo—, *mi remera te queda estupenda, te la regalo.*

—Incluiré desayuno, cepillo y remera a la lista de gastos —respondió Bhric, sin verla.

—Debió llevarte años conseguir tu título si hay que estar repitiéndote las lecciones más de una vez. Asumí y elaboré, en tu microscópico cerebro, cómo tenés que comportarte frente a una dama. Mansito y al pie —indicó, señalando con un dedo el piso.

Él no respondió, concentrado en mantenerse alejado de ella, todo lo que le fuera posible, hasta lograr que su furia se aplacara.

Camila abrió la cartera, buscó el celular y descubrió que no tenía carga.

—Me quedé sin batería, ¿me das papel y lápiz, por favor?

Lo hizo para no tener que escucharla y, tentado por la curiosidad, leyó lo que escribía:

Repetirle las indicaciones al gigantón, con copia a su secretaria para que ella se las recuerde hasta que las comprenda y ponga en práctica.

—Recogé tus cosas, voy a dejarte en tu casa, es la hora de mis ejercicios.

Ella así lo hizo, regresó al cuarto, se quitó la remera y, con astucia, se envolvió en el tartán; se miró al espejo considerando que había hecho un buen trabajo; todo su cuerpo se encontraba cubierto y los tacos completaban el cuadro femenino. Lo halló en el living tomando la billetera y otras pertenencias, listo para llevarla y, antes de que girara a verla, le comentó:

—Sumá este vestido, porque me gusta y me lo voy a quedar.

Bhric se volvió para enterarse de qué hablaba. Dentro del tartán de su familia la encontró radiante, increíblemente sexy, deslumbrante. Su virilidad opinó como él, dejándolo vergonzosamente al descubierto frente a la sagaz mirada de ella.

—¡Genial! —dijo la irrespetuosa e indecente estirada, alargándose sobre los tacos para llegar a acariciarle la mejilla—, lo acepto como un regalo de tu parte.

Con las mandíbulas apretadas y el ceño dividido por ochenta mil rayas, tiró de la puerta y la introdujo en el ascensor. Dentro del gabinete le dio la espalda, pegándose a las puertas, listo para alejarse de su cercanía en cuanto llegaran al estacionamiento. Frente al Bentley reconoció que volvería a quedar encerrado con ella en un espacio que se le hacía demasiado pequeño; gruñó preguntándose cómo había sido tan tonto de no pedirle un taxi en lugar de ofrecerse a llevarla, si tenía la excusa perfecta cuando ya le había dicho que él acostumbraba a ejercitarse en la mañana.

Camila se estiró sobre la butaca para recoger el top que dejara en el asiento trasero la noche anterior, luego se acomodó, cruzó las piernas y enfocó la mirada en él:

«Feo no es —pensó—, pero sí rudo, tengo que reconocer que satisface a su compañera. No ronca, punto importante a su favor. Pero el conjunto del paquete lo convierte en irritante y ordinario —concluyó».

Él estacionó el auto justo frente al ingreso del edificio del barrio de Palermo y destrabó las puertas esperando que ella se dignara a regresarle la tranquilidad bajándose sin entrometer ninguna de sus molestas frases. Pero Dios no quiso complacerlo ese día.

Camila abrió la puerta y, antes de salir del auto, se despidió haciendo uso de su carácter:

—Te excito igual estando desnuda como totalmente cubierta, y ese es un dato que te conviene recordar. Gracias de nuevo por el vestido, parece que el otoño por fin llegó y, después de una noche con vos, necesitaba algo calentito.

Vera pasó a buscar a Joana por la casa de los Neri a media mañana. Conocía el estado de alteración que embargaba a la mujer cuando algún ser querido se subía a un avión; les temía desde aquel vuelo donde el estado del clima la mantuvo incrustada en el asiento y un aterrizaje forzoso la obligó a recurrir a la máscara de oxígeno. Por esa razón, Vera decidió distraerla recorriendo negocios de ropa de bebé. Su idea no pudo ser más acertada.

Joana no podía elegir y atesoraba cada cosa que las vendedoras le enseñaban; batitas, juguetes, cosmética, todo le parecía maravilloso, suave, deseable, e imaginaba a quien sería su nieto haciendo uso de ellos. Porque el que Vera esperaba era su nieto, aunque no llevara su sangre.

—Envíe todo a la dirección que le indico —solicitó Joana a la cajera, firmando el ticket de pago de la tarjeta de crédito.

—A ver cómo hago para encontrarles lugar a tantas cosas —comentó Vera, sonriendo.

—¡Ay, querida!, no me di cuenta de eso. No quiero que hagas ningún esfuerzo, yo me ocupo de ir a tu casa y solucionarlo. ¿Tal vez prefieras que envíen las compras a la mía?

—No, *mamãe*, me las arreglaré, no te preocupes.

Luego, almorzaron juntas en un restaurante de la calle Peña.

—Mario... ¿ya vive con vos? —preguntó Joana.

—No, no por el momento.

—¿Temen que la convivencia afecte la relación?

Vera respiró hondo y luego suspiró:

—No es eso. Mario es adorable, sería imposible llevarse mal con él. El problema es otro.

—¿Puedo ayudar?

Vera sonrió. Esas actitudes de Joana eran las que habían conquistado el corazón de todos los Neri. Dulce, amable, siempre dispuesta a ofrecer un mimo, una palabra afectuosa. Cuando sus hermanos eran pequeños, y hacían travesuras, Donato los castigaba relegando a cada uno a su cuarto y era Joana quien se ocupaba de explicarle que los niños comprendían lo que era un error cometiéndolo; luego de suavizar su humor se escabullía en la celda de oro del reprimido y le hacía compañía hasta que se quedara dormido. Si algo quería imitar Vera, cuando su hijo llegara, era la dulzura de Joana; reconoció que también deseaba tener la fuerza de Meribeth, que era capaz de enfrentar al demonio si de defender a su hijo se trataba, y se dijo que Dios había sido generoso con ellos al dejarlos a cargo de esas dos mujeres.

—El único que puede ayudar es el tiempo. Necesitamos tiempo para que papá vaya haciéndose a la idea. De un día para el otro se enteró de que hay un hombre en mi vida y, además, que espero un hijo de él. Ya puso el grito en el cielo cuando se lo comenté, imagínate lo que dirá cuando sepa que es unos años menor que yo.

Joana guardó silencio para evitar notificarle que Donato estaba al tanto de todo, obviamente también conocería la edad de Mario.

—Creo que estás enamorada —dijo Joana con su mirada tierna y maternal—, cualquier cosa que diga tu padre será motivada por el temor a que puedan hacerte daño. Poco le importa la condición social, o su edad. Él solo quiere saber que te cuidará como merece ser cuidada la niña de sus ojos.

—*Mamãe*, ¿qué hubiera sido de nosotros sin vos y sin Meribeth?

—Donato es un gran hombre y los ama. Toda su vida la dedicó a trabajar en beneficio de ustedes.

—Lo quiero, y lo sabés, pero también le temo. Su obsesión por cuidarnos raya el acoso.

—No es así —la contradijo Joana, pensando que Donato extremaba los cuidados con Vera porque era la única hija mujer y la consideraba débil. Las últimas medidas de seguridad implementadas se justificaban tras lo ocurrido a Bhric cuando regresó de Escocia.

Fue difícil para Camila explicar, ante la insistencia de Lucila en el teléfono, la razón por la que permitió a Bhric que se la llevara del boliche de forma tan impulsiva.

—Se lo pregunté a Paulo en el auto —comentó la amiga—, pero ese brasileño sabe cómo hacer para distraerme.

—¿Te mantuvo distraída hasta ahora? —preguntó Camila con picardía.

—No, me apiadé de él y me pedí un taxi a las dos de la madrugada. No te olvides que lo espera un viaje largo.

—Estoy al tanto.

—Ahora no me distraigas vos —reclamó Lucila—. De verdad que me muero por conocer la razón por la que el escocés te sacó de Tequila de esa manera.

—¿Es escocés? —preguntó y con ese dato le cerraron todas las puntas. Un ogro gigantón y granítico, directamente venido de Escocia.

—Él no, sí su madre; pero se crió con ella en Escocia hasta que fue mayor de edad y vino a radicarse a la Argentina. No sé si sabrás que Bhric es hijo del segundo matrimonio del padre, y Paulo del tercero. La mamá de Bhric es escocesa y la de Paulo brasileña. Hay una hermana mayor cuya madre murió hace años, y esa era italiana.

—Menuda globalización familiar —se burló Camila.

—Otra vez estás tratando de dar vueltas para no responderme. Empezá a

largar todo el rollo, tengo tiempo.

—Nada... gracias a tu recomendación contraté a Paulo para administrar El Chasqui, como él tiene que viajar a Madrid me lo encajó al grandote. El tipo es un troglodita maleducado, ignorante, impulsivo...

—¿Bhric? —preguntó Lucila, descreyéndolo—. Perdoname, Camila, pero dudo mucho de que estemos hablando de la misma persona. Hasta donde lo conozco, puedo asegurarte que el hermano de Paulo es un caballero. Sí te creo si me decís que te pareció hermético; yo lo considero reflexivo, no estoy para nada de acuerdo en que sea impulsivo. Te repito, es todo un caballero, por eso me sorprendió su actitud.

—Lucila, vos viste cómo me sacó de Tequila. ¿Te parece que eso es propio de un caballero?

—Lo que yo vi fue que, si no salíamos del boliche en ese momento, terminábamos lastimadas. La cosa se puso muy fea y hasta hubo trompadas.

Con ironía, Camila terminó el razonamiento de su amiga:

—Y, por el bien de todos, decide que no podemos arreglárnoslas solas y prefiere comportarse como un troglodita en lugar de ofrecernos una solución civilizada.

Lucila estalló en carcajadas del otro lado del teléfono. Camila se molestó al comprender que el gigantón la había colocado en un papel ridículo.

—Lucila, espero que hayas pasado una buena noche —deseó para comenzar a despedirse—, te tengo que dejar.

—No, no. Un momentito. Quiero saber cómo siguió la cosa. ¿A dónde fueron?

—Buenas tardes, querida.

—Estoy segura de que lo pasaste tan bien como yo —se atrevió a conjeturar—. Es lo que te digo, Cami, los Neri son inolvidables.

Cortó la comunicación; su ánimo no estaba en condiciones de soportar nada más. Intentó relajarse con un baño de inmersión; se encontraba flotando en el décimo cielo cuando el portero eléctrico sonó. Tomó un toallón y se apresuró a llegar hasta la cocina para responder.

—Disculpe, señorita Ocampo. Aquí hay un muchacho de una mensajería

privada que tiene una entrega para usted.

—Dígale que suba —respondió intrigada, mirando el visor del portero eléctrico.

—Perdón, usted sabe que no puedo aceptar esa orden. Debe bajar para recibirlo.

«¡Mierda!», pensó, pero dijo:

—De acuerdo, bajo.

No esperaba ningún paquete. El tiempo invertido en relajarse se había perdido. Se calzó a los apurones pantalón y remera, y fue hasta la guardia de la entrada del edificio para recibir al mensajero. El envoltorio del paquete era rústico; de regreso a su departamento rompió el papel y abrió la caja que contenía el blíster de una batería externa para celular con forma cilíndrica. No había nota, tampoco la necesitaba para enterarse de quién se la enviaba. Jamás había comprado una de esas, las instrucciones decían que podía cargarla directamente desde el puerto USB de la computadora y la prendió para agradecer... a su manera:

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Adoro los regalos

Interrumpiste el necesario baño de inmersión que estaba disfrutando.

Camila Ocampo

Your posh boss (Su estirada jefa)

Bhric le contestó:

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: RECTIFICACIÓN-La cargaré a su cuenta

Bhric Neri Cameron

Consecutivamente, también recibió un mensaje de WhatsApp del contacto agendado como “Patovica Gigantón”:

Mis mujeres suelen necesitar baños de asiento.

«¿Qué dice?! ¿Qué se atreve a insinuar este estúpido? ¡Su mujer! ¡¿Yo?!

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Tacaño y ESTAFADOR gigantón

Camila Ocampo

Your posh and unreachable boss (Su estirada e inalcanzable jefa)

Acto seguido, respondió también el mensaje de WhatsApp:

¿Tenés mujeres?

Esperó no menos de media hora, con los dedos repiqueteando sobre el escritorio, a que el desagradable de Bhric le respondiera. Al darse cuenta de que era en vano, desenchufó el cargador y volvió a colocarlo dentro del envoltorio. Se lo regresaría.

El lunes por la mañana, en cuanto Bhric llegó a su oficina, la secretaria le entregó, junto con la correspondencia, un paquete a su nombre. Rompió en carcajadas al abrirlo. La estirada le devolvía el cargador con una nota muy propia de ella:

Consolador de uso masculino.

—Lemos —dijo Camila—, entrégueme una copia del contrato social, necesito verificar unos datos.

—Ahora mismo se la alcanzo —respondió el empleado, y salió de la oficina para atender el pedido.

Camila se quedó revisando la agenda, poco entendía del movimiento de la empresa y mucho menos podía averiguar dentro de los jeroglíficos del hombre que Paulo había puesto en El Chasqui. Inquieta, se acercó al ventanal. Había puesto su herencia en manos de un grupo de extraños, Lucila era su amiga y confiaba en ella; tuvo que reconocer que, aunque el gigantón era parte, el Grupo Neri le parecía eficiente. Qué distinto hubiera sido todo si alguna vez ella o su tía se hubieran mostrado interesadas en aquello que por siempre había sido de la familia. Agobiada, se llevó la mano a la frente y se restregó, tratando de que la sabiduría necesaria se adueñara de ella para librarla de sentirse una completa inútil.

—No acepto devoluciones —escuchó decir a Bhric detrás de ella.

Giró y lo vio recostado contra el marco de la puerta, con un traje azul marino que le hacía resaltar el color de los ojos, una mano en el bolsillo y la otra elevada haciendo bascular la maldita batería.

—Problema tuyo —le dijo—, no la pedí, no pienso pagar por ella.

Bhric dejó el cargador sobre el escritorio.

—Enganchala del cierre de tu cartera para no perderla —comentó, quitando la mano del bolsillo para depositar además la tanga destruida.

La muchacha se apresuró a recoger de un manotazo ambas cosas y esconder sobre todo la última; los pasos de Lemos ya se sentían por el pasillo. Roja de ira

debió asistir a la reunión con los dos hombres, sin poder contestarle. El escocés utilizaba pocas palabras para dar indicaciones y el empleado parecía comprenderlo de inmediato.

Tenían cita con el abogado y contaban con el tiempo justo para desplazarse hasta el centro, por lo que se dirigieron al estacionamiento de la planta baja. Bhric se demoró revisando el listado de horarios de los camiones de carga, Camila caminó con paso rápido hacia su Mini Cooper. Un empleado, con mirada lasciva, la esperaba sentado en el capó del auto.

—Se equivocó de asiento —le recriminó ella.

—Es fácil venir acá sintiéndose la dueña de todo, ¿no? —la enfrentó el hombre.

—Nombre.

A Camila, la voz de Bhric, le sonó a rugido.

El empleado se bajó de un salto, intimidado por el tono y el tamaño del trajeado, y respondió de inmediato:

—Martín Souza.

—Pase por la oficina de personal, estarán elaborando su liquidación.

Esperaron a que desapareciera, Camila palmeó a Bhric en el pecho y esbozó su agradecimiento:

—Me gustó tu método.

—No estás sobre una pasarela, aprendé a ubicarte. —La miró de arriba abajo y agregó—: Tal vez si te pusieras un overol...

—Tu comentario es demasiado machista, la manera en que me visto es cosa mía. Además, el abogado me gusta y quiero lucir sexy frente a él.

Cada uno se desplazó hacia el centro de la ciudad por su cuenta, dejaron los autos en el estacionamiento cercano al despacho del abogado; Bhric recogió ambos tickets y caminaron hasta el edificio de oficinas. Era un horario de mucho movimiento y el ascensor se encontraba atiborrado; él la condujo hacia el fondo, generando con su cuerpo una muralla que impediría la intromisión de cualquiera que pretendiera aprovecharse del hacinamiento. Una ola de calor tibio recorrió a Camila; con la caballerosidad a la que hiciera referencia Lucila, el ogro la estaba

cuidando; decidió tener el mismo gesto con él y no lo puso en evidencia: «Esta vez se la perdono».

Poco escuchó de las indicaciones del letrado, estaba muy atenta a detectar qué efecto había causado en Bhric su presunto interés por el dueño del estudio jurídico. El tiempo pasó sin que encontrara ninguna señal; el gigantón se mostraba tan profesional que era imposible sacarlo de su papel. Cruzó y descruzó las piernas, sonrió más de una vez inclinando la cabeza y el abogado se deshizo en dulzuras respondiendo cada pregunta con calidez.

—Discúlpenme un momento —se excusó el doctor Bengoechea—, le indicaré a mi secretaria los cambios en el escrito para imprimirlo y que pueda ser firmado. Ya regreso con ustedes.

En cuanto la puerta se cerró, Bhric sonrió de manera insolente y, sin quitar los ojos del borrador que estaba chequeando, dijo:

—Probá quitándote la ropa. Tal vez así logres algo.

—Ocupate de lo tuyo.

«Insolente, descarado, sátiro, ogro, gigantón»; ese sería un resumen del cúmulo de calificativos que encontró para él, mientras regresaba sola a su departamento de Palermo.

Ese hombre era odioso, la sacaba de sus casillas, la irritaba a un grado que ni ella conocía que existiera. Arrojó la cartera sobre la mesa del living y oyó el sonido del cargador al golpear contra ella.

—Ojalá te hayas roto.

Necesitaba desconectar, sacarse los problemas de la mente distrayéndose con cualquier cosa que no le recordara a Bhric Neri Cameron. Pero, lamentablemente, prendió la computadora:

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: Liquidación de gastos de representación

En adjunto el detalle.

Olvidé poner en copia a Lemos.

Bhric Neri Cameron

Camila abrió el archivo Excel. Los ojos se salieron de sus órbitas al leerlo, y elaboró el reclamo:

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Re: Liquidación de gastos de representación

No pienso pagar mil pesos por una tanga rota que era mía. Mucho menos veinte mil dólares por un retazo de tela escocesa.

El costo del café te lo dejo pasar. ¿No creés que cinco mil, por hospedarme una noche en tu casa, sea un precio ridículo? No olvides que te di lecciones de buen comportamiento y esas fueron gratis (soy generosa).

Cuando tengas la liquidación CORRECTAMENTE preparada, enviámela, que te hago el favor de pasársela a Lemos.

Camila Ocampo

La bandeja de entrada le dejó ver que respondía, cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y leyó:

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: Re: Liquidación de gastos de representación

Los mil pesos son por el traslado de la tanga hasta El Chasqui. La mensajería en Bentley es cara.

Los veinte mil dólares corresponden al costo que implica viajar a Escocia, ida y vuelta, para aprovisionarme de un nuevo TARTÁN de mi familia. Viajo en primera.

El hospedaje es una ganga, no discutas eso; ¿tengo que enseñarte dónde vale la pena regatear?

Olvidate de Lemos, ya le pasé la liquidación evitándole todo tu berrinche (no me lo agradezcas).

Bhric Neri Cameron

Tomó de la cartera el celular y pulsó el número de él:

—Como Lemos te pague esa mierda, voy a denunciarte por estafador...

—Estoy en una reunión, señorita Ocampo, no puedo atenderla en este momento.

Y le cortó.

Durante el resto de la semana no lo vio ni recibió mensajes de él. Con el paso de los días su furia se fue incrementando.

Cuando era pequeña, y la ira la embargaba, su Tata la llevaba hasta el Palacio Barolo de la Avenida de Mayo, donde en otra época había sido el poseedor de una oficina. El de maestranza respetaba a José Manuel y los guiaba hasta el último piso, donde se encontraba el faro; allí, su abuelo la hacía caminar por el balcón y le explicaba:

“Cuando se toma distancia de los problemas, y se los observa desde arriba, todo se ve más claro”.

Y ella necesitaba ver más claro. Después del cruce con Bhric no había logrado dormir en toda la noche, el resto de los días no fueron mejores; era sábado y estaba libre. Llegó a las puertas del edificio, caminó bajo las altísimas arcadas y

preguntó por aquel hombre, esperando que continuara trabajando allí.

—Señorita Ocampo, ¡cuánto tiempo sin verla! —dijo él con nostalgia en cuanto Camila le recordó quién era.

—¿Me permite ir al faro?

No fue necesario que dijera más, el hombre había leído en los obituarios que José Manuel Ocampo murió poco después que el hijo, comprendió que la mujer necesitaba reencontrarse con un espacio que había disfrutado junto a su abuelo, y la acompañó hacia el ascensor.

Dentro de la construcción, donde el arquitecto había intentado rememorar *La divina comedia* del Dante, Camila fue conducida desde el Infierno de las primeras plantas hacia el obligado Purgatorio, antes de arribar al faro. La baranda de la estrecha escalera trajo a su mano el recuerdo de la calidez y seguridad que le daba José Manuel, y cerró los ojos intentando no llorar.

—La ciudad es suya —dijo el encargado, y agregó—, es una pena que no viniera de noche, la luz del faro ilumina cien kilómetros a la redonda.

Pero en ese momento ella ya no lo escuchaba. La voz de él se convirtió en un sonido más, mezclado entre los de la metrópoli; y, así como se ignoran por conocidos los últimos, lo ignoró también para encerrarse en los motivos por los que había acudido al lugar. Buscaba conocer el origen de la ira que no la abandonaba y la impulsaba a reacciones desmesuradas como convertir en añicos un adorno que siempre había admirado, o enfrentar a un hombre que en pocos días más desaparecería de su entorno. ¡Dios! Se había acostado con él tan solo por enfrentarlo. ¿Hacia dónde estaba encaminando su vida?

Apoyó la mano en la baranda de afuera, acariciándola, y comenzó a caminar. Debajo, la ciudad seguía su rutina habitual, en tanto ella recapacitaba:

«Salí disparada de un desfile en Punta del Este cuando me llamaron para avisarme que mis padres no habían sobrevivido al accidente y que mi abuelo estaba inconsciente. El viaje lo hice en estado de shock, recién cuando llegué al sanatorio y vi al Tata enchufado a mil cables me di cuenta de lo que era sentirse sola. Martina tardó dos días en llegar y tuve que lidiar con los funerales de unos y los partes médicos del otro, en tanto mi estúpido representante se jactaba de

haberme excusado ante quienes me contrataron y que, gracias a su gestión, no me reclamarían una indemnización. Los abogados me pedían documentación que mi abuelo guardaba en el escritorio de su casa, y yo era incapaz de ingresar allí hasta que llegó mi tía, me rogó que me mudara con ella a la casona y debí reunir valor para hacerlo. No tuve tiempo de reaccionar y simplemente acepté su pedido perdiendo durante días la posibilidad de refugiarme en mi burbuja, donde podría haber llorado y pataleado a gusto por estar inmersa en un dolor tan injusto como el que impone la muerte de los seres queridos —Camila siguió caminando sin contar la cantidad de vueltas que daba alrededor del faro—. Hasta entonces yo estaba convencida de que el Tata se salvaba y la sensación de protección continuaría; no pensé que era un anciano, siempre lo vi imponente e intocable, la muerte no podría rozarlo y la artera se lo llevó frente a mis ojos. —El llanto fue incontenible y Camila lo dejó brotar. En la cima del mundo, y pisando el cielo, nada podía quedar oculto—. El Chasqui me cayó de arriba, sentí que era una montaña que jamás podría escalar, recurrí a Martina y ella se desligó proponiendo venderla. ¿Cómo se puede vender aquello que se ha construido con la sangre de los nuestros? Jamás lo vi tan claro como ahora, nunca sentí tan fuerte la voz de mis orígenes como aquí. El Chasqui es Ocampo y yo soy una de ellos. Paulo me va a enseñar, mi carrera no importa. Soy quien debe hacerse cargo y en eso debo enfocarme».

Respiró profundo, había dos desconocidos que reclamaban ser tan Ocampo como Martina o ella; cuadró los hombros y decidió que debía conocerlos, más allá de lo que determinara el resultado del ADN. Necesitaba saber quiénes eran los que osaron contradecir la voluntad del Tata negándose a mantenerse en el anonimato. El estudio de abogados era de prestigio y muy competente, el accidente no había sido un sabotaje, o lo habrían detectado. Los posibles herederos sabían que lo primero a lo que se expondrían sería a un estudio genético, seguramente eran hijos del Tata y Martina no tenía dudas al respecto o no le habría confesado un pasado que, a las claras, no era motivo de orgullo; pero su abuelo no los consideraba como tales porque no había sido su voluntad engendrarlos. El Grupo Neri guiaría El Chasqui hasta que ella aprendiera a

hacerlo y se confirmara si debía o no compartir la responsabilidad con más personas.

Suficiente, las ideas se habían aclarado. Estaba regresando al interior para agradecerle al señor de maestranza e irse cuando frente a ella quedó el imponente faro; el ojo de Dios que todo lo ve, con dos potentes asas sosteniéndolo a cada lado como brazos elevados al cielo, rogando.

«Bhric Neri Cameron —pensó. Detuvo su andar para volver a dar la espalda al faro y mirar hacia la ciudad—. Me recuerda la forma en que mi padre impostaba la voz cuando me retaba. Odiaba eso, sentía como si ya no me quisiera más por culpa de mi travesura pero, en lugar de rogarle que me perdonara y jurarle que no volvería a hacerlo, lo enfrentaba orgullosa. Desde que conocí a este ordinario no hago otra cosa que pelearlo. No puede ser una conexión enfermiza con mi padre, ¡por Dios, me acosté con él!»

Sintió que las tripas se le retorcían, intentó escudriñar en su mente buscando los indicios que le aseguraran que el hombre no la atraía y muchísimo menos que estuviera buscando en él el amparo paternal perdido. ¿Qué había hecho Bhric para llevársela a la cama? Las respuestas brotaron una detrás de la otra:

«No admira mi belleza, no se muestra afectado por mí. Lo irrita, me rotula como una *bienuda* que lo considera inferior. No le importan ni mi riqueza ni mi estirpe, me cree una rubia tonta, solo me envía informes por obligación, limitándose a darle indicaciones exclusivamente a Lemos. Para él soy una molestia que debe soportar hasta que su hermano regrese. —Pateó el piso con toda la planta de su zapato de tacón—. Pero en la cama le cerré la boca —pensó, y una sonrisa diabólica se dibujó en su cara—. Más que eso, lo dejé con ganas cuando me vio con su carísimo tartán; por eso intentó contrariarme con el cargador y en la oficina del abogado, aunque me cuidó en el ascensor atestado de gente. —La sonrisa se convirtió en carcajada y tiró hacia atrás la cabeza moviéndola de un lado a otro, mientras se sostuvo con las manos de la baranda—. Te la voy a poner difícil, gigantón, vas a venir a besarme los pies. Te voy a volver tan loco que todo tu granítico cuerpo se derretirá. Soy tu brasa, ogro», dijo para sí y regresó al edificio para volver a la planta baja y llegar al mismo

infierno.

Embebida en la euforia de haber arribado a tantas conclusiones, caminó por la avenida sin darse cuenta de que el tránsito se encontraba interrumpido y el sonido de unas gaitas la guió entre la gente hacia el desfile. Hombres y mujeres se adueñaban de la calle, blandiendo con orgullo estandartes con distintos tartanes iguales a cada kilt que lucían. Miró hacia uno y otro lado, se acercaba un grupo vestido con atuendos medievales. Buenos Aires se había convertido en Escocia ante sus ojos, y maldijo aquello que pretendía ser una señal que la hiciera desistir de los fines que se había propuesto para con el gigantón.

—¿Qué es esto? —consultó Camila a un grupo de jóvenes.

—Es el festival Buenos Aires Celebra Escocia. *The Tartan Day* —le respondieron, lo que era más que evidente si tan solo prestaba un poquito de atención.

«¡Me quiero matar! ¿Justo acá vengo a caer?»

Agradeció a quienes la desasnaron e intentó alejarse. Una gran mano la tomó del codo, reteniéndola.

—¡Ah, maravillosa época! —dijo Bhric, señalando con la cabeza al grupo que desfilaba—. A las locas se las encerraba en una torre.

—¡Soltame, ya!

—Una pena haber perdido ciertas costumbres —aseguró, dejándola libre, girando sobre sus talones y reuniéndose con un grupo de jóvenes.

El único de ese grupo que no iba vestido con ropa típica era Bhric Neri Cameron, el granito al que pensaba derretir y que, por el momento, se anotaba un poroto tras otro.

«Te voy a tomar el punto exacto de cocción que necesitás, escocés tozudo. Sos el responsable de lo que te ocurra. Conmigo no tendrías que haberte metido».

—Doctor, su padre y Ferraro lo esperan en la sala de reuniones —le anunció por el intercomunicador la secretaria a Bhric.

Dejó de lado su investigación sobre la familia Ocampo y acudió al encuentro, manteniendo el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—¿Qué encontraron? —preguntó Donato al jefe de seguridad, para evitar cualquier preámbulo.

—El Laguna era robado, nos costó seguirle la pista y no fue fácil localizar a los que ese día lo conducían.

Neri consideró innecesario el comentario con el que Ferraro pretendía disculparse y se lo hizo notar elevando una ceja. Con un movimiento de la mano lo apremió a que fuera al grano. Ferraro prosiguió:

—Fueron reclutados por Mazzarello —Bhric apretó un puño y siguió escuchando—. Solo pudimos acceder hasta ahí. Tal vez pretendían secuestrarlo para pedir un rescate.

—No se detenga —dijo Donato, levantándose del asiento para que el hombre comprendiera que la reunión que mantenían había concluido—. La familia sigue en riesgo.

Ferraro los dejó solos y el hijo escrutó al padre:

—¿Mazzarello?

—Volvé a lo tuyo —ordenó el Tano—, de esto nos encargaremos Ferraro y yo.

Bhric intentó procesar la indicación recibida, regresó a su despacho y miró por la ventana buscando respuestas en datos del pasado.

—Doctor, la señorita...

La secretaria intentó advertirlo, pero la puerta del despacho se abrió de par en

par dejando frente a sus ojos a Camila Ocampo, vestida con pantalón negro y blusa de seda blanca.

—Vine a buscarte para evitar que cargues a mi cuenta el costo por transportarme, en tu juguetito caro, hasta la oficina del abogado; así que te llevo en mi auto. Apurate que no quiero llegar tarde —le ordenó, chascando los dedos.

Bhric se juró que había hecho grandes esfuerzos por sostener el buen trato que un hombre debía tener con una mujer, pero esa Ocampo siempre lograba quebrar su rígida convicción. Le hizo señas para que cerrara la puerta, en tanto rogó porque el tiempo que le llevara llegar a ella fuera el suficiente para recobrar la compostura. Algo de eso logró al guardar las manos dentro de los bolsillos del pantalón de traje y tan solo liberó una aclaración:

—Mi seguro tiene una cláusula —Camila no comprendió a qué se refería y elevó la barbilla pidiendo que fuera más claro—, que los exime si me expongo a actividades de alto riesgo que no estén explicitadas en el contrato. Que conduzcas no forma parte de los deportes de alto riesgo que detallé.

Solo ella escuchó la ironía que Paulo hubiera considerado como la primera broma que en la vida emitió su hermano.

—Soy un deporte de alto riesgo, gigantón. Llamá a tu empresa de seguros y agregale el anexo “Camila Ocampo”.

—Vamos —dijo con la voz oscura, tan oscura como sus ojos en ese instante.

Bhric no le permitió buscar el Mini Cooper y la subió al Bentley. Durante todo el trayecto se mantuvo en silencio; en su mente continuaba conectado con la conversación mantenida con Ferraro.

Camila lo observó, por momentos el ceño de Bhric se fruncía más de lo aconsejable. Cuando eso ocurría también apretaba los labios y una masculina hendidura los unía con la nariz, ofreciendo un surco que invitaba a perderse en él. En más de un semáforo, durante el corto trayecto, lo vio chascar la lengua o torcer la boca hacia un lado, dando muestras de preocupación; estaba segura de que el motivo no era ella. Dejaron el auto en el estacionamiento junto al edificio del estudio de abogados y, en el mismo silencio, continuaron hasta estar frente al letrado.

—Los ADN han dado positivos. El juez que lleva la filiación ya notificó al de sucesión y, aunque este pedirá nuevos análisis, sabemos de antemano que los resultados son inapelables. Estas personas son hijos no reconocidos, pero auténticos, de José Manuel Ocampo, y la ley les otorga el mismo privilegio de herencia que a su tía o a usted. Cuando esto termine cada uno recibirá el veinticinco por ciento de los bienes que estuvieron a nombre de José Manuel Ocampo. En su caso, Camila, lo hace en representación de su padre, como única heredera legítima y acreditada de Leonardo Ocampo.

—Una cuarta parte del total —interpuso Bhric.

—Hasta que el juicio por sucesión no se destrabe estamos parados; pero en mi carácter de letrado de la familia estoy en contacto con los abogados de los reclamantes.

—Quiero conocer sus nombres —dijo Camila—, necesito saber quiénes son.

—Doctor —interrumpió la secretaria—, la señorita Martina Ocampo está aquí.

A Camila le extrañó que su tía se presentara ese día en el estudio de abogados, cuando había asegurado que quería alejarse de todo el conflicto.

—Hágala pasar —solicitó Bengoechea.

Martina ingresó a la sala de reuniones con la cara desenchajada y la ira exudando por cada poro de su piel.

—Perdone —se disculpó el abogado—, usted dijo que delegaba todo en su sobrina y pensé que no deseaba...

—El manejo del resultado de los estudios queda fuera del poder que le entregué a Camila.

—En ese caso, le notifico que han dado positivo. Marcos y Juan Mazzarello son hijos de José Manuel Ocampo, según se demostró en el juicio por filiación...

Bhric maldijo para sí, Camila contuvo la respiración, Martina comentó a los gritos:

—¡Hay un error, sobornaron a alguien!

—Comprendo su reacción, señorita —trató de tranquilizarla el letrado—, pero los resultados son indiscutibles.

Camila se levantó de la silla, se acercó a su tía, la rodeó por los hombros y la guió hasta uno de los sillones; Bhric solicitó un vaso con agua que pronto estuvo a disposición para que Martina bebiera.

—Los dejaré solos un momento —propuso el abogado, retirándose.

—Tía, tratá de respirar con un poco de regularidad. Esto no te hará bien. Sabíamos que era posible que...

—¡No! —la interrumpió Martina—. Jamás voy a considerar a esa gentuza, no voy a permitirles que lleven mi apellido. Son escoria de los suburbios, hijos de una prostituta. Dos errores que mi padre no debió cometer.

Bhric apretó los puños. Estaba frente a una copetuda que se creía dueña de la dignidad que hasta el padre había puesto en duda al no reconocer que era responsable por dos hijos que había dejado llegar a la adultez conociendo de él tan solo su espalda.

—Descargá toda tu frustración aquí y ahora —dijo Camila a su tía—, en cuanto el abogado regrese vas a comportarte. Lo que hizo el Tata, nos guste o no, trajo consecuencias. Para el juez son sus hijos y les da el mismo derecho que a nosotras.

—¿Estás loca? —reprochó Martina.

—No —respondió Camila, segura—. No sabemos cuándo se enteró el abuelo de que existía la posibilidad de que fueran sus hijos, desconocemos cómo deseaba actuar al respecto, no tuvo tiempo de darnos directivas. Serenate, ya buscaremos la manera de manejarnos y reparar los errores.

—No voy a reparar absolutamente nada. Mi único hermano está muerto y esos dos pretenden aprovecharse de los errores que cometió mi padre.

—Martina —dijo la sobrina con voz firme—, nadie nos obliga a relacionarnos con quien no queremos, pero demostraron que llevan sangre Ocampo y hay que respetar lo que la ley dice que les corresponde.

Bhric abrió los ojos al mismo tiempo en que detectó que la fuerza que ejercía para mantener los puños apretados se extinguía liberando dedo tras dedo. Recorrió visualmente el cuerpo de la estirada, deteniéndose en la mirada llena de reprobación que le brindaba a la tía. Para él estuvo claro que compartía el mismo

rechazo que Martina hacia los Mazzarello, pero eso no le impedía aceptar la verdad.

El abogado regresó a la sala de reuniones, Martina se mantuvo callada y toda la conversación restante la sostuvo con Camila.

Al salir del edificio, la única hija mujer de José Manuel Ocampo se negó a acompañarlos, aduciendo que la esperaban colegas en el Colón y que, por un par de bastardos, no suspendería sus compromisos.

—¡Basta, tía! —le rogó Camila, y con la mirada le solicitó a Bhric que les otorgara un momento de privacidad.

Él se alejó unos pasos que no le impidieron escuchar cómo la mayor de los Ocampo se desquitó a gusto:

—¿Basta? ¿No te das cuenta de que él consideró indigno al hombre que yo amaba y ahora, por ley, me arrastra a aceptar al producto de su lujuria como si fueran iguales a mí?

—No son iguales, no tuvieron tus ventajas —dijo Camila—. No los culpes a ellos.

—¿Y yo? ¿Qué culpa se me puede endilgar a mí? ¿Que no los acepto? ¿Que desprecio lo que son y me niego a facilitarles el camino a lo que pretenden ser? Malditos bastardos, maldito mi padre, maldito tano de mierda... —despotricó antes de perderse entre la gente que circulaba por la calle.

Camila caminó hacia Bhric, que la condujo en silencio hasta el Bentley, para llevarla al estacionamiento del Grupo Neri donde ella había dejado el auto.

—Mañana, a las ocho, te espero en El Chasqui —dijo Bhric—, tenemos que organizarnos y elaborar nuevas estrategias con Lemos.

Camila asintió y se montó en su Mini Cooper, él quedó observando cómo este desaparecía sobre el asfalto. Decidió que no subiría a la oficina para hablar con su padre. Mazzarello era un apellido que ese día había escuchado en dos oportunidades y aquello no le gustó en absoluto. Recapacitó un buen rato y regresó a su auto. Todavía no era tiempo de poner al tanto a Donato, antes tenía que averiguar qué pretendían los dueños de los cabarets que otrora fueran propiedad del tano Neri, y si era una simple coincidencia que los Ocampo

estuvieran mezclados.

«Las coincidencias no existen».

Camila llegó tarde al bar donde la citaron las amigas para tomar unos tragos. Lucila, en más de una oportunidad, la notó dispersa.

—Es a beneficio —explicó Esmeralda, ante la pregunta de otra—. Necesitamos los fondos para abrir la biblioteca.

—Prefiero extender directamente un cheque —respondió la que había solicitado que le ampliara información.

—Y te lo vamos a agradecer —continuó Esmeralda—, pero necesitamos movilizar a la gente. Ustedes son mis amigas, háganme el aguante.

—Contá conmigo —aseguró Lucila.

—¿Para qué querés poner una biblioteca en medio de una villa? Esa gente no lee —cuestionó la anterior.

—¡Qué prejuiciosa! —retrucó otra.

—Justamente —expuso Esmeralda—, para que tengan acceso. Marianita confeccionó el catálogo, planeó varias clases y talleres para dictar, papá consiguió donaciones de las editoriales, Rosalía y yo reclutamos a maestras de la zona para que se ocupen de atenderla; pero necesitamos construir el edificio, amueblarlo...

—¿Dónde harás el evento? No pensarás citarnos en el medio de la nada, ¿verdad? ¡Ay, Esme!, vos y tus pobres.

—Sos muy desagradable, nena —incredó Camila a quien se rehusaba a participar—. Dejala, Esmeralda, que te ponga un cero más en el cheque y que no vaya. Su mala onda no te hace falta.

La mujer, ofendida, tomó su cartera y afirmó:

—Se corren rumores, Camila, ¿es a causa de eso que ahora estás del lado de la filántropa del grupo?

El bochorno se mezcló con la bronca, Camila apretó los puños sobre la mesa, Lucila le acarició la espalda.

Al terminar la reunión, la Ocampo le ofreció a su amiga alcanzarla hasta la casa.

—Decime que jamás me parecí a esa estúpida.

—No —respondió Esmeralda—, al menos no a ese extremo.

Llegó a su departamento en Palermo, prendió la notebook y escribió en el buscador de Internet los nombres. Los enlaces de “Mazzarello” la guiaron hacia el dueño de un boliche del barrio de La Boca que, en cuanto leyó un par de descripciones, comprendió no era otra cosa que un cabaret. Tuvo que reconocer que le daba cierto temor acercarse sola al lugar. De todas maneras ¿qué diría? ¿Cómo se presentaría? “Hola, soy Camila Ocampo y quiero saber si mis tíos tienen alguna relación con este antro”. Ridículo. Pero la curiosidad era uno de sus defectos y, por mucho que trató, no pudo evitarlo. Convencida de que si se mantenía dentro del auto, y simplemente se dedicaba a observar al tipo de gente que entraba o salía, podría hacerse una idea de cuáles eran los bueyes con los que debería arar, regresó al garaje y puso en marcha su auto rumbo al Tutto Mazza, que de solo nombrarlo ya le provocaba escozor.

A mitad de camino un semáforo la detuvo sobre la avenida 9 de Julio, miró el celular y decidió enviarle a Lucila un mensaje de WhatsApp comentándole hacia dónde se dirigía. «Por las dudas», se dijo. La zona comenzó a incomodarla, no tenía por costumbre circular por allí; revisó que las puertas estuvieran bien trabadas. Calle tras calle su mente comenzó a hacerse preguntas repasando la historia de aquel paraje desconocido que distaba mucho del pintoresco de los afiches turísticos. A su izquierda el Río de la Plata, a su derecha las construcciones precarias y mal conservadas que le hablaron de un Buenos Aires de inmigrantes arribados desde lejanas tierras, portando como único capital el deseo de trabajar para progresar algún día. Colores de fachadas que la noche no ocultaba: amarillo, azul, rojo y verde brillante, inspirados en la bandera italiana y en el club de fútbol de la zona, contrastaban con la armonía y la suntuosidad a las que estaba acostumbrada. Las edificaciones montadas sobre veredas

elevadas, para cubrirse de la subida del río cuando la sudestada arreciaba, fueron el primer indicio que deslizó el velo que le cubría no solo los ojos sino también la capacidad de comprensión. ¿Cómo habría sido llegar desde un pueblito de Italia a esta urbe? ¿Qué sintieron al provenir tal vez de un campo y terminar estibando bolsas en aquel inmenso puerto? ¿Qué sacrificios padecerían algunas de las mujeres que, buscando un futuro sin hambre, la historia contó que terminaron esclavizadas como prostitutas en los cabarets del puerto?

Un par de años atrás había estado muy cerca de allí, en la zona llamada Caminito, posando para una producción fotográfica de la revista dominical de un conocido periódico, pero no se había hecho preguntas, era posible que ni siquiera hubiera observado el entorno. Qué distinto veía ahora todo, cuando no gozaba del descanso de quien delega en otro la conducción. La conducción de su auto y de El Chasqui, por el momento, dependían de ella, así como la responsabilidad de insertar en la vida de las Ocampo a los nuevos integrantes que el corazón le gritaba provenían de allí, del mismo lugar que ese nene que basculaba los pies descalzos sentado en el elevado cordón de la vereda. Movi6 los dedos dentro de las botas de fina cabritilla reconociendo que se las había puesto no porque la temperatura fuera baja; las lucía simplemente por gusto, por placer, porque así lo decidió ese día parada frente a los estantes destinados a zapatos en su vestidor. ¿Marcos o Juan habrían sentido frío en su infancia, en tanto el Tata elevaba la intensidad del calor de la caldera de su casona? ¿Y hambre? ¿Qué era sentir hambre? Nada podría describirlo, estuvo segura de que tan solo viviéndolo se tendría real dimensión de tan angustiante dolor. Continuó conduciendo y comenzó a divisar los inmensos galpones de depósitos portuarios, hasta que finalmente llegó a destino y estacionó en la oscuridad de la noche sobre la ribera del río. El celular volvió a sonar, tan abstraída había estado que no vio los mensajes anteriores; miró por los espejos para ver si alguien reparaba en ella antes de leer:

Te suplico que no vayas sola.

Camila volvió a mirar por los espejos; el texto de Lucila llegaba tarde, estaba frente al cabaret. La iluminación de la calle era tenue; sobre la fachada, dos faroles irradiaban luces de color ámbar. No había autos estacionados pero observó a uno de marca alemana circulando despacio para luego estacionarse varios metros más adelante. Del mismo bajó un hombre que, con paso decidido, entró en el Tutto Mazza. Pensó si sería buena idea hacer lo mismo; ingresar en aquel tugurio, preguntar por Juan o Marcos Mazzarello, presentarse como Camila Ocampo... cuando una inmensa silueta se paró frente a su Mini Cooper, apoyando los puños sobre el capó, mirándola con ojos reprobatorios y desafiantes.

—¡Bhric! —salió de su boca como un suspiro tranquilizador que la obligó a destrabar las puertas, bajarse y abrazarlo como si fuera el gran antídoto a su desolación.

—¿Qué estás haciendo? —siseó, tomándola del codo, como era su costumbre, y volviendo a introducirla en el auto pero del lado del acompañante.

—Gracias a Dios que estás acá —reconoció—. Tuve un impulso, quise saber...

El hombre corrió hacia atrás el asiento del conductor y encendió el auto para alejarlos del lugar.

—No, no quiero irme, necesito entrar —reclamó Camila.

—Estás loca —aseguró, al mismo tiempo que enviaba un mensaje para que rescataran su Bentley del lugar.

—De verdad, necesito entrar ahí —repitió, mirando hacia atrás y viendo cómo se alejaban de las luces ámbar.

Él continuó conduciendo, ignorándola, mientras a ella la acosaban las dudas:

—¿Cómo me encontraste? ¿Qué hacías acá? ¿Sos habitué?

Bhric estalló en carcajadas preguntándose qué le haría pensar que un hombre como él podría necesitar de esos servicios. Camila saltó en el asiento sin saber si esa risa la asustaba o la excitaba, y su mirada se perdió dentro del rostro que creaba arrugas cuando achicaba los ojos al reír.

Llegaron al edificio de Palermo, Bhric tomó el control remoto que consideró

accionaba la apertura del portón del garaje:

—¿Cochera? —preguntó, y ella lo fue guiando no solo hacia allí, sino también hacia el ascensor y hasta el living de su departamento.

Considerándose invitado, entró y observó. Pisos alfombrados, sillones mullidos en tono manteca con almohadones color naranja, portarretratos sobre el único mueble laqueado y, colgado sobre la pared, un gran póster de ella posando desnuda en la playa con el cabello al viento. Necesitó un trago fuerte y, buscando calma, preguntó:

—¿El whisky?

—Dentro del mueble —respondió como autómata dejándose caer sobre el sillón donde Bhric pretendía acomodarse.

El hombre bufó y fue por la bebida. Su intención era servirse pero luego, evaluando que tal vez ella también lo necesitaba, vertió el líquido en dos vasos y le tendió uno.

—Gracias.

—Con esta locura te superaste.

—Vos no entendés —se justificó ella—, necesito saber quiénes son, cómo fue su vida.

—El prostíbulo no es lugar para ir sola —observó directo y en tono claro.

—¿A quién podría haber llevado conmigo? ¿A mi tía? —dijo con ironía e irguiéndose agregó—: a ella no le interesan.

—¿Te interesan a vos? —preguntó él, tomando un trago y encontrándose nuevamente con el póster que la mostraba entera.

Camila se quedó mirándolo; estaba parado frente a ella y debió inclinar mucho hacia atrás la cabeza para hurgar en sus ojos que esa noche parecían de un azul intenso. Pensó en responderle que sí, que le interesaba conocerlos, preguntarles si pasaron hambre o frío, si alguna vez intentaron hablar con José Manuel, si se habían enterado recientemente o si siempre lo habían sabido; si querían dañarlas o recuperar identidad. Sin proponérselo continuó pensando, pero en voz alta:

—Tal vez la madre decidió confesar que mi abuelo era el padre de ellos recién ahora, al conocer la noticia de que había muerto.

Pero recordó que Martina comentó que hasta Leonardo sabía de Juan y de Marcos mucho antes del accidente. Se creyó tonta, estúpida, y Bhric tenía razón en haberla sacado de aquel lugar. Las cosas no se hacían de esa manera. Enojada, se levantó, caminó por el living, apuró el trago y volvió a servirse otro mostrándole la botella, por si él también quería.

Bhric negó con la cabeza y le quitó el whisky de las manos, con uno era suficiente para salir del estupor en el que la había encontrado, pero ya no más, la quería lúcida.

—Camila —dijo nombrándola con calma—, tu abuelo entregó la muestra de sangre para el juicio de filiación.

La muchacha se quedó absorbiendo la información. Jamás se había preguntado qué se analizó para llegar al resultado positivo. Contempló a Bhric que la observaba con aquella mirada inquietante y difícil de descifrar; desconociendo sus pensamientos, se empeñó en negar cualquier indicio que dejara mal parada la imagen de su abuelo:

—El Tata debió haberse enterado hace poco, le habrá contado a mi padre y juntos decidirían prestarse para los exámenes. Estarían esperando los resultados antes de contármelo y...

Bhric pensó si decirle todo lo que había descubierto cuando analizó la documentación sobre El Chasqui y el resto de los bienes; pero tal vez era demasiada información.

Camila lo detectó en el momento en que achicó los ojos y le vio en la mirada ese brillo que la llenó de dudas:

—¿Qué? —lo instó.

—Nada.

Camila se puso de pie:

—Bhric, Martina vivió rodeada de lacayos, nadie pretende que, así como así, los acepte como iguales, hay que darle tiempo. ¿Tenés idea del esfuerzo que se necesita para subsistir en un entorno que te exige comportarte como reina? ¿Sabés lo que es que, de un día para el otro, mires hacia atrás buscando las caras de los que amaste y te preguntes quiénes eran realmente? —Los ojos de él

mostraron fastidio e incomprensión. Destilando ira con cada palabra, le recordó —: Estás a cargo de administrar los bienes, soy una de las herederas, te exijo que no te guardes ningún dato. —Bhric mantuvo cerrada la boca y Camila Ocampo se desplomó con cada sílaba en el sillón—: Dejé de lado el odio hacia mí, necesito saber —aseguró, cobijando su cara entre las manos—, necesito que no me mientan más, que no me oculten nada más. No sé dónde buscar fuerzas para volver a confiar.

Lo conmovió verla indefensa y le acarició la mejilla.

—Ya vas a encontrar las respuestas —dijo, y dejó de tocarla de inmediato.

Camila sintió el frío de su alejamiento, anheló que regresara; se preguntó por qué había actuado así un hombre que solía ser apático, distante. «Salvo en la intimidad».

—A partir de mañana —dijo resuelta—, quiero reunirme a diario, me da lo mismo si es con vos o con Lemos; van a ir explicándome cada engranaje que hace rodar El Chasqui. Quiero saber qué heredé de mis padres y de qué bienes del Tata puedo disponer. Compraré la parte de los Mazzarello y todo esto quedará atrás.

—Augusto Lemos tiene demasiado trabajo en la empresa, contratá a un profesor particular —comentó, molesto por haber acariciado a quien recuperaba con facilidad su gélida superioridad social.

—De acuerdo —dijo decidida—, ponele precio a tu tiempo. Si él no puede, vas a enseñarme vos mientras Paulo esté en Madrid.

Bhric caminó hacia la puerta y se fue sin responder.

Desde la cena en la que Donato habló de la necesidad de limpiar el apellido familiar, Vera no tenía paz. Si no estuviera embarazada, el Tano Neri no habría tirado el guante que Bhric recogió con tanta premura. Las molestias de esos meses de gestación, los miedos de saberse primeriza a su edad, la angustia porque Mario fuera bien recibido por los suyos y la carga de la culpa erosionaban sus frágiles nervios. Consideró que tal vez Bhric estaba distrayendo a Donato mientras el tiempo seguía corriendo y la razón regresaría para impedir que cumpliera su inquebrantable palabra de escocés. Dubitativa, los citó para almorzar con la intención de convencerlos de que desistieran. Aprovechó que Donato estaba demorado y comenzó su planteo para Bhric:

—No quiero que cargues con el peso, hermano —dijo, acariciando la mejilla de él—, te ruego que desistas de seguirle el juego a papá.

—Ya me oíste aceptar.

—Bhric, estoy esperando un hijo del hombre que amo. Lo único que me importa es que nazca sano. La sociedad cambió, ya no es como ayer; además, puedo radicarme en Italia o en cualquier otro país donde...

—No pienses en mí —la interrumpió—, soy un escocés tozudo y mal llevado. Vera, no estoy camino a un sacrificio, no soy un héroe; voy a borrar el pasado para liberar el futuro de cada uno de los que nos sucedan.

—A vos no te pesa el apellido, es al Tano a quien le pesa. No comprometas así tu vida, esperá a enamorarte de alguien.

Su hermano sonrió, achicó los ojos y adelantó el cuerpo hacia ella:

—No busco enamorarme.

La hermana lo observó un momento, se sabía querida y cuidada, ella retribuía y agradecía cada consideración que le tenían; el corazón de los varones también requería cobijo:

—Sabés que los adoro a los dos, pero mi fantasía me llevó a creer que Paulo será un tipo enamorado que vivirá de divorcio en divorcio porque, acostumbrado a que lo apañemos, no se conformará con una única mujer y sucumbirá a las tentaciones.

Bhric dejó el menú a un lado y elevó la mirada para seguir escuchándola.

—Todos lo hemos malcriado, todos lo hemos consentido, al Tano lo agarró cansado y hasta él se las deja pasar —comentó, para luego ir al grano—: Vos sos diferente. Te cuesta expresar tus sentimientos, sos muy reservado, pero no jugás con las ilusiones de otros. Cuando decidí que nada me importaba, más allá de apostar por el amor que siento por Mario, mi referente fuiste vos.

—No soy referente de nada.

—Estás equivocado, sos íntegro y responsable. Te atribuíste el encargo de papá, nos pusiste en primer plano a todos, creés que podés, pero esto va a destruirte.

—No es así.

—¿Con quién pensás casarte?

—Todavía no lo sé. Pero la que sea tendrá en claro que lo que acepta es una transacción. Su estirpe a cambio de dinero.

—¿Y a ese tipo de mujer convertirías en madre de tus hijos?

Él volvió a bajar la vista al menú. Vera ahondó en el planteo:

—Decís que no necesitás enamorarte. Yo creí que me moría cuando mi amor me dejó en claro que valía menos que su prestigio. —Bhric clavó la mirada en ella, su hermana no se amedrentó—: Cuando tu hijo crezca en el vientre de una mujer vas a querer acariciarlo; durante nueve meses necesitarás acercarte a él a través de ella. Meribeth y Donato son muy distintos pero sé que se amaron y espero que le ofrezcas lo mismo a tu hijo, no le hagas lo que me hicieron; saber que no provengo de un lazo de ese tipo hizo que justificara a quien no me amó.

Vera se llevó la mano a la boca, se levantó con rapidez y desapareció camino

al toilette; su hermano se preguntó si el período de náuseas continuaba o si evitó compartir con él su emoción.

Donato, caminando apurado entre las mesas, llegó hasta su hijo, le palmeó el hombro y se sentó disculpándose por la demora:

—¿Ya pidieron el almuerzo?

—No. Dudo de que Vera coma algo —respondió Bhric.

—¿Por qué? —se alarmó el padre.

—Sigue con vómitos —comentó, frunciendo el ceño, preocupado.

Bhric la adoraba, fue Vera quien, cantándole nanas, le enseñó a comprender el italiano; aquella niña taciturna, temerosa pero también dulce y cariñosa. Las primeras grandes peleas de él con Paulo fueron porque el menor se divertía asustándola con insectos y reptiles a los que ella les tenía fobia, y entonces Bhric aparecía para defenderla. Paulo era un caso, así como en un momento la hostigaba, al siguiente le sacaba la sonrisa más amplia y, para Bhric, no había nada que le llenara más el pecho que ver a su hermana sonreír; algo que él jamás había logrado porque no sabía cómo hacerlo y Paulo lo conseguía siempre con facilidad. Vera merecía ser dichosa.

—Aprovecho que no está presente —dijo Donato— para ponerte al tanto. — Bhric dejó el menú a un costado y se detuvo a mirar a su padre esperando a que continuara—: Creo que Ferraro tiene razón, los Mazzarello querían hacer un intercambio.

Bhric cerró el puño, Vera regresó a la mesa y la conversación se vio interrumpida. Ante ella, determinados temas no se tocaban y almorzaron dialogando sobre los avances del embarazo, las compras que Joana estaba haciendo para el futuro integrante de la familia y el pronto regreso de Paulo desde Madrid. Cada vez que Vera intentó disuadirlos para que no continuaran con el plan orquestado en aquella cena, los hombres desviaron la conversación.

Tras despedirla, padre e hijo se dirigieron a la oficina de presidencia del Grupo Neri, para retomar el diálogo trunco:

—¿Qué intercambio? —reclamó Bhric sin preámbulos.

—Tiene que ver con una historia en la que me vi involucrado hace años —

respondió Donato, sin intención de explicar más; el hijo lo notó y, a pesar de que solía respetar sus silencios, con la mirada lo instó a que fuera más claro—. Un amigo precisó un favor y recurrió a mí.

—Y ese favor perjudicó a los Mazzarello —supuso Bhric.

—Algo así.

Donato vio a su hijo caminar hasta el ventanal; aquel era un gesto común en Bhric cuando buscaba concentrarse. Esa necesidad de conectarse con el cielo y la naturaleza, propia de quien fue criado en contacto con el campo y las costumbres paganas. No le estaba dando toda la información, no podía hacerlo, el secreto que resguardaba no era suyo aunque había aceptado formar parte y, aún hoy, volvería a tomar la misma decisión.

—Además de amenazarnos, los Mazzarello se relacionan con un cliente nuestro —comentó el hijo—. Las coincidencias no me gustan.

—Hasta acá puedo contarte. Me ocuparé de que no consigan lo que quieren. —Se irguió en su sillón y le solicitó—: No quiero que nadie burle su vigilancia, hablaré con Paulo para que no se haga el loco, ni se te ocurra plantearme que no te la aguantás. Cada uno de nosotros tiene sombra y más les vale que no traten de borrarla.

Bhric comprendió la seriedad del pedido y asintió; no discutió ese punto porque estaba más interesado en conocer el motivo por el que Donato no preguntó qué cliente tenía relación con los Mazzarello.

—Jugamos para el equipo que vos dirigís, pero estás ocultando las cartas y eso es mala idea.

Como el padre guardó silencio, le preguntó:

—¿Ya me encontraste esposa?

—No.

—De acuerdo. Me ocupo yo —aseguró.

Donato aguardó a que la puerta se cerrara, abrió el humidor de habanos, tomó uno, lo palpó y olfateó, antes de cortar para encenderlo, finalmente, paladeó el humo dentro de su boca, luego hizo un llamado:

—Última advertencia, no se metan con los míos.

Las lecciones solicitadas a Bhric comenzaron de inmediato.

—Primero tenés que saber cuál era el patrimonio de tus padres —la instruyó.

Camila respondió:

—Fuera de la empresa de transportes y de las cosas del abuelo...

—Olvidate de tu abuelo —la interrumpió para enfocarla—, hablo de los bienes personales que tenían antes de morir.

Ella meditó un momento y comenzó a enumerar:

—El departamento de la calle Callao, los autos, una propiedad en Punta del Este, las joyas de mamá...

—Acciones, bonos del gobierno, participaciones en fondos de inversión, una cuenta en Estados Unidos —leyó Bhric, arrancándole de las manos el informe que le había entregado y, a medida que mencionaba cada punto, Camila abría más grandes los ojos—. Te hice un resumen —dijo, regresándole la carpeta—. Prestá atención a las fechas de adquisición.

—No entiendo —dijo Camila con sinceridad.

—Tu abuelo estuvo traspasando activos propios a tu padre y a Martina antes de que comenzara el juicio de los hijos ilegítimos. Todos estaban al tanto e intentaron reducir los bienes a disputar cuando el resultado saliera a la luz.

—¿Estás diciendo que mi familia intentó estafar a los Mazzarello?

—Acostumbrate a llamarlos Ocampo.

Camila volvió a abrir la carpeta y retomó la lectura; frente a sí tenía términos que no le eran familiares. Se obligó a comprender, frunció el ceño; en más de una oportunidad apoyó un codo en el escritorio y se sostuvo la cabeza con la mano para luego reincorporarse. Bhric la observó con paciencia, dispuesto a responder cualquier pregunta que le hiciera; cuanto más comprendiera, mejor sería. Ella tomó una lapicera e hizo una marca, luego un signo de pregunta al margen de algunos de los puntos que él no llegó a distinguir. Concentrada, comenzó a darse pequeños golpecitos con la lapicera en el labio inferior, naturalmente rosado, carnosos, húmedo. Estuvo a punto de ordenarle que dejara

de hacerlo cuando sintió que su entropierna le reclamaba atención, y apretó las mandíbulas. Era atractiva, seductora, incluso podría llegar a creer que interesante, pero también una estirada, una *bienuda*.

—La cuenta en Estados Unidos está a nombre de mamá —dijo finalmente Camila— porque es parte de su herencia. La fecha es cercana pero no tiene nada que ver con el Tata. Lo sé porque yo estaba presente cuando decidieron abrirla. Bienes como el departamento, los autos y demás son los que considero que me corresponden. El dinero que salió de El Chasqui y de la venta del campo del Tata —revoleó la mano en el aire y luego la bajó para ir recorriendo con el índice cada punto donde fue anotando signos de interrogación; elevó la mirada para fijarla en él—, todo esto que te marqué son cosas que desconozco. Jamás me metí con los intereses de mis padres, no puedo asegurar que sean parte de una estrategia o legítimos pero, ante la duda, prefiero que lo tomemos como propiedad del Tata y se sumen a la herencia general.

Bhric se limitó a clavarle la mirada. Ella volvió a concentrarse en los papeles. La tarde se había ido, las luces de la calle ya brillaban, hacía no menos de dos horas que estaban sentados en su despacho, se puso de pie para advertirle que era suficiente por ese día, que podrían continuar al siguiente, que tenía ganas de ir a su casa, darse una ducha, cenar y encontrarse con cualquier mujer con la que dar rienda suelta a las sensaciones que le seguían provocando esos labios carnosos que más de una vez se abrían tan solo un tanto para exteriorizar fastidio; pero fue Camila quien rompió el silencio:

—No sé si son buena o mala gente, no sé si quieren hacernos daño o reclamar lo que siempre debimos compartir con ellos pero, por mi parte, no pretendo enfrentarlos. Pensá que es porque les temo, si querés, pero lo cierto es que no es el dinero el que me mueve, seguramente porque nunca me faltó. ¿Sabés qué es lo que más me apena? —Bhric ni siquiera movió la cabeza para alentarla a que se lo contara, se mantuvo incólume, escuchando—: Lo que más me duele es que veo odio en la mirada de Martina, furia; y me hiere suponer que así lucían los ojos de mi papá y mi abuelo cuando urdieron todo esto.

—Es tarde —dijo él, finalmente.

Camila se limitó a tomar sus pertenencias y la carpeta que demostraba el actuar de los suyos para luego caminar hacia la salida, sin esperarlo.

Cada uno se subió a su auto despidiéndose con un simple cruce de miradas.

Durante los días siguientes, Camila Ocampo llegó al Grupo Neri cerca de las seis de la tarde, después de haber pasado el día en El Chasqui, y se retiró pasadas las nueve de la noche. Bhric respondió preguntas y formuló cuestionamientos, ella comenzó a estar más inmersa en la problemática y hasta se animó a exponer ideas para resolver algún conflicto. Dentro del despacho de Bhric, no hubo jamás ni una sola broma o chicana que molestara al otro; todo fue absolutamente profesional.

En pocos días llegaría Paulo y él le regresaría el “paquete” que le endosara. ¿Y si el intercambio que buscaban los Mazzarello fuera Camila? ¿Cómo podría ella defenderse de los matones si su dinero continuaba trabado judicialmente? Con fría y estudiada indiferencia había logrado bajarle los humos para que desistiera de seguir utilizando contra él la postura de estirada *bienuda*, atolondrada e irrespetuosa. Ella le aseguró que prefería la paz antes que la fortuna de los Ocampo; pero la sabía orgullosa y esperaba que los Mazzarello no conocieran ese estúpido defecto con el que solía quedar expuesta a ser manipulada. La miró con cierta inquietud que provocó en la mujer una suerte de llamado al que involuntariamente respondió dejando de lado los papeles y elevando los ojos hacia él.

—¿Qué? —lo instó.

«Un grave y estúpido defecto», volvió a reconocer y le propuso:

—Tengo hambre, terminemos de trabajar en un restaurante.

—No —lo contradijo—, no me aguanto más las botas, vamos a mi casa así me cambio y pedimos sushi. —Ante la sonrisa burlona que vislumbró en él, contraatacó—: Prometo no propasarme, tranquilo.

Aceptó con un gruñido, negándose a reflexionar si era buena idea.

En el departamento, mientras ella se quitó el calzado y pidió la comida por

delivery, él se limitó a hacer espacio en la mesa del comedor retirando las velas aromáticas que la adornaban y tomando dos copas para servir el vino que Camila puso frente a sus ojos, consultándole si estaba de acuerdo con la elección. Cenaron sin interrumpir el trabajo, Bhric planteó la necesidad de constatar con el jefe de personal ciertas irregularidades en los horarios de un grupo de choferes, ella lo notificó del pedido de Lemos de reemplazar dos combis que acusaron problemas en los motores.

—¿Café? —le ofreció retirando los platos.

—¿También vas a pedir que lo traigan? —la chicaneó, dando pie a que la mujer recuperara la postura con la que lo confrontaba.

El juego del tira y afloja, que mantuvieron al conocerse, regresó de pronto esa noche. Camila achicó los ojos y lo señaló con los palillos:

—Los hombres aseguran que mis infusiones les saben a gloria; podés tomarlo tranquilo, hasta que no vuelva tu hermano no me conviene intoxicarte.

Cuando regresó, con las tazas en una bandeja, Bhric servía dos tragos y le tendió uno.

—No confiás en mí, gigantón, te dije que mi café es bueno, no tenés que recurrir al alcohol para que te ayude a tragarlo.

—Soy precavido, el whisky me protegerá de tus brebajes.

Camila sonrió con franqueza y elevó el pulgar festejándole la ocurrencia. Aquello lo sorprendió, era raro que no hubiera contraatacado. Pensó en Vera, en Donato y en la misión que debía cumplir, la escrutó concienzudamente mientras ella, distraída, recogía los elementos con los que habían trabajado. Nuevamente, el póster de la playa lo llamó y no pudo negarse a mirarlo.

—Estoy elaborando una propuesta —dijo Bhric, frunciendo el ceño. La mujer giró, apoyó el trasero sobre el borde de la mesa y cruzó los brazos al frente, esperando a que continuara—. Por motivos personales —comentó con voz grave—, aunque no sentimentales, voy a contraer matrimonio. Estaré casado un año, o el tiempo necesario para que la mujer tenga un hijo mío.

Algo confundida, se atrevió a aconsejarle:

—Si querés ser padre no necesitás casarte. La gente se casa por amor.

—No hablo de amor y voy a casarme lo antes posible —la corrigió, entendiendo que ella no tenía idea de sus motivos y, aun así, sacaba conclusiones rápidas por ser una impulsiva atolondrada. Tal y como estaba la situación en ese momento, Camila tenía que aprender a acatar órdenes sin preguntar y eso, tratándose de ella, no sería fácil de conseguir. Se sentó en el sillón que le permitía darle la espalda al póster, estiró las piernas, puso una mano dentro del pantalón de traje y tomó otro trago.

—Estás loco, pero mal. Si le proponés eso a una mujer tené por seguro que, la que no te parta la cara, aceptará solo a cambio de plata.

—Ofrezco una buena suma.

Ella quiso abofetearlo por la forma en que denigraba a la imaginaria mujer que sería madre del hijo, en el supuesto caso de que alguna aceptara. No comprendía por qué se lo contaba y el sushi comenzó a movilizarse de manera preocupante en su estómago. La conversación la superó y solo atinó a decirle:

—Tu vida privada no es de mi incumbencia. Si me estás contando esto para que yo te presente a alguna estúpida que acepte, desde ya te aclaro que no cuento con infradotadas en mi lista de amistades.

Bhric sonrió y tomó el último sorbo:

—Todavía no conocés todas las cláusulas de mi ofrecimiento, no descartes que sea una propuesta interesante.

—Sos más retrógrado de lo que imaginé. De verdad que, así como demostrarás ser una luz con los números, no tenés idea de lo que son una mujer y su orgullo.

Él se paró y caminó hasta quedar a menos de un metro de ella:

—Un año, eso me sobra para embarazarla y que dé a luz. Durante ese tiempo se comportará como una esposa respetable.

—Estás muy agrandado, patovica —se burló.

—Firmaremos un acuerdo prenupcial, conservará sus bienes como propios, así como no podrá reclamar nada que esté a nombre mío o que yo haya adquirido durante ese año.

—O sea, una ganga —dijo Camila con ironía.

—La custodia del hijo será compartida en tiempos exactamente iguales y

aceptará que me lo lleve a Escocia un mes al año sin poner trabas u objeciones.

—Seguí, seguí que cada vez te veo menos posibilidades de que cumplas tu sueño, troglodita.

—Cuando el plazo se cumpla —completó—, depositaré en la cuenta que me indique la generosa suma acordada y los mantendré a ambos, hasta que él termine todos sus estudios, con el mismo ritmo de vida que llevaremos durante el año del contrato.

—¿Vos creés que una mujer se compra como el juguete con el que te desplazás por las calles?

No le respondió y emitió la estocada final:

—Firmará también la cláusula donde asegure que no se enamorará de mí —concluyó, elevando la ira de Camila.

—¿Y si el que se enamora sos vos?

Bhric sonrió con arrogancia, ella ya había picado:

—Lo dudo.

Camila golpeó a repetición con la planta del pie sobre el piso. Bhric cerró el juego:

—Veo que mi plan te interesa.

—¿A mí? —preguntó sorprendida, llevándose las manos al pecho y burlándose—. ¿Estás loco? Me importa un pepino lo que hagas con tu vida.

—Sos una mujer demasiado orgullosa y vanidosa como para entregarte enamorada a un hombre; pensabas quedarte con el cincuenta por ciento de los bienes de tu abuelo y, ahora, no solo recibirías la mitad de eso sino que rechazaste aquello que dudás que fuera de tu padre. Si la estafa sale a la luz, tu tía se va a esconder en Europa dejándote sola para afrontar el escrache, tus tíos son matones...

—¡Me importa un carajo la gente! —le gritó, con toda la furia que contuvo mientras escuchaba lo que le pareció una extorsión.

—Puede ser que ahora no te importe, veremos qué te ocurre cuando lo vivas. Estoy proponiéndote una salida. Los Mazzarello no son nenes de pecho pero no se meterán con la esposa de un Neri. Vos y yo ya tuvimos sexo, sabés que no

necesitamos caer en la ridiculez de los sentimientos para tener un orgasmo. Estas últimas semanas aprendiste a no faltarme el respeto con tus bromitas de nena tonta y yo comprobé que no me movés ni un pelo —emitió, sabiendo que ese argumento la haría caer en la trampa—. Me ocuparé de que no te enamores de mí. Es un buen trato, pensalo —dijo, tomándola de la barbilla para que lo mirara a los ojos, antes de recoger el saco de su traje y salir por la puerta.

El odio hizo que Camila estrellara el vaso contra el piso. ¿Quién se creía que era para hablarle en esos términos? ¿Hasta dónde pretendía llegar? Aquello era el fin del acuerdo entre Neri y Ocampo, a primera hora hablaría con Bengoechea para que cambiara al administrador. Esa gente quedaba fuera de su vida y de su empresa en ese instante.

El amanecer la encontró sentada en el sillón, rumiando furia. Miró hacia la mesa de comedor donde su notebook la alertó de que la batería se estaba agotando. Corrió hacia ella, conectó el cargador, abrió el correo y comenzó a escribir:

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: La propuesta

Comprobado, sos un troglodita. Solo vos podrías tratar de revivir algo parecido al *handfasting*. No puedo creer que se te ocurriera y no voy a permitir que una pobre mujer, seguramente necesitada de dinero, caiga en tu maléfica trampa; por ese único motivo es que pretendo inmolarme por un año, pero bajo mis condiciones.

1° Nada de hijos; me encantan, pero no pienso compartir algo tan maravilloso con vos y jamás podría aceptar alejarme de él durante un mes cada año.

2° Durante el tiempo que dure nuestro acuerdo no tendrás contacto

“carnal” con otras mujeres. Si violás esta cláusula el contrato queda trunco, obligándote a efectivizar el pago que acordemos y a declarar públicamente que sos impotente. (¿Podés creer que ante tu medieval propuesta estuve a punto de poner castración como resarcimiento?, pero dudo que encuentre un cirujano que quiera realizarla y a mí me da impresión la sangre).

3° Si llegáramos a extender el acuerdo a las sábanas, será bajo mi iniciativa y en mis términos, sin que puedas negarte jamás, en ninguna circunstancia ni lugar.

4° Al finalizar el tiempo estipulado, no existirá posibilidad de prórroga; por muy enamorado de mí que estés para entonces. Los motivos del divorcio tendrán que ver con tu carácter hosco y tozudo que te impidió retenerme a tu lado.

5° Cualquier violencia que se te ocurra ejercer sobre mí, ya sea física o psíquica, agravios hacia mi persona, o personas de mi entorno, te denuncio y deberás aceptar los cargos y efectivizar cada uno de los puntos que expuse por violación de cláusula/s.

6° Soy modelo y voy a seguir trabajando como tal. El dinero que pagues, al finalizar tu estúpida propuesta, será depositado en la cuenta de la Fundación del Hospital de Niños.

Me importan una mierda los motivos que te llevaron a proponerme esta locura pero la acepto, gigantón, quiero ver cómo te borro de la cara esa estúpida sonrisa engreída.

Punto para mí.

Camila Ocampo

Bhric despertó en la cama de la mujer con la que se acostó. Salió del departamento, se subió al auto rumbo a Puerto Madero, husmeó por arriba el celular que le indicó que la casilla de correo estallaba; recordó que no la revisaba desde la tarde anterior, pero decidió postergarlo hasta llegar a su casa, calzarse

ropa deportiva para ir a ejercitarse y, luego de la ducha, se pondría al día.

Sentado a la barra de la moderna cocina, tomó algo del jugo de naranjas y encendió la notebook: resúmenes de los titulares de periódicos, noticias bursátiles, informes contables, un mail de Camila Ocampo... En ese, precisamente, se detuvo y lo abrió. Rió a carcajada limpia al ver que lo llamaba troglodita y aceptaba la propuesta proclamándose una mártir. Se negaba a tener un hijo con él, pensó en aclararle que ese era el punto principal del acuerdo, pero luego consideró que no era necesario ser tan tajante. Le pareció justo el pedido de fidelidad; si ella no podía intimar con terceros, él tampoco. No pensaba violar el acuerdo, de manera que jamás debería proclamarse impotente, pero acarició sus partes al leer que ella pensó en castrarlo. Ni por un segundo dudó de que el contrato incluía el sexo, y no quiso oír a su voz interior que le advertía que aquella mujer podía exigirle hacer el amor en sitios descabellados. Tampoco le interesaba prorrogar el trato más allá del año y, salvo algún que otro detalle, el acuerdo era un hecho, por lo que decidió contestarle.

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: Re: La propuesta

No doy ni pido explicaciones.

Negociemos:

1º Nada de hijos; me encantan, pero no pienso compartir algo tan maravilloso con vos y jamás podría aceptar alejarme de él durante un mes cada año.

Eliminemos esta cláusula, por el momento. Pero tendrás que reconsiderarlo.

2º Durante el tiempo que dure nuestro acuerdo no tendrás contacto "carnal" con otras mujeres. Si violás esta cláusula el contrato queda trunco, obligándote a efectivizar el pago que acordemos y a declarar públicamente que sos impotente. (¿Podés creer que ante tu medieval

propuesta estuve a punto de poner castración como resarcimiento?, pero dudo que encuentre un cirujano que quiera realizarla y a mí me da impresión la sangre).

¿Contacto carnal con otras personas? ¡Qué delicadeza, ¿lo escribiste vos? Olvidate de las represalias, cuando acepto un acuerdo lo cumplo.

3° Si llegáramos a extender el acuerdo a las sábanas, será bajo mi iniciativa y en mis términos, sin que puedas negarte jamás, en ninguna circunstancia ni lugar.

El casamiento incluye sexo. Dejá de hacerte la remilgada y asumí que querés compartir la “iniciativa” conmigo.

4° Al finalizar el tiempo estipulado, no existirá posibilidad de prórroga; por muy enamorado de mí que estés para entonces. Los motivos del divorcio tendrán que ver con tu carácter hosco y tozudo que te impidió retenerme a tu lado.

¿Prórroga para un matrimonio con vos? Ni loco, ni una hora más después de cumplirse el año. Dejá de pensar en resarcimientos, perdés el tiempo; no hablo de mi vida privada y exijo lo mismo. Nadie conocerá los motivos del divorcio.

5° Cualquier violencia que se te ocurra ejercer sobre mí, ya sea física o psíquica, agravios hacia mi persona, o personas de mi entorno, te denuncio y deberás aceptar los cargos y efectivizar cada uno de los puntos que expuse por violación de cláusula/s.

¿Violencia? Esta cláusula será de obligación recíproca para los cónyuges.

6° Soy modelo y voy a seguir trabajando como tal. El dinero que pagues, al finalizar tu estúpida propuesta, será depositado en la cuenta de la Fundación del Hospital de Niños.

Sin objeciones en tanto y en cuanto tu exposición no me perjudique.

Punto para mí.

Bhric Neri Cameron

Afortunadamente, Camila leyó la respuesta de Bhric luego de haber descansado unas horas, de lo contrario la notebook hubiera acabado su vida útil en ese momento. El gigantón era un hombre frío y distante. Finalmente, aunque no exigió incluir el tema del hijo, no valía la pena perder el tiempo con eso, la que decidía sobre su cuerpo era ella; que el eunuco peleara todo lo que quisiera contra los anticonceptivos. «Otro detalle, para divertirme, en el que no había pensado».

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Re: La propuesta

1° Veremos.

2° Lo mismo digo. Mi palabra es ley.

3° ¡Sorprendeme, eunuco!

4° Más te vale.

5° OK. Me parece justo.

6° Los amantes esposos jamás se perjudicarían el uno al otro.

No te agrandes, esto solo fue el primer tiempo; la pelota ahora la tengo yo, y ya acordamos que no habrá alargue.

Camila Ocampo

Parada frente a la puerta del despacho de Bhric, Camila respiró hondo. Acudió al encuentro acordado sin conseguir un pretexto lo suficientemente lógico que le permitiera retirarse del plan macabro de él. Había aceptado y su orgullo le impedía desdecirse aun cuando estuvo segura de que cometía un error. En ese último segundo, antes de ingresar, decidió cuál sería su estrategia. Haría que fuese el propio Bhric Neri Cameron quien lo rescindiera.

—Sé que no objetás las relaciones prematrimoniales —le espetó Camila a Bhric, a manera de saludo.

El hombre no despegó los ojos de aquello que estaba chequeando en una de las pantallas de su computadora para responderle:

—No.

—Imagino que deberemos jugar a los noviecitos antes de casarnos —continuó, repasando con un dedo la superficie del escritorio, demostrándole el mismo nivel de indiferencia que recibía.

—Solo cuando sea necesario.

La irritaba que fuera tan escueto con las palabras. Bhric Neri Cameron, su futuro esposo, era poco afecto al diálogo, estaba claro, pero insistió convencida de que nadie podría igualar su propia tozudez:

—No me envíes flores, se marchitan y me da pena tirarlas —aseguró, muy concentrada en constatar si la yema de su dedo había recogido polvo.

—OK —respondió y continuó revisando aquello que lo tenía absorto hasta que finalmente se levantó de la silla, apagó la máquina, se calzó el saco de su traje y la tomó del codo, indicándole—: Vamos.

Antes de que ella pudiera averiguar el destino, la puerta del despacho se abrió tras un simple golpecito de quien no esperó a que se le autorizara el ingreso.

Bhric jaló del brazo a Camila, la tomó por la nuca y la besó. Desde el codo hasta el hombro su mano la recorrió, para luego vagar por la espalda hasta el trasero de la mujer.

—Perdón —se disculpó Joana—, no sabía... Perdón.

Él soltó a Camila, guiñándole un ojo antes de esconderle la cara dentro de su pecho y, con una sonrisa pícara, se dirigió a su madrastra:

—Pasá, *mamãe*. No tiene sentido continuar ocultándolo.

Joana lo observó con desconfianza. La exigencia de Donato estaba en pie; pero supuso que Bhric había declinado de concretarla luego de la charla que Vera mantuviera con él. Era una mujer receptiva, que siempre estaba alerta respecto de lo que les ocurría a sus hijos, fueran o no de su sangre; por eso prefirió continuar observando antes de sacar conclusiones.

Camila le entregó un suave beso por sobre la fina camisa al pecho de Bhric, y giró con suavidad para enfrentar la mirada de la mujer.

—Señora Neri —dijo con calidez y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

—Camila, ¿verdad?

—Sí, me alegra que me recuerde y espero que haya olvidado mi exabrupto de aquel día —comentó, inclinando hacia un lado la cabeza.

Bhric rodeó con los brazos a Camila, pegando la espalda de ella a su cuerpo, le entregó dos besos en la coronilla, apoyó la quijada en aquel lugar y volvió a hablarle a Joana:

—Mañana llega Paulo, decime cuándo será la cena así, además de conocer a Mario, presento formalmente a *mo neamhnaid* a la familia.

—Gran idea —exclamó con cierto recaudo Joana—. El viernes en la noche los espero en casa. —Besó a su hijastro acariciándole la mejilla y repitió el gesto con Camila, despidiéndose—: Sos una mujer hermosa y por lo visto también inteligente. Este pedazo de hombre entró en mi corazón hace años y deseo que sea feliz.

Joana los dejó solos y Bhric cerró la puerta del despacho. Camila había estado a la altura de la situación hablando lo justo, siendo simpática y con el agregado del detalle cariñoso que agradaría a Joana. Quiso felicitarla, pero la vio tan callada y con la mirada perdida en la puerta que prefirió cruzarse de brazos y esperar a enterarse de qué era lo que estaba elucubrando.

—No fue difícil —dijo ella, por fin—. Y hasta me resultó divertido. Sos buen actor, pero te faltan algunos detalles.

—Detalles —repitió Bhric.

—Sí. Por ejemplo —lo aleccionó, sospechando que el beso no había sido actuado y que el escocés tenía un talón de Aquiles—, sos un ogro y, por muy enamorado que estés, dentro de tu oficina te comportarías de manera menos fogosa. Entiendo que te morías por besarme pero, si queremos que nos crean, enfocate en tu personalidad. —Tomó una de las manos de él y la llevó a su cintura, obligándolo a acercarse— ¿Ves, gigantón? El doctor Bhric Neri Cameron agarraría a su pareja así y simplemente le daría un pico sin lengua. Recordalo para la próxima.

Bhric la hubiera sujetado por los muslos alzándola, haciendo que lo abarcara con sus piernas, acercándola a la pared para besarla hasta dejarla sin aliento; pero entendió que era lo que ella buscaba y simplemente le rozó los labios.

—¿A quién le estamos haciendo el show ahora? —preguntó ella.

—A nadie —le respondió, tomando el celular del escritorio y guardándolo en el bolsillo interno del saco.

Salieron del despacho, se despidieron de la secretaria. Bhric mantuvo su mano en la cintura de Camila parados frente al ascensor, y ella le respondió actuando una dulce sonrisa hasta que se subieron al Bentley.

—¿Qué quiere decir eso de “*mok*” no sé cuánto que le dijiste a Joana?

No estaba dispuesto a traducir su idioma materno, mucho menos a halagarla pretendiendo que se agrandara más de lo que naturalmente solía estar; de manera que tergiversó un poco las cosas y en lugar de decir que la había llamado “mi perla” contestó:

—Mi novia.

Camila lamentó no recordar exactamente las palabras y se instó a prestar más atención a futuro. No saber el idioma la ponía en desventaja. Miró por la ventanilla hacia las construcciones del camino y preguntó:

—¿Dónde vamos a vivir?

—En mi departamento.

—Me niego —dijo ella—, es impersonal, frío y no me gusta dormir en cama usada. No seas tacaño que te voy a dar un año de mi vida. Busquemos un lugar nuevo, uno donde vos no corras con la ventaja de conocer de antemano los recovecos.

—No tengo tiempo, ni ganas de...

Pero ella lo interrumpió con el desparpajo habitual:

—Yo me ocupo. Dejé todo en mis manos. —Observó que Bhric se olvidó de chequear el camino para mirarla y ella, sonriendo, le aseguró—: Tranquilo, gigantón. No me tengas miedo. Yo también viviré ahí. ¿Zona?

—De fácil acceso al centro —recalcó, aceptando.

—De acuerdo. ¿Cantidad de ambientes?

—Me da igual.

—¿Presupuesto?

Cansado de escucharla le respondió:

—Buscá lo que quieras. Cuando nos divorciemos recuperaré la inversión.

Camila se colgó del cuello de él y le estampó un sinfín de besos festejando su respuesta. Desorientado, Bhric la consultó con la mirada.

—Me encanta que me des los gustos. Hasta ahora la estoy pasando genial.

—No pierdo tiempo discutiendo tonterías —dijo y salió de la Avenida del Libertador para tomar Dorrego. Deseaba liberarse de ella dejándola en la casa.

La mujer continuaba entusiasmada con la idea de molestarlo:

—Tenemos que buscar un salón para la fiesta y poner fecha en el Civil.

—Que tu tía te acompañe.

—No creo, Martina se va a París mañana. —Bhric la observó y detectó la tristeza con la que continuó contándole—: Me lo dijo ayer, cuando llamó para avisarme que había ido al estudio de Bengoechea a revocar el poder amplio que

había firmado a mi nombre.

Bhric no hizo comentarios y ella perdió la mirada en la imagen del lateral del campo de polo de Palermo. Durante ese pequeño instante, en el que se abrió a él, se sintió acompañada. Bhric no emitió juicio, no intentó consolarla ni burlarse y Camila agradeció que fuera hombre de pocas palabras. Tal vez él no sabía cómo comunicarse pero, por alguna razón que ella no podía definir, a su lado se sentía acompañada.

Llegaron frente al departamento, él se bajó para abrirle la puerta del auto, le tendió la mano para ayudarla a salir y, antes de irse, le dio un beso suave en la mejilla.

—Hasta mañana —dijo Camila.

Joana puso al tanto a Meribeth por Skype:

—Bhric está de novio. La llamó *mo neamhnaid* frente a mí, para que la incorpore a la mesa familiar del viernes.

—Mi hijo no usa esos términos, Joana —recalcó la escocesa, desconfiando de la situación—. Acá hay algo raro.

—Sí —convino, molesta—, por eso me contacto con vos.

—Necesito conocer toda la información para poder guiarte.

No dudó en entregársela; siempre habían sido sinceras la una con la otra. El respeto y el afecto las habían unido en pos de la crianza de los hijos de Donato.

—Vera está embarazada —comentó Joana—, el padre del bebé es un profesor de gimnasia sin rango ni dinero. Donato colapsó entre la felicidad y la culpa.

Meribeth comprendió a qué se refería. Su matrimonio con Neri estuvo signado por las discusiones donde él se consideraba indigno de acceder a ciertos círculos y trabajaba sin descanso por tratar de aumentar la fortuna, con intención de borrar el pasado que heredó. Como mujer de carácter, ella se reía de quienes osaban despreciarlos y lo enfrentaba negándose a convertirse en el títere de una sociedad falsa con valores equivocados.

—El maldito del padre lo perseguirá hasta la tumba. Pensé que había superado

toda esa estupidez.

—Creo que le agarró con más fuerza con el nieto que con nuestros *meninos* — se lamentó Joana—. Donato dedicó su vida a alejarlos de lo que hacía su padre, pero sufrió mucho con cada desaire que les hicieron a los chicos. Se siente culpable por ser quien les adosó esa historia inmunda.

—¿Qué se le ocurrió, ahora?

—Quiere limpiar a la familia... —Joana hizo un silencio buscando las palabras exactas que no hicieran que Meribeth se transportara por la pantalla de la computadora para acogotar a Donato— casando a uno de sus hijos con alguien de la elite porteña.

—Espero que Vera no acepte semejante imposición.

—No, ella seguirá junto al padre de su bebé.

—¡Por Saint Ninian, Joana! Algo hemos hecho bien con esa chica. Me llena de gozo que se oponga a que Donato maneje su vida y...

—Meribeth —la interrumpió—, es otro el Neri que aceptó cumplir el pedido de Donato.

—Bhric —comprendió—, mi hijo aceptó y por eso, de la nada, te presenta una novia. ¿Quién es ella?

—Camila Ocampo.

—¡No! No puede ser —se lamentó la escocesa—. No puedo dejar esto en tus manos, Joana, te excede. Viajaré lo antes posible a Buenos Aires.

—Bhric está trabajando para esa chica, últimamente se reunían todos los días, tal vez...

—No me voy a quedar con esa suposición cuando la felicidad de mi único hijo está en juego. Voy a matar a Donato, te lo aseguro. No puede exigirle esto.

—Te repito que tal vez nos estamos apresurando. Camila tiene carácter, me parece inteligente...

—Utilizá toda tu intuición e influencias para saber qué ocurre entre esa Ocampo y mi hijo. La semana próxima estaré allí y me aseguraré de que Bhric no se case por imposición de su padre.

Camila pensó si debía dejar que Martina escapara a París sin contarle lo que tramaba con Bhric.

Mientras la ayudaba a preparar las valijas, regresaron a su memoria las conversaciones mantenidas tras la muerte de José Manuel y se dejó guiar por el presentimiento:

—Dijiste que el Tano que mencionó el Tata era un banquero —hizo una pausa esperando su reacción, Martina tan solo respiró profundo y continuó guardando sus pertenencias—. ¿Ese hombre es Donato Neri, verdad?

—No importa quién era o es el Tano. Te ocupaste de buscar la solución sola. No me necesitás, así como tampoco los detalles.

—Todo es demasiado extraño —dijo Camila, tomándola de las manos para que no la eludiera y le prestara atención—. Mis padres mueren en un accidente que se sospecha que fue provocado, el Tata nos alerta de problemas que ya conocías porque aceptaste que te traspasara capital. Existen los Mazzarello, existe el fraude y ahora te escapás a París. ¿Por qué?

Martina se irritó. ¿Cómo se atrevía a tildar a los Ocampo de estafadores? Camila no conocía todas las verdades, había sido cuidada entre algodones, nada se le había negado, pero era hora de que madurara:

—Porque no voy a dar el brazo a torcer. Si las leyes me obligan a repartir mi herencia y apellido con ellos, les daré la espalda. Son lacra, no tienen nada que ver conmigo.

—Mal que nos pese, son hijos del Tata y les corresponde...

—Son dos bastardos que tu abuelo engendró borracho con una mujer de alquiler en el cabaret del tano. Mi padre era un miembro del patriciado argentino, mi madre era descendiente de próceres. Mi hermano se ocupó de que nuestra sangre se mantuviera libre de mácula al buscar una esposa de estirpe con la cual engendrarte.

Las afirmaciones de Martina martillaron en la mente de Camila. Estaba tratando de procesar la información que unía a los Neri con el cabaret donde nacieron los Mazzarello, pero el corazón rompió la concentración cuando

Martina insinuó que el de sus padres había sido un matrimonio acordado.

—Mis padres se amaban —retrucó molesta.

—Debiste haber sido varón para seguir con la tradición —comentó Martina, exudando la furia contenida—; es una pena que las infidelidades de Leonardo provocaran que tu madre no quisiera volver a quedar embarazada. —Camila se dejó caer sobre el taburete del tocador, su tía continuó desnudando verdades familiares—: Creo que la quiso, al menos al principio; ella era una mujer elegante, refinada, mi hermano siempre la cuidó; pero su altísima condición no le permitía saciarlo lo suficiente y, en esta familia, los hombres siempre necesitaron sentirse satisfechos.

—Sos cruel —se quejó Camila.

Martina Ocampo estaba despidiéndose de Buenos Aires; ya había enterrado a su padre, a su hermano y a quien fuera la mujer de este. El apellido ilustre al que pertenecía pronto sería pisoteado porque su única sobrina, la sangre de su sangre, se empeñaba en ser altruista. Nada la unía a aquel lugar, su gran herencia sería depositada en una caja de seguridad del banco de París hasta ser vendida, y continuó guardando en las maletas todo aquello que quería conservar antes de alejarse. Había decidido no regresar, no debía dejar nada olvidado, tampoco las verdades:

—Los varones Ocampo fueron machistas, elitistas y tiranos; la última vez que pisé El Chasqui participé de una reunión donde acordaban mi matrimonio con un hombre que consideraron de mi nivel —siguió Martina—. Me negué; todavía recuerdo la cara de estupor de Leonardo cuando papá se apiadó de mí y le exigió que obligara a tu madre a seguir engendrando hijos hasta que naciera un varón.

—Imposible —susurró Camila, abatida.

—Independientemente de si mi hermano la quería o no, sé que jamás hubiera llegado a tanto; él era un caballero.

—Un caballero no engaña a su mujer —reflexionó la hija del mentado.

—Los hombres de nuestra familia fueron criados bajo otros conceptos —le remarcó—. De cualquier manera, ahí comenzaron los problemas; yo me fui a Europa por miedo a que insistieran; poco a poco se calmaron porque vos crecías

dándonos a conocer tu carácter fuerte, y sus expectativas cambiaron.

—De ser así, ¿por qué jamás me instruyeron para que supiera reemplazarlos?

—Porque nadie imaginaba este final tan abrupto y vos jamás demostraste interés por manejar una empresa. Estarían esperando a casarte con alguien acorde; pero se sintieron acorralados cuando aparecieron esas dos lacras. Papá decidió proteger el patrimonio poniendo sus cosas a nuestro nombre y Leonardo aconsejó vender la empresa, pero justo llegó el pedido judicial de los ADN y hubo que cambiar de estrategia.

Camila comprendió que la habían dejado afuera de todo, incluso de la familia que no la tuvo en cuenta ni creyó en ella. Barajaron extendiéndole cartas de un juego que no era el suyo. Pensó en retirarse de la partida, pero le faltaba un dato y fue por él:

—¿En qué nos podía ayudar Donato Neri?

—Los cabarets a los que acudía tu abuelo eran propiedad del padre del Donato.

La muchacha recordó aquello que le había hecho ruido cuando comenzó la conversación con su tía.

—La prostituta era del cabaret de Neri —entendió Camila y la duda se le hizo carne—: ¿Neri tiene cabarets? ¿Mazzarello es su testaferro en esos negocios?

—Hace años que Donato se desvinculó, pero es el único que podía ayudarnos antes de que el resultado del ADN saliera a la luz.

—Y la casualidad hizo que yo recurriera a ellos sin saberlo —reflexionó—. ¿Confiás en Neri?

—Papá y él se distanciaron. Para mí son extraños.

—Pero el Tata debió confiar en él o no te hubiera pedido que le solicitaras ayuda. ¿Donato era el hombre del que te enamoraste?

Martina dejó de introducir pertenencias en las maletas, se sentó y, sin mirarla, confesó:

—El mayor de mis errores, caer rendida besando el piso del hijo de un inmigrante cuya fortuna se construyó con negocios repudiables.

Camila comprendió que el destino y su carácter la convertirían en poco tiempo

en una Neri más; ella era el eslabón en la cadena de fatalidades que uniría, finalmente, a los Neri con los Ocampo. Decidió no comentarle a su tía la propuesta que aceptó del hijo de aquel hombre hasta saber si Bhric formaba parte de un plan tramado con los Mazzarello para despojarlas de todo. Donato, incluso, podría estar usándola para vengarse de los Ocampo porque su Tata lo había despreciado.

—Martina, en el cofre de la abuela no estaba la foto que encontramos de un piano. ¿La viste?

—La habrás perdido —mintió.

Llevó a Martina al aeropuerto, se despidió de ella con un abrazo que le confirmó la ruptura de la familia. De regreso por la autopista se reprochó haber caído ingenuamente en las garras del león al ofrecer el nombre del Grupo Neri a Bengoechea para que administrara El Chasqui. Y ahora ella se entregaría, por un año, como no pudo entregarse de por vida Martina.

—Extremen la seguridad —pidió Donato desde el teléfono del estudio de su casa en San Isidro—. Estamos en alerta rojo furioso.

—Usted sabe que con ella se nos complica —respondió el hombre al otro lado de la línea.

—Meribeth tendrá que comprender, si no lo hace viajaré a Escocia a explicárselo en persona. El riesgo es tan alto allá como acá, tratá de que no tenga que dividirme otra vez en dos.

Joana abrió la puerta del estudio, Donato cortó la comunicación.

—Debemos hablar —dijo la mujer, muy seria.

—Te escucho.

Ella lo miró antes de comenzar a explicarle:

—Ayer fui a buscarte a la empresa, como no te encontré bajé a saludar a Bhric; Paulo no está y necesitaba contarle a alguien la alegría inmensa que siento preparando el ajuar para nuestro nieto.

—Lamento no haber estado ahí para vos, querida.

—Conocí a la novia de Bhric —comentó, y esperó la reacción.

Donato se mostró ajeno y desconocedor de lo que Joana le relataba:

—¿Qué novia?

—Entré a su despacho y la estaba besando, no le quedó más remedio que decirme que es su novia.

—¿Quién es?

—Camila Ocampo.

El Tano se levantó de su silla y comenzó a caminar por el despacho:

—De manera que ya decidió con quién.

—Decime la verdad, ¿es parte del plan que le propusiste?

—Sos vos quien me trae la noticia.

—Investigalo, querido, porque lo hablé con Meribeth y, si no lo averiguamos nosotros, lo hará ella.

Donato tomó el celular y llamó a su hijo:

—¿Dónde estás? —reclamó apenas Bhric atendió.

—Acabo de llegar a mi oficina, tuve una reunión en el Santander. ¿Por qué no viniste a la empresa?

—Tenía que solucionar algo desde casa. Necesito hablar con vos.

—Suspendo mis citas y voy para allá.

Si Donato Neri se ausentaba para trabajar desde la casona de San Isidro y se mostraba ansioso por reunirse con él sería por algo importante y urgente; lo más probable era que los Mazzarello estuvieran involucrados. Salió del ascensor al estacionamiento en el momento exacto en que dos hombres atacaban a Camila junto al Mini Cooper estacionado frente al Bentley. Corrió hacia ellos y los vio escapar en una cuatro por cuatro. Ordenó a su seguridad personal que los siguiera, los hombres se negaron a abandonarlo y Bhric repitió la orden que esta vez acataron y emprendieron la persecución. Ella temblaba, su cabello estaba alborotado producto de la pelea. La tomó de las manos y comenzó a revisar los daños:

—¿Dónde te lastimaron?

Camila no respondió, levantó la mirada acusatoria hacia él y lo encaró:

—¿Quiénes eran?

—Lo sabremos cuando los encuentren.

—No querían violarme ni robarme. Querían llevarme con ellos.

—Lo sé.

—¿En qué lío me querés meter, patovica?

Bhric no respondió a la pregunta y se limitó a informarla sobre cómo sería su vida desde ese instante:

—No volverá a ocurrir. Te asignaré seguridad personal.

—Ni se te ocurra —le siseó, parándose en puntas de pie para decírselo a la cara—. No necesito ningún gigantón como vos que esté pisándome los talones y sepa hasta qué color de bombacha llevo puesto.

Él le levantó con rapidez la pollera y se la dejó caer al instante:

—Blanca. Es un dato que se obtiene con facilidad.

—Sos un desubicado. Acompañame a la comisaría a hacer la denuncia, sos mi testigo.

—No. Mi gente se está ocupando.

Su gente, matones de Neri. Por eso rondaba el Tuto Mazza aquella noche; él era parte de ellos y ella iba a desenmascararlo:

—Subamos a tu oficina, antes de ponernos a trabajar hay un par de cosas que tenemos que aclarar y...

—Hoy no trabajaremos —aseguró Bhric—. Voy a llevarte a tu casa, no salgas de ahí hasta que sepamos qué ocurrió.

—¿Entendés castellano? Vos y yo todavía no firmamos el acuerdo. Que le hayas dicho a la mujer de tu padre que soy tu novia no te habilita para...

Se cansó de escucharla. Ella no le haría caso ni siquiera después de haber vivido una violenta experiencia con los tipos que trataron de secuestrarla. No pensaba continuar discutiendo, la tomó del codo y la subió al Bentley, Joana la mantendría ocupada mientras él hablaba con su padre.

—¿Qué hacés ahora? —reclamó a los gritos.

—Ponerte a resguardo.

Camila bufó y lo maldijo hasta hartarse; luego decidió guardar silencio y observarlo. Lucía preocupado, con las manos crispadas en el volante, el ceño fruncido y los ojos muy abiertos. Cuando los semáforos le impedían continuar, se giraba hacia ella deteniéndose en los moretones que ya traslucía la piel maltratada por los agresores; estaba pendiente de cada movimiento que ella hiciera para detectar cualquier molestia. Él era un enigma, así como en un segundo estaba segura de que no era de fiar, al siguiente opinaba lo contrario y hasta se sentía contenida, cuidada. Debía indagarlo mejor, no podía basarse en

sus palabras; más allá de que fueran pocas, no siempre se relacionaban con sus hechos. Recordó la manera en que la escrutó revisando si le habían hecho daño, «sus ojos —se dijo—, tengo que observar con detalle sus miradas». Desde la esquina, Bhric accionó el control remoto y el portón de una mansión comenzó a abrirse; introdujo el auto mientras ella admiraba la opulencia que los rodeaba; tan absorta en el entorno que no registró que la sacó con cuidado del auto y le movió las manos y los brazos buscando alguna fractura.

—Estoy bien.

—No debieron llegar a vos —se reprochó él, y un calor extraño inundó el cuerpo de Camila.

Joana los interceptó apenas llegaron:

—¡Qué gusto verlos! —los saludó la mujer, sincera, pero preocupada.

—El Tano quiere verme —comentó Bhric.

—Tuvimos que alterar nuestros planes —dijo la supuesta novia y agregó—: pero no importa, me encantará tomar el té con ustedes. Sé que nos veremos formalmente el viernes, pero es buena idea romper el hielo antes, ¿no? Bhric es tan responsable, y sumamente eficiente, seguro que su padre lo necesita con urgencia; después nos ocuparemos de nosotros, de cualquier manera, tenemos toda la vida por delante, ¿no?

Bhric estuvo a punto de exteriorizar el gruñido que se gestó desde el centro mismo de su ser. ¿Cómo era posible que esa mujer hablara tanto y diera explicaciones que no se le pidieron?

—Te dejo con Joana —le aclaró, besándole los nudillos. Con la mirada intentó que comprendiera que, con su madrastra, estaría segura.

La dueña de casa supo que su boca se había abierto de par en par; Bhric cariñoso y demostrativo con una mujer que no fuera su madre, su hermana o ella misma le resultaba imposible de creer. Meribeth le encargó que estudiara a Camila, así que aprovecharía ese momento a solas con la Ocampo para llevar a cabo el pedido; la próxima llegada de su nieto le pareció la mejor de las introducciones:

—¿Sabés que pronto seré abuela?

—Debe ser una experiencia única —comentó encantada la joven.

—Sí. Estoy comprando su ajuar. Vera también, pero es que me vuelvo loca

frente a las cosas para bebés y no puedo dejar de hacerlo.

—Me imagino, me pasaría lo mismo. Ninguna de mis amigas se embarazó todavía pero, en cuanto se animen, seguro que voy a recorrer todos los negocios igual que usted.

—No me trates de usted —ofreció Joana—. ¿Querés que te enseñe lo que ya compré?

—¡Claro! —respondió feliz. No la conocía, pero el diálogo con ella se daba de manera natural. Comprendió su emoción y, ante la propuesta, el intento de secuestro y hasta el mismo gigantón quedaron en segundo plano.

Al entrar al despacho de Donato, Bhric constató que el tema era urgente. Cerró la puerta con llave cumpliendo con la seña de su padre; Joana no siempre se anunciaba y evidentemente la conversación sería entre hombres.

—Te escucho —dijo Donato, encendiendo el habano.

—Creí que el que tenía algo para decir eras vos.

—Camila Ocampo —enunció su padre sin más preámbulos.

Entre tantas novedades, Bhric había olvidado comentárselo pero, por lo visto, Joana se había encargado de subsanar el descuido. Abrió el mueble bar, sirvió dos whiskies y pensó qué versión darle, “estoy siguiendo con tu plan”, o... “me enamoré”. ¿Cuál sería más fácil de aceptar por Donato?

—Es una de las herederas de El Chasqui, la empresa está en sucesión y Paulo es el administrador designado por el representante legal.

—Sé todo eso.

—Paulo está de viaje, lo reemplacé, la conocí mejor, la hice mi novia —resumió con total frialdad.

—¿Vos creés que soy tonto?

Bhric terminó el trago y, recurriendo a su aplomo, le respondió:

—Hoy intentaron secuestrarla en el estacionamiento de nuestra empresa, mi seguridad está tras ellos.

—¡Dije que no te desprendieras de la vigilancia! —reclamó Donato, furioso.

—Primero mi mujer —dijo y le advirtió—: Los Mazzarello ya lo intentaron conmigo, seguramente tienen que ver con lo que le ocurrió a ella esta tarde. Es necesario que aquellos, con los que guardás el secreto, recuerden que no deben develarlo. Camila está con Joana esperándonos para tomar el té; acá perdemos el tiempo.

Donato siempre supo que el único que podría llevar a la práctica el sacrificio era el segundo de sus hijos, también estaba convencido de que poseía el mismo carácter inmanejable de la madre y que eso complicaría las cosas.

«Camila Ocampo —pensó—. Los caminos vuelven a unírnos, José Manuel. Tu sangre y la mía, ¿una solución para dos problemas o el final de todo?» Movilizado por los recuerdos le solicitó:

—No le hagas daño, es la nieta de quien fue mi amigo.

—Y mi futura esposa.

Donato achicó los ojos para observarlo con detalle y tratar de descubrir si hablaba en serio. Bhric no era enamoradizo y el tiempo apremiaba.

—Vayamos con ellas.

Salieron del despacho y se dirigieron a la sala donde no había muestras de estar esperándolos ni siquiera el servicio de té, mucho menos las mujeres. Preguntaron por ellas y una de las empleadas comentó que la señora Joana y la señorita estaban en el cuarto de huéspedes destinado al futuro bebé de Vera. Bhric permitió que su padre lo precediera en el camino; quedaron boquiabiertos cuando encontraron a Camila montada a una silla, apoyando contra la pared un cuadro con motivos infantiles; y a Joana sentada en el piso, rodeada de cajas, dándole indicaciones. Donato la consideró una escena de lo más normal en el caso de que fueran amigas, pero hacía poco que se conocían. Bhric no podía despegar sus ojos de las largas piernas que la falda dejaba ver, recordando que debajo existía una tanga diminuta y blanca.

—Donato —le preguntó su mujer al verlos—, ¿te gusta cómo queda ahí? Tal vez se luzca más si Camila lo aleja un poco de la ventana.

La muchacha, sin bajarse, intentó hacer lo que Joana le pedía, entonces, la silla se inclinó hacia el mismo lado que su cuerpo y perdió el equilibrio, manoteó

el aire pero Bhric la atrapó en sus brazos. El cuadro se rompió contra el piso.

—Casi me mato —dijo, sonriéndole en agradecimiento por salvarla de un seguro golpe; y aferró las manos en los hombros de él. Tembló, sacudida por la intensidad de la mirada y el calor que el hombre emitía.

Bhric, con cuidado, la dejó en el piso y le alcanzó los zapatos para que los trozos de vidrio no la hirieran:

—Calzate, Camila.

—Sí —respondió ella, haciéndole un mimo en el pecho.

Joana evitó mirar a Donato. Sabía que su marido estaba pendiente de cada reacción y se negó a ofrecerle su parecer. Hasta el momento, la chica le caía muy bien.

En minutos estuvieron frente a una mesa con variedad de dulces y la tetera humeante; Joana hizo los honores correspondientes a la dueña de casa. Bhric se sentó junto a su novia. Donato, desde su sillón, comenzó a tantear el terreno:

—La primera vez que coincidimos —dijo, mirando a Camila—, eras cliente de nuestra empresa; según me cuenta mi hijo estás de novia con él.

—El trato de El Chasqui con el Grupo Neri continúa —contestó Camila, agradeciendo con una sonrisa la taza de té que le extendía Joana, pero muy incómoda por estar frente a un hombre que le generaba desconfianza.

—Ya veo, salvo que ahora se incrementó, ¿verdad? —instigó nuevamente, sabiendo que lo hacía.

Camila no se dejó amedrentar, evidentemente aquel hombre era celoso de sus hijos, y esperaba que no la considerara una cazafortunas. Al menos no él, que era el hijo de un matón y todavía no tenía muy en claro si estaba desvinculado de ese estilo de vida.

Bhric intentó trincar las intenciones de su padre:

—La relación comercial sigue siendo la misma.

Camila interpuso su estilo:

—Nuestros sentimientos no tienen por qué alterar el trabajo de su empresa en la mía. Afortunadamente, pronto regresa Paulo y el tiempo que Bhric y yo pasemos juntos será solo para disfrutar sin tener que mezclarlo con asuntos

laborales.

El aludido recibió su infusión mirando de soslayo. Era el responsable de haberla llevado a casa de su padre sin prepararla con antelación. Descubrió que, hasta ese momento, ella se manejaba con altura, aunque utilizaba demasiadas palabras.

—El Grupo Neri tiene probada su competencia y profesionalismo —insistió Donato—. Jamás torcemos nuestro camino.

—Por eso fue el elegido para administrarnos —comentó la Ocampo, algo molesta por los dichos de él y detectando que iban más allá del cuidadoso celo de un padre.

—Estamos compartiendo un riquísimo té en familia —agregó Joana—, no hablemos de negocios, por favor.

—Para mí, Camila es cliente del Grupo.

Bhric dejó la taza sobre la mesita, dispuesto a retrucar, pero Camila se le anticipó volviendo a abrir su boca poco acostumbrada a mantenerse cerrada:

—Si está interesado en hablar de trabajo, espero que me convoque en sus oficinas o pida una cita para reunirse conmigo en mi empresa.

Bhric se atragantó con la infusión. Donato frunció el ceño, recapacitó e intentó suavizar la conversación al ver que la muchacha le hacía frente:

—Tu abuelo y yo fuimos amigos.

—Sé de la amistad que usted tuvo con mi Tata. —Donato abrió los ojos y apretó las mandíbulas. Camila continuó—: Pero las amistades no se heredan, ¿no? Cada uno debe ganarse las propias.

Bhric se negó a levantarle el ego faltándole el respeto a su padre por lo que, tomándola de la cintura para guiarla, y antes de que ella continuara hablando, prefirió anunciar:

—Se nos hace tarde.

Mientras las mujeres se despedían comentando sobre la cena del viernes, Bhric se dirigió a su padre:

—Es mi terreno.

El Tano no necesitó más aclaración. Bhric estaba llevando a cabo el plan

propuesto por él y no admitía que se inmiscuyera.

Camila le entregó un cálido beso en la mejilla a Joana y tendió la mano hacia Donato. Los dueños de casa aguardaron a que la pareja se subiera al auto antes de reclamarse:

—Te comportaste de manera muy desagradable, Donato. Espero que en la cena sepas guardar tu lugar como anfitrión y padre de familia.

—Ella trama algo.

—¿Qué te dijo Bhric?

—Que es su mujer.

Joana, boquiabierta, respiró profundo deseando quedar a solas para volver a comunicarse con Meribeth. Camila miraba a Bhric con ternura y eso, a él, parecía gustarle. Se asomó por la ventana para ver cómo el Bentley se alejaba.

Bhric se mantuvo en silencio, esperando el primer exabrupto de la estirada contra los suyos, listo para dejarle en claro que no admitiría ningún comentario ofensivo; en cambio, Camila lo sorprendió:

—Joana está muy emocionada con la llegada del hijo de Vera. ¿Tu hermana vendrá a la cena del viernes?

—Sí —respondió él.

—¿No estás contento con la llegada de tu sobrino? ¡Vas a ser tío! —lo anotició como si él no lo supiera, como si no fuera esa la razón por la que la tenía a su lado dentro del auto. Bhric guardó silencio y Camila insistió—: Yo estaría en las nubes, me muero por ser tía, me encantan los chicos, yo tendría que haber sido maestra jardinera.

—¿En qué momento no hablás? —preguntó, pensando que en cualquier instante le provocaría un agudo dolor de cabeza.

—Cuando hablan los otros —respondió, mirándolo y ladeando la cabeza.

—Aprecio el silencio.

—Será porque no tenés nada importante para decir.

Su lógica le indicó que no preguntara, pero lo hizo:

—¿Tenés algo importante para decirme?

—Miles de cosas. Primero, quiero saber quién intentó atacarme y si es por algo que tiene que ver con vos o conmigo. Segundo, aclararte que esta relación ficticia no nos abarca solamente a vos y a mí, de arrastre vienen los tuyos y los míos; los lazos se generan aunque una trate de evitarlos, ¿qué haremos cuando la farsa termine?

—Tomaremos medidas cuando sepamos quién te atacó. Los lazos que generes no son de mi incumbencia, pero no admito que dañes a los míos.

—No es mi intención dañar a nadie, espero que tampoco sea la tuya. No sé qué te motivó a hacerme esta propuesta, todavía no tengo muy en claro por qué la acepté; pero los de afuera deben quedar al margen de nuestros impulsos.

—No soy impulsivo.

—Mejor así —aseguró Camila.

Entraron al edificio de Madero y ella se opuso a subir al ascensor.

—Prefiero ir a mi casa.

—Hasta que no aceptes tener vigilancia te moverás por donde me muevo.

—Ya sé cómo te movés, y no quiero ser observada.

—¿No te gusta que te miren?

Camila soltó una carcajada:

—¿Estás loco? Me encanta mostrarme. Lo que no me gusta es que me vigilen porque eso me invade. Vos, o la seguridad que pretendés ponerme, me invaden.

A ella le ocurría lo mismo que a él. Bhric era celoso de su intimidad, pero no cambiaría la orden:

—Acostumbrate a mi invasión, seré tu marido.

Entraron al departamento, Camila dejó la cartera sobre un sillón y se dirigió a la cocina para abrir la heladera; Bhric fue al vestidor, vació los bolsillos del saco, se lo quitó y lo colgó de la percha, se aflojó el nudo de la corbata y la deslizó para guardarla, antes de caminar hacia la cocina.

Dos desconocidos que se comunicaban mejor cuando no recurrían a las palabras, dos seres que acordaron someterse a una trama peligrosa, dos almas necesitando encontrar el camino del entendimiento para poder sortear los

obstáculos a los que se enfrentaban.

—No es que sea una chef de primera —comentó ella, recogiendo elementos y colocándolos sobre la mesada—, pero creo que podremos cenar con lo que encontré.

Él observó la selección, buscó el vino que le pareció adecuado y sirvió dos copas; sentándose a la barra sacó el celular y escribió un mensaje para Ferraro y otro para el personal asignado a su seguridad. Se llevó la mano al cabello, peinándolo; decidiendo que necesitaba respuestas claras volvió a erguirse, tomó su copa, salió de la cocina y caminó hacia el ventanal.

Camila no perdió detalle de cada movimiento, pero trató de no exteriorizarlo. El cuerpo de Bhric y sus miradas eran más claros que sus palabras y estaba aprendiendo a leerlos. En ese momento era obvio que algo lo preocupaba. De casa de los Neri había salido alerta, incómodo; tal vez temiendo que le hiciera reclamos por el trato recibido allí, algo a lo que Camila jamás recurriría. Sabía lo que era estar entre la espada y la pared, sabía lo desagradable que era ser ubicada en el lugar de nexo entre dos puntas. Aceptó la propuesta de él, movida por un impulso que negó tener, escondiendo la diversión que le provocaba cada discusión que mantenían, pero en aquel instante la ternura pujaba por ocupar un lugar anteponiéndose al resto. Él estaba allí, parado frente a la ventana, con cada músculo de su humanidad en tensión y la mente seguramente corriendo por mil pasadizos tratando de encontrar la salida a una verdad que se mostraba esquiva. Si Bhric fuera otro hombre, ella dejaría el cuchillo sobre la tabla donde cortaba el queso, se acercaría a él, le rodearía la cintura con los brazos, dibujaría un camino de besos sobre su espalda transmitiéndole... compañerismo. Pero quien continuaba buscando más allá de los límites del departamento era el gigantón escocés, frío, rudo y lejano que no soportaba evidenciar frente a una mujer un solo signo de debilidad. Terminó de preparar la fuente, condimentó la ensalada, cortó el pan y dejó todo sobre el pulcro cristal de la mesa.

—Hora de comer —le advirtió.

Él giró, caminó despacio para sentarse frente a ella desplegando una virilidad que no premeditó, demostrando una seguridad que terminó por quebrar cualquier

miedo. Ese hombre era un enigma, cada deducción a la que llegó sobre él le duró poco y nada. La intrigaba, la desorientaba y no le gustaba sentirse en desventaja.

—Tus patovicas son nefastos —utilizó para saber si había novedades.

—Patealos.

Camila estalló en carcajadas, un sonido que Bhric reconoció como armonioso.

—Te gustó verme en acción —dijo, dejando los cubiertos sobre el plato, sacándose con rapidez los zapatos y parándose sobre la silla, armando una pose de karate que terminó por sorprenderlo y hacerlo reír—. No me conocés, soy una *lady* hasta que me obligan a sacar las garras. —Y acto seguido elevó una pierna para desplegar la postura de la garza.

Se sintió muy extraño disfrutando.

—Bajate; ya conseguiste suficientes moretones por hoy.

—No confiás en mí, escocés tozudo —se quejó, haciendo lo que le pedía—. Si vamos a vivir tu farsa durante un año, hay algunas cosas que deberíamos acordar.

La miró tratando de adivinarla, pero Camila Ocampo era difícil de desentrañar y prefirió preguntar:

—¿Por ejemplo?

—¿De qué lado de la cama dormís?

«Tal vez está realmente loca», pensó él, pero respondió:

—De ambos.

—Eso quiere decir que tendremos cuartos separados.

—Estirada, voy a ponértela fácil. Me da lo mismo el lugar en el que vivamos, la cama en la que quieras dormir, si sos buena o mala cocinera; no vamos a casarnos para armar una parejita feliz.

—¿Por qué vamos a casarnos?

Ahí estaba, esa era la Camila Ocampo que él debía evitar. La ingeniosa, la sagaz, aquella que ya había demostrado que no era tonta, y trató de eludirla:

—Motivos personales.

—¿Querés un hijo?

—¿Por qué aceptaste?

—*Touché* —respondió ella, comprendiendo que esa noche no obtendría respuesta a sus preguntas. Recogió los platos, fue hasta la pileta, los enjuagó y los introdujo en el lavavajillas—. ¿Te gusta tu departamento?

—Es cómodo y tiene buena vista.

—Este barrio no me gusta, es impersonal, artificial, acá me siento como en Miami.

Él necesitaba que cerrara la boca, que dejara de hablar temas insustanciales, quería ordenar su mente y para eso necesitaba silencio. Aguantaría su palabrerío solo por esa noche, solo mientras quedaran temas pendientes pero, una vez aclarados, no aceptaría más comentarios. Seguro de ser quien dirigía las cosas, inició el tema:

—Hablaste de acuerdos para sostener la farsa y es la primera cosa en la que pensamos igual.

—¡Punto para Camila! —se felicitó, meneando las caderas y elevando los brazos.

Bhric abrió un cajón del escritorio, seleccionó la capeta y la extendió hacia ella.

—¿Nuestro contrato? —lo consultó.

—Es confidencial, lo confeccionó mi escribano.

Ella se dejó caer sobre el sillón y comenzó a leer. Frunció el ceño, torció la boca hacia un lado, sonrió. Dio vuelta hoja tras hoja sin decir una sola palabra. Bhric se impacientó, no era normal que estuviera callada.

Al cabo de un rato, Camila unió las manos y provocó un ruido de la carpeta al cerrarse antes de dejarla sobre la mesita. Él recostó su espalda contra la pared, esperando, hasta que Camila finalmente se expresó:

—Un año, troglodita, voy a darte todo un año de mi vida donde abusaré de tu cuerpo a mi antojo, vas a tener el lujo de llevarme de tu brazo a cada evento social donde te esforzarás por mostrarte feliz y, cuando el plazo termine, vas a rogar por la prórroga que jamás te daré.

—Pago por verlo —respondió él, burlándose.

—Trato hecho. Si yo gano duplicás la suma acordada, si pierdo no me debés

nada y quedamos a mano.

No le gustó la apuesta, no creyó que fuera interesada, todavía estaba tratando de averiguar los motivos por los que había aceptado y aquella respuesta de la estirada lo descolocó.

Camila se levantó del sillón, caminó descalza hacia él, le palmeó el pecho y le dijo:

—¡Otro punto para mí!

Bhric pensó que no sería fácil convivir con una mujer que se infiltraba en su vestidor desorganizándolo para usurparle prendas, pretendiendo utilizar como pijama una remera del Aberdeen FC autografiada por David Goodwillie. Dio gracias a Dios porque la pudo rescatar a tiempo, quitándosela antes de que la arruinara. Ella no precisaba nada de eso para reposar junto a él.

Si durante el día la relación de ellos fue complicada, esa noche se tornó imposible; Camila, en su cama, era una tentación. Escuchar su respiración agitada por el claro deseo de que acudiera al llamado del cuerpo, teniendo por seguro que sus encuentros íntimos eran tan tormentosos como sus diálogos, resistirse a su piel suave y a los labios rosados sabiendo que sus anárquicas hormonas masculinas se desatarían si no las obligaba a acatar la orden que le dictaba la razón, lo irritaron. Convencerse de que estar uno junto al otro era suficiente para dar inicio al desenfreno que no precisaba de palabras ni signos de afecto lo llevó a considerar que no debía ofrecerle falsas expectativas y, a regañadientes, le dio la espalda simulando estar dormido.

Por la mañana, el aroma a café recién hecho lo despertó; cuando entró al baño el vapor le indicó que ella ya lo había precedido. Se vistió con un jogging y fue a buscarla, la encontró terminando de servir el desayuno con otra de sus remeras, que le quedaba inmensa, dejando a la vista uno de los hombros y el nacimiento de los pechos.

—Buen día, ¿vas a correr?

—Sí —respondió, sin devolverle el saludo, colocándose las manos en las caderas y cabeceando para indicarle que lo siguiera.

—No entiendo —respondió intrigada.

—Vamos a correr.

—Ni pienso. No tengo la ropa adecuada, no voy a salir a la calle con una remera tamaño King Kong y encima descalza.

—No vas a quedarte sola.

Camila bufó, dejó la cafetera junto a las tazas sobre la mesada, lo tomó de la mano y tiró de él.

—¿Querés correr?, corramos por tu departamento.

—Ridículo.

—Es lo que trato de que entiendas. Andá vos y yo voy a desayunar, mientras espero a que Lucila me traiga una muda para cambiarme.

—¿Lucila vendrá a mi casa?

Camila asintió con la cabeza y se sentó para beber con tranquilidad su café.

Todavía no habían firmado el acuerdo pero ella ya citaba a extraños en la propiedad de él.

Molesto, corrió por la reserva natural, más tiempo del acostumbrado, el contacto con el verde y el aire puro despejaban su mente permitiéndole pensar con claridad. Estaba acostumbrado a desanudar conflictos empresariales, a visualizar con bastante precisión los movimientos bursátiles, su imaginación creaba soluciones económicas, pero era incapaz de unir a los Ocampo y los Neri en el acoso de los Mazzarello; aquello no le gustaba. Apresuró el trote, revisó su reloj, recordó la noche junto a ella; un temblor desconocido le recorrió el cuerpo y decidió que era tiempo de regresar. Abrió la puerta y allí estaba, sentada junto a la amiga en uno de los sillones y, tan solo con verlo, caminó hacia él con una sonrisa fresca en el rostro para abrazarlo, pararse en puntillas y dejarle un suave beso en los labios, obligando a su instinto a poner en funcionamiento los reflejos, impidiendo que se alejara y prolongando el contacto de los cuerpos para hacer danzar las lenguas.

—Hola, *mok* —saludó, utilizando lo que ella mal había registrado de la lengua materna de él—. Lucila me prestó algunas cosas.

Bhric le sonrió y saludó a la amiga, antes de excusarse para retirarse hacia el

baño.

Invasido, así se sentía, pero curiosamente la invasión que más le molestaba era la de Lucila. La fuerza con la que se pasó la esponja por el cuerpo, o tal vez la cantidad de veces que le agregó gel sin registrarlo, acumularon espuma por demás en la bañera. Cerró la canilla, tomó un toallón, lo enredó a su cintura, se afeitó y salió del baño camino al vestidor. Sobre el espejo de la pared estaba escrito con lápiz labial rojo:

Estoy en el bar de enfrente, cafeteando con Lucila.

Se había expuesto al salir sola, cuando él había sido muy claro explicándole que no lo hiciera. Terminó de vestirse y fue a buscarla.

—¿Y no me dijiste nada? —reclamó Lucila.

—No pude, te fuiste a Chile.

—Existe el teléfono, Camila, no me jodas.

—No tuve tiempo —se excusó—, te lo juro. Todo fue tan vertiginoso que no logré tomarme un segundo para pensar con tranquilidad. Cuando no estoy tratando de entender reclamos legales, me sumerjo en quilombos de la empresa. Cuando le delegué a Paulo mis intereses me sentí aliviada.

—Y justo él tuvo que viajar.

—Sí, y ahí se desató el caos —Camila suspiró.

—Cami, ahora estás conmigo, a solas. Relajate, poné en palabras lo que te pasa y lo analizamos juntas.

—Me pasa que mis padres y el Tata murieron, Martina se escapó a París, dos matones quieren quedarse con lo que es mío, Alex quiere sumarme campañas, Rowner me acosa y el gigante escocés no me cierra... aunque me seduce y mucho.

Lucila abrió los ojos.

—¿Qué te hace dudar de Bhric?

—Es hosco, rústico, tenés que andar tirándole de la lengua. De verdad que parece troglodita, pero me calienta, no puedo negártelo. Me saca de quicio, es mandón, un... machista insoportable.

Con solo ver la manera en que cruzaba la calle, Camila detectó que el clima estaba caldeado. Tomó su billetera para dejar dinero y comenzó a despedir a Lucila.

Bhric llegó a ella y le deslizó la silla para que se levantara.

—Gracias por la molestia —dijo él, saludando a la amiga con un beso y luego le reclamó a Camila—: Saliste sin consultarme.

Aquello fue un mensaje clarísimo para la Ocampo.

—Ninguna molestia, somos amigas —comentó Lucila, completamente perdida en el brillo de aquellos ojos azules. Los Neri le resultaban muy seductores.

—Disculpanos, estamos retrasados —concretó, tomando a Camila por la cintura y guiándola hacia la puerta, mientras ella le hacía señas a la amiga de que luego la llamaba.

—¿Consultarte? —cuestionó Ocampo cuando ya llegaban al Bentley.

Bhric no respondió. Utilizó el Bluetooth, un hombre contestó el llamado:

—¿Doctor Neri?

—¿Asignaron la escolta?

—Están detrás del auto de su seguridad, doctor.

—Envíe a mi teléfono los datos y patente.

—De inmediato —se oyó del otro lado de la línea.

—Gracias.

Camila cruzó los brazos sobre el pecho, murmuró un insulto y sopló para que el flequillo al volar se llevara la ira.

—Al menos hoy voy a dormir en mi cama.

—No —fue la seca negativa de él—. Mañana tampoco.

—¿Cómo que no? Si ya tengo guardaespaldas puedo volver a mi casa, no necesito estar encarcelada en la tuya.

—A la noche es el cumpleaños de tu agente y mañana la cena de mi padre.

Desconcertada, se lo quedó mirando. Jamás le había comentado sobre la reunión que tenía esa noche, él no podía saberlo... Salvo que...

—¿Me estás investigando?

—Utilizaste una unidad de la empresa para transportar tu regalo; el movimiento queda agendado en los registros.

—No estás invitado —le advirtió furiosa al ver con qué facilidad podía conseguir información sobre su vida.

—En quince minutos firmaremos nuestro acuerdo y te haré cumplir cada punto. Sí, estoy invitado.

Camila no lo pudo creer cuando entraron al Palacio Barolo. El ascensor los transportó desde el Infierno al Purgatorio y las puertas de la oficina del escribano se abrieron frente a ellos. No sabía qué postura adoptar estando allí, frente al compromiso formal de impostar su firma en el acuerdo y se sintió irresponsable. El letrado extendió hacia ella los folios, Camila respiró hondo, tomó la lapicera y la mano de Bhric se posó sobre la suya para detenerla.

—Déjenos solos —solicitó él al escribano, que acató el pedido sin agregar comentarios. Bhric le pidió que lo mirara—: No es un juego, tampoco un capricho donde tu orgullo te obliga a aceptar mis términos para intentar quebrarlos. En cuanto salgamos de aquí te convertís en mi futura esposa.

La mano de Bhric sobre la de ella, irradiando calor, sus palabras recordándole el nivel de compromiso mutuo; su mirada firme y penetrante advirtiendo de la formalidad del acto, su boca entreabierta dibujando la silueta de palabras que él no sabía emitir para rogarle confianza.

—No estoy jugando —le aseguró con el gesto serio—, mi palabra debió ser suficiente para vos. No quebraré un solo punto de tu acuerdo. Dije que te daría un año y voy a cumplir.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué necesitás que una mujer se case con vos?

Por toda respuesta, Bhric deshizo el contacto, se levantó de la silla y llamó al escribano:

—Estamos listos.

En el ingreso a El Chasqui, la seguridad les presentó a las personas encargadas de cuidar de ella. Camila agradeció a los hombres que a partir de entonces serían su sombra y se perdió dentro del edificio. Bhric se ocupó de recalcar que era fundamental que a la señorita Ocampo no le ocurriera ni el más mínimo incidente antes de regresar a su auto para dirigirse a las oficinas del Grupo Neri.

Desde Saavedra hasta el centro de la ciudad el tránsito lo demoró lo suficiente como para evaluar los cambios en su vida. Entregar un año a cambio de la tranquilidad de los Neri era un sacrificio que no le pesaba. Las encrucijadas laborales siempre habían sido un desafío que le producía adrenalina, permitiéndole disfrutar mientras los resolvía.

Los conflictos a evaluar eran otros: le molestaba sentir el aliento pesado de los Mazzarello sobre la nuca y no contar con un solo dato que le permitiera voltearse para enfrentarlos. El límite impuesto por Donato le impedía conocer los detalles de un secreto que contenía las pistas a tantas dudas. Y, por supuesto, el carácter impulsivo, la mente sagaz y el cuerpo atractivo de Camila Ocampo lo ubicaban lejos de cualquier solución racional.

Golpeó con el codo la ventanilla, frunció el ceño y bufó al registrar el nivel de descontrol al que esa estirada lo conducía. Cuidarla era imposible si desconocía los motivos de quienes pretendían atacarla y, además, la Ocampo era reticente a cumplir las órdenes. Estiró la cabeza y se miró en el espejo retrovisor, tratando de encontrarse. No podía creer que, justamente a él, le tocara en suerte una mujer tan tozuda. La recordó dormida a su lado, con los labios rosados que se emperraban en adoptar la forma de un corazón carnosos, suave, dulce. Volvió a darle un codazo a la ventanilla, no se reconocía. Cuando la notaba ausente, era capaz de hacer cualquier cosa para que todo aquello que odiaba en ella regresara. Era un hombre responsable, desde niño se mostró reflexivo; no recurría a bromas, suponía que había nacido sin ese don, pero con Camila se descubrió haciéndolas.

La Ocampo era todo un problema, uno difícil de solucionar cuando el

principal punto en contra era que, junto a ella, sentía que la sangre le corría por las venas.

—Exijo que me expliques qué está pasando —reclamó, desde Escocia, Meribeth a Donato.

—Todavía no tengo las cosas claras —comunicó, sosteniendo el teléfono entre el hombro y la mejilla, tipeando al mismo tiempo un e-mail—, pero necesito que estén alertas.

—¿Por qué ahora, Donato? ¿Por qué después de tanto tiempo?

—José Manuel murió, también su hijo.

—Lo sé. ¿Martina?

—Se fue a París. Al menos es la información que llegó a mí.

—¿Qué hace Bhric con la nieta de Ocampo?

Finalmente la pregunta de Meribeth que no deseaba contestar.

—Son novios.

—Donato —lo instó para que no la engañara.

—Son novios —reafirmó.

—Buscaré las respuestas en persona —le advirtió—, viajo a Buenos Aires en los próximos días. Si esto es parte de un plan pergeñado por tu mente torturada tendrás que desandar cada paso que hayas dado para que mi hijo llegara hasta aquí.

—No me amenazas —se quejó irritado.

—Sabés que no es una amenaza, Tano, es un ultimátum. Bhric no es moneda de intercambio —dijo la mujer antes de cortar la conversación.

Donato se quedó mirando el tubo del teléfono. El “problema” cada día se complicaba más. Golpeó con fuerza el auricular contra el resto del aparato en el preciso momento en que Paulo entraba a su oficina.

—Veo que tenés un día de mierda —lo saludó con su acostumbrado desparpajo.

—¿Qué tal el viaje?

—Excelente —respondió el recién llegado—, en el almuerzo los pondré al tanto de todo a vos y a Bhric.

Cerca de la media tarde, Camila dio por concluido su trabajo en la empresa de transportes y detectó que no contaba con el auto para dirigirse hasta su departamento; antes de idear una solución, ingresó el llamado de su futuro esposo.

—Hola —dijo sin saber por qué la emocionaba estar a punto de escuchar su voz.

—Paso por vos a las nueve.

—¿Cómo? —devolvió molesta porque él no se dignaba a saludarla.

—Para ir al cumpleaños de esta noche —comentó Bhric.

—Dale —consintió Camila—, voy a la peluquería y después te veo en mi casa. Como el homenajeado es mi agente debo ir preparada.

Bhric gruñó con la precaución de alejar el celular para que ella no notara el enfado que le sorprendió tener.

—Están esperándote para llevarte a donde indiques.

—Pensaba tomar un taxi.

—No lo necesitás.

No, no la había saludado, no era galante, no perdía el tiempo en comentarios superfluos. Pero Bhric Neri Cameron, de alguna manera, estaba atento a sus necesidades.

—Bhric... gracias por estar pendiente —se sorprendió diciéndole cuando todavía tenía dudas de por qué estaba junto a ella.

Él guardó el celular en el bolsillo interno del saco de traje, se peinó el cabello hacia atrás con los dedos. Paulo se le acercó para burlarse:

—¿La sonrisita te la provoca mi clienta sexy?

—Sin comentarios.

—Hermano, me fui dejando a tu cargo la administración de una empresa y a mi regreso me encuentro con que se te fue la mano con las funciones asignadas; exijo toda la data.

—No podés exigir nada.

No había sido intención de Paulo cambiarle el humor al intentar indagarlo, Bhric se mostraba agotado; se apiadó de él y lo invitó a una conversación seria:

—Estás extralimitando tus fuerzas. Me allanaste el camino en cada negociación que hice en Madrid, te hiciste cargo de tu trabajo y del mío en la oficina, me fui creyendo que patearías el planteo de Donato hasta que pudiéramos convencerlo de que era una estupidez y me encuentro con que ya lo tenés resuelto. No sos un superhéroe, sos de carne y hueso. ¿Por qué no viniste a surfear conmigo a Brasil? Te hubiera servido para tomar distancia y pensar con claridad.

—Acabás de detallar mis motivos.

—No le sigas la corriente a Donato.

—Ahorrame tus comentarios —fue su tajante respuesta, y Paulo comprendió que no era el momento de continuar hablando.

A Camila no le gustó que Lucila planeara asistir al evento acompañada por Paulo Neri; representar la farsa ante extraños era una cosa, pero hacerlo ante su amiga al mismo tiempo en que debía lucir espléndida para que los empresarios quisieran incluirla en las campañas publicitarias de sus productos era demasiado esfuerzo. En la peluquería evadió las preguntas con las que Lucila intentó interpellarla y desvió como pudo el tema hacia Paulo:

—Creí que lo tuyo con él era un simple *touch and go*, si lo llevás a la fiesta los fotografarán juntos.

—Lo mismo digo —repelió Lucila.

—En mi caso iré acompañada de mi novio —retrucó.

—Camila —le advirtió, ladeando la cabeza—, él interrumpió nuestra charla y

después no me llamaste. ¿De dónde surgió tanta seguridad para que lo tildes de novio?

—No puedo hacerme cargo de tus dudas. Bhric y yo estamos enamorados y no necesitamos perder tiempo confirmando lo que ya tenemos claro.

—Estoy absolutamente sorprendida —respondió, abriendo los ojos, girando hacia ella la cabeza y ganándose el reto del peluquero.

Lucila era su amiga, bien podría haberle dicho la verdad y consultado cuál sería la alternativa más conveniente; pero estaban en un sitio público y decidió postergar esa charla.

Lucila no volvió a increparla, permitiéndole a Camila relajarse hasta que estuvo lista para regresar a su departamento.

Seleccionó el vestido pensando más en agradarle a Bhric que a los futuros clientes; cuando se dio cuenta de eso se sentó sobre la cama y se miró en el espejo para analizar con cuidado.

«¿Qué estoy haciendo? —se preguntó— No quiero sentir ningún tipo de emoción por él. No me tengo que creer el cuento que vamos a representar ante terceros. Tengo que enfocarme en solucionar mis problemas antes de terminar frente al juez aceptando que lo convierta en mi esposo. Bhric puede estar metido en la trama orquestada por los Mazzarello, tengo que averiguar qué pretenden esos dos además de portar el apellido Ocampo y acceder a su parte en la fortuna. Debo encontrar la manera de cumplir lo que el Tata nos encomendó, pero sin fallarle a mi conciencia. Estando cerca del gigantón podré descubrirlos y ver cómo defenderme».

Se puso los zapatos, se enderezó irguiéndose sobre ellos, volvió a revisar su aspecto ante el espejo y notó el agobio, la carga, el temor de no poder huir del deseo de enamorarlo; justo sonó el timbre y supo que era él. El corazón le latió con fuerza durante los minutos en que, expectante, esperó a que el ascensor expusiera la imagen del hombre impecablemente ataviado con un pantalón de vestir y camisa negra. Sin emitir un solo comentario aguardó a que llegara a su lado.

Bhric evitó enterarse y enterarla de lo mucho que le gustaba cómo se veía así

vestida, y le ordenó a su cara que no hiciera ningún gesto que pudiera delatarlo.

—¿Podemos irnos? —preguntó a dos pasos de Camila; sin besarla, ni darle siquiera las buenas noches.

—Claro —respondió, tomando su bolso y apagando las luces antes de cerrar la puerta.

No fueron necesarios los comentarios, no existió diálogo en el camino al salón donde Alex, el agente de Camila, los esperaba para festejar su cumpleaños.

Bhric estacionó el Bentley sobre la vigilada calle Castañeda, abrió la puerta del acompañante, tendió su mano para ayudarla a bajar y la rodeó por la cintura hasta ingresar en el salón.

—Bienvenidos —los recibió la recepcionista—, sus nombres, por favor.

—Camila Ocampo y Bhric Neri Cameron —respondió él.

—Gracias. La recepción es en el piso superior. Disfruten de la noche.

Antes de comenzar a subir por la escalera, ella respiró hondo y él le acarició la espalda; Camila entendió que le infundía ánimo y Bhric supo que en realidad había conseguido la oportunidad de tocar su piel.

—Bellísima, cariño —dijo un hombre, acercándose, ignorando por completo al acompañante y encerrándola en un abrazo que culminó con un beso en el cuello femenino.

—Querido Emerson, no me agrada tu eufórico saludo —dijo con una sonrisa ladina en los labios— ¿Fui clara, cariño?

—Tu chica es muy arisca —comentó el hombre a Bhric.

—Y yo más —advirtió, cuadrando los hombros para que tomara en cuenta que su estructura era digna de considerar.

Camila se mordió el labio inferior para contener la risa. El gigantón podía ser útil. Siempre se había defendido sola, estaba acostumbrada a lidiar con esa gente, pero le agradó descansar de eso, al menos por una noche... o un año. Saludó y le presentó sus conocidos a Bhric. Él no se apartó de su lado y fue lo suficientemente correcto con cada uno.

El homenajeado aprovechó para reclamarle:

—Necesito que te saques de encima todos los compromisos personales y

retomes las campañas. Sabés que Valentino te quiere y tu cara está asociada a la firma Ona Saez. No puedo darte más tiempo, muñeca.

—Hoy es tu cumpleaños, relajate y disfrutá. En la semana hablamos —respondió, sonriéndole, antes de indicarle a Bhric con la mirada que necesitaba dar por terminada la conversación con Alex.

—Permiso —los disculpó Neri, llevándose a Camila hacia la barra de tragos —. ¿Cuándo retomás tu trabajo?

—No lo sé —respondió con sinceridad.

—De la sucesión se ocupa Bengoechea; hasta que el juez dictamine no hay nada que puedas hacer con El Chasqui.

—¿Estás intentando explotarme?

—¿Por qué demorás tu regreso?

—La existencia de los Mazzarello saldrá a la luz en cualquier momento —comentó, refugiándose en los ojos azules que antes la veían y ahora la miraban —. Mi exposición le dará libre acceso al periodismo amarillista para llenar páginas de chismerío. A las grandes marcas no les gusta ese tipo de prensa y comenzarán a rescindir los contratos, lo mejor es no comprometerme.

Para Bhric, Ocampo era un apellido inmune. Camila pertenecía a la clase elitista que, desde la altura, siempre los había rechazado saliendo airosa de cada embate; sin embargo, ella parecía ponerlo en duda. La voz de Paulo lo ayudó a alejar esos pensamientos.

—Buenas noches —dijo el menor de los Neri, permitiendo que Lucila saludara a Camila antes de hacerlo él.

—Conocen a mi novio, ¿verdad? —bromeó la Ocampo.

—Sí —confirmó Lucila—. Buenas noches, Bhric.

—¿Cómo no se nos ocurrió presentarlos antes? —reclamó Paulo sonriendo.

Lucila le festejó la broma y tomó del brazo a su amiga, alejándola de los caballeros:

—Bhric está increíble, Cami, y tiene un perfume que derriba voluntades.

—No soy tonta para elegir —respondió, sintiéndose halagada.

—Totalmente de acuerdo —insistió Lucila—, es atractivo y muy seductor,

pero antes no te cerraba y ahora sos la novia de los cuentos. Tenemos una conversación pendiente, no lo olvides.

Camila giró para observarlo y descubrió que Bhric la estaba mirando. En sus ojos leyó admiración, deseo, ansiedad. Se revisó interiormente, hacía tan solo un momento se había sentido acompañada cuando él se mostró dispuesto a escuchar sus temores. Le sonrió, no supo si fue un acto reflejo o el principio de la complicidad que siempre buscó en sus parejas.

Bhric ladeó la cabeza sin dejar de mirarla, su boca dibujó una mueca que Camila tradujo como triunfante y le provocó el impulso de borrarla haciendo uso de las uñas. Ambigüedad, sensaciones encontradas, dudas, excitación; odió cada una de las lecturas que se atropellaron en su mente y, en susurros, le dijo a su amiga:

—Necesito hablar con vos en privado. Mañana te llamo.

Paulo le solicitó al barman dos copas de vino blanco y le dio una a Bhric.

—¿Volviste con Lucila? —preguntó el mayor.

—Esa chica tiene algo que me enciende —confesó Paulo—, de una forma u otra, cada tanto, necesito tenerla cerca.

—Es porque no anda atrás tuyo.

—Pero siempre acepta los reencuentros —añadió, guiñándole un ojo—, algo debe ver en mí, ¿no te parece?

—¿Vendrá a la cena de mañana?

—No, ¿cómo se te ocurre? Soy joven para encarcelarme.

Bhric rió y buscó con la mirada a Camila. La observó hablando con Lucila y otras personas. Los hombres repasaban con los ojos las figuras de una y otra. La Ocampo era una mujer muy elegante, sensual, atraía el deseo masculino y él sabía que contaba con la cualidad de saciarlo. El conocido empresario Rowner tomó por la cintura a Camila para hablarle al oído. El acto lo puso en alerta, dejó su copa en la barra, comenzó a caminar hacia ellos y observó que la mujer tomó al hombre de la mano para alejarlo del grupo. Bhric frunció el ceño y caminó

más deprisa hasta que pudo oírla:

—Hace meses que terminamos. Dejé de llamarme y permití que tenga la fiesta en paz. Vine acompañada de mi futuro esposo.

Bhric aflojó el rictus, satisfecho con la advertencia que su novia le estaba dando al tipo. Pero poco le duró la tranquilidad cuando oyó la respuesta de él:

—Jugá con tu nueva adquisición todo el tiempo que quieras, Camila. Tu último hombre voy a ser yo, y eso es lo que importa.

—Estás muy equivocado.

—Nena —comentó, de manera burlona—, no niegues lo que supimos siempre. Soy paciente y sé cómo atraerte a mi lado.

—En tu lugar aceptaría el rechazo —dijo Bhric con voz ronca—, mi mujer fue clara.

Al verlo, la cara de Camila se llenó de luz al irradiar una sonrisa.

—Su agente tiene muchos compromisos conmigo, tendrás que guardarte la prepotencia —lo increpó Rowner.

Bhric dio un paso al frente, Camila se interpuso entre ambos.

—Vamos a bailar, mi amor. Este tema me encanta.

Lo guió hasta la pista tomándolo de la mano. Temblaba y no podía calmarse. Conocía a Rowner y maldijo el momento en que alguna vez cayó en sus brazos. Alejarse de él la había llevado a probar suerte en Roma, exiliándose allí durante todo un año. Estaba rodeada de gente, en los brazos de Bhric, intentado seguir la música y no sabía si eran sus temores o la torpeza de aquel gigantón, pero no lograban coordinar un movimiento con otro.

—No sé bailar. No me gusta —confesó él y Camila estalló en una sonora carcajada que provocó que el ceño de Bhric se frunciera más.

—Con lo bien que te movés en la cama no puedo creer que no sepas seguir la música.

Elevó la mirada para ver su semblante, estaba enojado, tal vez por lo ocurrido con Rowner, tal vez por mostrarse en desventaja ante ella. Se apiadó de él, le rodeó el cuello y lo besó con suavidad en los labios.

Bhric quiso más; quiso que temblara por él y no por miedo, quiso seguir

recorriendo la piel de la espalda de Camila, sentir sus pechos pegados al de él sin que notara que lo había excitado, y que la noche terminara en un largo encuentro en su cama. Se descubrió besándole el cuello, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Se perdió en el perfume y la piel de Camila hasta que esta lo regresó a la realidad:

—Tranquilo. Ya te expliqué que no tenés que exagerar con los gestos de cariño. Vos sos hosco, frío, mantenete en tu papel. La diferencia entre nosotros es que mi profesión me enseñó cómo estar cerca de hombres sexies sin quedar en evidencia. Cuando quieras te doy lecciones.

—¿Cuál te seduce? —preguntó por reflejo y se maldijo en el mismo instante. ¿Qué le importaba a él cuáles eran los gustos de la estirada?

—La mayoría —respondió sin tapujos y con un desparpajo del que se sorprendió—. ¿Ves el que está bailando con la pelirroja? Es Marcelo Drago, con él hice una campaña para Valentino, teníamos que tirarnos en la arena abrazados y besarnos; fue muy difícil ser profesional. Me imagino que a Christian lo conocés —continuó, señalando a otro—, no te imaginás lo que son los abdominales de ese hombre, piedra sólida.

—Comprendí tu punto —la detuvo.

—Me alegra —dijo, acariciándole la nuca y jugando con el cabello de él—. Porque pienso fantasear con ellos durante el año en que esté casada con vos.

Bhric la acercó más:

—En tanto cumplas las cláusulas, no me importa cómo se llamen tus sueños.

Recordó las dudas que lo acosaron mientras guiaba su auto desde El Chasqui hasta el centro; nuevamente, su gentileza había desaparecido.

—¿Ves?, estás aprendiendo a moverte con un poco de gracia. Te preocupa tanto ridiculizarte que te negaste a aprender, pero a mi lado tus miedos desaparecieron, te soltaste y estás bailando con ritmo. Con un par de lecciones más te voy a sacar bueno y todo.

Volvió a besarla en el cuello, Camila no supo si era para agradecerle el baile o para festejarle la ocurrencia; pero los besos de Bhric obraban maravillas en su cuerpo y no le importaron los motivos, se dedicó a gozar con ellos.

Paulo tocó a su hermano en el hombro incitando a que la pareja se separara.

—Mi chica se está retocando el maquillaje y este tema me encanta. ¿Me prestás a tu novia? —solicitó. Sin esperar respuesta tomó a Camila de la mano y la hizo girar antes de ajustarla contra su cuerpo y desplegar con ella perfectos pasos de baile.

Lucila regresó al salón y observó el cuadro completo: Bhric Neri Cameron, con las manos en los bolsillos, disfrutaba con la destreza de los bailarines. Se preguntó cómo había logrado su amiga derretir al más duro de los hermanos y al mismo tiempo reconoció que Camila solo podía ser vulnerable ante alguien con la seguridad y la inteligencia de aquel escocés.

Los invitados se sentaron en sillones dispuestos a manera de livings, para comer. Lucila y Camila, una junto a la otra, no dejaron de hablar mientras Paulo y Bhric apenas intercambiaron un par de impresiones.

Las luces volvieron a suavizarse, la música sonó con más fuerza indicando que otra tanda de baile empezaba. Bhric se removió en su asiento. Christian se acercó a ellos:

—Hola —saludó en general, antes de clavar la mirada en la Ocampo e invitarla, tomándola de la mano—: ¿Bailamos?

—Lo siento, bonito —respondió con una sonrisa tan amplia que Bhric temió que las mandíbulas se le desarticularan—, mi cuñado me hizo dar tantas vueltas que estoy un poco mareada.

—¿Tu cuñado? —preguntó el modelo, mirando a los dos hombres junto a ella.

—Él es mi cuñado Paulo —indicó, señalándolo antes de colgarse del cuello de Bhric—, y él es mi futuro esposo.

Ella esperaba que su prometido la compensara con algún gesto cariñoso, un roce de labios, tal vez una caricia, una simple mirada dulce; pero... no; el gigantón tenía el ceño fruncido como tantas otras veces y los puños apretados. Aquello la sorprendió y notó que Christian también se mostraba confundido. Decidió que debía sacarlos de ese estado y no se le ocurrió mejor idea que

ignorar al modelo, besar los labios de Bhric y preguntarle:

—¿Nos vamos?

Christian se despidió llevando la mano derecha hacia su frente y se perdió entre la gente que movía los cuerpos al ritmo del rock.

—¿Ya se van? —preguntó apenada Lucila.

—Camila está cansada —respondió tajante Bhric.

Tardaron más de media hora en saludar a todos los compromisos de la modelo. En el más absoluto de los silencios cruzaron la calle Castañeda y subieron al auto. Ella cerró los ojos para no distraerse con la imagen de él y poder pensar. No sabía si había logrado comenzar a resquebrajar la coraza que le impedía conocerlo, si era celoso o un presumido a quien no le importaba la mujer que lo acompañaba pero sí la imagen que brindaba a otros hombres cuando estaba junto a él. Paulo era muy diferente, el hijo de Joana se mostraba simpático, encantador, sensible; probablemente Lucila no se equivocaba cuando insistía en caratularlo como un mujeriego. Bhric no presumió ante ninguna de las chicas de la fiesta; por el contrario, ejerció su papel de novio a la perfección. Se preguntó qué le hubiera ocurrido a ella si él hubiera coqueteado con alguna; se negó a responder, abrió los ojos, giró la cabeza y se perdió en la imagen de ese hombre elegante, de cuerpo bien formado, con un perfume que se asociaba perfectamente con el suyo, con la seguridad que irradiaba su postura frente al volante y deseó estar en el octavo piso del edificio de Puerto Madero. «Camila, todavía no tenés en claro si este patovica está confabulado con los Mazzarello», se advirtió.

—Señorita Ocampo —intentó hacerla entrar en razón Bengoechea—, comprenda que lo que usted pretende es ilegal.

—Las leyes están muy equivocadas si amparan a esos dos sinvergüenzas y nos dejan en total desprotección a mi sobrina y a mí —le reclamó Martina desde París.

—La moral de sus hermanastros...

—¡No se atreva a tildarlos como tales! —esgrimió furiosa en el teléfono—, no son mi familia; son dos aprovechadores que recurren a los genes para ensuciarnos. Usted no está capacitado para evitar que utilicen mi apellido y se apoderen de mis bienes, debo prescindir de sus servicios.

—No se trata de capacidad, sino de lo que dicta la ley.

—Bengoechea, usted no tuvo en cuenta mi pedido.

El abogado no encontró la manera de hacer que recapacitara. Luego de que Martina diera por concluida la comunicación, buscó en su celular el número de Camila y, sin preocuparse por la hora, la llamó.

—Hola —respondió con voz suave, sin verificar de quién era el llamado.

—Señorita Ocampo —dijo Bengoechea—, disculpe que la moleste, espero no haber interrumpido su descanso.

Camila se incorporó en la cama, refregó los ojos tratando de concentrarse. Bhric, dormido, le rodeó la cintura con un brazo.

—No se preocupe, doctor, ya era hora de despertarme. ¿Qué ocurre?

—Necesito hablar en privado con usted... de manera urgente.

—Me está preocupando —reconoció, y sus palabras provocaron la alerta en Bhric, que se sentó y la miró expectante.

—Recibí una llamada de su tía desde París. Ella decidió tomar ciertas medidas que nos obligan a conversar algunos puntos fundamentales.

—Puedo estar en una hora en su despacho.

—La espero —concluyó, despidiéndose, Bengoechea.

La muchacha se quedó mirando el celular, tratando de imaginar qué estaría planeando Martina luego de haber huido arrojándole todo el problema a cuestas.

Bhric la tomó de la cintura y la sentó sobre él, obligando a que lo mirara a la cara. No la consultó, no trató de consolarla; callado, esperó a que ella se tomara el tiempo, que estuvo seguro necesitaba, antes de poder exteriorizar lo que le ocurría.

—Era Bengoechea —dijo finalmente—, mi tía lo llamó hace un momento y tengo que ir a verlo.

—Vamos —afirmó, pero en realidad era una propuesta.

Camila no quería que la acompañara e intentó negarse:

—La reunión es conmigo.

Con las manos le presionó las caderas, ella pensó que intentaba seducirla, pero Bhric simplemente la levantó para dejarla en la cama antes de levantarse.

Camila guardó en el bolso la ropa que utilizara la noche anterior, dejó sobre el sillón la seleccionada para ese día y entró al baño para abrir el grifo de la ducha.

Mientras se lavaba los dientes, él la miraba en el espejo. Estaba demasiado silenciosa, con la expresión preocupada. Se demoró tratando de definir qué era aquello que Camila se empeñaba en no dejar al descubierto y finalmente estuvo seguro, se sentía sola. La estirada era una mujer fuerte y él no quería que se derrumbara. Podía abrazarla para infundirle fuerzas, sin embargo dejó el cepillo en el recipiente donde lo esperaba el de Camila, giró y le indicó:

—Apurate y prepará café, me voy a correr.

Ella abrió la mampara para reclamarle que no la mangoneara. Perpleja, vio que se pasaba la lengua por el labio inferior.

—Soy capaz de aceptar, gigantón. No juegues con tu suerte.

—Apurate —repitió él. Lo había logrado, Camila Ocampo resurgía sin que fuera necesario recurrir a actos heroicos, alcanzaba con provocarla.

—Debo viajar a Buenos Aires —comentó Meribeth—, mi hijo me necesita.

—¿Está enfermo? —consultó, preocupada, su amiga.

La escocesa hizo un gesto de disgusto, evaluó qué decir y qué callar, finalmente:

—Vera está embarazada, Donato se volvió loco y Bhric decidió poner fin al tema.

Caminaron en silencio por el frío pasillo de paredes y solados de piedra, hasta una sala privada donde tomaron asiento en los bancos de madera. Meribeth continuó:

—El Tano planeó casarlo con una mujer de alcurnia para limpiar el pasado.

—Tu hijo no es tonto, no se prestará jamás a una presión de ese tipo.

—No, no es tonto —reconoció Meribeth—, pero adora a su hermana y aceptó el desafío. —Tomó aire y demoró el dato que revelaría el peligro real. La amiga enderezó los hombros demostrando estar preparada para escuchar—: Bhric va a casarse con una Ocampo —dijo, y la otra se llevó las manos a la boca para acallar el grito que le provocó la sorpresa; su cuerpo comenzó a temblar, producto del miedo. Meribeth la abrazó y le masajéó la espalda para calmarla.

—¡Dios mío, Meribeth! —exclamó, lívida.

—Quedate tranquila, José Manuel está muerto y en todos estos años no dieron con vos. Ahora necesito acabar con esto. Donato sabe que mi hijo nunca fue parte del trato, pero lo está utilizando.

—Es mi culpa, todo es por mi culpa —se lamentó—. Tantos años de reclusión y arrepentimiento pensando cómo redimirme sin exponerte y Dios vuelve a ponernos a prueba. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás, Meribeth.

—No tuviste opción —le recordó Cameron.

—Tal vez no en un principio... —Hizo un silencio y luego la consultó—: ¿Pondrías en juego tu vida a cambio de la de tu hijo?

—Sin dudar —respondió segura.

—Jamás me juzgaste, amiga. Siempre aceptaste acompañarme sin cuestionar,

sin hacer preguntas.

—Jamás estuve en tus zapatos.

Camila salió de la oficina de Bengoechea intentando no arrastrar los pies. Estaba agobiada. Martina ya no aceptaba simplemente huir; desde el otro lado del océano amenazaba con atacar a los Mazzarello apelando a armas que le permitieran sepultar los reclamos y reaccionaba de la peor manera designando a otro abogado para que la representara. El tipo era conocido por recurrir a chicanas y “embarrar la cancha” hasta que los juicios terminaban decretándose nulos por algún vicio de procedimiento o, como los rumores de pasillo en los tribunales solían decir, “apretando” a las partes para que desistieran de reclamar. Martina iba a hundir aún más el apellido utilizando a esa clase de alimañas.

El viento la golpeó en la cara apenas pisó la vereda, enfriándole hasta el alma. Se cerró el saquito de lana sobre el pecho, levantó la mirada y lo vio, sobre la vereda de enfrente, con las manos en los bolsillos y la vista clavada en ella. Bhric, el distante y duro gigantón, no cruzó para estar a su lado pero allí continuó, atento. Miró a uno y otro lado en el acto reflejo de quien va a cruzar la calle pero sin registrar si se acerca algún auto; corrió hacia él y se escondió en su pecho.

Bhric la contuvo entre sus brazos, dándole calor, mientras Camila temblaba; la tomó de la barbilla para indagar más de cerca sus ojos y los vio húmedos.

—Vamos —dijo, guiándola hasta el estacionamiento donde había guardado el auto.

—¿No fuiste a correr?

—No.

—¿Por qué?

—No era necesario.

—Dijiste que todas las mañanas ibas a correr.

—Hoy no.

Estaba seguro de que no sería fácil sonsacarle lo ocurrido en la oficina del

abogado, aun cuando tenía en claro que a la muchacha no se le olvidaba que el Grupo Neri sería notificado de cualquier inconveniente.

Ella guardó silencio, quería mantenerse a resguardo de las indicaciones que estuvo segura que él le daría. Bhric manejaba y, cada vez que el tránsito se lo permitió, en silencio giró la vista hacia ella. No quiso darle acceso a sus pensamientos y lo atacó:

—No te preocupes, suelo mostrarme así cuando recuerdo que acepté darte un año de mi vida.

Camila Ocampo se resguardaba. Cada día que pasaba la conocía más y, al conocerla, los cerrojos se abrían permitiéndole avanzar. La dejó en El Chasqui para que cumpliera con su rutina. Antes de que se bajara del Bentley confirmó que el auto estacionado era el asignado para cuidarla ese día.

—Dejaste el Mini Cooper en el centro —Camila se llevó la mano a la cabeza confirmando su olvido y él le aseguró que resolvería el inconveniente—: Paso a buscarte a las cinco. Quiero llegar puntual a la cena.

—Cierto, hoy me esperan los Neri —se lamentó sin caer en la cuenta de que lo hacía frente a él; en tanto, se bajó del auto sin despedirse y comenzó a caminar hacia el edificio.

—Camila —la llamó, y la muchacha giró sobre sus tacones para ver cómo le guiñó un ojo.

Poco pudo entender las demandas de Lemos, mucho menos los reclamos de Alex que, luego de agradecerle por asistir al festejo de su cumpleaños, le transmitió el enojo por despreciar nuevos contratos, y exigió precisión en la fecha en que se reincorporaría al trabajo. Completamente agobiada, a las cuatro de la tarde descubrió que no había almorzado cuando solo faltaba una hora para volver a ver a Bhric. Una chispa conocida se instaló en su cara, abrió nuevamente el programa de correo y tipeó:

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Cita

En una hora tendrás el gusto de pasar a buscarme.

Camila.

Bhric estalló en una carcajada, en plena reunión con los directivos del Banco Santander, apenas leyó el mail en su teléfono celular. Paulo, sorprendido, lo amonestó con la mirada pero, aun así, él no se contuvo y le respondió:

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: Re: Cita (Traslado de pasajera con cargo a su cuenta).

Por despistada olvidaste el auto en el centro. Tu presumida personalidad estará feliz de pagar el costo de ser transportada en mi Bentley.

Bhric

Y la distracción que Camila buscó sin encontrar durante todo el día estaba allí, en las provocaciones de él respondiendo a las propias. Aquel hombre era digno de su ingenio y le obsequió un poco más:

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Cita. (Los novios no cobran).

¿Ofrecés otros servicios?

Camila - Tu *mok*... no sé cuánto.

La nueva carcajada de Bhric no solo obtuvo el reproche de su hermano, sino también el del resto de los presentes, por lo que salió del recinto para llamarla.

—Hay ciertos servicios que están incluidos en nuestro acuerdo, Ocampo.

—Si vas a cobrarme por venir a buscarme como corresponde a todo novio enamorado, también estarías incumpliendo el trato. ¿Querés hacerte rico a costa mía?

Estaba tentado de preguntarle cómo se encontraba, pero Camila no sería sincera en la respuesta, debía esperar a verla para saberlo.

—La cena es a las nueve.

—Quedate tranquilo, no puedo asegurar que te llevaré ante tus padres en buen estado, pero seremos puntuales.

—Intentá no meterte en problemas.

—Te voy a estar esperando, Bhric.

Últimamente lo había llamado por su nombre más de una vez. Guardó el celular en el bolsillo del saco y regresó a la reunión.

Paulo ladeó la cabeza y, cuando estuvo seguro de que solo su hermano lo veía, pestañeó a repetición ganándose el ceño fruncido con el que Bhric le puso límite a la burla.

El escocés, en su interior, comenzó a sentir ira por las contradicciones que vivía. Rechazaba a la clase alta y elitista a la que pertenecía Camila, se sometió a un sacrificio que aceptó por el bien de Vera y su hijo, detestaba no poder desentrañar los motivos que ponían en peligro no solo a los Neri, sino también a los Ocampo; y en medio de tremenda encrucijada estaba ella, y la cálida sensación que le provocaba tenerla cerca... «Pero con la boca cerrada», concluyó.

Vera no podía con la ansiedad. Entre las molestias por el embarazo y la cena donde Mario se expondría ante toda su familia, los vómitos se agravaron y el sudor la cubrió por completo. Sobre el sillón de su vestidor se encontraba la ropa que había descartado luego de mil pruebas, comprendiendo que nada le resultaba

cómodo ni acorde. La paciencia infinita del padre de su hijo lo mantenía cerca de ella, asegurándole que era hermosa sin importar lo que llevara puesto.

—Son tu familia, mi amor —dijo para calmarla—, te aman, como yo. Seguramente están más nerviosos que nosotros.

—Quiero estar bonita, quiero que no se note que sos más joven, quiero que entiendan que nos amamos y que no hay peligro.

—Nos amamos y no existe ningún peligro —le aseguró, tomándola por los hombros y logrando que se sentara sobre él—. Vera, comprendé que estamos formando una familia, no somos simplemente una pareja, somos nuestra elección más allá del hijo que esperamos. Te amo, lo acepten ellos o no. Te quiero a mi lado y necesito que para vos sea igual.

—También te quiero a mi lado —le aseguró ella.

—Entonces, esta noche no es más que una presentación. Nada puede interponerse entre nosotros si estamos seguros de que queremos defender nuestro amor.

—¿Ves? —lo increpó—, si fuera así no tendríamos que defendernos de nada.

—Tenemos que defendernos de tus inseguridades, ese es nuestro mayor riesgo.

En el departamento de Camila, la escena era similar, pero por otros motivos.

—¿Formal o informal? —le consultó ella, mientras él, impaciente, ojeaba unos papeles.

—Vestida será suficiente.

—¿Bromeás? —preguntó ofuscada—, no te hagas el gracioso que los chistes y tu tamaño no hacen buena pareja. Decime cómo suelen arreglarse para este tipo de reuniones si no querés que sea yo quien desentone. Te explico —y Bhric dejó la carpeta a un costado, sentándose en la cama, dispuesto a escuchar un nuevo discurso—, en casa del Tata las cenas de este tipo eran de estricta etiqueta, en cambio en la de mis padres lo acertado era ropa de cóctel; la hermana de Lucila presentó a su novio una noche en que yo estaba en su casa y todos vestíamos de

calle. ¿Comprendés que “vestida” es un término demasiado amplio para definir cuál es la manera correcta?

—No voy a objetarte porque no quiero otro monólogo.

—Lo mío es un monólogo porque mi interlocutor juega al oficio mudo. ¿Qué te pasa con la lengua, ogro?

—La uso para otras cosas.

Camila sonrió:

—Te anotaste un poroto. El primero.

Bhric señaló el reloj, indicando que se hacía tarde. Todavía tenían que pasar por su departamento de Puerto Madero para cambiarse. Aquello era una contrariedad y pensó en remediarla:

—Mañana te mudás a mi casa.

—¿Por qué?

—Es más cómodo —respondió.

—De ninguna manera, todavía no estamos casados.

La miró como si estuviera frente a un extraterrestre que no comprendía el idioma:

—Tu excusa es ridícula.

—Vi el departamento donde nos mudaremos —le comentó Camila—, estoy regateando un poco, pero creo que en la semana concreto la compra.

—¿Departamento?

—Lo dejaste en mis manos, ¿lo olvidaste?

—No.

—Yo cumplo mi parte, el lerdo sos vos. El tiempo vuela y se lleva tu año.

—Terminá de vestirme.

—Andá haciéndote a la idea de que no viviremos juntos hasta que nos casemos —le aseguró ella, recogiendo un vestido en tonos rosa Dior.

Bhric ya estaba con un pie fuera del cuarto pero se detuvo:

—Vivir juntos facilita las relaciones prematrimoniales.

—A las señoritas como yo se nos enseñó a resguardar el honor.

No le importaron sus excusas, Camila Ocampo había aceptado el contrato, lo

más indicado era hacérselo cumplir desde el vamos.

—De cóctel estará bien.

En pleno barrio de La Boca, dentro del Tutto Mazza se vivía una de las noches más concurridas. Los hombres derrochaban dinero desde temprano, pagando tragos a las coperas.

Juan subió la escalera caracol y, sin anunciarse, entró en la pequeña oficina de Marcos.

—La vieja lo contrató a Schiaffino —anotició.

—Ese idiota me la chupa —respondió con grosería Marcos.

—Defendió a pesados, sabés cómo opera —le recordó el hermano.

—A ver si te entra en la cabeza, somos los hijos de José Manuel Ocampo, le guste a la mina o no. El juez nos nombrará herederos y ni Schiaffino podrá sacarla del agujero en el que la vamos a meter.

—El *quía* me dijo que hay un trato dando vueltas.

—¿Qué trato?

—La tía ofreció a la sobrina a cambio de comprar nuestro silencio.

—La pibita no vale tanto, aunque ya va a conocernos de sobra. Dejá que la vieja lo siga intentando, cuanto más se lo posterguemos, más nerviosa la ponemos.

Pero Juan seguía intranquilo:

—No se va a quedar en el molde —comentó, refregándose la nariz con el puño— y el Tano mueve fichas...

Marcos lo instó a que no cambiara de idea:

—En esta nos metimos juntos. Ya buscaron y no encontraron nada. Estas minitas la vienen gozando de arriba mientras que vos y yo la capeamos

“calzados” para hacernos respetar. No te cagués justo ahora que las tenemos acorraladas.

—¡Yo no me cago! —le retrucó Juan, molesto.

—Entonces no me hagas perder el tiempo con boludeces. Están en el horno. Si dan pelea son boleta y me importa una mierda lo que diga el Tano.

—Le dijiste que no las tocaríamos.

—Entendé mis palabras, rengo —le reclamó—, van a ir cayendo de a uno, como en bandada.

—¿De ella, qué supiste?

—Nada, seguimos buscando.

Joana acomodó, por enésima vez en la misma noche, las flores que ornamentaban la mesa. Se alejó unos metros para tener un panorama completo y se sintió satisfecha. Entró a la cocina para consultar con Mora el estado de la comida. Regresó al cuarto y le pidió a Donato que se apurara, los invitados estaban por llegar. La ansiedad le jugaba en contra ante el deseo de conocer a Mario y ver si Vera era realmente feliz a su lado. Recordó la habitual impuntualidad de Paulo y le envió un mensaje de WhatsApp para que no se demorara, aquello era algo que irritaba a Donato y, particularmente esa noche, lo quería tranquilo.

Directamente de la oficina, el primero en arribar fue su hijo, quien se ocupó de chequear la temperatura del champagne y seleccionar los aperitivos, distendiéndola con elogios:

—Llegué quince minutos antes para asegurarme de que todos te digan lo bonita que estás, *mamãe*.

—Siempre tan dulce, *menino*.

—Donato estaba de un humor de perros en la empresa —le comentó.

—Lo calmé un poco, pero tendrán que ayudarme evitando que vuelva a alterarse.

Vera, del brazo de Mario, entró al salón, y detectó la ausencia de Donato.

—Bienvenidos —los recibió Joana, extendiendo los brazos para abarcarlos y besar sus mejillas.

—Les presento a Mario —afrontó Vera.

Paulo se acercó, estrechó la mano del hombre y abrazó a su hermana con fuerza haciendo que esta se quejara y que Joana le propinara un pellizco en el trasero.

—¡Qué bonito te queda ese vestido! —halagó a su hijastra.

—¿Qué les sirvo? —consultó el Neri que oficiaba de barman.

Cada uno fue pidiendo, cuando las puertas volvieron a abrirse para que Camila y Bhric se sumaran.

Ella llevaba un vestido de seda ajustado al cuerpo hasta la falda, que se abría en un amplio vuelo para terminar apenas por debajo de las rodillas. El único objeto suntuoso que portaba eran los aros, dos pequeñas perlas que pendían de una ramita de oro. Simple, sencilla y elegante, caminó junto a su prometido que la llevaba de la mano, para estar frente a quienes los esperaban y realizar las presentaciones formales.

Pocos minutos después, Donato se unió con el gesto duro y la mirada clavada, desde el inicio, en su futuro yerno.

—Donato Neri —dijo, tendiéndole la mano a Mario, antes de besar a su hija y saludar al resto de los presentes.

Se sentaron en los sillones de la amplia sala. Joana intentó iniciar conversaciones con temas comunes, pero su ansiedad le jugó en contra y más de una vez perdió el hilo. Camila acudió a su rescate:

—¿De cuántas semanas estás, Vera?

—Comienzo la semana quince —comentó con una sonrisa tímida.

—¡Qué lindo! —exclamó Ocampo—, casi cuatro meses. Dicen que ahora empieza la época en que más se disfrutan los embarazos.

—Sí —afirmó Joana—, además, el clima te ayuda. El calor ya quedó atrás.

—¿Tenés antojos? —retomó Camila y miró a Mario para incorporarlo a la charla.

—No, por el momento suelo estar descompuesta y te aseguro que prefiero

tener bien lejos la comida.

—Pero descubrimos —interpuso Mario— que la limonada con menta y hielo la calma.

—Marche una *caipirinha* para mi hermanita —dijo Paulo, aprestándose a prepararla.

Bhric se puso de pie y detuvo a su hermano:

—Vera no debe tomar alcohol.

—Uh, pobre —fue el lamento del barman, que aceptó reemplazar la *cachaça*.

—¿Puedo tocarle la panza? —solicitó Camila con dulzura.

Vera se adelantó en el asiento. Bhric giró para observar la ternura en la cara de su novia que, acuclillada frente a Vera, con las manos circundaba el incipiente vientre. Los ojos de Joana se humedecieron y se aferró a la cintura de su marido, rodeándolo con los brazos.

Una empleada los interrumpió para informarles que en el comedor estaba todo dispuesto para dar inicio a la cena.

Por esa noche, Joana ubicó a Vera y Mario a su lado, en tanto Bhric, Camila y Paulo se sentaron frente a ellos.

Con galanura los hombres corrieron las sillas de sus parejas, pero Bhric completó el gesto tomando la mano de Camila y acariciándole los nudillos. Ella le sonrió guiñándole un ojo.

—El embarazo de mi hija —comenzó Donato, y su mujer le rogó con la mirada que no quebrantara el clima— avanza. Espero que mi nieto no nazca dentro de una de estas parejas modernas que evitan legalizar su unión.

—Papá... yo... —intentó Vera.

—El amor que su hija y yo nos profesamos —comunicó Mario— va más allá de los formalismos. Pero —se anticipó a continuar, viendo que Donato tomaba aire para refutar sus dichos— nuestro bebé merece nacer dentro de un hogar que, además de cariño, le ofrezca armonía. Tanto Vera como yo conocemos lo importante que es para usted que nos casemos y sé que ella no podrá estar tranquila si se siente en falta.

Donato apoyó el codo en la mesa y lo miró fijo a los ojos:

—No está en falta porque lo digo yo. Está en falta, y hace bien al recordarlo.

Bhric dejó los cubiertos sobre el plato, tomó aire y, nuevamente, fue Camila quien se le adelantó:

—Perdón que me meta pero... ustedes esperan un hijo, se aman y eso es lo más importante para el bebé. La armonía la tendrá al compartir ese sentimiento que se tienen; al bebé le llegará, exista o no un papel de por medio.

—¿El casamiento es un simple papel para vos, Camila? —la indagó Donato.

Bhric apoyó una mano sobre la rodilla de Camila para que mantuviera la boca cerrada y lo dejara a él dar por terminado el tema:

—Mario —dijo, pasando por alto la pregunta del Tano—, para Vera también es importante que su hijo nazca dentro del matrimonio.

Camila se quedó mirándolo con la boca abierta. No estaba de acuerdo con esa afirmación y quería continuar debatiendo; pero el gigantón subió la mano por el muslo de ella, deteniéndose a pocos centímetros de su intimidad y, aunque quiso, no pudo recordar qué se estaba discutiendo.

Paulo tenía asiento de primera fila para observar lo que ocurría a su lado y carraspeó.

—Tomá agua —aconsejó Bhric a su hermano—, vos no tenés vela en este entierro.

—¡Puf —respondió, agarrando su copa—, con lo que me gustaría!

—¿Te gustaría casarte? —preguntó Joana, desconociendo el doble sentido de esa conversación.

—También —respondió el menor de los Neri—, supongo que algún día me pondrán la soga al cuello.

Si bien el padre de Bhric no le caía bien a Camila, el resto de la familia le resultaba agradable. El lugar olía a hogar, aroma que sus sentidos habían olvidado.

Donato volvió al ruedo:

—Mi hija tiene fortuna, imagino que no se opondrá a firmar un acuerdo prematrimonial.

—Donato —volvió a entrometerse Camila, recobrando el sentido—, la vida ha

sido generosa con usted. —El hombre la observó en detalle, molesto por el comentario, pero aguardó a que continuara—. No todo el mundo puede reunir a su mesa el amor de una familia.

—Todos los días le agradezco a Dios por esa bendición —respondió.

—Disfrútelos, entonces. Relájese —le aconsejó— y no los angustie con mandatos que a nadie importan.

—Me importan a mí y yo les importo a mis hijos —espetó Donato.

—Pésimo anfitrión —la voz grave de Bhric se hizo presente y todos giraron para mirarlo.

—Bhric... —lo amonestó el padre.

—Papá, no nos hagas esto —reclamó Vera—. No nos exijas obediencia, somos adultos.

—Obediencia —repitió Paulo—. Donato Neri peleó toda su vida para construir la base sólida en la que sus hijos pudimos afirmarnos; cada uno de nosotros valora los sacrificios que debió hacer para lograrlo. Somos todos grandes y cada quien se hace responsable de sus decisiones. Vera y Mario cuentan con mi bendición para casarse o vivir en concubinato; no necesito que firmen ningún contrato prenupcial, mi hermana jamás quedará desamparada mientras corra sangre por mis venas. No hay obediencia, sino elecciones personales.

Camila estuvo de acuerdo con sus palabras y, para demostrarlo, besó a Paulo en la mejilla, diciéndole:

—¡Bravo!

—Por favor —reclamó Joana y les recordó—: Esta cena es para conocernos y confraternizar.

Vera bajó la cabeza y Mario le acarició la mano. Después de aquello, el silencio se prolongó casi hasta el postre. El Tano dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó, haciendo que el resto lo imitara.

Antes de regresar a la sala, Bhric demoró a Camila asiéndola por el codo:

—Tu amabilidad con Paulo es exagerada.

—No te pongas celoso —dijo, colgándose del cuello de él para besarlo.

Joana había olvidado el celular en la mesa y, al regresar en su búsqueda, los vio. Se ocultó detrás de la puerta esperando a que se delataran, pero lo que oyó fue otra cosa.

—Algo tienen tus besos que cada día me gustan más —comentó Camila, mirándole los labios y tratando de que aflojara la tensión que descubrió mantenía el cuerpo de él, tal vez de esa manera lograra conocer un poco mejor a los Neri sin estar pendiente del humor de Bhric.

—Ocampo...

—No, Bhric, hoy no me pelees. Hace mucho tiempo que no comparto una reunión familiar y necesito sentir que puedo ser una integrante más, no me limites.

Quedó perdido en el ruego de sus ojos verdes; deseando alzarla por la cintura para besarla pero, en cambio, se mantuvo cerca de ella permitiendo que continuara atrapándolo entre sus brazos un instante más. Antes de separarse, le advirtió:

—Mi hermano no necesita que lo alaben.

—¡Ay! Si vas a responder así cada vez que le festeje un comentario a Paulo, prepárate porque voy a repetirlo seguido. Ya estoy deseando que se mande el próximo; adoro verte celoso.

Bhric estaba elaborando la carcajada con la que le respondería a tamaña afirmación, cuando Joana carraspeó antes de entrar en el comedor, les sonrió y tomó el celular olvidado junto a su plato en la mesa.

—Vamos a la sala, chicos —los invitó con dulzura.

La reunión se tornó más distendida, Paulo hizo gala de su personalidad bromista y le festejaron las ocurrencias.

Cuando Vera se esforzó por agarrar un *petit four*, una puntada la obligó a contraerse. Bhric se alarmó y se puso de pie para ir junto a su hermana, Camila apoyó la mano sobre la rodilla de él, deteniéndolo. Mario, de inmediato, se arrodilló frente a su pareja y comenzó a masajearle la espalda, realizando movimientos circulares. Joana y Donato, detrás de él, no dejaron de preguntar qué le ocurría a Vera.

Camila le comentó a Bhric al oído:

—No la pongamos nerviosa, pediles que vuelvan a sentarse. Mario sabe qué hacer para calmarla y es bueno que todos entendamos eso.

A él le pareció tan lógico que así lo hizo.

Media hora más tarde, Mario consideró que Vera debía descansar porque no estaba acostumbrada a trasnochar.

—Cuando quieras te acompaño al control médico o a comprar cositas para tu hijo —se ofreció Camila—. Me encanta salir de compras. Voy a ser la tía que lo va a malcriar, les aviso desde ahora —comentó ilusionada y al instante de decirlo la sonrisa se le borró.

El resto de los presentes no lo notaron, salvo Bhric.

Se despidieron, Joana agradeció que asistieran y ofreció su casa para cuando gustaran visitarla.

Una vez que Donato y su mujer quedaron solos, la brasileña tomó a su marido de la cintura y le dijo:

—Bhric no es tan buen actor y creo que ella tampoco.

—¿Qué querés decir?

—Sé que esa pareja se formó para complacer tu pedido pero, creeme, ahí está naciendo algo mucho más fuerte.

—Fui grosero con ellos, ¿verdad?

—Sí, lo fuiste. Mario y Camila no te conocen tan bien como nosotros, ellos no saben que adorás a tu familia.

—¿Qué opinión tenés de Mario?

—Que ama a Vera —concluyó Joana, invitándolo al cuarto.

—¿Tomamos unos tragos por Madero? —preguntó Paulo a la pareja.

—Vayan ustedes —propuso Camila—, estoy muy cansada y prefiero ir a mi casa a dormir. —Bhric frunció el ceño y ella lo detectó de inmediato—. No te enojés, por favor. Quiero levantarme temprano.

«¿Por favor? —se inquietó Bhric. La notaba extraña, apenada—. ¿Qué le

pasa?»

—Dejá a Camila y nos vemos en el Faena —insistió Paulo.

Bhric se subió al auto sin confirmárselo. Con el gesto adusto, y en silencio, comenzó a guiar el Bentley.

Camila lo miró, se preguntó si estaba enojado, si la incomodidad por representar ante los suyos la pantomima de la pareja feliz lo alteraba más de lo que habría supuesto cuando le propuso el trato. Poco a poco las dudas dejaron de ocupar su mente para ser absorbida por lo atractivo del escocés silencioso, algo hosco, sin paciencia, autoritario y seductor hasta decir basta. Las luces de los otros autos iluminaron por momentos el cabello rojizo e hicieron visibles algunas de las pecas. Aquellos labios, ahora cerrados, cuando se abrían prometían todo lo que sabían ofrecer. Su mano, sobre el volante, marcaba la seguridad que preponderaba en su personalidad. Le gustaba, Bhric la atraía muchísimo. Respiró hondo para evitar arrojarse sobre él, rogarle que no tuviera en cuenta el pedido y que la llevara al séptimo cielo nuevamente. Fue entonces cuando la cordura regresó y necesitó respuestas. ¿Por qué estaba tan serio? Él y el auto eran un magnífico equipo, daba la impresión de que el Bentley circulaba sin que Bhric precisara guiarlo, permitiéndole recluirse en su interior reflexionando con la mirada perdida mucho más allá del límite de la avenida; con la misma pose que adoptaba cuando se paraba frente a una ventana y, distante, se alejaba del mundo. Bhric ordenaba su mente escapándose de los límites físicos y refugiándose en la naturaleza. Estuvo segura, sonrió satisfecha, su escocés era hijo del sol, hermano de la tierra; y ella pensaba comprar un departamento en pleno Recoleta, ¡qué tontería! Afortunadamente se había dado cuenta a tiempo.

—Para el hijo de Vera serás su tía —dijo Bhric—. Solo vos y yo vivimos la farsa. —Camila continuó mirándolo sin responder. Su rostro no expresó ninguna emoción y Bhric se preocupó, eso no era normal—. Podrás seguir viendo a Vera y a su hijo cuando el acuerdo termine.

Nuevamente no consiguió respuesta cuando estaba seguro de que, provocándola como lo había hecho, la obtendría. Llegaron frente al edificio del

barrio de Palermo, Camila abrió la puerta, totalmente despistada, sin esperar a que él bajara, sin darse cuenta de que un auto se acercaba. Bhric la tomó por el brazo y jaló hacia él para resguardarla. El cuerpo de ella quedó pegado al de él.

—¿Qué te pasa, *mo neamhnaid*?

—Me... me estaba bajando del auto.

La tomó de la cintura. Le corrió el cabello hacia atrás para despejarle la cara y le acarició el muslo por debajo del vuelo del vestido.

—No miraste a los lados.

—¿Venía un auto?

—Camila, dejá que yo te abra la puerta antes de bajar.

—Siempre lo hacés —recordó ella.

—¿Qué pasa? —repitió, más preocupado que al principio.

—No quiero tener un hijo, Bhric. Hoy le toqué la panza a tu hermana y tomé dimensión de esa vida que está creciendo.

—¿No querés un hijo?

—Lo que no quiero es que sufra y vos y yo sabemos que no le daremos una vida armónica.

—No pensemos en eso —intentó, para evitar el debate.

—Bhric, no estoy contradiciéndote para enojarte, estoy expresando lo que realmente pienso.

—¿Me contradecís para enojarme? —bromeó, como no era su costumbre.

Pero Camila no reaccionó como esperaba y cambió de tema:

—Tu papá los ama; más allá de sus palabras.

Entendió que esa noche estaba rara. A cada minuto la preocupación por ella aumentaba. Retiró del bolsillo el celular, marcó el número de Paulo:

—Seguí sin mí.

El hermano se quejó argumentando que tenían que hablar, pero él dio por finalizada la conversación.

Se bajaron del auto, caminaron hasta el edificio; en el ascensor la mantuvo pegada a su cuerpo. Dentro del departamento la guió hacia el cuarto.

Camila caminó despacio, se paró frente al tocador que había sido de su madre,

lo acarició con ternura. Comenzó a desprenderse los aros y los guardó con cuidado dentro del cajón. Observó el cofre del tesoro, aquel juego que compartía con su abuela y lo acarició también.

Bhric se acercó a ella, le bajó el cierre del vestido y la despojó de cada prenda.

—¿Qué necesitas? —preguntó, absolutamente dispuesto a cumplir lo que le solicitara.

—¿Cómo?

—¡Basta! —gruñó, intranquilo—. Parecés una autómata.

El grito de él fue lo que la despertó del letargo. Se vio desnuda, en su cuarto junto a él, cuando había quedado bien claro que no pasarían la noche juntos.

—¿No entendés castellano, gigantón? Te dije que hoy cada uno a su casa. — Bhric respiró hondo agradeciendo al cielo que hubiera regresado. Ella continuó quejándose—: Mañana voy a ir a prepararte una sorpresa y no tengo ganas de que la descubras antes de tiempo.

—Una sorpresa —repitió, no muy seguro de si eso le agradaba; con ella nunca se sabía.

—Te pido, con toda la educación del mundo, que te vayas.

Pero no quería dejarla sola, no después de haberla visto tan distante.

—Me quedo —le notificó, desprendiéndose la camisa y bajando el cierre de su pantalón.

—*Do you speak english?* —intentó, esperando que la comprendiera.

—Hablo mi propio idioma, estirada. Me ducho primero.

Quedó petrificada, en medio de su cuarto, viendo al escocés moverse como amo y señor. Sonrió al comprender que aquella idea no le disgustaba.

—¿Otra vez por acá? —preguntó Juan, acercándose a la barra del Tutto Mazza.

—Y... si me obligan —respondió el tipo.

—Mi hermano no tiene tiempo para vos.

—A ver si les queda claro —intimidó el cliente indeseado—, yo estoy cumpliendo mi parte, pero ustedes andan muy lentos con la suya.

Amenazante, sobre el mostrador quedó dibujada la sombra del cuerpo de Marcos detrás de Ferraro, que no necesitó girarse para reconocerlo y comentar:

—Estás demorado.

—Subí —simplemente dijo el mayor de los Mazzarello.

Dentro de la oficina, los tres hombres tomaron asiento alrededor del escritorio.

—No vuelvas por acá si no es para traerme novedades.

—¿Necesito repetírtelo? Estás demorado en los pagos.

Marcos se paró de golpe, adelantó el cuerpo por sobre el mueble y muy cerca de la cara le advirtió:

—¿La encontraste? ¿Me trajiste alguna pista para que la encuentre yo? ¿Me entregaste a alguien para hacer el intercambio? Ni se te ocurra apurarme, mierda. El que está demorado sos vos.

—Si no fuera porque te traje la punta con la que arrancaste todo esto seguías en Babia —aseguró Ferraro.

—No estás moviendo el culo por los lugares correctos.

—El hijo del Tano está de novio con tu sobrinita y eso complicó las cosas.

Marcos volvió a tomar asiento y se recorrió la barba con dos dedos, meditando. Martina Ocampo había contratado a Schiaffino y el Tano se les había

adelantado.

—Esa es la solución.

Juan se mostró confundido e indagó:

—¿Por qué?

El mayor de los hermanos ofreció la respuesta:

—Preparate, Ferraro, la próxima vez no podés fallar. Apurame a uno de los dos, con uno será suficiente.

Camila despertó, él ya no estaba a su lado. Durante la noche, los brazos de Bhric la guiaron hacia el descanso. No fue necesario ofrecer ni pedir, provocar o retrucar, su compañía fue suficiente placebo, una tila sanadora para su corazón perdido en la selva de un mundo que le resultaba indómito.

Se levantó de la cama y caminó hasta el baño, se paró frente al espejo para observarse. Sus ojos estaban perdiendo brillo, las responsabilidades y las dudas la aquejaban. El Chasqui era una montaña cuya cima se mostraba inalcanzable y era ella quien debía evitar el alud. Dos hombres aseguraban ser sus parientes y, por mucho que su moral la obligaba a aceptarlos, su corazón, alertado por la negativa de ellos mismos a darse a conocer, se resistía a cobijarlos. Temía convertirse en un espejo de Martina y bajó la mirada al lavabo. Un cabello rojizo resaltó orgulloso sobre el blanco de la porcelana y Camila se llevó las manos al pecho, luego a la boca. Bhric, el hombre que la llenaba de interrogantes, el que la contenía y al mismo tiempo le hacía bullir la sangre. ¿Cuál era el principal peligro? ¿Cuál debía resolver primero? Su carrera estaba detenida por el temor a la exposición mediática que se generaría si los Mazzarello daban a conocer la historia que los relacionaba. El Chasqui sería fraccionado entre herederos nada interesados por las vidas que lo fundaron. Ella misma se encontraba encerrada en un compromiso asumido con un hombre que, por el momento, no la dejaba ver sus cartas; la familia de él manejaba su herencia y se enlazaba con todas las puntas de cada uno de los conflictos. ¿Quiénes son los Mazzarello, qué pretenden? ¿Qué intenciones guardan los Neri? ¿Por qué Bhric necesita casarse?

Y, lo que era peor, ¿por qué ella había aceptado un trato tan personal con el escocés?

Se metió en la bañera. Cada gota fue despertando sus puntos sensibles al resbalar por su cuerpo y llevarse por el drenaje esa personalidad que no era la propia. Cerró la canilla, tomó el toallón, volvió a mirarse al espejo, estiró el brazo hacia la figura que se reflejaba en él y la apuntó con el dedo índice:

—Ni una sola duda más —le dijo a la Camila que veía—, no quiero volver a trastabillar frente a nadie. Por delante tengo miles de toros y comenzaré a tomarlos de las astas uno por uno; me arrojaron a una maldita arena sin dejar libre ni un mísero burladero y voy a salir al ruedo hasta verlos desaparecer por la puerta de arrastre. El estoque en alto, Camila, y a desenmascarar a todos.

Durante el fin de semana, Camila y Bhric se tantearon estudiando mucho más que las ausencias. El otro era un enigma que cada uno pensó resolver con frialdad matemática. El sábado no se vieron y el domingo apenas si intercambiaron mensajes. Él se propuso no olvidar los motivos por los que la estirada estaba a su lado. Ella decidió que su mente debía primar por sobre el instinto.

La noche del domingo, Camila reconoció que lo extrañaba y estuvo tentada de invitarlo a cenar. Entró a su cuarto para despojarse de la ropa y darse un baño, encendió las luces y vio el cofre. Con la yema de los dedos acarició cada pieza: collares de mil colores, brazaletes que habían perdido brillo, dijes, gargantillas, pulseras de plástico. Desparramó el contenido y comenzó a adornarse con cada uno, deseando volver a ser aquella niña.

Para los agentes designados a la custodia de Camila, la semana comenzó con inconvenientes.

—La perdimos, doctor —lamentó notificar el encargado de la seguridad.

Bhric se llevó una mano a la nuca mientras con la otra sostenía el celular

adosado a su oreja.

—¿Dónde?

—En Belgrano. Usted nos dijo que le llevaríamos el coche, le dimos las llaves y nos quedamos frente al domicilio a las órdenes. A las siete de la mañana nos adosamos al Mini Cooper en cuanto lo vimos salir del garaje, pero nos eludió en la barrera de La Pampa.

—Muy profesional por parte de ustedes —reprochó, dándose cuenta de que debía ocuparse de hacerle entender a la estirada que era primordial que no jugara con su vigilancia, y le ordenó a su interlocutor—: Búsquenla.

Saltó de la cama y al mismo tiempo que se vestía envió un mensaje de WhatsApp a Camila; sorprendido, leyó su respuesta:

Te dije que tenía una sorpresa, si tus matones me siguen te la van a contar.
Punto para Camila.

En su Bentley tomó el rumbo hacia el departamento de Palermo. Su insistencia para tocar el timbre fue en vano. ¿A dónde habría ido tan temprano?

Camila Ocampo no le servía, era una malcriada que no comprendía el peligro en el que estaba metida, una alocada que sabía moverse y seducir sin entender que los riesgos eran demasiado altos y las responsabilidades indeclinables. No, definitivamente no podía ser ella la mujer elegida para cumplir el compromiso de salvar al hijo de Vera del desprecio. Debía conseguir a otra y rescindir el contrato. El nombre de Paulo asaltó su mente y lo llamó.

—Dame el número de Lucila.

—¿Para? —indagó el hermano.

—Cosa mía —respondió, esperando que Paulo entendiera que no tenía tiempo para explicaciones.

—Está conmigo, ¿le pregunto por tu novia?

Que Paulo se encontrara acompañado por la amiga de la estirada era un dato para tener en cuenta. No tenía intención de pasarle a él la carga de limpiar el apellido Neri, pero tal vez fuera necesario. Desconocía la alcurnia de Lucila. Se

encontraba pensando en esa posibilidad cuando recibió la respuesta que no deseaba:

—Lucila dice que no sabe nada de Camila, pero que no te preocupes, suele desaparecer y volver como si nada.

Confirmado, tenía que descartar a la Ocampo y comenzó a urdir la excusa con la que enfrentarían a todos para anoticiarlos de que el noviazgo se rompía.

—Solo te pido un año —dijo Camila—, nada más.

—Todo un año, en tu profesión, es un siglo, nena —le advirtió Alex—. El cuerpo cambia, el mundo de la moda gira... No puedo comprometerme a mantener tu nombre en el *staff*. Estás o no estás.

—No me das alternativa, Alex, tendré que buscar otro agente.

—Mirá, muñequita, acá somos pocos y nos conocemos. Mi modo de operar es similar al del resto. Ustedes creen que son únicas, pero los reemplazos los conseguimos con solo levantar un dedo.

—¿Cuánto va a costarme la desvinculación de los compromisos? —consultó, como devolución a su comentario.

—Salvo el de Rowner, el resto te lo manejo de taquito.

—Rowner —repitió ella al mismo tiempo en que el nombre retumbó en su cabeza.

—Exacto, él no va a querer que te abras y deberás asumir su demanda y la de mi agencia. ¿Podés hacerte cargo de eso?

Caminó hasta la ventana y reconoció que imitaba el gesto de Bhric buscando en la copa del árbol de la calle la solución.

—¿Qué me ata a él?

—Dos campañas.

—¿Dónde?

—Una producción en Buenos Aires, la otra todavía no está confirmada.

—Desvinculame de todos los compromisos, excepto el de Rowner, y no firmes nada más en mi nombre. Terminaré las de él y me retiraré —comunicó

antes de despedirse.

En la calle recibió la brisa del otoño que le infundió coraje. Se subió a su auto, lo puso en marcha y fue hacia la casa de quien la tenía en un puño.

Al verla, Rowner se pasó la lengua por los labios y, antes de invitarla a pasar, elevó una ceja para demostrarle que la había hecho caer en sus redes.

—Haré tus campañas y serán las últimas. Voy a casarme y quiero dedicarme a mi pareja.

—¿Cuánto durará tu nuevo juguete?

—No me trates como a una hueca. Vengo a dejarte en claro que todo terminó. Él le ofreció una taza de café. Camila aceptó y bebió largos sorbos.

—¿A qué se debe tanto cambio?

La Ocampo lo miró con frialdad, dejó la taza sobre la mesita frente a ella y explicó:

—Me llevaste del brazo para lucirte y me agarré de vos para escalar en la profesión. Nuestras cuentas estarán saldadas en cuanto termine con este último contrato.

—¿Querés saldarlas, Camila? —preguntó, sentado en el sillón frente a ella, inclinándose para apoyar los codos sobre las rodillas y mirarla a la cara.

—Quiero empezar una nueva vida, la antigua quedó sepultada con mis padres y mi abuelo. Maduraré, mi cuerpo mostrará el paso del tiempo, es necesario que modifique mis costumbres y que cambie de profesión.

—Cambiar de profesión —repitió él—, ¿de muñequita de lujo pasarás a ser qué?

—Me haré cargo de los negocios de mi familia —respondió, ignorando la agresión—; mi novio pertenece a un importante grupo financiero, son muchas responsabilidades.

El hombre terminó de beber su café y le comentó:

—Aunque vos no lo creas, sos algo más que una obsesión, sos mi debilidad. No me gusta ser débil, lucho contra eso pero, si querés cambiar de vida, te abro mis puertas.

—¿Qué decís?

—¿Por qué vas a casarte, Camila? Yo te conozco, detecto hasta tus pensamientos. El tipo te atrae, lo sé, pero no confiás en él. Una mujer como vos no se enamoraría de un hombre en el que no confía y mucho menos se casaría con él. ¿Qué buscás? ¿Que te sostenga económicamente ante la posibilidad de que tus nuevos tíos se queden con tu empresa?

El estupor inundó las facciones de Camila. ¿Cómo era posible que él estuviera al tanto de su vinculación con los Mazzarello?

—No te alteres —dijo con parsimonia—, te dije que sos mi debilidad pero también mi obsesión. Sí, sé de ellos, sé lo que reclaman e intuyo que no te hizo ni pizca de gracia. Aun así, no me cierra el tema de tu compromiso con Neri.

—Lo amo.

Rowner se rió con todo el cuerpo.

—Te repito que lo amo.

El hombre dejó su taza de café junto a la de Camila, se irguió y caminó hacia ella.

—Tiene buen cuerpo —dijo, acariciándole la barbilla—, a tu lado no desentonaría si demostrara algo de placer cuando te mira. Pero claro, es economista, frío, calculador, dudo mucho que por sus venas corra sangre caliente y vos, Camila, sos muy caliente, quemás a cualquiera que esté a tu lado, menos a él.

—Te equivocás —lo corrigió, quitándole la mano de su cara.

Rowner dio un paso al costado, caminó hacia el bar para servirse un trago, armó un cigarro y lo encendió; giró para volver hasta ella ofreciéndole una calada que Camila rechazó.

—¿Sabés quiénes son los Mazzarello? —preguntó, reteniendo el humo mientras hablaba.

—Sí.

—¿Sabés a qué se dedican?

—Sí.

—Esa, mi querida muñeca, es la verdadera razón por la que dejás tu profesión. La exposición ya no te conviene. Te vas a casar con un Neri para protegerte de

los Mazzarello. Te ofrezco una alternativa mejor —dijo, dando otra calada, conteniendo el humo—, puedo hacer que ellos ya no sean una amenaza y manejar los medios a cambio de que sigas conmigo.

—¿Estás proponiendo que me venda?

—Estoy ofreciéndote una salida menos arriesgada. Tu tía prefiere verte a mi lado antes que junto al nieto de un matón. Nos besará los pies cuando compremos los silencios y tu empresa siga siendo líder.

—Me tengo que ir —lo eludió Camila tomando su bolso.

—Puedo ayudarte. Dejá tu empresa en mis manos, así no lo necesitarías a él, y sabés perfectamente que no estás en condiciones de administrarla sola.

—No me subestimes —le advirtió, caminando hacia la salida.

—Acá te espero —ofreció, extendiendo los brazos, portando en una mano el trago y en la otra el cigarro—, tenés compromisos legales conmigo.

El hombre se quedó solo y meditó unos instantes. Camila Ocampo ya no justificaba la inversión. El precio era demasiado alto. Marcó el número de París:

—Me abro —advirtió.

Martina intentó que sostuviera la palabra dada:

—Tenés un trato conmigo. Puedo sumar presión, hacerme cargo de una parte de los costos.

—El trato se cancela, Ocampo. Buscá subastarla con otro y ocupate de acabar con ellos sola.

—Haré que te arrepientas.

Rowner sonrió y le advirtió:

—No sumes una mancha más a las que ya tenés encima. Soy quien te provee la compañía, no querrás aparecer en las noticias también por eso, ¿o sí?

Camila salió de la casa de Rowner, caminó unos metros y se subió a su auto. Cerró los ojos y recostó hacia atrás la cabeza.

Martina había sido más astuta que ella, Schiaffino era el tipo de abogado que podía enfrentar a la calaña que aparentaban ser sus tíos. Llamaría a Bengoechea

y le indicaría que, más allá del compromiso profesional, indagara a los Mazzarello para poder conocer sus intenciones y armar una estrategia acorde. Su letrado y el de Martina debían trabajar codo a codo, manejando la misma información. Ella no estaba capacitada para resolver ese frente de conflicto, y reconocerlo era síntoma de cordura. A Bengoechea no le ocultaría lo que sabía sobre Donato y su ¿antigua? vinculación con el bajo mundo. Ante él expondría que se casaría con Bhric pero, por ser uno de los hijos del Tano, estaba lista para conocer cualquier detalle que le abriera los ojos sobre su futura familia política, incluidos el administrador de El Chasqui y su prometido. De esa manera mataría tres pájaros de un tiro, y se convenció de que su única meta, su única salida, era aprender a manejar El Chasqui al dedillo. Tomaría las riendas de su empresa, o de lo que le tocara legalmente de ella, para convertirse en la jefa por derecho propio.

Abrió los ojos, con clara intención de encender el auto, sin esperar encontrárselo a él, cuyo trasero lucía apoyado en el capó del Mini Cooper. Volvió a cerrar los ojos con fuerza, no estaba preparada para enfrentarlo.

Bhric caminó hacia la puerta del conductor, le hizo señas para que le abriera y, cuando ella accedió, exigió que le dejara libre el comando del auto mientras le avisaba:

—¿Ves el Toyota azul?

—Sí.

—Son los encargados de cuidarte.

—Yo no necesito que...

La tomó de la barbilla para que no dejara de mirarlo a los ojos.

—Vos necesitás, y mucho.

—No seas irrespetuoso.

—Camila Ocampo, teníamos un trato y lo rompiste. Una mujer enamorada no visita a su ex.

—¿Te puse celoso, gigantón?

—Burlaste la vigilancia que contraté.

—Te dije que no me gusta que invadan mi privacidad y no quería que

descubrieras mi sorpresa.

Bhric continuó sin responder a sus excusas:

—El trato se cancela.

—¡Genial! —respondió como si se sintiera aliviada—. Me encanta haberte ganado. Acabás de perder mucho dinero además del poroto en nuestra relación. Te aviso que tenés una reserva por un piso sobre Avenida del Libertador.

Bhric salió del auto y se inclinó por la ventanilla para indicarle:

—Si vas a quedarte con los del Toyota, a partir de ahora la factura por sus servicios se la liquidaré a El Chasqui.

—Sé cuidarme sola.

Lo vio alejarse y subirse al Bentley. Lo vio irse de su vida y el alivio no quiso abrazarla. Por el contrario, una fría orfandad se apoderó de ella y comprendió que ese hombre no la deseaba; que ella únicamente experimentaba atracción física por él; que los Neri no le cerraban y que jamás tendría un hijo con alguien a quien no solo no amaba sino que tampoco le merecía confianza. No quería vivir como su madre. Bhric era una dura roca escocesa carente de sentimientos, un frío economista atrapado en la necesidad de encontrar a una tonta que estuviera dispuesta a soportarlo durante todo un año.

Estaba enojada, en esa mañana todo era gris.

«No —se dijo—. Hoy me estoy liberando de las ataduras que no me dejaron pensar con claridad. Estoy recuperando mi libertad».

Miró por el espejo retrovisor, el Toyota la seguía. Se mezcló entre los autos del Barrio Chino y logró que la perdieran antes de dirigirse a su empresa.

—Un incendio —le advirtió el hombre—. Tenemos al sospechoso.

—¿Y ella? —preguntó Bhric.

—Tosiendo, pero bien —informó.

Condujo saltándose semáforos y elevando, por *motu proprio*, el límite de velocidad. Entró al edificio y subió las escaleras, apresurado. La policía tenía esposado a Martín Souza, un empleado al que despidieron por faltarle el respeto

a Camila. Ella estaba sentada, frente al escritorio, con un vaso de agua en la mano. Bhric se ocupó primero del tipo:

—Ella es mi mujer —fue la clara amenaza de Bhric y Camila estuvo a punto de contradecirlo si no hubiera sido por la mirada fulminante con la que le hizo cerrar la boca. Luego indagó a los encargados de la seguridad de Ocampo—: ¿Qué pretendían?

—Asustarla, según entendemos.

Regresó junto al hombre esposado, se agachó para, con disimulo, decirle en voz baja:

—Soy hijo del Tano, ¿quién te mandó?

—Ferraro —susurró Souza.

Aguardó en silencio a que la policía lo introdujera en el móvil e interrogó a la vigilancia de Camila:

—¿Quién es el responsable?

—Creemos que los Mazza, ese es hombre de ellos —le comunicó uno de los tipos, siguiendo las órdenes de Ferraro.

Bomberos y policías se ocuparon de realizar su trabajo, Bhric reclamó quedar a solas con Camila, y relajó el cuerpo al sentarse en la silla tras el escritorio. Ella fue la primera en hablar:

—¿No habíamos roto el trato?

—Todavía no lo rescindimos. ¿Estás al tanto de que al poner tu crucecita en un papel te comprometés?

Camila resopló como si no tuviera modales y dijo:

—Soy mucho más legalista que vos. Mi palabra es suficiente y solo con eso ya hubiera cumplido mi parte del trato. Fuiste vos quien dijo que lo rompías. ¡Y gracias a Dios!, porque ya estoy harta de tener que aguantarme tus machistas órdenes donde no se toma en cuenta mi opinión, no soy tu propiedad, soy tu socia en un contrato de mierda que vos rompiste —espetó y volvió a toser antes de continuar—: No soy tuya, jamás lo seré porque de antemano los dos sabemos que este acuerdo es una farsa con fecha de extinción.

Bhric estiró las piernas y se metió las manos en los bolsillos del pantalón sin

ninguna intención de responderle. Camila cruzó los brazos sobre el pecho y se sentó sobre el escritorio, enfrentándolo; el hombre se mantuvo callado, evitándola. El peligro los rodeaba, un peligro real que cada día se iba incrementando.

Para Bhric, Camila creía tener coraje, pero la realidad le demostraba que desconocía el nivel de peligro y su carácter la dejaba expuesta; sin él estaría indefensa. La miró a los ojos y creyó reconocer el miedo, en ese estado la Ocampo sería un problema más, decidió bromear, como lo haría Paulo:

—¡Uf! Seguro que el incendio lo provocó tu calentura y será Souza quien cargue con la culpa.

Y, curiosamente, la táctica dio resultado.

—Te incendio, *highlander*, pero por ahora prefiero mandarte a Siberia.

La policía regresó a la oficina para informar las novedades:

—El fuego lo produjo el estallido de una combi.

Camila preguntó si había heridos.

—Nadie, señorita; por suerte fue en la playa de estacionamiento y a esa hora no había muchos vehículos.

La tarde se esfumó y se adentró la noche con ellos ocupados en el incidente de la empresa, atendiendo a las demandas de los peritos. Agotados, se subieron al Bentley rumbo a Puerto Madero. Al ingresar al garaje del edificio, el Mini Cooper de ella estaba en el espacio junto al que Bhric estacionó su auto. Aunque se sorprendió, no hizo preguntas; pero su orgullo explotó al ingresar al departamento del octavo piso y ver sus maletas junto al cuadro que la retrataba en la playa.

—¿Hiciste traer mis cosas?

—¿Alguna otra pregunta tonta para hacerme?

—No, mirá; esto se salió de toda lógica. Estás loco, pero loco mal. Te dije que no pensaba mudarme con vos, te dije que no íbamos a convivir antes del matrimonio y, por si lo olvidaste, acabamos de romper nuestro contrato. De

manera que llevá todo esto a mi auto, me voy.

—Estás siendo el blanco de los atentados.

—Que, ¡oh, coincidencia!, me suceden desde que te conozco.

—No, estás en peligro desde el mismo momento en que te convertiste en una de las herederas de José Manuel Ocampo, antes no te tenían en la mira.

Camila abrió los ojos, se recostó contra la pared. Bhric sirvió dos vasos con whisky y le ofreció uno. Ella bebió de un sorbo y solicitó que lo recargara para luego dejarse caer sobre el sillón.

—¿Cómo llegué a esto? —se preguntó—. ¿Cómo fue que mis plácidos días recorriendo el mundo se terminaron al morir las personas que más amé? ¿Por qué todos pretenden engañarme?

Bhric caminó hacia el ventanal de su departamento. Aunque la comprendía, no era el momento de demostrarle compasión:

—De todas esas preguntas solo te sirven las respuestas y, por el momento, no te ocupaste de averiguarlas.

Camila cerró los ojos con fuerza y los cubrió con las manos, finalmente emitió un suspiro que no la alivió.

—Estoy agotada, pero no podría pegar un ojo si antes no encuentro las puntas de todo este lío. —Se apoyó en las manos para ponerse de pie, caminó hasta él y lo hizo girar para que la mirara a la cara—. Llegó la hora, estoy en peligro. A lo mejor todo esto me pasa por estar al lado tuyo, o tal vez soy yo la que te metió en el ojo del huracán, pero hasta que no nos sinceremos no podré encontrar la salida para volver a ser libre. Me pediste un año repleto de condiciones y acepté, seamos sinceros y pongamos sobre la mesa al menos las cosas que cada uno tiene claras por el momento.

—No podemos rescindir nuestro contrato.

—¿Por qué?

Bhric fue hacia el sillón y se acomodó poniendo una pierna sobre la rodilla de la otra.

—Tenés que dirigir El Chasqui y todavía no aprendiste a hacerlo. Los Mazzarello son peligrosos, no porque se quedarán con una parte importante, sino

porque son una mafia. Te provocan repulsión sus burdeles, pero sus ingresos no se limitan solo a eso; no necesitan matarte para hacerte desaparecer, con trasladarte a un antro de la ruta ganan mucho más. Te ofrecí clases de administración, así como también la seguridad que te daría llevar el apellido Neri. A cambio te pedí tres cosas: que te conviertas en mi mujer, que me des un hijo y que, al cumplirse el año, te divorcies de mí.

—No, no me ofreciste nada. Desde que te conozco mi vida estuvo en peligro más de una vez, sé que te guardás información de mi empresa, así jamás voy a aprender a manejarla y por el momento nada me indica que tengas en mente cumplir tu compromiso conmigo, lo único que hubo fue vos y yo revolcando nuestros orgullos hasta en la cama. Lo primero que haré será alejarte de mi cuerpo.

—Desconfías de mí —comprendió.

—¡Ah, bueno! Como si vos creyeras en cada cosa que digo.

—Perfecto —decidió—, sentate y comencemos a desnudar verdades.

Camila se estremeció, pero de inmediato enfrió el instinto para estar completamente lúcida ante lo que se avecinaba.

—Soy el segundo hijo de Donato, mi madre es escocesa, se divorciaron y me crié en Europa; vivo en Argentina desde que soy mayor de edad para trabajar en la empresa de mi padre.

—Creí que desnudaríamos verdades —se quejó.

Bhric dejó el sillón, regresó al ventanal, le dio la espalda y continuó:

—Paulo fue sincero en la cena, Donato es un hombre que ama a su familia y trabajó muy duro para que la gente olvide el pasado nefasto al que la sometió mi abuelo. Sabés de lo que te hablo —aclaró, aún sin mirarla—. Pero querer no es poder y, a la fecha, no lo logró.

—Sigue enredado con los antiguos negocios del tano Neri —aventuró Camila, afirmando.

—No, todo lo contrario. Son los viejos negocios de mi abuelo, y sospecho que también del tuyo, los que lo mantienen atado al grillete.

—No te metas con mi Tata.

Bhric giró para enfrentarla:

—José Manuel Ocampo portaba un apellido ilustre que está tan salpicado como el mío, pero jamás se vio expuesto a habladurías justamente porque toda la elite farsante lo apañó por ser uno de ellos. Todavía no te diste cuenta porque estás más preocupada en discutir conmigo.

—No te voy a permitir...

—Tu abuelo tuvo dos hijos indeseados, mucho más indeseados si nos limitamos a entender quiénes son hoy esos tipos. Por alguna razón, que todavía no tengo muy en claro, los Mazzarello no solo ponen en jaque tu herencia, sino también tu seguridad y la de los míos.

—Explicate —exigió.

—La vigilancia de mi familia está en alerta roja, eso pasa desde que José Manuel murió; no llegué a descubrir qué relación hay, pero se aumentó también la de Escocia; si la burlamos sumamos más conflictos a los que ya tenemos y la idea es ir solucionando, no incrementando —le aclaró, para que no volviera a desprenderse de la propia y frunció el ceño al comprender que Ferraro no estaba resultando tan efectivo como antes.

—¿Por qué razón dos tipos que son dueños de los cabarets de tu abuelo terminan siendo mis tíos y nos ponen en riesgo a todos? Démosle el apellido y la empresa a cambio de que mantengan su boca cerrada, y dejemos todo atrás para estar tranquilos. De esa manera tu familia volverá a vivir en paz y yo podré retomar mi carrera antes de que la pierda definitivamente —dijo, absolutamente cansada de lidiar con tantos enemigos.

—Quieren algo más —le aseguró.

—Sé claro —ordenó.

—Si fuera solo eso, se habrían limitado al reclamo judicial que ya tienen ganado.

—¿Qué otra cosa quieren?

—Es lo que todavía no logro entender.

—Tenemos que averiguarlo.

Su propuesta le provocó una sonrisa; cuando lo hacía, los ojos azules apenas se achicaban, la boca mostraba un blanco resplandor rodeada por las líneas que hacían que su cara se mostrara más varonil y seductora. Camila apretó los puños con fuerza para eliminar su reconocida debilidad, cuando lo escuchó burlarse:

—¿Tenemos? Creí que querías desvincularte de mí y alejar tu cuerpito.

Camila se paseó por el living meditando en silencio, volvió a pararse frente a él:

—Mi turno —dijo—. No confío en vos, tranquilamente podés ser parte del plan de los Mazzarello, tu grupito tiene las manos metidas en mi empresa y, como no entiendo nada, pueden hacer lo que se les antoje frente a mis ojos sin que me dé cuenta. Tu propuesta de casamiento pudo ser la manera de asegurarte

una buena parte de El Chasqui, pero pusiste la cláusula de que los bienes de cada uno eran intocables y ahí fue donde las cosas comenzaron a no cerrarme. Quiero apropiarme de lo que la ley diga que es mío y tener autonomía para decidir sobre el destino que le daré a mi herencia. En un principio quería conocer a los Mazzarello, pero hoy tengo en claro que eso jamás será posible, no porque sean ilegítimos sino porque son matones. Vos venís de esa escoria y decís que tu padre intenta salir de ella pero los Mazzarello los tienen en alerta, y eso es por algo.

—Te repito que no sé el motivo y que no formamos parte de esa mierda.

—Pero existe un motivo. En medio del tremendo intríngulis en el que nos encontramos, vos necesitás casarte y tener un hijo. ¿Por qué?

Finalmente lograban unificar datos e intentar descubrir las respuestas a los enigmas. Él la observó, había aprendido a mirarla, a escucharla, comenzaba a conocer a Camila, más allá de Ocampo, y respondió sincero:

—Para ayudar a mi familia.

Camila estalló en carcajadas:

—Ustedes tienen un ejército de patovicas a su alrededor custodiando su acomodada existencia, no me jodas.

—Vos tenés el apellido que mi padre necesita para lavar el pasado familiar —dijo, finalmente. Camila, estupefacta, se quedó mirándolo y él aclaró—: Los hijos de Donato crecimos despreciados por la gente de tu clase, jamás nos permitieron entrar en su círculo. Vera se vio abandonada por el hombre al que amó porque la familia de él no aceptó unirse a los Neri. Mi padre —dijo— trabajó sin descanso para ubicarnos en un lugar económico de privilegio, creyendo que así lograría borrar las huellas del tano, pero Vera espera un hijo con un hombre que no puede defenderla y Donato teme que su nieto viva lo mismo que nosotros.

Camila unió las puntas, supuso que la tirantez que detectó en la relación de Bhric con su padre se debía a ese sacrificio al que se sometía el escocés para acabar con los efectos producidos por el origen de Donato.

—O sea —rebobinó— que se te ocurrió la brillante idea de que, casándote con

una mujer como yo, perteneciente a la alta sociedad, esterilizabas a todos los Neri. —Bhric no le aclaró que la idea había sido de Donato. Ella continuó—: ¿Y cómo es que te cerré para desinfectante?

—Me corre el tiempo.

—Y estoy segura de que no conocés a otra mujer de mi alcurnia.

Molesto, volvió a elevar la guardia, estaba frente a una Ocampo:

—Me desagradás lo suficiente como para que no me tiemble el pulso el día en que haga añicos nuestro contrato.

Camila se quitó los zapatos, caminó por el living conectándose desde los pies con algo tan duro como él.

—En eso estamos en un todo de acuerdo. Tampoco te aguanto. Si casándote conmigo entrás a las altas esferas sociales, ¿para qué querés un hijo?

—Para pertenecer a tu círculo, definitivamente —confirmó, ya no servirían las evasivas.

—Te caí del cielo cuando les propuse que ustedes administraran El Chasqui.

—Me quedaste a mano —admitió—. Tu imagen no levanta sospechas.

—Expresate bien, gigantón, lo que querés decir es que estoy buena y, como sos un vanidoso que te creés que estás bueno, representamos ante los demás la pareja perfecta.

Él ignoró su comentario, volvió a servirse un whisky y continuó:

—Antes de proponerte el trato te probé —dijo, completamente despojado de cualquier caballerosidad—. Tu tía te abandonó a tu suerte, los Mazzarello te acosan, no sabés administrar El Chasqui. El trato nos convenía a los dos.

—¿Convenía?

—Ocampo, decidamos si seguimos con esto o a primera hora rescindimos el acuerdo. Pero, si vamos a seguir, vas a cumplir cada una de mis indicaciones o te entrego con moño en el Tutto Mazza.

—No me amenes. Primero explicame cada una de las cositas que te venís guardando de mi empresa. Pasame todo en limpio. Después te notificaré de mi decisión.

A Bhric le dolía la cabeza, su ropa olía a humo; estiró el cuello y fue hacia el

baño para ducharse y despejar la mente antes de continuar con la charla. Ella no dijo si el trato seguía en pie y él no pensaba rogar por ninguna respuesta.

Camila tampoco iba a hacerlo y se metió en la bañera con él.

Al terminar, Bhric buscó el pantalón pijama, ella la camiseta negra de él, que ya había usado otra noche, y regresaron al living.

—Hay un sinfín de operaciones sospechosas que generaron entre tu viejo y tu abuelo —aclaró—; ventas de activos, pases de dinero, abandono de rutas lucrativas, falta de respuesta al sindicato por reclamos de trabajadores. Quisieron fundir El Chasqui, lo estaban vaciando.

—¡Y tengo que confiar en tu palabra! —le gritó enfurecida—, tengo que creer que todos los míos son un fraude escandaloso y vos el santo príncipe que me trae la luz.

—Cuatro menos dos da dos, lo diga un Neri o un Ocampo. La contabilidad de la empresa será presentada ante el juez, la revisará un síndico; no es mi palabra o la de Paulo.

—Entonces, si es como vos decís, Martina irá presa, sospecharán que fui partícipe en la estafa y el apellido Ocampo será peor que el que te ganaste por ser nieto del tano. ¿Para qué querés seguir el trato conmigo?

—Desde que me hice cargo de El Chasqui, estoy acomodando los asientos para quitarles toda sospecha de fraude. Generé inversiones y reingresé gran parte de los montos; logré que se retomaran las rutas perdidas y sumé empresas a las que les ofrecí el servicio de transporte. Con los números en alza, y comparando los balances con los anteriores a que el ADN fuera solicitado, la ley no va a exigir que el perito sea minucioso. Dos más tres dará cinco.

—Y, si no acepto, te ocuparías de regresar la contabilidad a como estaba antes de tu intervención —dedujo.

—No te confundas —dijo, asiéndola de los codos, frunciendo la boca y mirándola con furia a los ojos.

—Sos el nieto de un matón, el hijo de un tipo que le teme al qué dirán, y el escocés que es capaz de sacrificar un año de su vida porque no quiere que su sobrino le haga recordar las angustias que vivió de chico.

—Donato no le teme a nada.

—Tu viejo es vulnerable desde el mismo instante en que el apellido se convirtió en su karma. Es el primero en considerar que su nieto viene manchado de fábrica. ¿Qué lo diferencia de mi tía? Decime, a ver —lo increpó—. Todos son igual de resentidos, de insatisfechos y orgullosos. Yo solo quiero vivir tranquila.

La soltó, dejándola nuevamente sobre el piso.

La seguridad del edificio le advirtió a Bhric que su madre había accedido y estaba camino al departamento.

—¿Cómo dice? —preguntó a los gritos, lo que provocó que Camila se sobresaltara y reviera su intención de seguir atacándolo.

Escucharon la llegada del ascensor al palier y luego el sonido del timbre.

—Es mi madre —la anotició—, decidí ya mismo si las valijas son porque acabás de llegar o porque te estás yendo.

Él en pijama y ella dentro de una remera de Bhric le ofrecerían a la madre una única respuesta. Ya había actuado frente a los Neri, repetirlo ante la madre no resultaría tan difícil y consideró que hasta podía otorgarle una ventaja sumándole presión a él. Sonrió y le dijo:

—Abrí, gigantón, lo decidiremos juntos.

El timbre volvió a sonar con insistencia, Bhric continuó con los ojos clavados en Camila, Meribeth reclamó a viva voz:

—¿No vas a abrirle a tu madre?

No le quedó más remedio. La estirada cerró la boca y él no podía dejar a su madre esperando toda la noche en el palier. Tomó aire y abrió. Meribeth Cameron, sonriendo con ternura, se colgó de su cuello, llenándole de besos la cara.

—*A mhamaidh!*

—*A mo chridhe* —mi corazón, respondió su madre con dulzura en la misma lengua, antes de descubrir a Camila y las valijas que, junto a un gran cuadro, estaban sobre el piso—. ¿Camila? —preguntó la escocesa.

—Encantada, señora. Soy Camila Ocampo, la *mok* de su hijo.

—¿Qué dice? —consultó la escocesa con Bhric.

—Dice que es mi novia —respondió él, tratando de ocultar el enfado.

Meribeth se separó de su hijo y caminó hacia ella, observándola.

—Sos la nieta de José Manuel, según me dijeron.

—Sí.

—Soy Meribeth Cameron, la madre de tu... novio. Vine desde Escocia para conocer a quien será mi nuera, noticia que no me fue comunicada por los métodos convencionales.

Bhric acusó recibo del reclamo, recogió la maleta de su madre, la ingresó al departamento y cerró la puerta tomando aire para soportar en un mismo ambiente las objeciones de ella ante la presencia de la estirada.

—¡Bhric! —lo retó Camila—, no puedo creer que no le contaste nuestros planes a tu mamá. —Y tomó del brazo a Meribeth, guiándola hacia el sillón para sentarse a su lado—. Perdón, está tan tapado de trabajo que Paulo se fue solo a surfear a Brasil. Bueno, también es cierto que le cuesta estar lejos de mí... y a mí de él, lo reconozco. —Miró a Bhric, que mantenía el cuerpo rígido y los ojos muy abiertos, y continuó—: Tenemos que decírselo, cielo, está enojada y tiene razón. —Volvió a dirigirse a Meribeth—: Pensábamos caer de sorpresa en Escocia cuando tuviéramos la fecha del Registro Civil.

—¿Siempre es así de “comunicativa”? —preguntó Meribeth y Bhric miró el techo para evitar responderle.

—Ay, sí, soy recharlatana; por suerte, porque tu hijo no es muy afecto a las palabras; lo sabés, sos la madre. ¿Puedo tutearte, verdad?

—¡Qué remedio! —respondió Meribeth.

—¿Querés tomar algo, asearte? Tal vez no cenaste; es tarde, pero te preparo cualquier cosita para que piques, ¿te parece?

—Camila, mi madre seguramente estará muy cansada luego del viaje. —Miró la montaña de maletas que invadía su living y averiguó—: ¿Te llevo al hotel?

—¿Cómo al hotel? De ninguna manera —se entrometió Camila—, tu madre se queda aquí con nosotros. Estamos hechos un lío porque hoy trajimos mis cosas —dijo, señalando las valijas y el cuadro—. Si no tenés hambre, vayamos a

descansar y mañana ordenamos juntas. Así, de paso, me contás de la infancia de Bhric en Escocia, de tu vida... en fin, todo —concluyó, irguiéndose y enfrentando al gigantón con la mirada para que reaccionara y le diera una mano.

Meribeth, avasallada por la personalidad de Camila y el cansancio del viaje, no puso objeciones. Se instalaría allí, entre ellos, para poder observar cómo se comportaban, qué tipo de relación los unía; desentrañaría si su hijo estaba comprometido con la Ocampo para satisfacer el requerimiento del Tano o si realmente los unía el cariño tal y como aventuró Joana.

Bhric consideró que, finalmente, no era mala idea. Meribeth estaba en Buenos Aires, si la seguridad no lo había informado era porque la había eludido para sorprenderlo. Aquello era una falta grave que continuaba sumando al legajo de los servicios ofrecidos por Ferraro y su gente, a los que Souza se encargó de nombrar como traidores. En su terreno, sería más fácil cuidarla.

—Vamos, *a mhamaidh*, aseate y acomodate tranquila. Mañana hablaremos.

Solos, en el cuarto de huéspedes, Meribeth observó a su hijo a gusto.

—Estás más delgado.

—Estoy igual que la última vez que nos vimos. No debiste burlar tu seguridad —recriminó muy serio.

—¿Qué está pasando? —consultó con la intención de saber hasta dónde estaba enterado de la verdad.

—Estamos averiguándolo, el Tano dijo que tenía que ver con una promesa hecha a un amigo del pasado, pero no me dio más explicación. Viene de parte de los Mazzarello y Camila también está metida en el conflicto. Esos tipos son hijos de José Manuel Ocampo y la están apurando por la herencia.

Meribeth caminó por la habitación, se acercó a su maleta, la abrió, tomó una de las botellas del whisky con la etiqueta de su familia y buscó dónde servirse.

—Vos conocés los detalles que me faltan, ¿verdad?

—Cualquier detalle que te falte, lo conozca yo o no, debés averiguarlo con la fuente correcta.

—¿Por qué tanto misterio?

—Camila es bonita —comentó, cambiando de tema.

—Sí.

—No parece una mujer frágil. Pero es muy charlatana. Habla demasiado. Se le nota el interés por complacerme, pero todavía no sé si lo hace por deseo propio o para tapar apariencias. —Bhric cambió el peso de un pie al otro, sin responderle—. No te preocupes —continuó la madre—, sé que no soltarás prenda... pero ella gusta de hablar... y mucho.

—Descansá.

—Buenas noches, hijo.

Bhric regresó al living con la intención de cargar hasta el vestidor las maletas de Camila, pero ya no estaban allí. Por un segundo temió que la estirada hubiera encontrado la oportunidad de vengarse de él yéndose, dejándolo en ridículo y sin explicación ante su madre. Tomó aire, y pasó los dedos por el pelo estirándolo más de la cuenta.

—*Mok* —la escuchó llamarlo desde la suite principal—, te estoy esperando.

Entró en el cuarto, cerró la puerta, se paró frente a ella:

—Mi madre es muy importante para mí.

—Lógico —respondió Camila, mirándose las uñas.

—No te atrevas a intrigarla, ni se te ocurra hacerle pasar un mal momento.

—¿Por quién me tomás? Sentate y cerremos el trato o rompámoslo, pero lo que decidamos ahora será lo definitivo. ¿Seguimos?

—Sí.

—De acuerdo. Está claro que no nos aguantamos y que no confiamos el uno en el otro pero, hasta que no sepamos qué traman los Mazzarello, acepto vivir acá. Eso sí —añadió—, nada de sexo hasta la noche de bodas. —Bhric la miró ceñudo y ella comentó—: tu sacrificio será insoportable, gigantón. ¿Me prestás una hoja y una lapicera?

—¿Para qué?

—Para anotar los puntos que vamos a agregar a nuestro acuerdo. Vamos a firmar un contrato privado sin necesidad de un escribano y lo vamos a cumplir como que me llamo Ocampo.

Bhric buscó lo que le pedía, se lo entregó y se dejó caer sobre la cama, estaba

agotado y lo último que quería era continuar escuchándola. Camila fue leyéndole cada punto que agregó al acuerdo:

—Acepto que me pongas seguridad siempre y cuando también la tengas.

—De acuerdo.

—Tendremos a Meribeth demasiado cerca, más te vale convencerla de que estás enamorado o me pondré en papel de sumisa y lloraré sobre su hombro.

Bhric abrió los ojos y se incorporó sobre los codos para mirarla directo a la cara:

—Mi madre sabe que no me casaría con una mujer así.

—Eso hará que representes bien tu papel o al primero que van a tomar de las orejas será a vos. Sigo —dijo—, pediremos turno en el Registro Civil. De los detalles de la fiesta me ocuparé yo porque no pienso dejar un evento social tan importante en manos de un troglodita como vos. Vas a seguir instruyéndome en la empresa hasta que pueda manejarme sola.

—No te aseguro que lo logres. No lo conseguiste hasta ahora.

—Porque me escondiste las cartas, ahora tendrás que ponerlas sobre la mesa para que pueda verlas. Retomo: después de la boda quiero que viajemos a París, tengo que hablar con Martina y esa conversación debe ser cara a cara.

—No puedo moverme de acá...

—No te preocupes, diremos que es nuestra luna de miel y le agregaremos el broche de oro de cerrarla en Escocia, me muero por conocer el lugar donde te criaste. Eso a Meribeth le va a encantar; dejalo por mi cuenta.

Bhric resopló preguntándose si todavía estaba a tiempo de rescindir el contrato y cualquier vínculo que lo ligara a ella.

—Vas a tener que suavizar tus modales, *mok*, es necesario que practiques cuando estamos solos, así no te salta la vena en público. No se resopla frente a la mujer que adorás.

—Quiero dormir —le advirtió agotado y golpeando la almohada, intentando encontrar la paz en ese objeto.

—Firmá primero. Si mañana se me ocurre algún otro punto, agregamos un anexo.

Finalmente, Bhric logró que se callara; releyó todo lo escrito en el papel, puso su firma al decidir que a esa altura ya no le interesaba tener sexo; estaba harto de ella.

Se acostaron dándose la espalda y dejando espacio libre entre los cuerpos. Media hora después, él había logrado relajar los músculos y su mente se entregaba al descanso cuando la escuchó decir:

—Puede parecerme que estoy en desventaja pero, como se te ocurra jugarme sucio, el que más pierde sos vos. En mis manos está limpiar tu apellido, no lo olvides, y empezá a besar el suelo que piso si querés que me convierta en tu *mok* soñada.

Toda la tensión regresó, la cabeza amenazó con estallarle y, para colmo, su piel sintió la calidez del cuerpo que yacía junto a él. «Camila, no sabés con quién te metiste».

En una confitería del centro de la ciudad, los padres de Bhric mantenían una conversación privada.

—Poneme al tanto de los hechos —exigió Meribeth a Donato.

—Los Mazzarello reclamaron la filiación con José Manuel. El ADN dio positivo, el juez los nombrará herederos.

—Consiguen lo que quieren, ¿por qué amenazan a la nieta de José Manuel y a nosotros?

—Camila no es más que una herramienta de presión para lograr sus fines; lo mismo hicieron con Bhric cuando trataron de secuestrarlo, por eso elevamos el grado de seguridad de todos.

—La buscan a Marta —comprendió Meribeth—. Saben que está viva.

—Por eso era tan importante que no te movieras de Escocia. Por eso te recalqué que yo me ocuparía de todo lo de acá.

—Pero te olvidaste de mencionar que obligaste a nuestro hijo a salvar tu apellido.

—Bhric aceptó —trató de explicarle.

—Donato, nos conocemos demasiado. Lo hiciste caer en una trampa.

—No lo veo disconforme —la anotició, frunciendo el ceño.

—¿Cuánto sabe de todo esto Camila?

—Solo lo que es *vox populi*. Que los Mazzarello son sus tíos, que reclaman con razón la herencia y que son matones.

—¿Y de ella?

—Nada. Solo vos y yo sabemos de ella.

—Los Mazzarello también lo saben, si no no estarían haciendo lo que hacen.

—Sí.

—¿Martina?

—Sigue en París.

—¿Ella lo sabe?

Donato evitó hablar más de la cuenta:

—José Manuel me aseguró que no le habló de ella.

Meribeth se removió en la silla, bebió un sorbo más de su té y preguntó:

—¿Qué sabés de Camila?

El Tano tomó aire antes de transmitir:

—Tiene carácter, es orgullosa, tal vez algo frívola, pero tengo la impresión de que las tradiciones y la familia le importan. Vivía despreocupada, disfrutando de su situación acomodada y dedicándose a modelar. Tuvo un *affaire* con un empresario del que se desvinculó hace un tiempo. Llegó a nosotros buscando ayuda cuando se murió José Manuel —y aclaró—, una amiga de ella es conocida de Paulo y fue quien nos recomendó. Paulo viajó y dejó el caso en manos de Bhric. Así se conocieron. Yo planteé la necesidad de darle a mi futuro nieto una vida menos tortuosa y nuestro hijo recogió el guante poniéndose de novio con Camila; Joana cree que hay algo entre ellos.

—Todavía no puedo contradecir a tu mujer, pero estoy convencida de que vos planeaste el viaje de Paulo para dejarle a Camila servida en bandeja a mi hijo.

—Bhric necesita a su lado una mujer que no le dé respiro —dijo sin confirmar ni negar—. Ayudándola nos ayudamos.

—Lo que menos me importa es la suerte que corran el apellido de esa muchacha o el tuyo; acá, lo fundamental es el riesgo.

—Ferraro ha sido mi hombre de confianza, en él deposité la tranquilidad de los míos, pero las cosas cambiaron

—Explicate.

—Dudé y contraté a alguien más; estaba por recibir su informe cuando me vi sorprendido por tu inesperada invitación para desayunar.

—No te demoro más —respondió, despidiéndose.

Paulo abrió los ojos y descubrió que se había quedado dormido. Salió de la cama y le advirtió a Lucila que debía hacer lo mismo. Ella revisó su celular y encontró un mensaje de Camila comentándole que se había mudado al departamento de Bhric, de manera que excusó a Paulo de llevarla hasta su casa porque aprovecharía para visitar a su amiga.

El escocés le abrió la puerta y Camila, con una sonrisa de oreja a oreja, la invitó a pasar.

—¿Registro Civil? —preguntó.

—Sí. Vamos a pedir fecha para nuestro casamiento. Me extraña, Lu; andás lenta estos días. Ya te dije que tenemos muchas ganas de casarnos —comentó Camila, parada detrás de la silla de él.

—¿Por qué tanto apuro?

—Apuro, apuro. Vos considerás que es apresurado porque no estás tan enamorada como nosotros. Además, aprovecharemos que la mamá de Bhric está en Buenos Aires.

—Cami, no es necesario que actúes tan impulsivamente. Hace muy poquito que se conocen —dijo, tratando de no incomodar a Bhric, pero necesitaba que su amiga reaccionara y fuera cauta.

—Lucila, si Alex te llamara para decirte que Carolina Herrera te quiere como la cara de su marca ¿cuánto tardarías en decir que sí?

—No es lo mismo —se defendió la modelo.

—Claro que no, esto es mucho más importante. ¿Entendés?

No, Lucila no entendía, pero pensó que Camila tramaba algo que no quería ventilar frente a Bhric y no hizo más preguntas. Lo miró a él, seguro, firme, afirmando con sus ojos los dichos de Camila. Suspiró y bajó la vista a la cuchara del platillo de su café.

Para Bhric, Camila estaba representando el papel acordado pero no era suficiente, Lucila reclamaba de él un discurso similar. Evaluó cómo convencerla y decidió que lo mejor era agregar un toque definitivo. Giró en la silla, tomó la

barbilla de la Ocampo entre sus dedos y frente a sus labios dijo:

—*Tha gaol agam ort, mo gràidh.*

Camila quedó muda escuchando la dulzura en esas palabras cuyo significado no conocía, prendida de esa voz, abandonada a la sensación que se produjo en ella al oírlo. La intensidad en la mirada de él creó cimientos en el interior de ella.

Lucila entendió que su presencia sobraba, se levantó de la silla y tomó su bolso para, sin despedirse, salir por la puerta.

Bhric aprovechó la oportunidad y puso el broche final a su representación: rozó los labios de la muchacha con delicadeza y, antes de invitarla a compartir un beso más intenso, dijo:

—*Mo neamhnaid.*

Camila se entregó a sentir. En tanto el beso continuó, enterró los dedos en la cabellera rojiza. Bhric la acomodó para que quedara a horcajadas de él y exploró cada centímetro de la espalda femenina, gozando de tenerla cerca, callada y dispuesta a complacerlo aun cuando había asegurado que hasta después del matrimonio no volvería a intimar con él.

Meribeth entró en ese instante, y carraspeó para que notaran su presencia. Camila hundió la cara en el pecho de Bhric y él se limitó a comentar:

—*A mhamaidh*, olvidaste advertirnos de tu llegada.

—¿Querés acompañarnos? —propuso Camila—. Vamos a pedir el turno para el Civil.

—Me descubrieron, estoy seguro —notificó Ferraro a Marcos.

—Te pusiste en evidencia deliberadamente.

—No seas idiota. Me convenía seguir trabajando para ellos. Tengo que desaparecer —le advirtió—. Dame un salvoconducto.

—Todavía estás en deuda con nosotros.

—Mazza —dijo Ferraro—, no me jodas. Hice lo que me pediste, lo que no te pude conseguir es porque está muy bien guardado, demasiado. Tengo que irme, por mi bien y por el de ustedes. Dame lo que te pido y quedemos en paz.

—¿Dónde tienen a Marta?

—Te repito que no lo sé.

—Ferraro, no nos serviste para una mierda. Si querés desaparecer, arreglate solo. La vamos a encontrar sin tu ayuda.

Vera, Meribeth, Joana y Camila almorzaban en una confitería de Recoleta. La escocesa le entregó a la embarazada un sinfín de recomendaciones sobre los alimentos que debía ingerir para que su bebé creciera tan fuerte y sano como Bhric.

—Te lo ruego, hace pocos días que logré que mi estómago no expulsara cada cosa que trago, no menciones ninguna comida.

—Eso es al principio, *menina* —comentó Joana—. Ya vas a ver que ahora todo cambia y podrás disfrutar de tu hijo.

—Yo leí que, si una trata de conectarse con la panza, el bebé puede entender y hasta responder —dijo Camila.

—¿Te gustan los niños? —indagó la escocesa.

—Me fascinan. Ya le dije a Vera que voy a ser la tía *malcriadora*. Lo llenaré de regalos, de golosinas, de paseos.

—Pobre hijo mío —bromeó Vera, sonriendo.

—No, de verdad. No sabés la ilusión que tengo. El otro día, cuando te toqué la panza, supe que tu bebé me había conquistado.

—Los niños dan mucho trabajo, Camila —indicó Meribeth—. Es importante educarlos con cariño —y añadió—, pero también con reglas precisas.

—Imagino que sí, pero este no será mi hijo y puedo malcriado, total, la madre es ella y será quien deba lidiar con él.

—La crianza —volvió a recomendarle Cameron— es una responsabilidad compartida por toda la familia. Deberás aprender que lo mejor para un niño es que su entorno transmita el mismo mensaje.

Camila entrecerró los ojos, como si estuviera meditando las palabras de su futura suegra, y al cabo de un momento respondió:

—Respeto tu parecer, pero yo tengo el mío. Un chico debe ser cuidado y educado por sus padres, pero las tías estamos para ser sus cómplices en las travesuras, para mostrarles que hay líneas que se pueden cruzar y después hacernos cargo con ellos de las consecuencias. Los chicos necesitan saber que...

—Que en vos encontrarán la ruta de escape para convertirse en bandidos —concluyó la frase Meribeth.

—Sí —aseguró Camila, sonriendo—, pero no soy una instigadora peligrosa. Podré generar un empacho tras una comilona de chocolate a escondidas, o rodillas raspadas por trepar árboles, pero juro que lo devolveré enterito. No tuve ese tipo de relación con mi tía, pero sí con mi Tata y fue muy importante para mi infancia —comentó con nostalgia.

Meribeth Cameron se quedó en silencio, bebiendo su té, meditando sobre su futura nuera. Ella la enfrentaba contradiciéndola, no era miedosa; lo había hecho sin faltarle el respeto. Realmente se la notaba entusiasmada con el bebé de Vera, tal vez ocultaba la intención de convertirse en madre. No era mujer de guardarse dudas y preguntó:

—¿Te gustaría tener un hijo?

Camila la indagó, antes de responder:

—Voy a ser madre, Meribeth, porque no me privaría de un placer tan inmenso. Pero antes de traer al mundo una vida de mi carne me aseguraré de que el padre merezca un tesoro tan valioso.

—Bhric será un padre maravilloso —acotó Joana.

—Es muy protector —sumó Vera.

—Deberá demostrármelo —aseguró Camila sin quitarle la mirada a Meribeth. «Muy buena respuesta», pensó la escocesa.

Paso a buscarte para ir al Chasqui.

Camila leyó el mensaje de WhatsApp del “Patovica Gigantón” y consultó su reloj; estaban por ser las cinco y media. Sin darse cuenta, el tiempo había volado en aquel almuerzo con los familiares de él.

—¿Tenés que irte, Camila? —le preguntó Joana.

—Sí. A las seis debo estar en mi empresa. No me había dado cuenta de que fuera tan tarde.

—No llegarás a tiempo —advirtió Vera.

—Bhric viene en camino —dijo, respondiendo al mismo tiempo el mensaje en el celular.

—Estupendo, iré con ustedes, así conozco El Chasqui y después nos vamos los tres a cenar —se invitó la escocesa.

Se despidieron del resto y caminaron hacia la salida. Camila tomó la manija de la puerta y, antes de abrir, le comentó a su futura suegra:

—Mi *mok* no es muy amigo de las demostraciones en público. Bueno, es tu hijo, imagino que lo conocés, pero yo soy todo lo contrario, si lo ves ruborizarse no se la pongas difícil.

El Bentley estaba estacionado a pocos pasos de la puerta. Bhric, con los brazos cruzados sobre el pecho y el trasero apoyado contra el auto; traje azul oscuro, corbata a tono, camisa apenas más clara, lentes de sol (no estuvo segura de si eso era menos peligroso que si la dejara ver sus bonitos ojos azul grisáceos), era un infarto seguro para cualquier mujer que pasara por allí. Camila tenía muy bien planeada su estrategia después de que la hostigara con su tonito meloso en gaélico-inentendible-escocés, y no se achicó. Dejó que primero lo saludara la madre con un beso en la mejilla y luego fue el turno de ella. Caminó hacia él como si lo hiciera sobre la pasarela, sonriéndole; entreabrió levemente y como al descuido los labios y los humedeció fugazmente con la lengua. Observó que Bhric se quitó los lentes, seguramente para apreciarla en su totalidad. Llegó al auto, se apoyó de costado sobre el mismo, a su lado, y lo saludó:

—Me moría de ganas de verte.

—Hola —respondió él, conteniéndose para no adueñarse de esa boca rosada y carnosa que le había dicho que no intimarían hasta luego de la boda.

Camila volvió a sonreírle, se colgó de su cuello y lo besó sin tener en cuenta que estaban en la calle y frente a la madre de Bhric. Sintió el corazón del escocés latir con rapidez y que su hombría se alegraba por el contacto; en ese preciso

instante se alejó de él, miró hacia la puerta del auto, considerando que sería indicación suficiente para que le abriera.

Bhric respondió al beso agradeciendo que Camila fuera impulsiva y su actuación tan buena que le permitía hacer realidad el deseo de degustar sus labios; pero luego se lamentó al comprobar que no había sido suficiente, quería más, mucho más de ella. Reclinó la butaca del conductor para permitirle el paso al asiento trasero, guardó en su memoria cada centímetro del cuerpo de Camila deslizándose. Resopló, volvió a colocar en la posición correcta el asiento y recién entonces recordó que su madre estaba presente.

—¿Dónde te dejo? —la consultó.

—Voy con ustedes —fue la respuesta de Meribeth y Bhric volvió a resoplar.

Viajaron prácticamente en silencio, salvo por un par de comentarios que realizó la escocesa y a los que él respondió con monosílabos, por encontrarse distraído observando en el espejo retrovisor las delicadas facciones del rostro de Camila que, curiosamente, se mantenía en silencio.

Ocampo tenía todo bajo control, de su boca no salía un solo sonido aun cuando a conciencia separó los labios formando pequeñísimas “o”. Le permitió a su abrigo que fuera resbalándose por un hombro, dejando a la vista la silueta de sus pechos contenidos dentro de un ajustado suéter de fina lana. En la única oportunidad en que sus ojos se cruzaron con los de él, en el espejo, la tensión se respiró y Camila se inclinó hacia adelante, le rozó con los dedos el cuello y luego le hizo un mimo en la cabeza. Solo eso fue suficiente para que Bhric pisara el acelerador aumentando la velocidad, acortando el tiempo para llegar lo antes posible a El Chasqui, sin importarle cuánto complicaba con sus maniobras a los autos de seguridad que los seguían. Camila, segura de que continuaba ganando puntos en su contienda con él, no le dejó ver su sonrisa.

Meribeth no se perdió detalle. Tanto su hijo como su futura nuera se atraían, los cuerpos de ambos hablaban. Había suficiente tensión sexual como para que ninguno se distrajera mirando a un tercero, pero bien sabía ella que aquello no era suficiente. Donato la había excitado al borde de la locura, lo amó con todas sus fuerzas, pero eso no alcanzó y el sueño se disipó dejando a un hijo que vivía

repartido entre mamá y papá. A Bhric no debía pasarle lo mismo. La Ocampo tenía agallas, vivía demostrándolo, era una mujer de carácter, segura y con suficientes encantos, pero algo no terminaba de cerrarle y como que se llamaba Meribeth Cameron lo descubriría antes de regresar a Escocia.

Ingresaron a El Chasqui y subieron hasta la oficina que ocupaba Camila. La escocesa se limitó a sentarse en uno de los sillones para leer el libro que llevaba en su bolso.

Bhric inició la lección del día, sentado frente a su prometida y abriendo las carpetas que había sobre el escritorio.

—Esta ruta es nueva —comentó Camila.

—Sí —respondió él—, un viaje al día para transportar personal administrativo desde Capital hasta una planta industrial en Don Torcuato.

—Muy interesante.

—Ingresá en el sistema los datos y los horarios en que se requiere el servicio. Diagramá qué choferes cubrirán esa franja y con qué unidades —le indicó Bhric.

—¿Eso no lo hace Lemos?

—Para evaluar si tus empleados trabajan bien tenés que conocer cuál es la manera correcta de hacerlo —la aleccionó.

La muchacha comenzó a cumplir con lo solicitado. Concentrada en realizar bien su tarea, y dar cuenta de lo aprendido, no dominó los movimientos que realizó su boca, ni que sus dientes mordieron el labio inferior, ni que su mano rozó la de Bhric al intentar tomar juntos la misma planilla. Abstraída, ocupada en realizar el trabajo y absorber cada recomendación.

Bhric no pudo dejar de mirar las formas que adquiría la boca de Camila, sabía lo turgentes que eran sus pechos debajo de aquel suéter, le conocía la temperatura de la piel y añoró estar con ella. Pero verla tan ensimismada fue el colmo y creyó que quedaría infantilmente en ridículo si no podía contener la explosión que se avecinaba en su cuerpo.

—Permiso —dijo y salió de la oficina.

Meribeth tosió para esconder la risa que amenazó con darse a conocer en forma de carcajada. Miró a Camila y entendió que la muchacha continuaba con

su tarea pero, por si era una buena actriz, dijo:

—Dale un respiro.

—No te comprendo —respondió, con la atención todavía puesta en el monitor de la computadora.

«Tal vez no lo hizo adrede», pensó la escocesa y aunque así fuera le regocijaba saber que la Ocampo, frente a los ojos de Bhric, no era igual que Keite; de ninguna manera, Camila le hacía hervir la sangre. Dudó durante unos segundos si repetir la recomendación o dejar que su futura nuera blandiera sus armas sin límite. ¿De qué tenor eran los sentimientos que unían a su hijo con esa mujer? ¿Hasta dónde llegaban?

—¿Por qué lo llamás *mok*? —le consultó luego de pararse, caminar hacia ella e interrumpirla.

Camila alejó los dedos del teclado, se recostó en el asiento, la miró a los ojos y respondió:

—No sé bien cómo se pronuncia, pero Bhric asegura que quiere decir “mi novia”.

—No —respondió Meribeth, recordando que Joana le contó que en realidad Bhric la nombró *mo neamhnaid*, mi perla. Corrigió a la muchacha diciéndole correctamente la frase utilizada por él y le advirtió de su significado.

—¿De verdad? —preguntó, y la escocesa asintió.

Camila hizo un rápido repaso de sus días junto a él, las cláusulas del acuerdo con el que Bhric planeaba ayudar a los suyos, las veces en las que fue a su rescate, las verdades colmadas de debilidades que ventiló frente a ella, el calor que los ojos azules desprendieron cada vez que utilizó su idioma materno. Respiró hondo, sintió que la alegría la recorría y no se censuró:

—¡Ay, Meribeth! No sabés lo contenta que acabás de ponerme. —Quedó remarcando para sí aquellas palabras, con los ojos achicados y una inmensa sonrisa instalada. Volvió a mirar a Meribeth y le advirtió—: Basta de trabajo por hoy. ¿Tenés algún compromiso para esta noche?

La escocesa volvió a comerse la risa y se obligó a confeccionar con su cara un gesto muy serio, antes de asegurarle:

—No. Vine por pocos días para estar con mi hijo y es precisamente lo que haré.

—Suegras —murmuró Camila.

Rowner continuó enumerando sus exigencias a Alex:

—Arrancamos la semana que viene.

—Camila está muy atareada con el tema de su empresa y los preparativos del casamiento, perfectamente puedo reemplazarla...

—Lo que sea que la tenga ocupada deberá esperar —lo interrumpió—, quiere dejar de modelar pero tiene pendientes dos contratos con mi firma, que los cumpla si quiere ser libre. Avisale que el lunes pasarán a buscarla para llevarla hasta el set en Martínez.

Alex no pudo desligarla del tema y, luego de despedirse de Rowner, sin consultar el horario se comunicó con el celular de la modelo.

Camila cenaba con Meribeth y Bhric. El clima era tenso. La escocesa parecía haber adoptado la personalidad del hijo y se mantenía en silencio. En un par de ocasiones propuso diferentes temas de conversación a los que sus acompañantes respondieron escuetamente. De alguna manera, el llamado de su agente le ofreció un respiro.

—Me complicás la vida, Alex —le comentó—. El lunes mi agenda arranca tempranísimo. Por la tarde tengo reunión con el abogado y cierro el día en mi empresa.

—Lo siento, cielo. Rowner está inamovible. Tu rechazo lo tiene en una postura inflexible y me quedó claro que no te la pondrá fácil. Lo mejor es que terminemos cuanto antes los compromisos con él.

—¿Cuántos días considerarás que su campaña me tendrá ocupada?

—Como mucho serán tres. Pero recordá que la próxima es en un lugar todavía

indefinido.

Camila resopló, miró a Bhric, respiró profundo y decidió:

—De acuerdo, liberaré mi agenda desde el lunes al miércoles, el jueves no me verán el pelo. Y, por favor, que te avise con tiempo cuándo y dónde será la próxima, no puedo seguir acomodando mis compromisos según sus caprichos — advirtió antes de finalizar la conversación.

—¿Qué cambios debés hacer en tu agenda?

Camila volvió a dejar los cubiertos sobre el plato, le rozó la mano a él y, mirándolo a los ojos con gesto apenado, le comentó:

—Era Alex, Rowner quiere hacer las fotos la semana que viene, de lunes a miércoles. Espero que para el jueves ya me deje libre.

Meribeth estuvo segura de que aquello era común, las responsabilidades laborales generaban modificaciones en la agenda de cualquiera. Cortó otro bocado y, antes de que pudiera ingerirlo, se vio sorprendida por el tono con el que su hijo preguntó:

—¿Dónde?

—Acá, en Capital.

—Lencería —dijo él en voz alta.

—Claro, Rowner maneja la firma En Femenino —afirmó ella, dispuesta a jurar que la postura de Bhric era similar a la de un novio celoso. Pensamiento que eliminó de su mente con rapidez.

Meribeth decidió incorporarse a la conversación:

—¿Seguirás trabajando como modelo?

—Necesito ocuparme de El Chasqui —y se corrigió de inmediato—, quiero ocuparme de El Chasqui. Pero tengo estos compromisos contraídos con anterioridad a que... Bueno, tengo que cumplir con los contratos.

—¿Son muchos los compromisos que te falta cubrir? —volvió a consultar la suegra.

—Dos —respondió Bhric—, con Rowner.

Normalmente, el hijo de Meribeth no respondía las preguntas formuladas a otros, tampoco solía demostrar con sus palabras ningún sentimiento que de

antemano no planeara compartir, y la mujer estaba convencida de que Bhric jamás hubiera premeditado dar a entender que podría estar celoso. Pocas cosas se escapaban al adiestrado ojo de la madre y decidió apostar fuerte con su pregunta:

—¿No te agrada que modele lencería?

Él no respondió, Camila tomó la posta:

—No es eso, lo que no le gusta es quien me tiene contratada.

—¿Tu agente?

—No, el dueño de En Femenino. Hace tiempo salí con él y Bhric le tiene idea.

Imposible que su hijo fuera celoso, eso era una completa locura. En el estado de alerta en que se encontraban, tal vez Bhric temiera por la seguridad de ella en sitios donde no podía mantenerla a resguardo de un ex resentido, pero de ninguna manera podría estar... Lo observó con detalle, mandíbulas apretadas, las fosas nasales abiertas, las manos sosteniendo con presión los cubiertos. Tal vez se equivocaba.

—Despreocúpense, acompañaré a Camila a todas las sesiones que la mantengan ocupada. Será genial —continuó Meribeth—. Y ahora, si les parece, vayamos a casa, los de seguridad hace rato que terminaron de comer y deben estar agotados.

Abonaron la cuenta y regresaron a Puerto Madero. Meribeth demoró en ir a acostarse porque primero se preparó un té y le hicieron compañía.

Solos, en el cuarto principal, Bhric era un cúmulo de sensaciones indescriptibles. Por un lado el enojo que le provocaba que Camila accediera a trabajar con Rowner, por el otro el guante que le arrojara negándose a tener sexo; si él no aceptaba quedaría en claro que ella lo tenía en un puño y podía doblegarlo a su antojo. Entró al guardarropa, cerró con fuerza los ojos al encontrar el desorden provocado por la estirada. Acomodó el traje que acababa de quitarse, puso en el cesto de ropa sucia el resto; tomó un pantalón de pijama y volvió a dejarlo en su sitio. Que la estirada bebiera de su propio veneno acostándose a su lado; él iría a su encuentro con toda la humanidad al descubierto.

—¿Creés que tu madre está celosa? —preguntó Camila, derrumbando el ardid que él elaboraba.

—¿Por Joana? Imposible.

—No, gigantón, me refiero a mí —lo corrigió, desde la puerta del baño, con la remera de los Aberdeen FC propiedad de él.

—Quitátela, está firmada por David Googwille.

La mujer se miró en el espejo antes de comentarle:

—Y ahora es más valiosa porque tiene el perfume de mi piel. No me distraigas. ¿Lo creés o no?

—Mi madre no te cela.

—Sin embargo me lo pareció. La tengo prendida en la nuca, dice que vino para estar con vos pero no se despega de mí.

—¿Te incomoda? —preguntó sin ninguna intención de aliviarla.

—No, en absoluto. Me cae muy bien, no le importa que no esté de acuerdo con ella en muchas cosas, se interesó por mi trabajo. Creo que le simpatizo.

Bhric elevó una ceja al mismo tiempo que escondió la risa. Pasó junto a ella y se acostó sobre la cama.

—¿No te falta algo? —lo consultó Camila.

—No.

—Tu madre está en el otro cuarto, mirá si de noche nos necesita y entra sin anunciarse, te va a encontrar desnudo y eso no estaría bien.

—Mi madre se anuncia si sabe que estoy en compañía de una mujer.

—¿Seguro?

—Sí.

—De acuerdo, me dejás más tranquila —comentó, quitándose la remera y echándola al cesto de ropa sucia, para quedar igualados.

—¿Qué hacés? —reclamó, saltando de la cama y arrojándose para recuperar su tesoro con la firma del jugador.

Ella se acostó, tapó parte de su cuerpo con la sábana, giró para quedar de espaldas a él y se despidió:

—Tu perla te desea buenas noches.

«¿Por qué tuvo que venir Meribeth de visita?», se preguntó él.

Camila pasó una noche malísima. Su cabeza era una rueda que no paraba de girar llevando en cada rayo una duda tan extensa como la siguiente y, para colmo, Bhric estaba desnudo a su lado sin que ella pudiera hacer uso de las habilidades que él dominaba. Necesitaba de los consejos de alguien conocido y confiable, finalmente citó a Lucila en una confitería.

—Sé que te estás viendo con Paulo —comenzó—, pero te necesito y es primordial que lo que hablemos quede entre nosotras y sea confidencial.

Lucila sonrió, estaba segura de que había algo detrás de la inminente boda. La tomó de la mano por sobre la mesa y comentó:

—Paulo y yo nos gustamos, pero no hay nada más. No estamos interesados en una relación formal. Quedate tranquila, Cami, podés confiar en mí.

—Voy a darte todas las respuestas que tengo hasta ahora, pero desde ya te aviso que las dudas son más pesadas.

—¿Estás enamorada?

Camila tomó un sorbo de café, Lucila frunció el ceño y se dispuso a escuchar, guardando silencio.

—El viaje imprevisto de Paulo hizo que los asuntos de El Chasqui los desviarán a Bhric. Desde que lo conocí nos caemos mal, él no soporta a la gente de mi clase y a mí me irritan los prejuiciosos que se agarran de estupideces caducas para permitirse el lujo de ser maleducados. —Lucila ni siquiera pestañeó, Camila siguió explicando—: Mi familia se enlodó para impedir que dos hijos no reconocidos del Tata tuvieran acceso a la fortuna. —Dijo esto, atenta a cualquier reacción de su amiga que se mantuvo incólume, escuchándola—. Martina estaba al tanto, yo quise aceptarlos y ella, furiosa, me dejó con todo el lío yéndose a París. Me encontré sola, sin saber cómo mantener los negocios, mucho menos mi vida. Entre tanto, esos tíos que aparecieron son matones y más de una vez me pusieron en peligro no solo a mí, sino a los Neri.

—¿Por qué?

Camila le comentó del pasado de la familia de su prometido, así como el trauma de Donato y encontró el pie indicado para ir al grano:

—Bhric adora a Vera, la sabe incapaz de soportar el escarnio y me propuso una salida que supuestamente nos beneficiaba a los dos.

—¿Casarse? —preguntó Lucila, considerando el grado de locura al que había caído su amiga arrastrada por la incertidumbre ante tantas pérdidas.

—Sé que no creíste ni una palabra de lo que te dije frente a él. Te agradezco que no me contradijeras... pero sí. La solución que se le ocurrió fue casarse conmigo. Te confieso que acepté por orgullo. Quería borrarle la soberbia.

—Me estás confundiendo, no entiendo nada.

—Bhric me propuso un acuerdo. Casarnos, ayudarme a manejar mis negocios, resguardarme del peligro a cambio de incluir en mi círculo social a los Neri.

—Eso es ridículo.

—Lo sé, pensé lo mismo. Pensé que era una broma, que me estaba desafiando, y le seguí el juego. Después, las cosas se pusieron más pesadas, intentaron secuestrarme, provocaron un incendio...

—¡Camila! —se angustió Lucila.

—Estuve a punto de romper el trato más de una vez.

—Es que es una locura, Cami. Te estás vendiendo a cambio de seguridad, eso jamás puede ser un matrimonio.

—Bueno, si nos remontamos a cómo se arreglaban los matrimonios de antes...

—Estamos en pleno siglo XXI, conocemos la historia de mujeres que murieron luchando por ideales, por igualdad...

—Pará la mano —la frenó—, sé de qué hablás, no pienso convertirme en la sumisa de nadie y tampoco me estoy vendiendo. El problema es otro.

—Yo veo miles de problemas, puedo darte una lista inmensa de objeciones —aseguró. Observó a Camila, consideró que su amiga se arrepentía de estar contándole verdades y decidió ser más útil interesándose por aquello que, ese día, la perturbaba—: ¿Cuál es el problema que vos ves?

—Como te dije, acepté movida por mi orgullo; lo tomé como una provocación

y estaba dispuesta a seguirle el juego pensando que él se arrepentiría, que era una bravuconada y que todo terminaría antes de concretarse. Después me superó la situación cargada de problemas donde se me hizo difícil hallar una salida. Ahora...

—¿Ahora?

—Ahora, el problema es que tengo miedo de enamorarme de él —reconoció—. Es una locura, lo sé. No puedo querer a un tipo que no demuestra interés por mí.

—Ay, Camila, estás viviendo con él, no me engañes. Independientemente de cómo se lleven, estoy segura de que lo atraés y que no se quedan con las ganas.

La miró a un punto del llanto, se contuvo y aclaró:

—Ya no tenemos sexo. La culpa es mía, porque la restricción la puse yo, pensé que para él sería imposible sostenerla.

—Y la sostiene —comprendió.

—Gallardamente. Y, para colmo de males, vino su madre a meterse en el medio.

—El acuerdo es una completa locura, Bhric no puede ser tan frío ni vos tan impulsiva. Dejá de lado el orgullo y volvé a tu casa, exponé la situación con tus abogados, pedí custodia policial... —Lucila hizo silencio y luego la indagó—: ¿Te enamoraste?

—No lo sé —confesó—. Te juro que hago grandes esfuerzos para que no sea así, pero cada día que pasa tengo más dudas. Quería que él cayera muerto de amor a mis pies y la vulnerable termino siendo yo.

—Camila, esto es muy complicado, pero yo te pongo fichas —le aseguró, conmovida—, él va a adorarte.

—El problema es que tengo solo un año para conseguirlo y hay demasiadas nubes negras a nuestro alrededor que me impiden asegurarme si está de mi lado o quiere hundirme.

—¿Por qué te imponés tiempos?

—Porque cuando cumplamos un año de casados vamos a divorciarnos —confesó.

—¿Ese es el acuerdo que hiciste con él?

—Sí, tal y como te lo describo, con un pequeño detalle que todavía no te comenté.

—¿Hay más?

—Quiere tener un hijo conmigo.

Bhric entró a su despacho en el Grupo Neri, colgó el saco en el armario. Faltaban treinta días para que la estirada se convirtiera en su mujer y dejara de ponerle trabas. Prendió la computadora y comenzó a chequear el correo. Un mail con dirección sospechosa llamó su atención:

De: un-amigo@hotmail.com

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: De tu incumbencia.

Los Mazzarello son la sombra de tu familia. Tu padre tiene la llave para que dejen de joder y vivas tranquilo junto a tu novia. Decile que te hable del pasado y dónde lo tiene escondido.

No des la espalda a los amigos.

Tomó el teléfono y averiguó si Donato se encontraba en la empresa. Ante la respuesta afirmativa fue a enfrentarlo, interrumpiendo la reunión que su padre mantenía con un financista.

—Es urgente —simplemente le dijo.

El Tano Neri se disculpó con su interlocutor, solicitó a su secretaria que acordara una nueva cita, lo despidió y se puso a disposición del segundo de sus hijos.

—Mazzarello —anunció Bhric, arrojando sobre el escritorio una copia impresa del mail—, quiero toda la verdad.

Donato leyó, dejó a un costado la hoja, tomó un cigarro del humidor que estaba sobre su escritorio, lo prendió, dio una calada, miró a su hijo a los ojos y destrabó la caja de Pandora:

—Son hijos de José Manuel.

—Eso ya lo sé. ¿Qué quieren?

—Que les entregue a la madre.

Bhric inspiró hondo, golpeó la superficie del escritorio y lo enfrentó con la mirada fría y distante:

—¿Qué te impide dárselas?

—La promesa —declaró.

Bhric se sentó en el sillón frente a su padre, y lo miró ceñudo antes de indicarle:

—Tu promesa pone en jaque a los Neri y a las Ocampo.

—Todo se liga, hijo.

—Necesito tener información para poder cuidar de los míos.

Donato repitió mentalmente la afirmación de su hijo. Antes de compartir con él la verdad, quiso cerciorarse:

—¿Querés a Camila o estás cumpliendo con mi pedido?

—Ella es mi mujer —respondió con contundencia.

Donato volvió a dar otra calada a su cigarro mientras analizaba los dichos de Bhric, finalmente decidió que debía confiar en él:

—El tano y José Manuel mantenían una amistad que conocíamos muy pocos. La mano derecha de mi padre, Mazzarello, captaba y prostituía a las mujeres que trabajaban en los burdeles; Ocampo se encajetó con una, Marta. La embarazó en dos oportunidades y Mazzarello anotó a los pibes con su apellido.

—Una mierda.

—El Tano necesitaba transportar a prostitutas en un medio seguro.

—El Chasqui —dedujo Bhric.

—Sí, se lo propuso a José Manuel, este se negó y mi viejo sacó la carta de triunfo para extorsionarlo, los hijos de Marta. En aquel entonces la única manera con la que contaba una mujer para comprobar la paternidad de sus vástagos era

declarar ante la ley llevando testigos. Ocampo quiso resguardar su apellido, su familia y sobre todo su fortuna.

—Hijo de puta —afirmó Bhric.

—Se comunicó conmigo.

—¿Vos seguías metido en los negocios del Tano?

—No. Mi casamiento con Delia fue el acuerdo que me permitió desvincularme. Berardi y el Tano eran competidores, con nuestra boda acordaron la paz dividiéndose los terrenos, a cambio recibí la dote que utilicé para independizarme y empezar con la financiera.

—¿Cómo podías servirle a Ocampo?

—La gente de Berardi quedó boyando cuando él murió; antes de que volvieran a generar un enfrentamiento con mi viejo, contraté a algunos para vigilancia en la empresa.

—Ferraro.

—Sí —asintió y continuó explicando—: José Manuel vino a verme, me mintió, dijo estar enamorado de una mujer y que el Tano la tenía retenida para extorsionarlo con el tema del transporte. Me pareció coherente, yo estaba casado con tu madre, vos habías nacido, creía en el amor...

—¿Qué hiciste?

—Le ordené a Ferraro que organizara un revuelo en el cabaret donde tenían a Marta y que la llevara a un sitio seguro. El plan se llevó a cabo una noche en que mi viejo no estaba en el lugar.

Bhric seguía absorto el relato. Donato continuó:

—Cuando mi viejo descubrió que ella había desaparecido, y perdía la carta de extorsión, se enfrentó al que esa noche estaba a cargo; en la refriega Mazzarello mató a mi padre.

—¿Qué pasó con Marta?

—Ferraro la sacó dopada del cabaret y la llevó a un sitio seguro donde yo la esperaba con un médico. Cuando volvió en sí le expliqué que la llevaría a Uruguay donde José Manuel la estaba esperando, y le agarró un ataque de pánico.

—¿Por qué, te reconoció como el hijo del tano? ¿Temió por sus hijos? —
Bhric atropelló las preguntas.

—No, nada de eso. En ningún momento mencionó que existieran sus hijos, de ellos nos habló después; yo no tenía idea de que existían, José Manuel se encargó de ocultármelo y Marta quería desaparecer y no seguir prostituyéndose, pero mucho menos quedar en manos de Ocampo que, según dijo, tenía gustos sexuales extremos.

—¡Ocampo de mierda! —catalogó Bhric.

—La escondí un tiempo. Tu madre y su sagacidad me volvieron loco; me hizo seguir, desconfió de mí y yo la amaba al punto de ser tan idiota de quebrar mi palabra y confesarle la verdad. Meribeth propuso que enviáramos a Marta a Escocia porque Mazzarello no se cansaba de buscarla; no nos daba tregua. Yo había logrado abrirme del mundo de mi padre pero debí seguir sosteniendo a matones para poder proteger a mi mujer y a la que fuera amante de un tipo que comenzaba a darme asco. Las peleas con Meribeth se convirtieron en insoportables y el matrimonio se quebró. Nos divorciamos y el resto ya lo conocés.

—¿Cómo frenaste a Ocampo?

—Le hice creer que el plan de rescate había fracasado, y que Marta murió en la reyerta.

—¿No buscó a sus hijos?

Donato dejó que el cigarro terminara de morir sobre el cenicero, respiró hondo y dijo:

—No existía la prueba de ADN, la única que podía reclamar la paternidad era la madre. Con el tano y Marta muertos, Ocampo se sintió libre sabiendo que Mazzarello no tenía las pruebas para extorsionarlo. Yo terminé separándome de Meribeth y me aboqué con más ímpetu a dejar atrás la historia de mi padre para crear un futuro distinto para Vera y vos; mucho más cuando conocí a Joana y nació Paulo.

—Lleguemos a hoy.

—Hace un tiempo contraté en secreto a la empresa de Fraser porque desconfié

de Ferraro. Descubrieron que él nos vendió, les blanqueó quiénes eran y que Marta está viva.

—Por eso los Mazzarello pidieron el ADN —comprendió Bhric y consultó—: ¿Ferraro les dijo que está en Escocia?

—No lo sé. Afortunadamente, el traslado de Marta no lo dejé en sus manos. Vengo del palo del tano y sé repartir los porotos en distintas bolsas.

Algo más aliviado, el hijo continuó averiguando:

—¿Para qué la buscan a ella si ya probaron la filiación?

—Marta es la ficha que están jugando para meter presión social a las Ocampo, pero también para incriminarme a mí porque soy quien la hizo desaparecer del juego —explicó Donato y agregó—: Ocampo me llamó antes de morir, fui a verlo al sanatorio, me dijo que lo tenían amenazado y que eran los responsables del accidente que le costó la vida a Leonardo y su mujer; temía por la seguridad de Martina y Camila y me pidió que me encargara de mantenerlas a salvo. Hizo confesiones.

—¿Cuáles?

—Los Mazza quisieron lo mismo que mi viejo, usar la empresa de transportes a cambio de cerrar la boca y no reclamar la filiación. Ocampo se vio perdido, habló con Leonardo y juntos comenzaron a traspasar bienes para enviarla a la quiebra. La respuesta de los Mazzarello fue tan contundente que le costó la vida a Leonardo, su mujer y finalmente también a José Manuel. El Chasqui y el apellido Ocampo les sirven, más allá de la fortuna que van a heredar.

Bhric sintió que el estómago se le retorcía.

Al celular de Donato ingresó un llamado de Fraser, escuchó unos segundos, luego cortó.

—Al que provocó el incendio en El Chasqui le encajaron un tiro entre las cejas cuando lo bajaban del móvil policial.

—Souza —dijo Bhric—, ese lo acusó a Ferraro en el incendio, pero su gente dijo que era obra de los Mazzarello.

—Querían que fueras a encararlos, atraparte y obligarme al intercambio.

—¿Cuál es la salida? —lo consultó con la esperanza de que existiera alguna.

—Cuidarnos y distraerlos hasta que encontremos la manera de frenarlos.

—¿Fraser es nuestra nueva empresa de vigilancia?

—Sí. En la tarde tenemos agendada una reunión con ellos para discutir estrategias. Ferraro no aparece por ningún lado.

—No me gusta tener cabos sueltos.

—Lo sé.

Bhric se levantó de la silla, sirvió dos whiskies, dio un sorbo antes de continuar:

—Deduzco que Camila Ocampo no fue mi elección.

—José Manuel me pidió que cuidara de los suyos, Meribeth sigue protegiendo a Marta, ni yo sé dónde la tiene; Vera está embarazada, tu “elección” terminó por cerrarme —comentó, sin agregar que también tuvo que ocuparse de frenar los planes de Martina.

—Camila tiene derecho a saber dónde está metida.

—No es conveniente —se ofuscó Donato—, no te autorizo.

—No te estoy pidiendo permiso —respondió, dejando el despacho de su padre.

Bhric advirtió a Camila de los cambios realizados en la seguridad y la presentó con sus nuevos custodios, sin ofrecer más detalles que las recientes fallas del grupo de Ferraro.

Ella se bajó del Mini Cooper, luego de estacionarlo en la cochera del edificio de Puerto Madero, caminó hacia los dos hombres que tenía adosados por orden de Neri y se dispuso a hacerles una propuesta:

—Tengo que ir a un sitio y no quiero levantar sospechas, si me siguen será como llegar tocando bocina.

—Señorita, tenemos órdenes.

—Lo sé, lo sé. Por eso se me ocurrió que me lleven ustedes.

—Indique el destino —dijo el que iba de acompañante, accionando el GPS preparado para emitir señal a la central de vigilancia de Fraser.

—No, miren... el temita es que vamos a ir en secreto, ¿entienden?

—No es aconsejable desviarnos de las reglas, señorita.

Camila meditó unos instantes, luego comentó:

—OK. Sé ir, pero no me acuerdo la dirección. Salgamos y les voy diciendo por dónde.

Los hombres del Nissan se miraron, el que iba de acompañante apagó el GPS, el que conducía el auto accionó el dispositivo de alarma.

Martina recibió el llamado de Schiaffino y escuchó las novedades y las sugerencias de su letrado. Debatió con él los caminos a seguir. Al concluir la

conversación se dejó caer sobre el mullido sillón de la sala. Postergó los ejercicios en el piano, sabiendo que la obra de Bach, *Variaciones Goldberg*, exigía concentración y ella debía pensar, París le permitía la lejanía suficiente como para meditar en paz. Se encontraba lejos del conflicto, lejos de la sociedad que tenía el poder de hacer estallar la bomba del deshonor familiar. A miles de kilómetros ¿quién tendría el tupé de acosarla? París era libre, su gente la adoraba, a lo sumo lo verían como un lamentable incidente que pronto quedaría en el olvido y así, finalmente, volvería a tener paz.

El timbre de la puerta de su apreciado piso, sobre la margen izquierda del Sena, sonó. Observó el reloj de pared y detectó que el tiempo había pasado rápidamente y no estaba lista pero, aun así, esperó a que su empleada respondiera e hiciera pasar a la sala a su visitante.

—*Chérie* —la saludó con galanura, y algo de picardía, el hombre al que le llevaba cerca de diez años—. Todavía no te vestiste.

—No me demoraré. Te dije que iremos de compras por Avenue Montaigne y lo haremos, pero luego.

Los ojos de él chispearon, se acercó a ella y le desprendió la bata; dispuesto a brindarle el placer por el que Martina pagaba.

Cada caricia borraba un mes de su existencia, cada estocada se llevaba todo un año de su piel empecinada en perder suavidad; cada orgasmo le aseguraba la cantidad de euros que perdería esa tarde y nada de eso le importaba; estaba viva, sin el yugo patriarcal al cuello, ni el ojo atento de su hermano clavado a su espalda; viva y con el dinero suficiente como para finalmente deleitarse con los placeres que por años le fueron negados.

El hombre aceleró el ritmo, el ruido de carne chocando contra carne la excitó al punto del delirio. El sudor en la piel de ambos poseía el aroma exótico que la llevaba a la locura y borraba los remilgos que le impusieron al educarla. Cerró los ojos, le clavó las uñas en la espalda y él esperó a que los espasmos menguaran para incorporarse y beber el cóctel de ambos en el cuerpo de ella.

«Observame, José Manuel Ocampo, no me pierdas de vista, disfruto del gigoló y no me importa la opinión de nadie. Grito de placer frente al Sena igual

que vos gozaste de la madre de tus bastardos frente al Riachuelo. Comparanos y decime quién sale ganando».

—Fraser —dijo el hombre sentado frente a Bhric, atendiendo su celular—. ¿Desde el dispositivo? —hizo un silencio para escuchar la respuesta de su interlocutor y luego ordenó—: ¿Ella está en el auto?... ¿Por qué motivo la están trasladando?

—¿Qué ocurre? —preguntó Bhric.

—La custodia de la señorita Ocampo está llevándola hacia el barrio de La Boca, por expreso pedido de ella.

—Deténgalos —ordenó—, que no le hagan caso.

—Mi gente no puede negarse a...

Bhric no respondió, tomó su saco del armario y Fraser comprendió que debía irse con él.

Se subieron al Bentley cuando el dueño de la empresa de seguridad entendió que perdía tiempo discutiendo con un hombre que jamás cambiaría de opinión; detrás de ellos los seguía la custodia dispuesta para el segundo de los Neri. De camino lo vio bufar, resoplar, golpear el manubrio; detectó que, a pesar de estar en una fría tarde, el rojo se había apoderado de la piel del rostro de Bhric. La furia le emergía por cada poro y era probable que sus cejas terminaran convirtiéndose en una línea unificada que perduraría por todo el tiempo que durara su existencia. Evidentemente, la Ocampo lo sacaba de sus casillas y se preguntó por qué razón pretendía casarse con una mujer que provocaba eso en un hombre que le había parecido tan reflexivo.

—Fraser —volvió a decir como era su costumbre cada vez que atendía el llamado de su gente—. ¿Qué dice que está haciendo? —En tanto él escuchaba la respuesta, observó que la cara de su acompañante podía desfigurarse aún más—. ¿Llegó el móvil de refuerzo que solicité? Bien, mantengan posición, cualquier movimiento sospechoso... —hizo una pausa, revisó cuánto de la orden que pensaba impartir agravaría el estado de Neri y se jugó—: la meten en el Nissan y

salen disparados del lugar. —Del otro lado de la línea solicitaron que confirmara la última indicación—: La meten en un auto y se la llevan, lo más rápido que sea posible, sin hacer caso a los reclamos de ella.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bhric, dispuesto a que el Bentley sumara todas las multas de tránsito posibles.

—Hizo que la llevaran hasta La Boca, se estacionaran sobre una calle lateral al burdel —Bhric maldijo en gaélico, Fraser comprendió y continuó explicando, tomándose de la puerta para controlar los movimientos a los que lo exponían las maniobras del conductor—, está... llamando la atención de las mujeres que van vestidas de manera no muy decorosa.

—¿Para qué?!

—Está hablando con ellas. Uno de mis hombres mantiene el auto encendido y listo, el otro se encuentra a no menos de un metro de ella, distancia que la señorita Camila no permite acortar.

—Si no la mata Mazzarello, la mato yo.

Las ruedas del Bentley se quejaron, como jamás lo habían hecho, cuando su dueño clavó los frenos dejándolo atravesado sobre el empedrado. Se bajó como tromba, caminó hacia ella y la levantó en andas, le indicó a Fraser que dejara libre el asiento y la sentó allí. Volvió al sitio del conductor y apretó el acelerador sin medir la velocidad.

—*Mok* —dijo Camila con la voz más dulce que encontró y solo logró el más austero de los silencios. Enredó sus dedos sobre la falda, bajó la mirada. Claramente él estaba furioso pero se animó a observarlo. ¿Podía alguien tener rabia y que no le saliera espuma por la boca? Porque el escocés parecía estar rabioso. Volvió a intentar dialogar con él—: Se me ocurrió que, si estas chicas no tienen otra manera de ganarse el pan, alguien debía ayudarlas a salir de ahí y mostrarles que hay otra vida, que es posible liberarse y...

Bhric giró la cabeza hacia ella con tanta rapidez que Camila temió que se la hubiera sacado de lugar. Fue por eso que arqueó las cejas y bajó la barbilla formando un puchero con el que pretendió transmitirle la angustia que le estaba provocando en ese momento. Pero el escocés no se apiadó de ella y hasta le

pareció posible que el enojo le hubiera aumentado. El orgullo de la Ocampo se apoderó de su mente, juntó las cejas imitando el gesto de él, frunció los labios y apretó las mandíbulas.

—¡Ya basta, gigantón! No me intimidás.

—Dijiste que no volverías a ponerte en peligro.

—Dije que no volvería a burlar a los de mi vigilancia y no lo hice, me los traje conmigo. Lo que pasa es que vos escuchás lo que querés porque sos un tozudo que no se banca que el resto de la gente tenga y use su propio criterio.

—Carecés de criterio, estirada. No tenés ni un gramo de cordura en todo tu ser. Viniste a meterte en la boca del lobo.

—Ah, bueno. Pero a eso ya estoy acostumbrada, me voy a casar con vos, ¿o lo olvidaste?

—Te estás tomando con liviandad un tema demasiado peligroso.

—Y pensar que Lucila me dijo que no sos impulsivo, pero sí que lo sos, no te detenés a pensar antes de actuar.

Bhric la ignoró, solo deseaba llegar a su casa, encerrarla en el cuarto, darse un baño que le relajara los músculos para evitar ponerla sobre su falda, descubrirle el trasero y propinarle una buena lección hasta que le jurara que no volvería a respirar si no era con su permiso. Ni siquiera tomó nota de que Camila guardó silencio hasta que entraron al departamento y Meribeth los recibió.

—Pensé que estarían en El Chasqui —comentó la escocesa, mirando a una y otro, detectando que el humor de ambos no era el mejor y comprendiendo que, si ella no estuviera presente, su hijo acabaría sin miramientos con la integridad de la futura nuera.

Bhric, sin saludar, entró en el cuarto y cerró la puerta con un golpe. Camila dejó su cartera y abrigo sobre el sillón, miró a Meribeth y comentó:

—El horno no está para bollos. Hoy no vamos a trabajar. Cuando a tu hijo se le pase el berrinche volverá aquí para saludarte.

—No hago berrinches —tronó la voz de Bhric seguida de su monumental cuerpo entrando al living, se paró frente a la muchacha con las manos a las caderas y la postura amenazante. Tanto que su madre decidió ubicarse entre

ambos.

—Lo tuyo fue y sigue siendo un berrinche tan grande como tu anatomía, gigantón. —Y, dirigiéndose a Meribeth, agregó—: Le dije que tengo una explicación pero tu señorito hijo se niega a escucharla.

—No hay explicación, te expusiste cuando te advertí que no lo hicieras. —Bhric se llevó una mano a su cabeza para alisarse el pelo, buscando un poco de calma—. Sabía que serías un problema tras otro, estaba seguro de que eras incapaz de aceptar una orden.

Meribeth frunció el ceño, Camila estalló en carcajadas:

—¿Orden? A mí no me da órdenes nadie. Conmigo es por las buenas o es la guerra, troglodita. ¿Quién te pensás que soy? ¿Y quién pensás que sos vos?

—Tu futuro marido.

—Pero no mi amo. —Meribeth estuvo a punto de intervenir, pero Camila siguió hablando adelantándose—: No te contradije, me pediste que no volviera a dejar pagando a mis custodios y no lo hice, fui con ellos. Me pediste que no intentara entrar al Tutto Mazza y no lo hice, estacionamos a la vuelta.

Meribeth quiso sacudirla para hacerle entender que Bhric tenía razón en enojarse. Se había metido, literalmente, en la boca del lobo, pero su hijo se encargó de hablar por ella:

—Estabas en su terreno.

—Pero custodiada —aclaró Camila.

—Por favor —solicitó Meribeth—, tomemos asiento y hablemos con un poco de calma. Camila está sana y salva, date cuenta de eso y dejá que la preocupación y la angustia que sentiste se disipen.

¿Se había angustiado porque pensó que ella estaba en peligro? Estaban discutiendo y Camila se prohibió que la emoción la hiciera flaquear.

Meribeth vio a la muchacha tomar asiento y a Bhric servirse una medida considerable de whisky. Se acomodó junto a su futura nuera e intentó ayudarlos a razonar:

—Camila, creo que sos la que más calmada se encuentra para contarme qué fue lo que ocurrió y de esa manera también mi hijo podrá escuchar tu versión de

los hechos.

Bhric apuró el trago y se sirvió otro, no era posible que su madre le diera a Camila la oportunidad de pergeñar una excusa. Ella conocía el nivel de peligro al que se había expuesto la impulsiva Ocampo que pudo ser captada, incluso transportada por su propia empresa a un puterío abandonado en la ruta donde jamás podría encontrarla. La impotencia le recorrió el cuerpo y arrojó con fuerza el vaso contra la pared. Las mujeres se sobresaltaron, él buscó otro y volvió a servirse. Camila comenzó a relatar su tarde:

—Venía para acá con intención de cambiarme para reunirme con él en El Chasqui; pero de camino se me ocurrió que las mujeres del cabaret podían estar trabajando allí porque no tienen acceso a otras posibilidades. Tal vez están en contra de su voluntad...

—¿Y caminarían libres por la calle? —interpuso Bhric.

—No la interrumpas —le indicó su madre y le hizo señas a Camila para que continuara.

—A lo mejor están allí, vendiendo su cuerpo, porque no saben que tienen una salida que no las obliga a humillarse día tras día —Meribeth asintió y ella prosiguió—: Sentí que las prejuizaba cuando me fijaba en el aspecto de cada una antes de detenerlas y ofrecerles mi ayuda, pero fue lo único que se me ocurrió, no podía pararme en la puerta del cabaret para asegurarme de que eran prostitutas, ni tampoco preguntarle a la gente del barrio.

—¿Cómo pensabas ayudarlas? —se burló Bhric.

—Tengo todo planeado —le respondió, levantándose del sillón, caminando con entusiasmo y sin temor hasta él, para compartir lo que consideraba una brillante idea—: Vos aumentaste las rutas en El Chasqui, estamos buscando choferes, seguro que algunas no saben manejar, pero podríamos pagarles un curso para que obtengan el carnet profesional. A otras las ubicaríamos en trabajos administrativos, incluso pensé en tus objeciones y solucioné el problemita de las que fueran más duras de entendederas, tienen muy buenos cuerpos y en un centro de belleza las dejarían listas para hacer gráfica con Alex; las que dominen sus movimientos podrían subirse a una pasarela, incluso

podríamos conseguirles trabajo de coristas en algún teatro, o de bailarinas en los shows de...

—¿Quién te dijo que esas mujeres están interesadas en cambiar de vida? — atacó Bhric.

—La lógica.

—Tu lógica de niña bien, acostumbrada a juzgar por arriba a todo el mundo y no evaluar las consecuencias que provocan en los demás.

—¡Bhric! —lo censuró la madre.

—Dejá de mirar a todos con la lupa de hombre resentido. Hasta en el más hondo de los agujeros donde nos sepulta el destino se filtra una luz que nos ofrece la esperanza de una vida mejor. Siempre se puede estar mejor, gigantón.

—¿Quién sos vos para decidir qué vida quieren vivir ellas, estirada?

—Si creo que existe una sola posibilidad de ayudarlas, voy a hacerlo. Si soy una ingenua por pensar así, es mi problema. De todas maneras ya te di suficientes pruebas de que soy tan tonta como para creer que es posible derretir cada centímetro de granito desconfiado y escocés que te encargás de enrostrarme todo el tiempo. —Hizo una pausa donde ni siquiera se dio cuenta de que Meribeth guardaba silencio—. ¿Sabés qué? Acabaste con cada gramo de paciencia que me encargué de acumular en los veinticinco años de vida que tengo. Hacé lo que quieras. ¿Querés despotricar mientras te consumís cada gota de alcohol que hay en tu bar?, hacelo. ¿Querés seguir con este *showcito* de macho embravecido frente a tu madre?, hacelo. Yo me voy a dar una ducha y después me iré a dormir.

Meribeth tuvo que discernir si estaba presenciando una escena entre Bhric y la Ocampo, o si su memoria le traía los recuerdos de su vida con Donato. Se encontraba en un atolladero, no podía aplaudir a Camila pero tampoco quitarle razón a los reclamos de su hijo; mucho menos (y eso jamás pasó por su cabeza) alentarle para que mantuviera una postura dominante sobre la muchacha. Lo dicho, estaba metida en un brete, un brete tan grande como aquel en el que se encontraba la pareja. Tenía que hallar la manera de que las aguas se calmaran, por lo tanto propuso:

—Están muy cansados, fue un día demasiado largo y cargado de tensión. Me ocuparé de la cena mientras se bañan. Relájense, dejen que el agua tibia se lleve la angustia del día.

Ambos desaparecieron tras la puerta. Bhric se ocupó de cerrarla con llave, no quería interrupciones.

—En menos de quince días te ocupaste de hacer añicos nuestro acuerdo.

—Es típico de una mente enferma pasarle la responsabilidad al otro —respondió Camila y añadió—: Recordá tu consejo, gigantón: departamento caro pero aislación pésima, tu madre va a oírte.

—Debías aceptar mis indicaciones y planeaste toda una estrategia para El Chasqui sin mi supervisión. Te expusiste a un peligro que ni siquiera imaginás. —Y lo que era peor porque lo alteraba lo suficiente—: Te negás a tener sexo.

Camila terminó de arrojar su ropa al cesto. Sintióse orgullosa por obligarlo a exponer que deseaba intimar con ella; caminó al cuarto de baño y respondió:

—Estás subido a la cima de tus conocimientos y no ves lo básico. Cuando la gente trabaja a gusto, y siente agradecimiento por las oportunidades que se le brindan, rinde muchísimo más. Dentro de El Chasqui desconocemos quién está de nuestro lado y quién es un traidor. Con respecto al puntito del sexo te recuerdo que hasta que no estemos casados no podés solicitarlo. No dije que no al sexo, solo le puse fecha.

—Tenés que comportarte como una mujer enamorada y vivís poniéndome en ridículo ante el personal.

—¡Claro! Porque vos te mostraste muerto por mí cuando me cargaste al hombro frente a los custodios —dijo, dándole la espalda, completamente desnuda e ingresando a la bañera.

Bhric concluyó que Camila tenía demasiada energía, una mente inquieta a la que le gustaba generar una idea más insana que otra y el grave problema era que él, en lugar de mantenerla ocupada y agotada, vivió echando leña para avivar ese fuego. Se había equivocado de la manera más infantil y eso era porque ella lo sacaba de sus casillas con aquel comportamiento caprichoso y altanero. Terminó de desvestirse y sin aviso previo ingresó en la bañera. Quedaron cara a cara, él

accionó el comando del jacuzzi, ella arrojó sales al agua.

Los minutos pasaron sin que dijeran una sola palabra. Camila suspiró, Bhric le ordenó a su cuerpo que no reaccionara y cerró los ojos para no verla, para no tentarse, para ganarle la pulseada a costa de lo que fuera. De pronto la escuchó roncar. ¿La estirada roncaba? ¿Cómo no se había dado cuenta de algo así? Pero sí, roncaba; un ronroneo suave, como el que emiten los gatos cuando se encuentran a gusto. ¿La Ocampo estaba a gusto después de haber discutido con él y mientras compartía un baño de inmersión a su lado? ¡¿Estando los dos desnudos?! Quiso sepultar para siempre todo ese aire superior, dejarla sola en el agua hasta que se le arrugara cada centímetro de la piel... Se quedó mirándola, observando su rostro de facciones delicadas, su boca rosada y pulposa; las curvas que podía apreciar a través del agua. Con cuidado salió de la bañera, apagó el jacuzzi, la tomó con delicadeza en sus brazos, manoteó el toallón y la cubrió con él. Luego la depositó en la cama.

Los hermanos Neri aguardaban a que su padre les permitiera el ingreso al escritorio de la casona de San Isidro y Paulo aprovechó para realizar preguntas personales:

—Desde que regresé de viaje me esquivás para no hablarme de Camila. Necesito entenderte o meteré la pata a la primera de cambio.

—Hice un trato con ella —aseguró Bhric, quitándole trascendencia al tema.

—¿Solo estás cumpliendo con el pedido del Tano?

Bhric ya no estaba tan seguro y buscó una salida a la pregunta:

—A ella también le conviene.

—¿Vas a divorciarte de Camila? —Paulo fue directo al punto que más lo preocupaba. Bhric caminó hasta la ventana. El hermano se sorprendió de que no le respondiera de manera tajante sino dejando latente la duda. Ante ello, reclamó

—: ¿Bhric?

—No lo sé.

—¿Lo dudás?

El interrogado se volvió y miró a su hermano a los ojos:

—No la soporto, son más las veces que quiero ponerle una mordaza que las que me hace sentir bien.

—¿Te hace sentir bien? ¿En qué sentido? ¿En la cama?

Bhric esbozó una cuasi sonrisa antes de responder:

—También.

—Explicate —reclamó Paulo.

—Detesto a los de su clase y ella tiene cada uno de los condimentos que me

hacen reafirmar mi convicción. Es altiva, prepotente, impulsiva, descerebrada al punto de exponerse sin medir las consecuencias de sus actos...

—Me queda claro todo lo que tiene en contra, ¿por qué dudás? ¿Por qué no podés definirte? —reclamó Paulo.

—No es fácil —se lamentó y confesó—: Quiero alejarla y termino reteniéndola con más fuerza.

—Un vicio —conjeturó Paulo.

—No creo —dudó Bhric.

—Retiramos todos los micrófonos —anunció Fraser a Donato—. Necesitamos permiso para inspeccionar el resto de los domicilios.

—¿Cómo vulneraron tan fácilmente nuestra seguridad?

—La llave fue Ferraro.

Donato salió del escritorio, abrió la puerta y accedió a que Bhric y Paulo formaran parte de la reunión.

—¿El edificio está limpio? —preguntó Bhric.

—Absolutamente —aseguró Fraser—. Estamos revisando la empresa y los automóviles, necesitamos acceso a los pisos de ustedes dos.

—¿Quién puso los micrófonos? —se inquietó Paulo—. La competencia jamás se expondría a tanto para robarnos información bursátil.

—Ferraro les dio acceso a los Mazzarello —concluyó Donato.

Bhric golpeó con un puño el escritorio, Paulo no consideró que la puja por una herencia justificara el espionaje dentro del Grupo Neri.

—Deben saber que está escondida en Escocia, es conveniente que viaje para asegurarnos de que allí nadie corre peligro —dijo Bhric y de inmediato impartió la orden a Fraser—: Protejan a mi madre con los efectivos que haga falta.

—Alguien debería aclararme qué está pasando —reclamó Paulo.

—A Meribeth no hay que decirle nada —indicó Donato, y con la mano le hizo una seña al menor de sus hijos para que tuviera paciencia, las decisiones eran más urgentes.

—Es necesario que todos estén al tanto —recomendó Fraser.

—No, esa escocesa es capaz de ir a La Boca para enfrentarlos sola. A ella ni una palabra.

Bhric evitó enlazar las similitudes en el carácter de Camila con el de su madre.

—No se aparten de sus custodios, ni un paso fuera de la rutina sin notificármelo —interpuso el de seguridad.

Bhric se llevó las manos a la cabeza, no habría ninguna posibilidad de que la estirada cumpliera esa orden.

Convencido de que se habían cubierto todos los puntos débiles, Donato los despidió y se encerró para volver a comunicarse con viejos conocidos heredados de los negocios del tano.

—Tengo que verte —dijo a su interlocutor en el teléfono.

—¿Extrañás?

—Se niegan a olvidarme.

—Decime dónde.

—En el café de Olavarría y Brown, en una hora.

—¿No querés que me vean por tu barrio?

Los dos hombres, con puntualidad, dieron inicio a su cita estrechándose las manos; se sentaron a una mesa y pidieron picada y Cinzano. Sin preámbulos, Donato expuso el motivo del encuentro:

—Los Mazzarello son una amenaza.

—¡Por fin lo aceptás!

—Hay que frenarlos de una vez por todas.

—No es fácil —comentó el acompañante.

—Tampoco imposible. Recluté a los necesarios y ponelos a trabajar. Quiero conocer sus movimientos, quién los provee, cuándo, dónde. Data de quienes los cubren y data de los que se la tienen jurada. Ojo con Schiaffino, todavía no sé para qué lado está pateando.

—Volviste al juego, Tano —se regodeó.

—Me obligaron —respondió Donato Neri.

Para que Fraser pudiera revisar su departamento sin que Camila ni Meribeth se alarmaran, Bhric las citó en un restaurante cercano.

En tanto lo esperaban, la conversación surgió:

—Ustedes son una pareja de enamorados muy rara —comentó Meribeth—, por momentos creo que se adoran y al segundo los veo repelerse.

Camila solo entendió aquello que fue de su interés y consultó:

—¿Te dio la impresión de que me adora?

—Acabás de acrecentar mis dudas. Una mujer que está a punto de dar el sí no hace esa pregunta.

—No me entendiste, Meribeth —aseguró, recobrando cada gen Ocampo—. Entiendo que los hombres expresan sus emociones sin utilizar las palabras —y agregó—, en el caso de tu hijo eso se potencia. Es un especialista en moverme el piso y desorientarme, les hace frente a los obstáculos que encontramos en el camino de la misma manera en que pelea contra sus propios reparos, pero para él es imposible verme como a una igual porque su carácter mandón se lo impide.

—Nadie es más que nadie.

—¿Se lo dijiste a él? —preguntó, bebiendo un sorbo del aperitivo—, porque el muy tozudo está convencido de que yo me creo superior y se empacó en convencerme de que está por arriba de mí. Te aseguro que me enerva.

Meribeth pasó por alto el comentario y se enfocó en el punto que le importaba:

—Camila, a los enamorados la alegría les brota.

Olvidó que estaba frente a la madre de él, revisó en su memoria preguntándose si había recobrado la alegría desde que estaba con él. Las palabras surgieron desde su interior:

—Cuando casi toda mi familia murió, no tuve tiempo para darme cuenta de que perdía el entusiasmo por vivir; debí ocuparme de seguir adelante y hacerles

frente a los problemas que me superaron. —Hizo una mueca, miró a Meribeth y le aseguró—: La puja constante que mantengo con él, y los momentos de calma, me devolvieron la sonrisa pero, ¿sabés?, lo mismo le pasa a él cuando está conmigo; también lo exaspero y, aun así, sus ojos sonrían. Creo que es la única parte de su cuerpo que no puede dominar, en ellos está el verdadero Bhric.

La escocesa estuvo a punto de coincidir, pero resguardó su parecer y prefirió ser clara:

—Quiero que mi hijo sea feliz, quiero que se case para toda la vida.

—Yo, en cambio, quiero estar convencida de lo que siento sin pensar en lo que ocurrirá mañana. Toda la vida es demasiado tiempo, asegurarte eso sería lo mismo que estancarme y privarme de la posibilidad de crecer. —Observó la cara de Meribeth que intentaba entender a qué se refería—. Admirar su esencia, confiar en su mirada, latir juntos. No me interesa aturdirlo con mi belleza, no me importa si a él le gusta el verde y a mí el azul pero, en tanto coincidamos en esos tres puntos que te marqué, estaré a su lado.

—Esos tres puntos son la base del amor.

Camila descubrió a Bhric caminando hacia ellas y concluyó:

—Sí, lamento que tu hijo no sea demostrativo. ¿Tanto te costaba agregarle un poco de dulzura cuando lo creaste?

Meribeth sonrió con picardía, molestándola.

—¡Dios mío, los escoceses son todos iguales!

—¿Estás peleando a mi madre? —preguntó Bhric, besando la mejilla de Meribeth.

Cuando lo tuvo junto a ella, le tomó la cara con las manos obligándolo a que la mirara. Con un dedo pulgar le recorrió la comisura de los labios. Bhric achicó los ojos, Camila pestañeó con lentitud antes de besarlo con suavidad.

—¡Qué suerte que llegaste! —le dijo.

Sorprendido, tomó asiento y frunció el ceño.

El *maître* los invitó a elegir en el menú. Durante el almuerzo, Meribeth les indagó los gestos, las miradas, los silencios.

Bhric se ocupó de que las mujeres no sospecharan del verdadero motivo por el

que las invitó. Por mensaje de texto, Fraser lo tranquilizó asegurándole que su piso estaba libre de dispositivos. Al finalizar los postres, pidió la cuenta y transportó a su madre al departamento antes de dirigirse con Camila a El Chasqui.

Por ser el día festivo, solo estaba presente el personal de guardia. Al ingresar a la oficina indicó que no debían interrumpirlos. Camila abrió los ojos ilusionada, creyendo que finalmente había logrado seducirlo y los esperaba una tarde de sexo salvaje, pero comprendió lo errado de su pensamiento cuando Bhric le señaló la silla del escritorio y sirvió dos whiskies.

—Las llevé a almorzar para que Fraser pudiera hacer su trabajo en mi departamento.

—No entiendo.

—Revisar que no hubiera micrófonos.

—Decime que no los había —rogó ella, mirando el entorno y comprendiendo que la oficina también había pasado la revisión, de lo contrario él no la hubiera llevado allí para hablar.

Bhric frunció el ceño y se dejó caer en la silla frente a ella.

—No —le aseguró—, pero sí aquí y en la oficina de mi padre.

Ante la afirmación, Camila comprendió:

—Mis tíos.

Él fue relatándole la trama que unía a los Mazzarello con los Neri, incluyendo las incursiones de los Cameron, para justificar la importancia de su inminente viaje a Escocia. El estupor en la muchacha provocó las náuseas que la obligaron a correr hacia el baño. Aliviada, se mojó la cara con agua fría; observó su imagen queriendo desprender de su vida los rastros de su ascendencia, luego regresó a la oficina.

—Voy con vos —aseguró Camila.

—No.

—Si vas a correr riesgos por culpa de mis tíos —dijo, rodeando el escritorio para enfrentarlo—, los corremos juntos. Voy con vos.

La miró a los ojos dudando si la propuesta de ella era producto de su valentía,

de sus impulsos descontrolados o si temía quedarse sola.

—El lunes tenés compromisos con Rowner, no podés viajar.

—Los cancelo —respondió, cruzando al frente los brazos y acercando su cara a la de él.

—Dijiste que era imposible —le recordó, adelantando un tanto el torso para intimidarla.

—Firmé un contrato con cierto bloque granítico que dentro de un año me permitirá hacer frente al reclamo de Rowner, Alex y todo el circuito publicitario. Quedate tranquilo. Voy con vos.

Camila no le temía, tal vez no confiaba en él pero estaba dispuesta a seguirlo. Se puso de pie, la sentó sobre el escritorio y apoyó las manos a los lados de ella, encerrándola.

—No.

—Estamos de acuerdo, gigantón, NO me voy a quedar acá, voy con vos.

—No —repitió, esta vez impostando la voz.

—Problema tuyo. Me compro un pasaje y listo.

¿Qué iba a hacer con ella? Bhric estaba al límite de su paciencia, preocupado por Meribeth, por Donato y por su estirada.

—Vos me complicás la vida.

—¡¿Yo?! —gritó, ofuscada—. Mirá, yo soy tu mejor coartada. Viajo con mi *mok*, para conocer la tierra donde se crió, antes de dar el sí en el altar. No existe un camuflaje mejor —Bhric golpeó con ambas manos el escritorio, luego giró sobre sus talones, bufó, gruñó y, a pesar de todo eso, ella continuó—: Nosotros acordamos resolver juntos el problema que nos montaron mis tíos. No puedo abrirme, no quiero abrirme y no podés prohibírmelo. Lemos se ocupará de El Chasqui, Paulo lo va a ayudar. Ya le pedí a Bengoechea que trabaje en conjunto con Schiaffino y que me mantenga al tanto antes de tomar cualquier decisión. Rowner es el menor de los problemas; cuando le diga a Alex que viajo, seguro que se infarta y eso jugará a mi favor regalándome tiempo.

Bhric se alejó, le dio la espalda y miró por la ventana. Camila no le entregó tiempo para que reflexionara, se bajó del escritorio, caminó hasta quedar cara a

cara, ubicada entre el cristal y el cuerpo de él.

La observó con cuidado, ella estaba decidida, no podía anexarle a su padre o a su madre el problema que suponía la estirada y sus impulsos.

—De acuerdo. Pero harás lo que te ordene.

—Siempre y cuando...

—Lo que te ordene, o te ato a ese escritorio —aseguró, señalándose— y hasta mi regreso lo único que conseguirás será que te traigan pan y agua.

—Dale, pero no te pases porque si lo hacés...

Bhric dejó de prestarle atención, se sentó frente a la computadora, buscó lugares en el próximo vuelo hacia al aeropuerto de Heathrow y la combinación inmediata a Edimburgo.

Salieron de El Chasqui, Bhric se aseguró de que la custodia de ambos estuviera atenta y subieron al Bentley rumbo al departamento donde cenaron con Meribeth, sin comentarle del viaje.

A la hora de las verdades, el lecho otra vez les habló de la tortura que implicaba compartirlo. Camila añoró los placeres que él supo brindarle y se maldijo porque el orgullo la llevó a tomar decisiones apresuradas. Bhric se concentró en no dar el brazo a torcer y descargó su frustración iniciando una nueva disputa:

—¿Tanto te cuesta ser ordenada?

—Nota mental: revisar si en el departamento nuevo se pueden armar dos vestidores, completamente innecesarios, para evitar que te salte la térmica porque dejo un pañuelo fuera de lugar.

—Dejaste todo fuera de lugar, no un pañuelo.

—¿Sabés qué está fuera de lugar y sin embargo hago la vista gorda? Vos —dijo sin esperar a que él retrucara.

Bhric terminó de calzarse el pantalón de pijama, se acostó sobre la cama, cruzó los brazos por debajo de la nuca y, finalmente, contraatacó:

—Tu desorden es más molesto que tus gemidos.

—El que gemías eras vos —dijo ilusionada, comprendiendo que él la deseaba.

—Te recuerdo que sos sorda y con una imaginación ridícula.

—Apostemos —propuso Camila.

—¿Apostar? —preguntó como si no tuviera en claro que ella ya había caído en la trampa.

—Veamos quién le provoca más gemidos a quién. Si ganás suprimo definitivamente la clausulita del celibato, si gano la prorrogo hasta un mes después del casorio.

Bhric se pasó una mano por el labio para ocultar que se sentía vencedor mucho antes de haber comenzado. Entrecerró los ojos, estudiándola. Camila giró para mostrarse entera, se acercó a la cama y fue reptando hacia él. Cuando las bocas estuvieron a la misma altura, dijo:

—Dame el primero, gigantón. Soy una dama.

En la mañana, al despertar, Camila estaba relajada sobre el cuerpo de él, que la retenía con los brazos. Disimulando la obviedad, Bhric la dejó sobre la sábana y fue rumbo al baño.

La muchacha se refregó los ojos intentando asegurarse de que no estuvo soñando; aquel hombre se convertiría en su esposo y deseó que siguiera siéndolo más allá del año acordado, porque la intimidad con él superaba cualquier otra experiencia vivida. No había similitud entre esa noche y la primera, Bhric podía variar las formas siendo rudo y suave, agresivo y dulce pero siempre sensual. Desde que lo conoció estuvo en constante peligro y jamás temió porque él se ocupó de cuidarla y rescatarla. Las discusiones los sacaban de quicio a los dos y, así como pujaba cada uno por ganar la contienda, estaba segura de que valoraban la pasión con la que el otro esgrimía cada argumento. El tiempo pasó sin que lo notara, hasta que lo vio ya vestido y dispuesto a desayunar. Con prisa saltó de la cama, corrió al baño y sobre el espejo leyó:

Gané. Rompé el anexo

Bufó más por deporte que por enojo, pero su furia se desató cuando descubrió

los restos del lápiz labial que Bhric había utilizado para dejar sellado su triunfo.
«Juro que me muero de ganas de patearlo donde más le duele».

Donato recibió los avances de las investigaciones de aquellos que fueron parte de su pasado.

Una fracción muy importante de los ingresos de los Mazzarello provenía de la distribución y venta de cocaína comercializada desde sus burdeles. Pronto recibirían un abultado cargamento y por esa razón relegaban ir tras la presa que Meribeth protegía. Tenían suficientes indicios que indicaban que Marta estaba en Escocia y el Tano entendió que instigarían a los Cameron para conseguir el paradero exacto. Debía dar pasos certeros. Volvió a reunirse con el hombre que escogió para comandar la misión y lo escuchó.

—Tenemos que filtrar el dato —aconsejó el tipo—. ¿Schiaffino nos servirá como carnada?

Donato se quedó pensando, finalmente anunció:

—Hay que armarlo bien, sin dejar ninguna punta —y explicó—: Martina supo que destrabé lo que quiso armar con Rowner y le dio nuevas directivas a Schiaffino. Para frenarla hay que dejarla pegada; usémoslo a él.

El hombre comprendió que el pacto con Martina Ocampo estaba roto y le recordó:

—Dijiste que no querías sangre.

—Lo que no quiero es que la bala sea nuestra.

—Entendido. No se hable más. Te mantengo al tanto. Pero —quiso asegurarse—, que te quede claro, Tano, no me la juegues de atrás. Los boliches serán míos y esta vez te abrís para siempre.

—Cumplí con tu parte, de mi palabra no duda ni vos ni nadie.

Fue imposible que Meribeth se quedara en Buenos Aires si su hijo y la novia viajaban a Escocia. Se había movilizado con el único interés de averiguar si realmente se amaban y, por el momento, no tenía certezas. Como no pudo convencer a Camila para que postergaran el viaje hasta después del casamiento, convirtiéndolo en luna de miel, se unió a ellos aun sabiendo que debería soportar la insufrible compañía de Fraser, adosado como garrapata y enmascarado tras la orden de Donato que insistió en que no viajarían sin la seguridad que el hombre brindaba.

Fraser se reunió con los tres pasajeros antes de iniciar la travesía. Describió los motivos reales del viaje y recalcó la importancia de que se mantuvieran siempre bajo su ala protectora. En persona había entablado comunicación con la seguridad estable de los Cameron para actualizar la información y esgrimir las estrategias.

El largo traslado, con escala para el cambio de avión, no resultó placentero para Camila teniendo de un lado a Bhric rumiando porque Fraser coqueteaba con su madre, y por el otro a Meribeth controlándose para evitar tirar de la aeronave, y sin paracaídas, al mentado.

Apenas pisaron suelo escocés, el de seguridad estaba tan molesto como el resto de los Cameron y Camila dudó si era conveniente seguir al cuidado de un hombre cuyo carácter parecía tan volátil.

Jane los recogió en el aeropuerto y los transportó en el monovolumen propiedad de la destilería. En el camino, cada uno de sus interlocutores respondió a sus preguntas con monosílabos... salvo Camila.

—Me encanta todo lo que veo. ¡Qué belleza! —exclamó en inglés—. Me duelen los ojos por querer absorber cada milímetro a nuestro alrededor.

Meribeth accionó la radio, pensando que de esa manera la muchacha se concentraría en la música y cerraría la boca. Pero no lo logró.

—Será muy difícil distinguirme entre tantos pelirrojos, Bhric; voy a tener que pensar en cómo identificarte.

La locuacidad de la muchacha logró que para el resto pasara desapercibido el mensaje que, desde el celular, Fraser le mostró a Bhric:

Información no confirmada ubica a F en Nápoles.

Finalmente llegaron a la casa de Meribeth donde Keite, con la cara rebotante de alegría, los esperaba en la puerta.

Bhric salió del auto, se acercó a ella y la tomó de la cintura haciéndola girar en sus brazos.

—Bhric —dijo Keite entre risas.

—*Mo charaid ghràdhach* —mi querida amiga, respondió él en gaélico escocés.

Camila estudió de arriba abajo a la joven escocesa, intentando tolerar el impulsivo saludo que le proporcionaba su prometido. Al notarlo, Jane codeó a Meribeth conteniendo la risa.

Bhric soltó a la muchacha, giró mostrando alegría en su rostro y tendió una mano hacia Camila para que se les uniera.

—Keite, te presento a Camila Ocampo, mi futura esposa.

La amiga no pudo evitar reflejar la desazón que la embargó, Camila se dio cuenta y la estrechó en un fuerte abrazo.

—Encantada. Qué bonita amiga tiene mi *mok*. Por la alegría que les provocó el encuentro puedo entender que se quieren mucho; espero que seamos amigas, Keite.

Meribeth le guiñó un ojo a la sorprendida Jane y dijo:

—Bajemos el equipaje que hace frío.

Los hombres se ocuparon de las valijas, Camila entró a la casa acaparando por el brazo a la amiga de su gigantón. Meribeth dejó salir su carcajada.

Después de acomodarse, Bhric llevó a las muchachas a recorrer la destilería. Camila probó las bebidas que le sugirieron, y descubrió que su novio sentía un profundo cariño por el lugar y por Keite. Inquieta, le envió un mensaje de WhatsApp a Lucila:

Acabo de conocer a una admiradora de Bhric.

Comprendiendo que había llegado bien a Escocia, la amiga respondió:

Aplastala.

La Ocampo quitó la mirada del celular y la posó en Keite. Sin mirar el teclado, escribió un nuevo mensaje:

La muy descarada vive haciéndole ojitos.

Lucila sonrió, en tanto tipió:

Celos?

«¡Pero por favor! —pensó Camila—, simplemente estoy comentando la desvergüenza de las escocesas».

Se despidió de la amiga y se alejó unos pasos para recibir el llamado de Alex: —¡Ay, cuánto lo siento! —exageró—. Les pido mil disculpas a vos y a Rowner. No tuve tiempo de avisarles porque debí viajar de manera imprevista. —Escuchó la lista de reclamos y comentó—: No te preocupes, me haré cargo de la demanda pero, eso sí —comentó—, las conversaciones las mantendremos en el estudio de mi abogado, en su casa se siente con derecho a acosarme mientras insiste en que consuma droga con él.

Bhric la escuchó y se tensó. Aunque Keite no comprendía el castellano, percibió el cambio en él y lo consultó:

—¿Qué te inquieta?

—Ella —fue la escueta respuesta.

—¿La amás?

—Voy a casarme con ella —aseguró, cancelando cualquier posibilidad de

repregunta.

Fraser se presentó ante los efectivos del lugar y, recorriendo las inmediaciones, repartió indicaciones. Al terminar se reunió con Meribeth a solas.

—Estamos aquí para poner a resguardo a la señora Marta —explicó—. Tengo que hablar con ella, revisar que su seguridad...

—De ninguna manera —negó la escocesa.

—No puedo mantenerla a salvo si no sé dónde está —se ofuscó Fraser.

—Está bien y cuidada por gente de mi confianza.

—¿Para qué vinimos, entonces? —reclamó más molesto.

—Para que Donato dejara de hostigarme pidiéndome un dato que llevo años negándome a darle y para alejar a mi hijo del peligro haciéndole creer que me resguardaban a mí.

Fraser se llevó las manos a la cadera, frunció aún más el ceño, respiró hondo buscando calma antes de reclamarle:

—Para eso no era necesario que viajara yo, podría haber enviado a otra persona. Comprenda, señora, que quien me da indicaciones es Donato Neri.

—Seguramente —respondió Meribeth con calma, mirándose las uñas.

Por el cansancio del viaje, la cena no fue más que un trámite donde se dialogó poco. Bhric se mantuvo encerrado en su interior, rumiando malestar. La madre lo conocía lo suficiente como para no indagar frente a terceros. Keite intentó extender la velada y fue Jane quien se ocupó de desanimarla:

—Necesitan descansar.

La muchacha se despidió y se alejó por el sendero que la llevaba hasta su casa.

La pareja se retiró a su cuarto. Las mujeres mayores, a solas en la cocina, acomodaron mucho más que platos en el lavavajillas:

—La quiere —aseguró Jane—, pero no se lo está demostrando.

—La adora —reafirmó Meribeth—, pero Camila es un caso serio.

Bhric no encontraba la manera de preguntarle sobre la conversación que furtivamente le escuchó mantener con Alex. Se dio una ducha caliente intentando relajar los músculos. Salió del baño decidido a ser directo:

—¿Consumís drogas?

Camila continuó cepillándose el cabello, absorta en pensamientos que él no pudo descifrar. Finalmente la escuchó responder:

—No, ¿qué te hace pensar eso?

La mente de él hizo un rápido acopio de los miles de motivos que le permitían sospecharlo, pero comentó:

—O vivís drogada o estás completamente loca.

Ella sonrió con desparpajo y lo miró en el espejo.

—La droga está a mano de quien sea tan estúpido como para tomarla. Pero vos ya sabés que yo no soy tonta.

—Tu agente te apuró por teléfono.

Bajó la mirada del espejo, dejó el cepillo sobre el tocador, giró en el taburete y lo miró a los ojos:

—No te tenía en el papel de chusma —lo acusó—, de cualquier manera, no me dejé intimidar. No tendré tu inmenso cuerpo, patovica, pero me las arreglo.

—Esas cosas tenés que dejarlas en mis manos.

Camila volvió a sonreír, se acercó a él, secó con la yema de un dedo las gotas que permanecían sobre el cuello de Bhric y lo obligó a cambiar de tema:

—¿Keite no reunía los requisitos?

Molesto por la pregunta, inquieto por la piel de ella recorriendo la suya, aseguró:

—Keite es mi amiga.

—No me refería a eso.

Terminó por intrigarlo y preguntó aun sabiendo que posiblemente la respuesta no le conviniera:

—¿A qué, entonces?

—¿Por qué no logró enamorarte?

—Dije que somos amigos.

—No me hagas reír, gigantón —replicó alejándose de él—. Tu amiga se muere por vos.

Bhric no quiso que Keite quedara en posición débil, se dejó caer sobre la cama y atacó:

—Hay cariños sinceros que no precisan de un orgasmo, estirada.

—Ella tiene más de un orgasmo cada vez que te ve, eunuco. El problema es que no los tenés vos cuando estás a su lado y esos son los requisitos que le faltan a Keite, no el linaje. Pero quedate tranquilo, yo los reúno todos, incluso los que jamás te atreviste a soñar.

Bhric salió de la cama, el fuego de la leña crepitó dentro del hogar, se acercó a ella, le retiró hacia la espalda el mechón rubio que caía sobre un pecho, sin dejar de seguir con la mirada el movimiento. Con rapidez viró los ojos hacia los de ella, Camila contuvo el gemido.

—No es Keite quien está en mi cuarto en este momento. —La mano que mantenía sobre el hombro se dirigió despacio hasta la oreja de la muchacha, con algunos de sus dedos le rozó la nuca. Camila intentó alejarse—. Recordá que gané nuestra apuesta.

—Redoblemos —propuso, intentando que su voz sonara firme. Bhric, sorprendido, aguardó a que se explicara—: Dos meses de celibato si te gano, contra la oportunidad de que disfrutes de mis buenos modales frente a Keite.

Seguro de que ella no quería ganar y que recurría al orgullo para no mostrar debilidad, se rió para sí, sin mostrarle la sonrisa. Presionó la nuca para atraerla a él. La besó, aceptando el desafío. Con la otra mano la recorrió desde el cuello hasta la cadera. La alzó en brazos para depositarla en la cama. Ella absorbió todo el aire que fue capaz cuando la lengua de Bhric vagó por su cuerpo. Suspiró con fuerza al sentirlo en ella. Expresó su disfrute sin límites, suspendida en la nube del placer.

El escocés empujó con fuerza, se negó a alejarse, la inundó de él y se permitió reposar sobre ella con todo el peso de su humanidad.

Camila entendió que había vuelto a perder.

—Donato todavía no sabe con quiénes se está metiendo —gritó Marcos, golpeando el tablero de su escritorio.

—Vamos a explicárselo mejor —aconsejó Juan.

—Cambien la ruta de la entrega, recibamos la merca, pongámosla a resguardo y después dejémosle en claro que con nosotros no se jode.

—¿A quién bajamos? —preguntó Juan.

—Al nene. Si el Tano no entiende el mensaje seguiremos con la hija.

—¡Putá madre, Marcos! Yo quiero cargarme al que se nos escapó en la autopista.

—Rengo —adiestró su hermano—, usá la cabeza. A este lo tenemos a mano.

—Hay que sacarle la vigilancia de encima, a Fraser no lo compramos.

—El muy calentón se la saca solito. Ponele delante una mina y vas a ver que no necesitamos comprar a nadie más.

Juan movió la cabeza aceptando e intentó sumar su deseo de venganza:

—Rowner le metió un chongo en la cama a la vieja. Podríamos pedirle que se la cargue.

—Avisale al *gorra* para que tenga todo listo. Pero vayamos de a uno. Para que salga bien.

Martina no estaba de acuerdo con el camino que planeaba su abogado contra los Mazzarello. No los quería presos y con una mordaza sino muertos, para evitar que hablaran.

—No hay nada que aceptarle a Neri, yo no deseo hacer más tratos con él —advirtió a Schiaffino en el teléfono.

—Es necesario que piense la oferta con tranquilidad. Podemos pelear la pena y proponer reducirla a cambio de que no hagan escándalo. Con respecto a la división de bienes —comentó el abogado—, eso es imposible de modificar. El

juicio por filiación está encaminado y las pruebas son irrefutables.

—Lo contraté para que aniquilara a los Mazzarello y que no pudieran poner un dedo sobre mi dinero. Esto que usted me está proponiendo ya lo intenté —dijo Martina— y no funcionó.

—Creo que usted confunde los tantos, Ocampo. Yo soy abogado y me ocupo de mis clientes. Cuando los tengamos presos atacaremos demostrando la responsabilidad de ellos en el sabotaje donde murieron sus parientes. Pero esa la meteremos después de hacer el acuerdo, no antes —explicó—. Jamás saldrán de prisión.

—Seguirán vivos, abogado, y hablarán. Su estrategia no me interesa.

—¿Está despidiéndome?

—Estoy indicándole cuáles son mis pretensiones. Asegúrese de hacerlas realidad —dijo, antes de cortar la comunicación.

Arrojó el teléfono sobre el sillón. Caminó hasta la ventana y perdió la mirada en el Sena. Decidió que había llegado la hora de hablar con el Tano, sin intermediarios.

—Pasaron muchos años, Martina —comentó Donato luego de saludarla.

—Vayamos directo al grano, ni vos ni yo estamos interesados en los recuerdos.

—Te escucho —aseguró, conforme porque había logrado exponerla.

—Tu plan no me alcanza, ya sabés qué es lo único que para mí daría por concluido el tema.

Donato se mantuvo unos segundos en silencio, luego la notificó:

—Mi hijo y tu sobrina se casarán en menos de un mes.

Martina comprendió que Camila había hecho un acuerdo para acabar con los usurpadores, y no le interesó conocer nada más. El Tano exigía un pago, el precio era una Ocampo, lo consideró justo.

—Los Mazzarello van camino a extinguirse y mi sobrina demuestra no ser digna de su linaje.

—Todos son tu sangre —remarcó él y la mujer no respondió, la comunicación había llegado a su fin.

Paulo salió de El Chasqui envuelto en la inquietud por no saber cómo era posible que hubiera entrevistado a diez prostitutas, con deseos de convertirse en modelos, en una sola tarde. No había puesto ningún aviso en los clasificados solicitando algo parecido y mucho menos citándolas allí. Pensó en consultarlo con Camila, pero la brillante idea de encontrarse con Lucila pudo más.

—Ah, sí —dijo la modelo, dejando sobre la barra del bar el chopp de cerveza—, Cami me comentó algo. Me olvidé de hablarlo con Alex, pero creo que no pondrá objeciones.

—¿Por qué las citaron en El Chasqui?

—Porque la idea se le ocurrió a Camila, es lógico que se lleve los laureles.

—¿Qué laureles? Esas mujeres son prostitutas del más bajo burdel de la ciudad. No hay manera de que las pulan y las conviertan en...

—Paulo —lo amonestó—, no pongas en duda nuestra capacidad. Tomá los datos de las chicas y limitate a esperar. Cuando ella regrese pondremos manos a la obra.

Paulo sonrió. Bhric tenía razón, la Ocampo estaba completamente loca y, por lo visto, era contagioso.

—Soy un simple empleado —comentó, guiñándole un ojo a Lucila—. Pero ahora estoy fuera del horario laboral y tengo a una *menina* preciosa frente a mí.

—Pensé que nuestra reunión se debía a temas de representación.

—Exacto —aseguró Neri—, yo represento todo lo que necesitas esta noche. Y lo hago de manera absolutamente gratis.

Lucila sonrió, terminaron los tragos y se fueron al piso de ella.

Los besos recorrieron prendas, las manos reemplazaron a las palabras, los gemidos abrieron las puertas a una nueva noche de placer que a cada momento les costaba más esconder tras la fachada de la simple casualidad.

Lucila comprendió a Camila en la locura de haber aceptado un trato tan descabellado con Bhric. Ella hubiera hecho lo mismo si la propuesta hubiera partido de Paulo. Los Neri eran una bebida adictiva, sin importar que el *blend* se

hubiera conseguido con la calidez del sol brasileño o las claras aguas del norte.

Lo observó dormido. Con las largas pestañas arqueadas, los rasgos masculinos y a la vez delicados, con el cuerpo entrenado en gimnasios y la piel curtida por el sol y los genes. Se imaginó junto a él y supo que tenía una ardua tarea por delante si pretendía que ese hombre siguiera a su lado. Sonrió, Camila estaría pensando en lo mismo, con más razón ahora que había conocido a la amiguita escocesa a la que Bhric le tenía tanto afecto. Cerró los ojos, respiró hondo y confió en que el destino le traería las respuestas. Esa noche ella estaba junto a Paulo y no quiso opacarla con dudas de las que podía ocuparse en el mañana.

En Escocia, el día era soleado aunque fresco, y Bhric accedió al pedido de Camila que quería conocer un castillo medieval. La llevó al sur hasta Stonehaven.

El Dunnottar Castle, al borde del precipicio y desafiando el mar, embelesó a la muchacha que, perpleja, admiró el magnífico entorno cuando el espíritu aventurero de él lo impulsó a guiarla por las escaleras de piedra para introducirla en las ruinas y apreciar la vista desde los miradores. Verde, gris y azul cristalino, colores tan intensos como la emoción que sintieron.

—Siempre me gustó este lugar —le contó él—, de chico venía a jugar.

—Si nos casáramos en Escocia —dijo ella—, tendría que ser acá, frente al mar; nos prometeríamos todo lo que sabemos que no se cumplirá, pero al menos conservaré en mi retina este paisaje maravilloso.

Conmovido porque Camila apreciara un sitio que él sentía propio, la instó a que se miraran a los ojos, con la mano derecha tomó la izquierda de ella y la transportó hacia sus orígenes:

—Si nos casaran en Escocia, buscarían un roble adornado por muérdago, unirían nuestras manos con un lazo y nosotros le aseguraríamos al mundo que nuestras almas se buscaron para aunar fuerzas contra los escollos —con sus palabras, Bhric la fue llevando por la tradición. Las yemas de sus dedos la acariciaron tanto como sus ojos azules que impartían seguridad—.

Confirmaríamos que somos compañeros, aliados; que la confianza de uno en el otro es la piedra sobre la que sostendríamos la promesa de respetarnos; que honraríamos los cuerpos y al fruto de los mismos.

Camila supo que jamás había sido tan venerada, deseó que el tiempo se detuviera para seguir sintiendo esos ojos trasmitiéndole amor.

Bhric se olvidó de continuar explicando cómo sería casarse bajo ese rito y abrió su interior:

—Juntos escalaremos el dolor, fundidos gozaremos de la pasión y nuestras almas podrán sonreír eternamente.

Con las manos unidas las cabezas se acercaron y la boca de él buscó la de ella para confirmar lo que el corazón de cada uno ya sabía. Bhric la encerró en un abrazo que no señaló rendiciones, un abrazo que afirmó la seguridad del amor que los unía.

Se separaron, Camila se acercó al mirador para volver a apreciar la vista hacia el precipicio y respirar hondo, gozando del momento. Bhric, desconcertado por sentirse tan pleno, se agachó para recoger una flor silvestre.

El sonido de una rama al quebrarse y la corrida de un animal espantado por el murmullo del viento alertaron del peligro a la pareja.

Bhric empujó a Camila, la vio caer hasta que la cabeza golpeó contra el pasto y quedó desmadejada, con los brazos laxos estirados hacia los lados. Giró con rapidez y con el codo le dio de lleno a la nariz de un hombre. Un puñal se deslizó hacia el lado opuesto en el que Ferraro, perdiendo el equilibrio, cayó por el acantilado.

No se detuvo a verlo morir, dio tres pasos hacia ella, la encerró en un abrazo, oteó el entorno y confirmó que su custodio llegaba sin aliento junto a ellos.

Camila tembló, abrió los ojos y vio un hilo de sangre tiñendo el abrigo de él.

—¿Te lastimaron? —preguntó ella—, decime que estás bien.

—Tengo que llevarte al médico.

El cielo se oscureció, la lluvia comenzó a caer con gotas gruesas que los golpearon con furia. Bhric la tomó en sus brazos y apuró el paso hasta donde habían dejado el auto; la acomodó en el asiento y se introdujo a su lado. El

guardaespaldas comenzó a guiar el vehículo hacia un hospital.

—¿Qué pasó?

—Era Ferraro y ya está muerto —comunicó, en tanto con un pañuelo de papel trató de limpiarle la herida de la frente—. Esto va a ponerse feo, está creciendo un chichón y pronto aparecerá el morado. Apúrese —indicó a quien intentaba transmitirle a Fraser lo ocurrido mientras conducía.

—Vayámonos lejos, Bhric.

Lo sucedido en Escocia movilizó a los Neri, Donato ordenó que agudizaran los controles y decretó reunir a toda la familia en la casona de San Isidro.

Paulo, considerando el estado de su hermana, se ofreció para transmitirle los hechos en persona. Llamó por teléfono a Mario, le avisó que estaba en camino y que lo necesitaba para contener a Vera.

El hombre comprendió que no recibiría otra explicación y terminó de calzarse el suéter, ingresó en la cocina y vio al custodio que cortaba un llamado en su celular al mismo tiempo que se erguía de la silla; una rara sensación recorrió el cuerpo de Mario y, aunque reaccionaron de inmediato, no llegaron a tiempo para detenerla, Vera bajaba en el único ascensor del palier principal. Corrieron a la puerta de servicio, uno presionó el botón del elevador, el otro se lanzó escaleras abajo.

La embarazada llegó a la calle, elevó la mirada hacia el local donde pretendía proveerse de facturas recién horneadas.

—¡Vera! —gritó Mario.

Paulo Neri realizó maniobras desesperadas intentando dominar el Lexus que, de pronto, no le respondía. Pensó en arrojarse del vehículo, pero cambió de opinión al ver a Vera intentando cruzar la calle y a Mario corriendo hacia ella. Accionó el freno de mano, giró con más ímpetu el volante, tocando bocina al mismo tiempo. La película se deslizó lentamente ante sus ojos horrorizados, logró esquivarla con la trompa, pero no pudo evitar que el auto diera un giro y con la parte trasera golpeará de lleno sobre la embarazada, luego contra Mario.

El airbag lo atrapó al chocar contra la fachada de la panadería. Su custodia

atravesó el móvil para cortar el tránsito; el encargado de Vera disparó la alerta en su celular y exigió una ambulancia aun sabiendo que nada podía hacerse, ella ya no respiraba y Mario yacía sobre un charco de sangre.

—Neri, venga de inmediato —solicitó Fraser—, hay malas noticias. Corto con usted y pido un médico para la señorita Ocampo, pero no vayan al hospital. Vengan.

El ceño de Bhric se frunció, sus mandíbulas crujieron. Camila, asustada, pidió explicaciones.

—Tenemos que ir a casa de mi madre —explicó, regresándola al auto, y se sentó en el asiento del conductor, Camila a su lado, el custodio en el de atrás. Le dio el celular a ella y solicitó—: Llamalo a Paulo.

Luego del tercer intento, Camila le comunicó:

—Salta el contestador.

—Al Tano —reclamó Bhric.

—De acuerdo —aceptó y comenzó a buscar el contacto.

—Hubo un accidente —dijo el custodio repitiendo lo que Fraser le relataba al mismo tiempo por su teléfono móvil.

Con horror escucharon la breve pero concisa narración de lo ocurrido en Buenos Aires.

Bhric golpeó el volante con un puño, Camila se tapó la boca con las manos para acallar un grito.

—Los voy a matar —aseguró él, imposibilitado de soportar tanta angustia.

Ella respiró hondo, se limpió las lágrimas con una mano, apoyó la otra en el hombro de Bhric, buscando las palabras para consolarlo.

—No hables —le exigió él, reconociendo cada gota de sangre que portaba genes del Tano, tensionando cada músculo con el que aplastaría a los bastardos.

—Juntos escalaremos el dolor —dijo Camila Ocampo, asegurándole con la mirada que compartía el voto.

Llegaron a la casa, Fraser y Meribeth los esperaban en la puerta. La madre

extendió los brazos a su hijo:

—Este es el mundo de *vendettas* que Donato trató de erradicar de la vida de sus hijos. Luchó contra todo esto, Bhric; no retomes el camino del que él quiso apartarse.

Mientras Joana se desesperaba intentando que los médicos del sanatorio hicieran reaccionar a Paulo, el jefe del clan Neri, envuelto en furia, se reunió con su antiguo contacto:

—Ni un segundo más —indicó—, acabemos con ellos.

—Hoy no es la entrega —le advirtió el tipo—. Debemos hacerlo con Schiaffino, para que la policía incaute la prueba y los meta presos.

—¡Mierda, hacé lo que mando!, y me ocupo de que te quedes con la merca también.

—Con gusto —respondió el hombre, dispuesto a cumplir el encargo.

—Negro —lo detuvo el Tano—, que todos en el gremio se enteren de que esta la ordené yo, no quiero a nadie con ganas de volver a meterse con los míos.

La noche transcurrió entre el dolor por el duelo y la angustia porque Paulo recobraría el conocimiento.

El periódico de la mañana tituló:

ASESINAN A DOS NARCOS

Marcos (40) y Juan Mazzarello (38), dueños de locales bailables del barrio de La Boca, sospechados de traficar con estupefacientes y formar parte de una red de trata de blancas, fueron hallados sin vida en Dock Sud. Vecinos del lugar encontraron sus cuerpos sobre la avenida Juan Díaz de Solís. En la misma noche, los inmuebles de los fallecidos se derrumbaron tras el incendio que tres dotaciones de bomberos de la zona no pudieron doblegar. Se sospecha de un ajuste de cuentas entre

distintas bandas de delincuentes.

Con el diario en sus manos y parado frente al televisor de la sala de espera del sanatorio, que transmitía la noticia, Donato hizo un llamado:

—A mano.

—Listo —le respondieron del otro lado de la línea.

El Tano giró sobre sus talones, miró al abogado y comentó:

—Ocupate de que se sepa que fui yo, por si a algún soplón se le ocurre hacerse el vivo. *Capisci?*

—*Capisco* —respondió Schiaffino.

Fraser acompañó a Meribeth hasta la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, para darle a Marta la noticia del destino sufrido por los hijos de esta. La mujer, voluntaria entregada a la atención de los pobres y desvalidos, sollozó llevándose el puño al pecho, culpándose por el dolor causado a tanta gente.

—Así no ayudamos, Marta —indicó Meribeth—. Roguemos juntas a Dios para que no se cobre la vida de los tuyos llevándose a cambio otras más.

—Querida amiga —dijo Marta, con la voz entrecortada—, desde que me trajiste a esta tierra no hago otra cosa que rogar al cielo porque nos perdone y suplicar para que mis hijos se rediman; entregué mi alma al prójimo, agoté mis energías ayudando a los necesitados. Marcos y Juan no oyeron los consejos divinos, Donato tampoco y es por eso que tantos pecados nos traen este sufrimiento.

—Donato lo intentó siempre, pero lo llevaron al límite y tuvo que proteger a los suyos.

—¿Quién protegió a mis hijos, Meribeth? ¿Quién los ayudó a ver el camino que los alejara de tanto dolor?

No pudo contestar a sus preguntas. Entendió que en ese momento Marta solo sabía de su pena, de sus pérdidas y de los años que no habían sido suficientes para borrar la vergüenza. La abrazó y la meció sabiendo que no podría mitigar su

angustia.

Fraser las observó, a pocos metros, pensando que la Cameron solo deseaba abrazar a su hijo como lo hacía con Marta, avergonzándose por estar agradecida de que no era Bhric quien continuaba inconsciente, y para cobijarlo bajo el manto de la madre que pretende proteger a su prole de cualquier mal; pero, sin embargo, estaba allí, acompañando a quien había perdido el único lazo que la mantuvo viva.

Lucila corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta de Blindex donde estaba instalado el custodio de Paulo. El hombre la reconoció y consultó por su *handie* si podía dejarla pasar.

Sus piernas no se movían todo lo rápido que ella quería hasta que por fin estuvo frente al cuarto donde Joana, con los ojos rojos, se abrazó a ella.

—Sé quién sos —le dijo—, mi hijo no deja de nombrarte a vos y a nuestra querida Vera.

—Permítame verlo, por favor.

Joana la tomó de la mano y la condujo hasta la cama donde Paulo dormía.

—Está con sedantes —informó—, la impresión ha sido muy grande, su pesar es inmenso. Nos dividimos entre el desgarró por la pérdida de Vera y la angustia por la salud de él y Mario.

—Solo quiero esperar con ustedes —dijo Lucila y Joana se hizo a un lado.

La muchacha acarició la mejilla de Paulo y le sostuvo la mano antes de susurrarle:

—No fue tu culpa, yo te voy a ayudar, yo voy a darte motivos para que solo recuerdes los buenos momentos junto a tu hermana. Tranquilo, Paulo, ya se acabó el peligro.

En el living de la casa de su madre, Bhric reservó los pasajes de regreso a Buenos Aires.

Camila terminaba de guardar en las valijas las pertenencias de ambos, cuando Meribeth llamó a la puerta del cuarto.

—No puedo acompañarlos —notificó la escocesa—, Marta me necesita; cuando supe lo que Ferraro hizo, deseé que sus hijos desaparecieran para siempre. El sentimiento de culpa me persigue y no puedo abandonarla.

—Te entiendo.

—Vera me duele en el alma. Ella y Paulo son un poco míos. Soy la única madre cuyo hijo está sano y salvo, pero no puedo ir a consolar a Donato y a Joana... no puedo.

—Lo haremos nosotros —aseguró Camila.

El tiempo de conocerla y hurgar en la verdad de esa pareja se escabullía y Meribeth no se anduvo con rodeos:

—Es muy probable que Bhric te propusiera matrimonio para borrar el pasado de su abuelo, también es posible que aceptaras para sentirte protegida, pero veo en tus ojos y en los de mi hijo que esa locura terminó uniéndolos más allá de cualquier acuerdo. No se alejen, aprendan a acercar no solo los cuerpos, unan sus almas, junten sus corazones.

Los ojos de Camila se llenaron de lágrimas.

—Amo a tu hijo —aseguró—, pero él no será feliz conmigo. Me quedaré a su lado hasta que Paulo se recupere y él vuelva a ser el gigantón de granito que conocí. Con Keite tendrá una vida más tranquila que conmigo.

—No te equivoques —le advirtió Meribeth.

—Gracias por abrirme tu casa, gracias por mostrarme quién es tu hijo —dijo, abrazándola.

El sonido que provocaron los pasos de Bhric sobre los tablones del piso hizo que las mujeres se separaran.

—A *mhamaidh*, debemos irnos —comunicó él y luego consultó a Camila—: ¿Estás lista?

Fraser permaneció junto al auto de alquiler, aguardó a que se despidieran antes de acercarse a Meribeth y en perfecto gaélico escocés le advirtió:

—Esperame, vendré a buscarte.

La mujer, sorprendida, quedó con la boca abierta. Fue Jane quien, con un codazo, le advirtió de la ridícula imagen que Bhric se llevaría guardada en la retina si no la modificaba.

En el vuelo de regreso a Buenos Aires, Camila se quedó dormida con la cabeza apoyada en el antebrazo de Bhric, que solo tenía lugar en su mente para rumiar el odio contra los Mazzarello, el dolor por la pérdida de Vera y la ansiedad por estar frente a Paulo para juntos hacerle frente a la adversidad. No registró la calidez del cuerpo que, entregado, descansaba junto a él. El tiempo se negó a ir de prisa, manteniéndolo encarcelado dentro del avión, sin poder ayudar a sus seres queridos, sin la posibilidad de compartir con el Tano la responsabilidad de la decisión tomada, impedido de abrazar a Joana y obligar a los médicos a que le devolvieran a su hermano, incapaz de acompañar a Mario en lo que debió devastarlo.

Estiró el brazo para llamar a la camarera y recién entonces detectó que Camila Ocampo estaba a su lado. La muchacha, entre sueños, cambió de posición dejando expuesto el rostro ante él. Recorrió con los ojos cada centímetro bonito e inteligente de quien sabía ser cálida cuando se lo proponía y aguerrida en la mayoría de las oportunidades; no pudo asociar esa imagen ni a los Mazzarello ni a José Manuel, mucho menos a Martina. Camila era de otra raza, una especialmente diseñada para él. Entonces recordó las palabras de ella asegurándole a Meribeth que lo dejaría.

El periodismo no tardó en averiguar el verdadero origen de Marcos y Juan Mazzarello. La prensa buscó inútilmente a Marta hasta que finalmente desistió, considerando posible que la mujer llevara años de muerta.

Martina, enmascarada en simulado pesar, divulgó falacias a los reporteros, fabulando antiguas discusiones con su padre porque no le permitía entablar relación con sus medio hermanos y que, agotados todos sus argumentos, emigró a Francia para recluirse en su arte. Cuando finalmente la ley reconoció que Marcos y Juan podían portar el apellido Ocampo, su amado hermano, su entrañable cuñada e incluso su padre fueron víctimas del destino perdiendo la vida, y la desazón la paralizó impidiéndole conocerlos. Ante los hechos recientes, intentaría recuperarse de la pena viajando a Dubái, postergando nuevamente sus conciertos.

Paulo aún continuaba en el sanatorio cuando Martina Ocampo extendió su tarjeta de crédito en el Kempinski de los Emiratos:

—Brindemos —propuso su acompañante.

—Hagamos más que eso —respondió Martina en tono triunfante y sin recordar que su sobrina lidiaría con toda la carga, enfrentando la verdad de la familia ante el mundo.

El equipaje de Bhric y Camila fue transportado por personal de los Neri hacia el octavo piso de Puerto Madero; mientras que ellos se dirigieron al sanatorio, directamente desde el aeropuerto.

—Dejá que entre solo —le propuso Joana a Camila—, necesitan compartir la pena en privado.

La muchacha acarició el brazo de él antes de acompañar a la madre de Paulo al sillón de la antesala al cuarto.

—Vera no merecía esto —dijo Joana.

—Nadie se merece nada de lo que esos dos han hecho. Nadie —puntualizó Camila y consultó—: ¿Cómo está Donato?

—Abatido, furioso —respondió la brasileña—. Se siente culpable, maldice a su padre y cada uno de los años en los que trató de liberarse del pasado. Siente que su fracaso les costó la vida a su hija y a su nieto.

—Donato no tiene la culpa de la crueldad de ellos.

—También maldice a tu abuelo —confesó Joana.

Camila quedó en silencio, bajó la mirada al piso antes de preguntar:

—¿Y vos? ¿A quién culpás?

—A los Mazzarello —dijo contundente—. Ellos sabotearon el auto con el que Paulo no pudo evitar la catástrofe.

—Yo los culpo a ellos, pero también a nosotros; porque debimos enfrentarlos denunciándolos tras cada amenaza... y no lo hicimos; nos creímos omnipotentes, confiamos en que podríamos comprar nuestra tranquilidad. Supuse que reconociéndoles sus derechos borraría los errores del pasado, no tuve en cuenta ni el resentimiento ni el dolor. Pero el gran culpable —aseguró— fue José Manuel Ocampo, mi abuelo.

—Camila, no te sepultes dentro del lodo que plantaron a tus pies porque, si lo hacés, emularás a Donato y ya ves cuál fue el resultado. No sos la responsable de los errores ajenos, trataste de repararlos. El destino de Vera estaba escrito, ni todo el amor que mi marido puso en cuidarla fue suficiente para torcerlo.

¡Qué difícil era asumirlo! Camila aceptaba que los dichos de Joana eran ciertos, pero le costaba liberarse de las culpas heredadas. Bhric salió del cuarto con los ojos enfurecidos y la muchacha, como si ninguna otra cosa le importara en el mundo, se puso de pie, enderezó los hombros y se acercó a él para proponerle:

—Salgamos a respirar aire fresco.

El sonido de la sirena de una ambulancia, ingresando por la calle Cerviño, atacó el silencio de ambos.

—Palermo está cerca, nos hará bien caminar —agregó ante la aceptación de él.

Calle tras calle, él fue inmerso en sus pensamientos y ella esperando a que los compartiera. Llegaron al Rosedal, Bhric respiró profundo y contuvo el aire, Camila lo tomó del brazo, deteniéndolo, para permitir el paso a un apurado ciclista que, seguramente, pedaleaba buscando cumplir sus metas.

—Año por medio —comenzó Bhric, acercándose al lago—, festejo mi cumpleaños en Buenos Aires. De chico extrañaba mucho a mi madre y era Vera la que siempre ideaba sorpresas para aplacar mi nostalgia.

—Qué afortunado —comentó Camila.

Giró descreyendo y enfrentándola:

—Éste era su momento de felicidad, esperaba un hijo...

—Tuvo dos hermanos que la adoraron, un hombre que la amó, sintió en su vientre la gloria de una vida.

—Y no pudo disfrutar de nada de eso.

—Porque lo tuvo es que pudo disfrutarlo.

Bhric volvió a voltear la mirada hacia el lago, imposibilitado de permitirse resignación alguna.

—Donato mandó a matar a tus tíos —indicó sin mirarla a los ojos.

—Lo sé.

—Yo hubiera hecho lo mismo.

—No lo creo —aseguró ella, retomando el paso y bordeando el lago—, suponer es fácil, pero innecesario. Elaborar hipótesis sobre situaciones que ya no podemos modificar nos distrae del verdadero fin que debemos darle a las energías. Bhric, no malgastes las tuyas —aconsejó—, Paulo, Donato y Joana te necesitan. Sos el Neri confiable, seguro de sí mismo y con las agallas suficientes para arrastrarlos desde el pozo hacia la superficie.

La tomó del codo obligándola a que se detuviera, la observó largo rato y ella

le sostuvo la mirada.

—¿Dónde vas a estar mientras yo me ocupo de salvarlos?

—A tu lado —aseguró—. Vos dedícate a devolverles la sonrisa y yo estaré aquí apoyándote, recogiendo cada arena que se desprenda para poder reconstruir ese bloque de granito que te empeñas en mostrarle al mundo.

—¿Y cuando lo logres?

—Mi tarea estará cumplida —dijo, confirmando lo que ya le había anticipado a Meribeth en Escocia—. La razón que te unió a mí ya no tiene sentido; además, los Neri siempre ligarán mi apellido a la sentencia de Vera y a las heridas en el alma de Paulo.

La mirada de Bhric se profundizó, los ojos azules transmitieron el grito del corazón que no estaba acostumbrado a rogar cariño, caricias o compañía.

—No te necesito —arrojó envuelto en rabia, orgullo y desesperación porque no acatará la última orden.

Ella le tomó la mano entre las suyas.

—Estos serán días de emociones confusas, pero ya tomé mi decisión, me conocés y sabés que cuando me propongo algo no paro hasta conseguirlo —sonrió de lado y achicó un poco los ojos, su cara se tornó dulce y pícara a la vez.

Bhric deseó besarla, pero no lo hizo, en lugar de eso viró el tema:

—Tengo que cambiarme, el Grupo debe estar a la deriva —transmitió, regresando a la avenida—. Vayamos a casa.

Camila ocultó la emoción que le produjo escucharlo.

—Bhric va camino a la empresa —comentó Fraser.

—No es necesario, acaba de encontrarse con todo este desastre —retrucó Donato—, necesita asimilar lo ocurrido.

—Camila está a su lado —lo consoló Joana—, ella le dará fuerzas, no te preocupes por él.

Paulo giró la cabeza hacia la ventana, evadiendo los ojos de sus padres. El Lexus que él guiaba acabó con los sueños y las sonrisas de Vera. Montado a su

tabla de surf supo desafiar las olas de los mares más bravíos, su oratoria y las bondades con las que la naturaleza dotó a su cuerpo lo exoneraron más de una vez de los reproches de algún amor despechado; su inteligencia lo situó en un lugar de privilegio dentro del Grupo, pero no tenía un solo gramo de fuerza para enfrentar la vida siendo el responsable de la muerte de su hermana.

Dos golpes en la puerta anunciaron la llegada de Lucila. El matrimonio Neri, luego de saludarla, se excusó retirándose del cuarto del sanatorio junto con Fraser.

La modelo caminó hacia él pero no lo besó, tampoco lo miró con ternura. Por el contrario, lo cuestionó sin ninguna consideración por la situación en la que él se encontraba:

—La hombría y las agallas se demuestran en los momentos críticos —le advirtió—. El concepto del macho que expone su vida desafiando a la naturaleza y seduciendo féminas es tan antiguo e inútil como la conmisericordia.

—No busco la compasión de nadie —le aseguró Paulo.

—Mejor así, porque nadie que te quiera bien debería compadecerte sino obligarte a que, de una vez por todas, entiendas que tu padre se pasó la vida tratando de alejarlos de la mafia que terminó llevándose a su querida hija y la ilusión de un nieto. Fue él quien arrastró a Camila a los brazos de Bhric, para que la protegiera de quienes convirtieron en ingobernable tu Lexus. No eligió ser el hijo del tano pero con coraje intentó salir de ese pantano.

—No es necesario que me recuerdes la historia de mi familia. Sé quién es mi padre.

—No lo parece, *menino*. Porque, si lo recordaras, estarías agradecido de que no te hiciera vivir entre gente como los Mazzarello; reconocerías su esfuerzo, lo estarías apoyando evitando decepcionarlo tirado en una cama y angustiando a tu madre.

Lucila dio dos pasos hacia atrás, alejándose de él; giró, abrió la puerta y lo dejó solo.

Bhric salió del baño y entró en el vestidor. Las valijas, vacías, se encontraban contra el espejo de la pared; Camila había acomodado cada prenda con el orden correcto. Sorprendido, se vistió y fue hacia el living.

—¿Estás listo? Hice café, imaginé que te vendría bien antes de ir a la oficina.

—¿Te comunicaste con El Chasqui?

—No. Lemos es eficiente. Tomá tranquilo tu café y no te preocupes por mí.

Cada sorbo de la infusión le indicó que no estaba solo; la estirada, perteneciente a la clase acomodada y elitista, montaba una escena frente a él, intentado hacerle creer que verificaba los alimentos que tenían en la heladera y las alacenas, cuando estuvo seguro de que lo hacía para justificar su presencia con la única intención de hacerle compañía. Dejó la taza sobre el platillo, no la besó pero agradeció el gesto con una caricia en el hombro de Camila antes de irse.

Dedicó el día a ordenar e impartir directivas para demostrar que el Grupo Neri seguía de pie sin anteponer las dolencias personales de sus directivos.

Camila, en cambio, se puso a disposición de la familia.

—Donato está destruido —le comentó Joana, secándose las lágrimas—. Se encerró en su estudio dentro de la casa y yo no puedo asistirlo, debo estar atenta a las necesidades de mi hijo y a las indicaciones de los médicos.

—Te entiendo, Joana —aseguró Camila—. Ocupate de que Paulo se reponga, no solo física sino emocionalmente. Bhric y yo acompañaremos a Donato.

La mujer la abrazó, en el gesto le transmitió toda la esperanza que le costaba sostener.

Ocampo dejó que la semana pasara, con la ilusión de que los Neri se fueran recuperando.

El lunes recibió un llamado de Rowner que la ayudó a considerar que los tiempos se habían cumplido.

Se subió a su Mini Cooper y exigió una reunión urgente con sus abogados. Allí impartió indicaciones: si los Mazzarello no tenían descendencia

comprobable, el porcentaje de la herencia que les correspondía se donaría en partes iguales al Hospital de Niños Dr. Ricardo Gutiérrez, la Red Solidaria fundada por Juan Carr y a la Dirección General de Niñez y Adolescencia del Gobierno de la Ciudad. Asimismo, aquello que le correspondiera a ella, devenido del patrimonio de José Manuel Ocampo, se destinaría a la fundación que deseaba crear para socorrer a mujeres en situación de riesgo. Como último punto los conminó a comunicarle a Martina que aceptaba y agradecía la generosa actitud con la que brindaba su apoyo a la causa traspasando sus acciones de El Chasqui Argentino a esa fundación.

—¿Su tía dio conformidad?

Camila sonrió, inclinó la cabeza y le respondió a Bengoechea:

—Martina Ocampo estará encantada de hacerlo cuando me encargue de transmitirle mi charla de hoy con Rowner.

—*Bene, bravissima, signorina* —halagó Schiaffino.

Conforme con lo resuelto, y de camino a San Isidro, hizo algunos llamados; el primero a Alex, su agente, advirtiéndole que su época de modelo estaba finalizada, pero lo inundaría de modelos nuevas; el último a Fraser:

—No tengo autoridad para pedirle lo que voy a exigirle —dijo con voz firme—, pero más le vale que me haga caso o me va a conocer muy enojada.

—¿Sería tan amable de comentarme qué necesita sin amenazarme?

—Yo no amenazo, Fraser, advierto —lo corrigió—. Los Neri están muy choqueados y no tengo ninguna seguridad de que el peligro se haya acabado. Quiero que mantenga a toda su gente pendiente de ellos, nadie puede entrar o salir del Grupo Neri sin identificarse, quiero a un tipo pegado a cada auto, estén en marcha o estacionados, y quiero que piense en todo el bagaje de posibilidades que su mente acostumbrada a la de los criminales pueda imaginar. ¿Está clarito?

—Esa es mi función, no necesita “advertirme”.

—Fraser, me gusta ir de frente —comentó—, me quedo más tranquila si le aviso que le voy a romper más que el prestigio si pasa algo que usted no previó ni evitó a tiempo.

—¿Alguna otra recomendación?

—Sí, la última —confirmó—. Aprecio muchísimo a Meribeth, como me entere de que simplemente frunce el ceño por su culpa, lo mío no será advertencia, sino una clara amenaza —dijo, cortando la comunicación para evitar que él le respondiera; no estaba de ánimo para escuchar explicaciones, los motivos de Fraser podían ser los que él quisiera en tanto y en cuanto la madre de Bhric no sufriera.

Llegó a la casona, la seguridad la reconoció y le permitió el acceso. Solicitó que la condujeran hasta el escritorio de Donato. Golpeó la puerta.

—¡No estoy para nadie! —gruñó el dueño de casa, sin preguntar quién intentaba alterarlo.

Desobediente, ignoró la negativa y abrió la puerta, encontrándose con la imagen del Tano envuelta en humo y vaho a alcohol.

Cigarro en una mano, vaso de whisky en la otra, barba de días, enojo de años, Donato ordenó sin modales:

—*Fuori!*

Camila no se amilanó, caminó hasta él, se ubicó detrás del sillón donde el hombre estaba sentado y lo abarcó con sus brazos, conteniéndolo.

—Duele, lo sé. Duele la compañía que no volveremos a tener y las caricias que ya no recibiremos. Pero encerrarnos en esa verdad nos aleja de las que están esperando para que las sintamos. —El hombre no hizo ninguna muestra de aceptación, tampoco de rechazo, y ella continuó sin soltarlo—: Paulo es joven, no sabe salir solo de la depresión, Joana lo adora y va a consentirlo sin darse cuenta de que ser condescendiente con él no es la manera de ayudarlo. Bhric no se permitió derramar ni una lágrima por Vera porque cree que debe ser el sostén de ustedes y está en la empresa ocupándose de todo, menos de él.

—Perdí a mi hija —le recordó el hombre.

—Y ellos a la hermana.

—Y fue por mi culpa —añadió.

—Los Mazzarello y Marta eran una responsabilidad de mi abuelo que usted asumió como propia.

Donato volvió a sorber un largo trago del vaso. Camila insistió:

—Puso el cuerpo por solidaridad con uno y caballerosidad con la otra. Hoy es su sangre la que lo reclama, hoy son los suyos los que necesitan de la fuerza del Tano, no los deje a la deriva, todavía no están preparados.

—¿Qué quieres de mí, Ocampo?

—Que comprenda que usted no es igual a su padre.

Donato se desprendió de los brazos de ella y giró el sillón para enfrentarla:

—Yo los maté —aseguró con los ojos furiosos y la voz impostada.

Camila no mostró señales de temor, tampoco de compasión.

—Si va a recluirse, y privar de tranquilidad a los suyos —dijo con voz firme—, hágalo con coraje; si considera que sus actos merecen castigo vaya a la Justicia, incrimínese, acepte la pena y cúmplala; ponga los huevos sobre la mesa y deje en claro que no encontró otra salida para proteger a su familia. En cambio, si su conciencia le indica que hizo lo correcto asúmalo y deje de castigar a todos con este aislamiento cobarde que lo único que logra es que sientan pena por usted.

Donato arrojó el vaso de whisky contra la pared, haciéndolo estallar en pedazos. Enfurecido, la enfrentó:

—*Fuori della mia famiglia.*

—¿Se vanagloria por lo que hizo? —preguntó, enfrentándolo—; de ser así, el cuadro que tengo frente a mis ojos se correspondería perfectamente con el de su padre; cobardía, impunidad, *vendetta*. En cuanto Bhric vuelva a ser el de antes me iré y no volverá a verme. Tal y como usted me dijo, no somos familia.

—Mi familia jamás será lo que era. ¿Todavía no lo entendió?

Camila bajó la mirada, caminó hacia la puerta y dejó la casa de los Neri.

Las exigencias de trabajo mantuvieron ocupado a Bhric. Se levantaba temprano para desayunar con Paulo y Joana en el sanatorio, antes de dirigirse al edificio de la calle San Martín y cargar sobre sus hombros la completa responsabilidad de que el Grupo Neri continuara funcionando con eficiencia. El cariño que sentía por su padre se mantenía intacto, pero en su interior dos leones

entablaban una férrea lucha entre la comprensión y el repudio, impidiéndole socorrerlo emocionalmente. Desde el entierro de Vera se escudó en las excusas que le ofreció el trabajo para evitar volver a verlo. Por las noches regresaba tarde a su departamento de Madero y encontraba a Camila recibéndolo con un suave beso en los labios, la mesa lista, la comida pronta, sentándose a su lado para alimentarle el cuerpo y acariciarle el alma escalando junto a él la montaña del dolor.

Se levantó de su sillón gerencial, caminó hacia la ventana y observó que el sol intentaba ocultarse. La voz de su secretaria le indicó que Fraser solicitaba conversar con él.

—No hay pruebas que indiquen la identidad de quiénes acabaron con los Mazzarello —comunicó Fraser—, se sospecha que la orden la dio su padre, pero la policía no tiene cómo comprobarlo. Entre los restos de los locales no encontraron indicios de droga ni huellas de que allí se ejerciera la prostitución y, como comprenderá, ningún efectivo o miembro de la Justicia se expondrá a quedar pegado por abrir la boca para incriminar a cualquiera que haya acabado con esos delincuentes. Lo único que se confiscó en una escribanía es un boleto de compraventa, reciente, donde los Mazzarello declaran su intención de venderle a un tal... —consultó sus anotaciones— Trovato...

«El Negro», dedujo Bhric y continuó escuchando a Fraser.

—Por el momento mantendremos la alerta, la iremos bajando a niveles normales a medida que constatemos que los riesgos disminuyen.

—Mi familia, la casa de mi padre, mi hermano y esta empresa deben ser su prioridad.

—A propósito —comentó el hombre—, la señorita Ocampo me amenazó por partida doble.

Bhric apoyó las manos sobre el escritorio para impulsar su sillón hacia atrás y ponerse de pie indicándole que fuera más preciso.

—Me ordenó que pusiera todo mi empeño en que la seguridad de los Neri fuera impenetrable. Y que... —hizo un silencio buscando las palabras indicadas— que la señora Meribeth no sufriera... por ningún motivo.

—No son amenazas —lo corrigió Bhric—, sino indicaciones que no le correspondía hacer a ella, pero que suscribo.

—Se consideran amenazas si, tras darlas, agrega que me romperá algo más que el prestigio si no las cumplo.

Bhric no tenía ganas de sonreír, pero casi lo logra.

—Además —continuó el de seguridad—, enfrentó a mis hombres cuando la escoltaron hasta las oficinas del doctor Bengoechea.

—¿De qué manera?

—Les dijo, cito textual: “Dejen de perder el tiempo conmigo y ocúpense de cuidar a los Neri”.

—Ya veo.

—Pero no termina allí, su señorita novia frenó sin poner balizas en plena Avenida del Libertador, deteniendo al móvil que la seguía cuando iba rumbo a El Chasqui, se bajó de su auto, golpeó la ventanilla del conductor y, vuelvo a citar para ser exacto: “Voy a meterles una denuncia por acoso” —Fraser dejó su libreta sobre el escritorio y consultó—: ¿La señorita Ocampo sigue siendo un objetivo a cubrir?

—La señorita Ocampo —dijo Bhric Neri Cameron— es uno de sus objetivos más preocupantes. Dudo de que haya un ser en su sano juicio con intención de desafiarla, cuídenla de su falta de criterio.

—Comprendo.

—¿Dónde se supone que está ahora?

—En El Chasqui.

—No, Lemos, no quiero destinar toda un ala del edificio —comentó Camila—, solo necesito un par de oficinas con acceso directo desde la entrada principal.

—¡Pero no van a entrar en ese espacio!

—Nos arreglaremos perfectamente, porque organizaremos distintos turnos. Uno a la mañana, otro en la tarde, y estoy viendo si será necesario agregar un turno noche —dudó, releyendo la lista del papel en sus manos.

—El simulador, ¿dónde lo va a querer?

—En el estacionamiento, junto al taller.

—No es posible —aseguró Lemos—. ¿Se da una idea del revuelo que va a provocar eso?

—Ella no puede darse idea de nada —aseguró Bhric, dejándose ver en la puerta del despacho de Camila.

—Hola, *mok*.

—Déjenos solos, Lemos, yo trataré de hacerla entrar en razón.

El empleado cumplió la orden. Bhric cerró y trabó la puerta antes de sentarse en el sillón frente al ventanal. Camila se lo quedó mirando un rato; al ver que él no emitía palabra, continuó con lo que la tenía ocupada. El hombre comentó:

—Donato apareció por el sanatorio —Camila no levantó los ojos del escrito y él prosiguió—: Parece que entre tu amiguita y vos pusieron un par de puntos sobre el apellido Neri.

—Ah, ¿sí?

—Fraser te acusó de amenazarlo.

—Mirá vos, no parecía tan blandengue el tipo.

—¿A qué fuiste al estudio de Bengoechea?

—A reunirme con él y con Schiaffino.

Era la primera vez, desde que la conocía, que el comunicativo era él y no ella, pero, curiosamente, eso no le preocupaba. Reflexionó un momento y decidió que le seguiría el juego, algo estaba tramando y no podía fiarse del inexistente juicio de Camila Ocampo.

—¿Qué conclusiones obtuviste de tu reunión?

La muchacha dejó el papel sobre el escritorio, suspiró, lo miró y caminó hacia él para sentarse a su lado.

—Martina quiere vender su parte en El Chasqui, el estatuto dice que tengo la primera opción de compra, pero no puedo comprar porque todavía no tengo el dinero suficiente.

—Eso se puede resolver.

—No, gigantón, no pienso meterme en ningún crédito. Martina es una

caradura y ya rompí en mil pedazos su propuesta. En cuanto regrese de su viaje de desconsuelo a Dubái, acatará mi decisión y cederá su herencia a una fundación.

—¿Los abogados te alentaron?

Ella lo miró a los ojos, torció la cabeza hacia un lado y, sonriendo, respondió:

—No necesito aliento, Bhric, confío en mí y ya tengo todo encaminado.

—Encaminado.

—Absolutamente. Entre Lucila, yo y una tercera persona a la que por el momento no puedo tentar con mi idea, pero que pronto se nos unirá, habilitaremos este lugar para mucho más que transporte.

—Tu idea, ¿es legal?

—¡Claro!

La inocencia y la convicción de su gesto provocaron que Bhric quisiera abrazarla, estallar en risas con ella en sus brazos y besar cada gota de sangre optimista. Camila se había propuesto acompañarlo, fortalecerlo, reconstruir la personalidad del hombre que había sido antes de que el dolor le anestesiará el corazón. Solo a su lado sentía que seguía con vida después de tanto desgarró. La amaba y no encontró las palabras para hacérselo saber. Rogó porque ella comprendiera y la tomó de la nuca para besarla con pasión.

Camila respondió de inmediato, quería sentirlo, disfrutar cada segundo de los que le quedaban a su lado.

—Es tarde, estirada. Hora de cenar y descansar.

—Si la propuesta es esa, no vuelvas a besarme de esta manera, porque lo último que vas a conseguir es descanso, gigantón.

—Meribeth, te aseguro que ella es maravillosa —dijo Joana, días después, por Skype.

—Lo intuía.

—Es muy valiente, enfrentó a Donato.

—¡Bravo por ella!

—La amiga es parecida. Yo estoy muy agradecida a Lucila por cómo acompañó a Paulo.

—¿Cómo está él? ¿Le quedaron secuelas?

—Está mejor, no hay secuelas físicas, pero todavía peleamos contra la culpa que sigue sintiendo. De a poco fue retomando su trabajo; cuando va a El Chasqui lo veo mejor, a Camila siempre se le ocurre alguna locura que lo hace reír.

—¡Dios la bendiga!

—No tenés idea de lo que tramó. Está capacitando a chicas que rescató de los burdeles y a otras que buscó en las fundaciones de ayuda a mujeres en situación de riesgo.

—¿Capacitándolas?

—Tal y como te digo. A unas las está instruyendo para modelos, a otras para convertirlas en choferes, ni te digo las discusiones que tiene con Lemos para que les asigne viajes. Tenía pensado ir a París para confrontar con la tía, pero lo resolvió desde acá.

—¿Cómo lo resolvió?

—No tengo ni idea, pero Martina donará todas sus acciones a esta especie de escuela que montó.

—¿Cómo la ves con mi hijo? —Joana hizo silencio, no estaba segura.

Meribeth insistió—: Si la pregunta la hicieras vos, te daría mi respuesta más sincera.

—Bhric es orgulloso.

—Y la ama.

—Sí, la ama, pero Camila se irá de su vida y él no va a detenerla.

—Debemos hacer algo —propuso Meribeth.

—Una pregunta —interpuso Joana—, ¿Fraser volvió a escribirte?

—No estoy para responder tonterías, mujer.

—Los choferes no necesitan un *personal trainer* exclusivo —soltó Bhric, enojado.

—Es tu apreciación —retrucó Camila—. Yo opino diferente, la empresa es mía, ergo...

—Yo soy el asesor y te aseguro que no se justifica.

—Estás equivocado. Vos formás parte del grupo que asesora a El Chasqui pero, afortunadamente, con quien tengo trato directo es con el bomboncito de Paulo Neri, no con el granito escocés.

—Camila —dijo, tratando de encontrar paciencia—, entiendo que querés darle una mano a Mario, pero no es necesario. Donato lo incluirá en...

—Frenate, lo que tu padre accedió a darle me importa un rabanito. Da la casualidad de que lo necesito, me lo canté primero, a él le encantó la idea y todo el resto sobra.

—¿Cuándo vas a dejar de jugar a la empresaria y retomar tu vida de modelo?

Ella no demostró fastidio por el tono que él empleó, y su orgullo la ayudó a responderle:

—No volveré a mi antigua profesión, acá soy más productiva. En poco tiempo podré manejarme sin que los Neri se metan en mis asuntos.

El golpe fue duro y Bhric lo sintió más allá de lo esperado.

—Mi madre nos invitó a pasar unos días en su casa.

Camila deseó aceptar, en cambio rechazó la oferta, él estaba recobrándose de

la pena, de a poco volvía a ser el Bhric que conoció.

—Es mejor que viajes solo.

—Despreciar una invitación Cameron no es buena idea, estirada.

Camila tomó su bolso y recogió el abrigo del perchero.

—Hace dos meses te dije que estaría a tu lado hasta que lograras reconstruirte —comentó, parada junto a la puerta de la oficina—, día a día fui admirando la gran fuerza interior que te motiva, estás listo para seguir sin mí. Sos un gran hombre, pero aceptamos un acuerdo que los dos sabíamos que era imposible cumplir. La farsa terminó.

Bhric buscó las palabras para hacerla cambiar de idea. El aire le faltó en el pecho, los dedos se le anudaron en los puños cerrados, el ceño creó la línea fina y profunda que marcó su disgusto, pero sus ojos no reflejaron el deseo y Camila entendió que no debía retractarse. Era hora de despedirse del sueño.

Lucila caminó hacia el restaurante donde la citó Paulo.

Luego de que a él le dieran el alta médica lo acompañó con la ilusión de pasar el resto de su vida juntos; pero la charla mantenida con Camila, donde se enteró de cómo Donato Neri había dado por finalizada la intranquilidad generada por los Mazzarello, la hizo cambiar de opinión y aceptó la propuesta de Alex que la alejó por un tiempo del país.

Verlo parado junto a la mesa rememoró en su corazón y en su cuerpo los sentimientos y las sensaciones que eligió abandonar.

Continuó avanzando con paso lento. Él la miró con deseo y añoranza, ella enderezó los hombros todo lo que pudo y se arengó buscando fuerzas para no flaquear.

—Estás hermosa —aseguró Paulo, besándola en la mejilla.

—Vos también.

Él decidió que sus movidas debían desarrollarse con cautela, el cuerpo de Lucila expresó con claridad que la distancia continuaba existiendo.

Escogieron del menú platos sencillos que no demoraran demasiado. Paulo le

preguntó sobre sus logros en el exterior, ella escuchó los avances de él.

El tiempo se escapaba, ella volvería a dejarlo sin una explicación que justificara el abandono y el menor de los Neri quería respuestas:

—Tu compañía me ayudó mucho tras el accidente.

—Para eso estamos los amigos.

—Cuando los amigos se van sin explicaciones ¿en qué se convierten? — preguntó Paulo.

—En un pasado que decide no ser presente.

Se quedó mirándola, agradecía sinceramente la compañía que Lucila le brindó en el momento más crítico de su vida, pero ella había decidido dejarlo y él jamás le rogaría.

El adiós fue frío, el orgullo herido de Paulo le impidió demostrar cuánto lamentaba aquel final.

Lucila regresó a su auto, y antes de encenderlo recordó los motivos por los que no podía compartir la vida con Paulo Neri:

«Apoyó la manera en que su padre acabó con los Mazzarello. La ira gobernó su mente. No quiero amar a un hombre que elige vivir entre *vendettas*».

Martina Ocampo concluyó los compromisos contraídos; las excentricidades menguaron luego de que su sobrina le tendiera la trampa con la que debió ceder su parte en la empresa que habían gestado sus ancestros. Ella no deseaba ser parte de una ONG, sin fines de lucro, donde todo ingreso se ofrecía para rescatar y capacitar a malnacidas. Debió remitir su odio cuando Donato Neri le advirtió que era conveniente resignar algo antes que perderlo todo y comprendió con claridad el mensaje; Rowner no haría circular las fotos, el Tano se lo aseguró. Francia era un lugar seguro.

Dejó de observar por la ventana con vista al Sena, depositó el pocillo de café sobre la mesita; observó el reloj de pared, estaba a tiempo de ducharse y arreglarse para conocer a su nueva adquisición. Veinte años de diferencia no eran tanto cuando la cuenta bancaria le permitía elegir. Agradeció a su madre el collar

que le posibilitaba seguir siendo una mujer de clase alta.

En la bañera recordó sus sueños de niña, la ilusión de envejecer junto a un hombre de poder, envidiada por la sociedad, admirada por el público, feliz; sueños en los que Martina Ocampo era imprescindible para quienes la rodearan.

Alguna vez amó a Donato y la obligaron a olvidarlo. Estuvo segura de que, de haber impuesto su voluntad, tampoco hubiera sido feliz. Valoraría el fuego de los cuerpos tan solo por un tiempo pero luego, la mirada reprobatoria de sus congéneres provocaría el desprecio que Donato Neri también merecía ante sus ojos.

Ella era su única familia, los brazos que la abrazaban tenían el precio que estaba dispuesta a pagar. «El corazón no sufre, las heridas no sangran, las emociones se consiguen con los aplausos».

Finalmente, Joana reunió el valor para dismantelar el cuarto que, con tanta ilusión, había decorado para el hijo de Vera. Hasta el último detalle sería donado a la fundación Escalones, creada por Camila Ocampo. Se sentó sobre el piso del despojado cuarto y suspiró.

—Todo ha sido en vano —dijo Donato desde la puerta.

La mujer ignoró el comentario, se puso de pie y caminó hacia él.

—Jamás amé tanto a alguien como te amé a vos —comenzó diciendo—, admiré la garra con la que te impusiste a tu padre, el coraje con el que afrontaste una vida dura, la inteligencia que poseíste para forjar un futuro distinto que estoy segura superó tus expectativas. —Hizo un momento de silencio, lo miró a los ojos y continuó—: Pero cuando debiste poner en práctica todo aquello que pregonaste dejaste que la ira te poseyera, te olvidaste de que tenías un pacto conmigo y decidiste sin consultarme.

—Esos hijos de puta mataron a mi hija —declamó Donato con furia.

—Y escogiste ser igual a ellos.

—¡No! —se defendió e intentó abrazarla. Joana se alejó de él, dando dos pasos hacia atrás. Desesperado, intentó—: ¿Qué querés de mí? ¿Querés que

confiese que los mataron por orden mía?

—No.

—*Cara mía*, haré lo que sea necesario para que no te vayas de mi lado — aseguró Neri—. Si eso me lleva a la cárcel, lo aceptaré con tal de no perderte.

—Sé cuánto amás a tus hijos, sé cuánto me amás a mí; pero también sé todo de lo que sos capaz creyendo que nos protegés. Cuando el miedo o la ira golpean a tu puerta no puedo encontrar al hombre que amo, cuando eso ocurre veo al que jamás deseaste ser. Le tendiste una trampa a Bhric para que Vera no sufriera el desprecio de la gente, ordenaste la muerte de los hombres que la asesinaron; de la mano de Trovato regresaste al mundo del que te había visto salir y en ningún momento pensaste cuánto daño nos hacías.

—¿Me estás acusando por no encontrar otra salida?

—No te acuso, Donato —le aseguró, acercándose a él y acariciándole la mejilla—, te estoy explicando los motivos con los que me arrojaste de tu vida.

El Tano trató, nuevamente, de detenerla. Joana, con la mirada, le advirtió que no lo lograría y salió hacia el pasillo.

—Que ahora te inculpes solo sumaría más desgracias. Tus hijos comprendieron tu actuar y, aunque no lo comparten, son incapaces de hacértelo notar. El respeto y el cariño que te tienen se los prohíbe. Pero yo debo demostrarles que los actos siempre tienen consecuencias para que esta cadena de causas y efectos se termine.

Bhric abrió la puerta de su departamento, dejando espacio a Camila para que ingresara. Las valijas de ella esperaban sobre un rincón del living.

—Bueno, gigantón, tenemos una historia bien interesante para contar a nuestros nietos, pero es hora de que cada uno siga un camino distinto.

Él se mantuvo en silencio, recogió los bultos y comenzó a colocarlos sobre el piso del ascensor. Camila acercó los restantes y, antes de accionar el botón de planta baja, le dijo:

—No me acompañes. El custodio me ayudará y después voy a devolvértelo,

ya no necesito que me cuide ni vigile nadie.

La puerta se cerró dejando a Bhric parado en el palier, tan solo como jamás había estado.

—Estoy recontenta, Paulo —aseguró Camila—, por fin podré colaborar con el orfanato.

—¿Te das cuenta de que estás destinando todo tu esfuerzo a pagar las culpas de otros?

Camila lo miró a los ojos, enojada.

—¿Creés que es por eso que lo hago?

—Sí —aseguró él.

—Te equivocás. Los errores ajenos me abrieron los ojos para comprender que debo involucrarme.

—¿Qué hay de vos?

—¿Pero no ves lo contenta que estoy? Estoy regia, fantástica, feliz de la vida de poder generar recursos que sirven para mucho más que adquirir el último modelo de Chanel.

—Me resulta raro ver a una mujer de tu clase involucrándose con esta causa —confesó.

—No nos conocés, *menino*; gracias a lo que se mueve la gente de “mi clase” miles de instituciones no se hunden por la desidia estatal.

Lemos interrumpió la conversación:

—Tenemos un inconveniente en la zona del estacionamiento.

—Y ahora ¿qué pasó?

Paulo se dejó caer sobre el sillón del despacho de El Chasqui, resignado y dispuesto a no intervenir.

—Los choferes se quejan de que los clientes prefieren que los transporten las muchachas y están organizándose para iniciar una huelga.

—¿Una huelga? ¿Aquí?

—¿Quién podría atreverse a tener el tupé de desafiar a la ilustre Camila Ocampo? —bromeó Paulo, accionando el control remoto para bajar la temperatura del aire acondicionado.

—Si no vas a aportar soluciones, mantené tu boquita cerrada —ordenó la mujer y Paulo elevó los hombros desligándose del tema—. Vamos, Lemos, ese grupo de insurgentes me va a oír.

La vio salir con la frente en alto y el ceño fruncido, seguro de que cargaba un arsenal de argumentos con los que los haría dimitir de tamaña postura. Se sirvió una copa, regresó al sillón, cerró los ojos mientras bebía. La película de su vida se proyectó en su mente.

Había sido el niño mimado por su madre y sus hermanos, criado con las ventajas de un pasar más que acomodado. La historia de su padre forjó la admiración que sintió hacia él, el respeto que, aunque se pusiera en duda por su actuar rebelde, siempre le mereció Donato. Su carácter y el ejemplo brindado por Bhric le impidieron sufrir la desigualdad de estirpe que sus compañeros de estudios del San Andrés se ocuparon por sostener. Tal vez por ósmosis, o por la reiteración de las frases oídas en su hogar, decidió que la gente como Camila Ocampo no tenía sentimientos, no sabía querer y se limitaba a mantenerse en la cima desde donde miraba a la plebe con fastidio.

Volvió a beber otro sorbo, abrió los ojos y reconoció:

«Tal vez se pueda detectar en la sangre de ellos la pureza del linaje, así como también la mugre en la de los carroñeros. Tal vez no se mezclaban pensando que la insensibilidad de unos y el resentimiento de los otros generaría algo peor. Martina Ocampo es insensible, altiva, egoísta; pero su sobrina lleva la misma sangre y demostró ser su opuesto. Soy nieto del tano, un representante de la mafia y el mal vivir, mi padre luchó contra eso y mi madre aportó la esperanza. Se necesitaron dos generaciones para que yo no eligiera ser como mi abuelo. — Se puso de pie, caminó hacia la ventana, vio a Camila discutiendo sin miedo con el representante del sindicato, sonrió reconociéndole la valentía—. Meribeth y Joana, cada una a su tiempo, nos dieron una lección que no podemos olvidar.

Recuperaré a Lucila, porque la amo. Pero, antes de ocuparme de mí, debo demostrarle a Bhric que el amor no sabe de clases, que los corazones se ríen de los mapas genéticos. Su mujer no lo enfrenta por considerarse superior, sino porque tiene un carácter de los mil demonios. —Se oyó riendo a carcajadas, aquello era una broma que el destino puso frente al más tozudo de los Neri, su hermano—. Querido *highlander*, creo que la tenés más difícil que yo».

Buscó su celular y llamó a Bhric:

—¿No te parece que ya te hiciste el estrecho por mucho tiempo?

—No te comprendo, Paulo.

—Te lo traduzco —le aseguró—. Intentás olvidarla, pero no podés. Querés recuperarla, pero no sabés cómo. Y estoy seguro de que a ella le pasa lo mismo.

—¿Te recibiste de cupido?

—No, pero soy muy buen observador. Si no confiás en mi criterio preguntale a *mamãe*, o a tu madre.

—Ninguna de las dos está en su sano juicio. Sospecho que la estirada las contagió de su locura. ¿Tengo que recordarte cómo terminó la última idea que tramaron?

Paulo sonrió rememorando cuando Meribeth, de visita en Buenos Aires, se instaló en casa de Bhric y aprovechó que él estaba en una reunión en La Pequeña Italia para fingir un desvanecimiento, mientras Joana aseguraba que reclamaba a Camila. Sorprendida, pero también preocupada, la muchacha se presentó en el octavo piso del edificio de Puerto Madero, acompañada por un médico de su confianza que no demoró en asegurar que Meribeth se encontraba en perfecto estado de salud.

—¿No te da vergüenza? —había reclamado la Ocampo y Meribeth contrarrestó con un—: Vergüenza debería darles a ustedes que son dos orgullosos que están dejando pasar la única oportunidad que tienen de ser felices.

Paulo recordó cómo Joana defendió a Meribeth, ante el enojo de Bhric con su madre, y la forma en que confesó que la idea había sido tramada por ambas, pero el apuro provocado por la ansiedad que las embargaba no les permitió ajustar los detalles. Donato puso el grito en el cielo y ninguna de sus exesposas se sintió

observada; por el contrario, lo conminaron a que se mantuviera al margen y no sumara más conflictos.

—El cargo que me hacés —agregó Bhric, volviéndolo al presente— es injusto. Si ahora la aguantás en El Chasqui es por cómo terminó mi conversación con ella la última vez que fui a demostrarle mi interés —dijo, y no pudo evitar recordar esa pelea:

—Ya no preciso de tus servicios.

—Sos tan creída que suponés que podés manejar El Chasqui sola, pero te equivocás.

—No lo manejo sola —lo había corregido—, tuve la suficiente capacidad como para reunir a los profesionales con los que estoy haciendo de este lugar mucho más que una empresa de transportes.

—Aceptá que somos una buena pareja de...

Ella no lo había dejado terminar y, tal y como era su costumbre, dio por descontado que no se refería a una dupla de trabajo:

—No llores, eunuco; mi apellido no está en venta.

—¿Cómo se te puede ocurrir que es esa mi intención?

—Mirá, conmigo no la vengas de santito porque te equivocás de arranque. Sos un cabeza dura desprovisto de corazón que me cree una copetuda. Y, ¿sabes qué? Soy demasiado para alguien como vos.

—¿Qué decís?

—Lo que oíste. Soy Camila Ocampo y no acepto órdenes de ningún patovica. No quiero que me dirijan la vida, que programen cuándo debo y cuándo no debo abrir la boca, hago lo que considero que es lo mejor para mi empresa, le guste a quien le guste, y no se me da la gana de mantener ordenado ningún rincón del vestidor, así como tampoco necesito que me cuiden, aprendí a hacerlo sola.

—Sos mujer en un mundo dominado por hombres, me rehúso a aceptar tu precipitada independencia porque sé qué es lo más beneficioso.

—¿Beneficioso para quién? ¿Me viste bien? El beneficiado será el que goce del privilegio de estar conmigo. Pero vos querés estar un paso adelante de mí, y eso no lo lograrías ni rezándole a todos los santos del cielo.

—Sos una estirada insoportable, una caprichosa incurable —le había dicho, antes de aclararle que no volviera a recurrir a él; a partir de ese momento la dejaba en manos de Paulo.

Paulo le reconoció que aquello había terminado peor que el frustrado intento de Meribeth y Joana. No, nada de lo hecho había dado resultado, tampoco la cantidad de veces en las que trató de que Bhric reconociera que amaba a Camila y la fuera a buscar con el corazón en la mano, dispuesto a reconquistarla. De pronto una idea cruzó por su mente:

—Bhric, voy a hacerte una pregunta y quiero que respondas con sinceridad.

—Estoy ocupado, Paulo.

—¿Registraste que nunca más vas a tenerla en tu cama? —El silencio duró exactamente un minuto y Paulo consideró que era tiempo suficiente para continuar—: Sí, creo que eso ya lo evaluaste y no te importa. Bueno, hermano, si a vos no te jode que otro tipo disfrute de ella, deberé reconocer que es porque ya no estás interesado. Tengo que dejarte, tu ex está negociando con los choferes y voy a ir a darle una manito.

Camila apoyó sobre la mesa la bandeja con su cena. Del sushi emanó una deliciosa combinación de aromas que, a esa hora de la noche, no solo era agradable sino muy reconfortante. Estaba agotada, además de hambrienta. Tomó los palillos con una mano y estiró la otra para prender su notebook y abrir el correo.

La Red Solidaria agradecía el cheque mensual y adjuntaba un listado con los nombres de mujeres que deseaban intentar un cambio de vida. Alex enviaba en adjunto los contratos para dos de sus amadrinadas. Lucila transmitía los resultados de la sesión de fotos. En su repaso por los mails llegó a la conversación que sostuvo con Bhric un par de horas antes y volvió a leerla:

De: Bhric Neri Cameron

Para: Camila Ocampo

Asunto: Atta. Estirada

¿Te cansaste de jugar sola?

Bhric Neri Cameron

De: Camila Ocampo

Para: Bhric Neri Cameron

Asunto: Atto. Intrigante Gigantón

¿Andás aburrido?

Camila Ocampo.

Y allí había acabado todo, con Bhric molestándola al poner en duda la capacidad de ella para ser independiente. Le había respondido enojada pero, en ese momento, su cuerpo lo extrañó y su mente lo deseó.

El timbre sonó y se sobresaltó. Bajó la tapa de la notebook con rapidez, dejó los palillos sobre la fuente que no había comenzado a degustar. Abrió la puerta convencida de que Lucila tendría otra noche de arrepentimiento añorando los besos de Paulo Neri y eso la hizo sonreír, las dos estaban en igual situación.

La figura imponente de Bhric, parado frente a ella, con una mano apoyada en el marco, la sorprendió al punto de hacerla temblar.

—Mucho —dijo él.

—¿Cómo?

—Digo, que estoy muy aburrido —aseguró, pasando sin que lo invitara, acercándose a la mesa, tomando los palillos y llevando a su boca el primer bocado de sushi.

—Un momento, no sos bienvenido y esa es mi cena, dejá de comértela.

—Así no se trata a las visitas, ¿no te lo enseñaron en tu casa? En Escocia somos mucho más gentiles.

—Vos de gentil no tenés nada. Si estás aburrido yo no soy monito para entretenerte.

—Eso es cierto —concedió, ingiriendo el segundo roll—, pero sos bastante bonita y eso sí que entretiene.

Camila recordó por qué la sacaba de quicio. Respiró hondo, unió las palmas de las manos frente al pecho e intentó recordar algún mantra que le permitiera no hacer realidad sus instintos asesinos.

—Espero que tengas los datos de este delivery, porque vamos a usarlo seguido.

—¿Perdón? —reclamó, olvidándose del yoga y de cualquier técnica de relajación.

—¿No venís a comer? Queda poco, no te demores.

Caminó hacia la mesa y rescató la bandeja, comió un roll, dispuesta a ignorarlo.

Bhric se sirvió una copa del vino, se quitó el saco, los zapatos y se aflojó el nudo de la corbata.

Inmutable, Camila hizo de cuenta que él no estaba allí, pero lo oyó consultar:

—¿Pediste postre?

—Hay una manzana en la cesta —respondió, degustando la última pieza de su cena.

—No, paso, prefiero darme un baño y acostarme, tuve un día largo.

Se consideró vencedora. El escocés hosco, maleducado y prepotente estaría aburrido, además de famélico, y se presentó ante ella con la intención de molestarla; pero había sido más inteligente que él al no caer en su juego. Volvería a vestirse y se iría de su casa dejándola tranquila.

Contrario a lo que supuso, Bhric caminó hacia el cuarto.

—¡Alto ahí!

Él giró, intrigado. Como si las respuestas le hubieran llegado en ese instante sonrió, regresó hasta ella, la levantó en andas y retomó el rumbo.

—Soltame —reclamó Camila.

—No. Primero vamos a bañarnos, porque me encanta ver tu piel mojada —

aseguró, mientras Camila intentó no fundirse en el calor que emanaba de él—, después te haré el amor —dijo, deslizándola contra su cuerpo para dejarla sobre el piso.

Camila vibró al oírlo y trató de reunir fuerzas para no caer bajo el influjo de esos ojos.

—Me baño sola y no quiero tener sexo con vos.

—Mentís muy mal, Ocampo —dijo, tomándola de la barbilla, rozándole los labios con los suyos—, pero muy mal.

Estupefacta, lo observó quitarse el resto de la ropa, desplazar su anatomía para abrir la canilla de la bañera y accionar los comandos del jacuzzi. No quiso ser menos, Bhric la estaba provocando y ella le iba a demostrar que no tenía ninguna posibilidad de ganar esa contienda. ¡Pobre de él! Se desvistió utilizando todos los recursos con los que planeó seducirlo para que le rogara un solo roce que, obviamente, no le concedería.

Él se llevó las manos a las caderas, mirándola satisfecho y atesorando el triunfo.

Uno de cada lado del receptáculo, las miradas clavadas en los ojos del otro mientras las ansias les recorrían la sangre.

—Estoy en mi casa —le recordó y aguijoneó tendiéndole el gel—, los invitados primero.

—Gracias, voy a empezar por tu cara y te advierto que llegaré hasta la planta del pie. Espero que no te desmayes por la emoción —salió de la boca del hombre acostumbrado a no hacer bromas—, sé que será demasiado, pero te tengo fe, estirada.

Y eso hizo, adelantó el torso para, con las yemas de los dedos, recorrerle las facciones. Las caricias quemaban menos que la mirada de sus ojos azules. Camila creyó que no quedaba oxígeno en el baño, aspiró profundo y exhaló concentrada en no gemir.

La tomó de la cintura acercándola a él hasta dejarla a horcajadas, piel contra piel, sexo contra sexo. Desde la nuca hasta el final de la espalda, Camila se fue derritiendo a medida que él la recorría. Para cuando la sujetó por los glúteos

supo que el agua sobraba y las burbujas no tenían nada que ver con el estado de laxitud en el que se encontraba.

Se necesitaban, se añoraban, pero Bhric no avanzaría si ella no se lo pedía. Por primera vez los dos debían estar convencidos de qué era lo que los unía.

Camila se quedó sentada sobre él, dentro de la bañera, excitada, frustrada.

—¿Qué estás esperando?

—Te dije que te haría el amor —le repitió—, porque para eso vine. Para asegurarte que te amo. Para que reconozcas que vos también me amás. —Le corrió hacia atrás un mechón de pelo que no le dejaba ver por completo su cara y completó en su idioma materno—: *Mo neamhnaid*.

La voz emocionada con la que le habló, la mirada dulce y anhelante, sus ojos asegurándole cada palabra la movilizaron lo suficiente como para desear creer en él.

—¿Por qué viniste?

—Para confirmarte que podemos.

—No era necesario, siempre nos entendimos sexualmente —trató de evadir.

Bhric sonrió con ternura. Le acarició el cabello, la besó en la punta de la nariz.

—No tiene sentido seguir jugando, Camila. Te quiero conmigo.

—No es cierto. Te irrito, te pongo nervioso, no aceptás que soy la dueña de mi vida. Si hay algo que detestás es a una Ocampo a tu lado.

—Yo no miento y sí, me irritás, me ponés nervioso.

—Exacto, te pongo nervioso porque altero tu orden y rechazo tus imposiciones.

—Me ponés nervioso porque no sé cómo cuidarte —confesó—, alterás el orden que necesito para estar seguro de que nada se sale de mi control.

—¿Te das cuenta? Sos un troglodita.

—Soy un hombre enamorado —dijo, y Camila estuvo a punto de convulsionar de placer—. Necesito cuidarte y disfrutar con vos del resto de mi vida. Me falta el aire cada vez que te pierdo de vista, o cuando me impedís poner el cuerpo entre vos y el peligro.

Él acercó su boca a la de ella, le delineó los labios con la lengua y la entretuvo

con un beso prolongado.

—No quiero amarte —le aseguró Camila, negando con las palabras lo que su corazón admitía.

—No sabés mentir, Camila, ya te lo dije. Me amás a pesar del miedo.

En ese momento lo tuvo claro, Bhric esperaba la aceptación de ella para sellar el trato de amor que fue a proponerle. Camila tomó el miembro de él con una mano, lo guió hacia su sexo y lo dejó ingresar en ella tomándose tiempo para que se sintiera bien recibido en cada milímetro del recorrido.

Bhric recuperó todas las fuerzas perdidas. Cada roce sumó latidos, cada beso cimentó bases.

—¡Más! —reclamó ella, cercana al orgasmo que se apropió de sus sentidos y también de su mente.

—No hay límite, *mo neamhnaid*.

Quedaron largo rato abrazados, disfrutando de recuperar la hermosa sensación de estar en contacto con el otro.

—No soy lo que tu mente rechaza —dijo Camila, rompiendo el encanto—. No juzgo ni catalogo a la gente, combato lo que considero injusto. No deseo enfrentar a mi pareja, anhelo la alianza de la que me hablaste en el acantilado del castillo.

—¿Confiaste en mí ese día?

—Quise hacerlo, quise creer que podíamos lograrlo, pero lo que ocurrió después me convenció de que era imposible que pudieras separarme de quienes causaron tanto horror.

—Mi padre se casó, primero por obligación y dos veces por amor —dijo él—, sus hijos sabemos que el dinero no garantiza la felicidad. —Camila intentó interrumpirlo, pero con un beso logró evitarlo y luego continuó—: Las fortunas permiten privilegios y vos me demostraste que también generan responsabilidad social. Sos la persona más estirada que conocí en mi vida, pero también la más noble.

Camila abrió los ojos, él sonrió de lado, le acarició la mejilla, la aseguró contra su pecho.

—Y también soy una Ocampo ligada a los Mazzarello.

—De chico acompañaba a mi madre a Nuestra Señora de la Asunción, creía que Meribeth me llevaba para escuchar los sermones que me harían menos cabeza dura —aguardó un momento, recapacitando sobre el verdadero motivo que finalmente descubrió tenían esas visitas a la Catedral, luego afirmó—: allí sostenían que todas las almas están ligadas a un origen común; provenimos del amor, pero también del odio y la envidia. Esa cadena que nos enlaza es la misma que nos sostiene, nuestros actos producen los efectos y las consecuencias, debemos recordarlo para no traicionar nuestras conciencias.

—Sos un Neri y yo una Ocampo —le recordó con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Soy un hombre que quiere unir su eslabón al de esta mujer, para generar juntos el futuro —aseguró, tomándola en sus brazos para sacarla de la bañera y rodear el cuerpo de ambos con un toallón. Torció la cabeza, sonrió de lado mirándola a los ojos—: Yo, Bhric Neri Cameron, te invito, Camila Ocampo, a que juntos escalemos el dolor que nos depare la vida, mientras fundidos gozamos de la pasión para que nuestras almas sonrían eternamente.

Meribeth se sacudió la nieve de las botas antes de ingresar a la casa. Estaba ofuscada porque la tormenta impediría el acceso a gran parte de los invitados.

Asistió a la primera boda que se realizó en Argentina, pero insistió en que todo su entorno social estuviera al tanto de que tenía la mejor nuera del mundo y, por ese motivo, convenció a la pareja para que formularan sus votos bajo el rito celta en Escocia. Subió por la escalera con dirección a su cuarto para cambiarse, con la felicidad que le producía tenerlos a su lado, a pesar de no poder evitar oír diariamente sus diálogos:

—¿Dónde se supone que dejaste mi tartán?

—Está en el vestidor —respondió Camila-Ocampo-Neri-Cameron—, como es lógico.

—Nada es lógico a mi alrededor desde que vivo con vos —despotricó Bhric.

—¿Pueden apurarse? —reclamó Meribeth, caminando por el pasillo.

—Decile a tu madre que la idea de repetir el casamiento en su tierra fue suya, que ahora no me apure si me quiere sacar buena. ¿Le explicaste que lo del *handfasting* no corre más?

Bhric la tomó de la cintura, acercando la espalda de ella a su pecho:

—Nadie puede apurarte, *mo neamhnaid*, y vos viniste buena de fábrica.

—Te conozco como a la palma de mi mano, no me dores la píldora con tu dulce acento escocés.

Bhric observó en el espejo, ante el que Camila se maquillaba, la imagen de ellos unidos. Estaban enlazados más allá de las leyes, más allá de las distancias sociales, más allá de los rencores ajenos. Camila y él estaban unidos por la

fuerza del amor que supieron conquistar a pesar de todo eso. No quiso controlarse, le besó el cuello al mismo tiempo que le acarició los pechos.

—Mi dulce acento escocés logró que aceptaras vivir una mitad del año aquí y la otra mitad en Buenos Aires.

—No me importa dónde estemos, porque nuestro hogar somos vos y yo juntos.

Las confesiones y las caricias nuevamente reavivaron el deseo. El intento de acicalarse quedó trunco cuando los cuerpos rodaron sobre la cama. Cada encuentro íntimo era una demostración física de la unión que conquistaron sus almas. El gozo traspasaba los sentidos logrando que sus corazones latieran al unísono emocionados, generando las sonrisas transparentes y cristalinas, de sonidos puros y brillantes.

Sus ojos se entendían sin palabras, sus mentes inquietas e ingeniosas se ocupaban de divertir al otro, provocándolo:

—No me queda en claro si el punto lo gané yo o vos.

—¿Cuál punto? —preguntó, distraído por estar disfrutando de la maravilla que para él era tenerla a su lado.

—Repetí conmigo —solicitó ella, aprovechando que no estaba atento—: Yo, Bhric Neri Cameron, admito que caí rendido a los pies de mi adorada esposa, Camila Ocampo, y no pienso contradecirla en nada...

Reaccionó gracias a la alerta que recordó no debía poner en modo pausa cuando estaba con ella.

—Yo, Bhric Neri Cameron, admito que amo a Camila Ocampo y que soy el culpable de que ella no pueda resistirse a mis encantos.

La mujer le rodeó el cuello, le besó el pecho y aseguró:

—Te amo, Seguiré amándote cuando solo yo encuentre irresistible los encantos a los que recurrís para retenerme.

Él sonrió, antes de recordarle:

—Camila, no sabés con quién te metiste —le susurró en su idioma al oído.

—Lo sé perfectamente —aseguró—, me metí con un patovica gigantón y no pienso soltarlo jamás.

—No permitiré que me sueltes, mi amor.
—¡Punto para Camila!... Creo.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Mil gracias, lector, por la oportunidad que me ofrece al leer mis novelas. Espero que esta haya sido de su agrado.

Gracias a la doctora Marisella Sosa, por su paciencia al entregarme los aportes legales necesarios para sostener parte de la trama de la historia. Gracias a Luis S. Stuart-Pennington, por traducir al gaélico escocés la voz de Bhric. Gracias a mi colega María Laura Gambero, por cada café donde hablamos de mucho más que libros. Gracias a la escritora Gabriela Exilart por su inmensa generosidad y a Carlota del Campo por su compañía. Gracias a mis colegas de las Giras Literarias Argentinas y del Septiembre Romántico y Rioplatense por tantos sueños compartidos.

Gracias a quienes participan en las redes sociales reseñando y recomendando. Ese interés que transmiten es un gran aporte para que se publiquen nuestras obras y las conozcan los lectores.

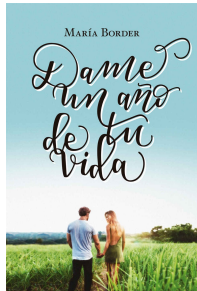
Gracias a Magalí Etchebarne, editora de P&J, y a Florencia Cambariere, directora editorial, por ofrecerme un espacio dentro del mundo literario.

Gracias a Juan Manuel, mi sobrino, por considerar que podía incluir una pizca policial dentro de mi novela romántica.

Gracias a mis padres, cuyo apoyo jamás dejé de sentir.

Gracias a mis hijos, a quienes va dedicada mi obra, porque son seres de bien cuyos abrazos me transmiten la fuerza necesaria para seguir siendo yo cada día.

Gracias a todos. Será hasta la próxima, si Dios quiere.



Camila es joven, independiente y hermosa, y acaba de heredar una empresa que no sabe administrar.

Bhric es un astuto economista, el hijo de una escocesa que tiene en su sangre la fuerza y la tozudez de un *highlander*. Su familia es rica y lo tienen todo, excepto una estirpe como la de Camila, que les permitiría limpiar el apellido y así salvar a sus descendientes de la mancha de sus ancestros.

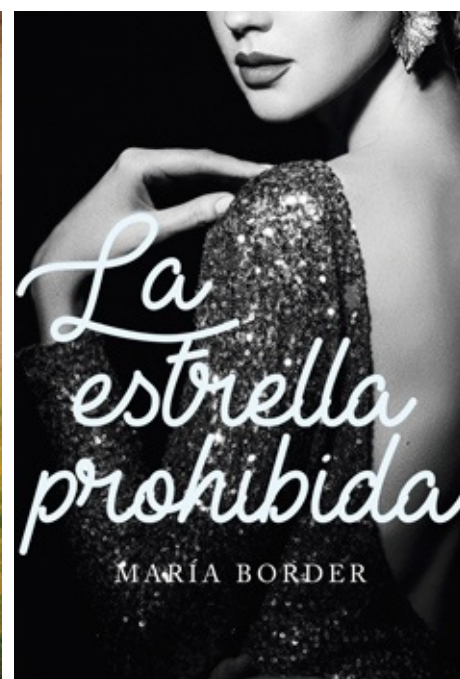
En cuanto se conocen, algo estalla. No se soportan, apenas pueden estar a solas. Sin embargo, él diseñó un plan que cambiará sus destinos para siempre. Un acuerdo simple: un año de matrimonio para que Camila solucione sus asuntos comerciales y Bhric los de su familia, pero ¿podrán evitar enamorarse? ¿Qué estarán dispuestos a entregar para salvarse? Una historia llena de tensión y erotismo entre dos personas que se necesitaban mucho más de lo que suponían. Dos corazones que escalarán el dolor, la incertidumbre y la pasión para llegar, sin saberlo, a la cima del amor.



MARÍA BORDER

Es argentina y madre de cuatro hijos. Dio sus primeros pasos como autora independiente en 2012 con dos novelas breves de Regencia. A fines de 2013, su sexta obra obtuvo el primer puesto en el II Premio Pasión por la Novela Romántica como mejor chick-lit autopublicada. Con una corta pero prolífera trayectoria, ganó su lugar dentro del género. Entre sus títulos se destacan *En Peakland*, *Jane Thompson*, *El dueño de mi arte*, *Mía*. *El gato y el ratón*, *Despertando tus sentidos*, *Como perro y gato*. *Mía 2* y *Susurros de blues*. En P&J publicó *Siete motivos para no quererte*, *Aunque me resista*, *La estrella prohibida*, y participó de la antología romántica *Ay, amor*.

Foto: © Alejandra López



Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Border, María

Dame un año de tu vida / María Border. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2018.

(Narrativa Femenina)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-644-482-2

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Foto de la autora: © Alejandra López

Lettering: Magalí Vidal @mags_vidal

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-482-2

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Dame un año de tu vida

Dedicatoria

Epígrafe

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos